

LA
PALOMA DE
RAVENSBRÜCK
CARME MARTÍ

LA VIDA DE NEUS CATALÀ CONVERTIDA EN NOVELA

La paloma de Ravensbrück
La vida de Neus Català convertida en novela
Carme Martí
Traducción de Ana Herrera

LA PALOMA DE RAVENSBRÜCK

Carme Martí

El amor, la alegría, la barbarie. La vida de Neus Català explicada por ella misma y revisada a través de una ambiciosa novela magistralmente contruída por Carme Martí

Rebelión, resistencia, sabotaje, compromiso, libertad, memoria. Activista precoz contra las desigualdades sociales, a Neus Català le sobrevino la Guerra Civil antes de los veintiuno.

Responsable sanitaria de una colonia infantil durante la contienda, cruzó la frontera hacia el exilio con los 180 niños que tenía a su cargo. En Francia, ante la ocupación y el régimen de Vichy, se unió a la Resistencia. Delatada y apresada, sobrevivió a la barbarie nazi en los campos de concentración de Ravensbrück y Holleischen. Una vez liberada, consagró su vida a perpetuar el recuerdo del horror, consciente de que la humanidad no puede permitirse olvidar.

ACERCA DE LA AUTORA

Carme Martí (Montblanc, 1972) es licenciada en Filología Catalana. Ha impartido clases de catalán y ha publicado *Història d'una cuinera. Memòries de Maria Badia* (2008) y *Cròniques rurals* (2011) junto a Jordi Llavina y Albert Carreras. Forma parte del equipo del Museu de la Vida Rural.

ACERCA DE LA OBRA

«Hay vidas únicas, de una gran trascendencia humana, que demandan un gran libro. Como la vida de Neus Català. Como la vida de Carme Martí.»

JORDI LLAVINA

Índice

[Portadilla](#)

[Acerca de la autora](#)

[Dedicatoria](#)

[Epígrafe](#)

[Mapa](#)

[Prólogo](#)

[Primera Parte](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[Segunda Parte](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[Tercera Parte](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)
[26](#)

[Cuarta Parte](#)

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)

[Quinta Parte](#)

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)

[Epílogo](#)

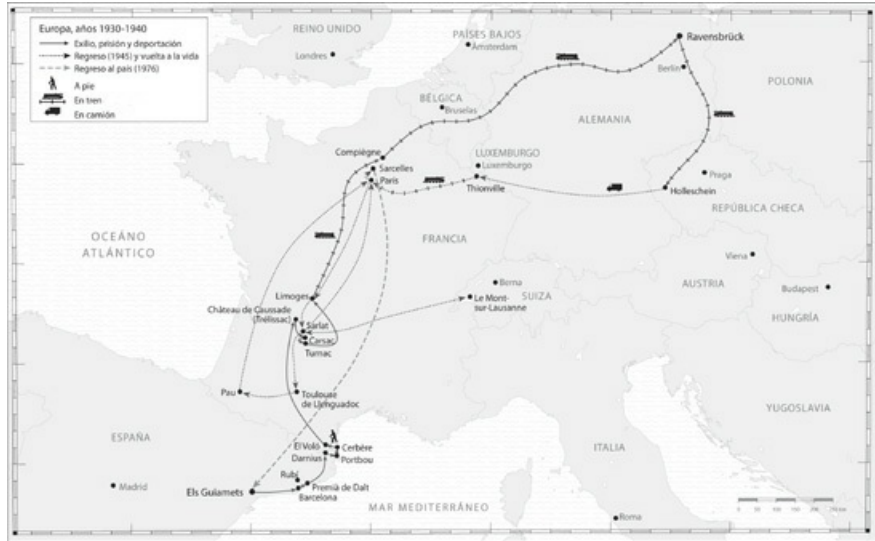
[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

Créditos

Para Neus Català y su lucha
por la memoria.

Vivir, al cabo, es buscar consuelo.
Buscarlo en el dolor de las palabras.
En la gris melodía de la lluvia.
En ese tedio militar del viento.
En el de ayer, un cielo sin oxígeno.
JOAN MARGARIT , *El origen de la tragedia*



Prólogo

«La nube no se va nunca. Tiene alquilado
este trozo de cielo para siempre.»

MERCÈ RODOREDA , *Viajes y flores*

Me despierto y busco los puntos de luz que pasan a través de la persiana y me anuncian que ya es de día, pero no los encuentro. Primero pienso que todavía debe de ser de noche, después recuerdo que no estoy en casa, y que hace unos días ingresé en el geriátrico del pueblo.

No sé qué hora debe de ser, ni tampoco miro el reloj. Espero. Me quedo despierta en la cama y sin sueño. Escucho el silencio. Si cierro los ojos aún puedo oír los gemidos, las toses, los llantos... pero los mantengo abiertos. Me cojo las manos y palpo todos los nudos, me hago masajes. Tengo las manos pequeñas y regordetas, surcadas por las arrugas y un poco deformadas.

Espero.

Me froto los nudos.

Como cada verano desde que acabó la dictadura de Franco, he vuelto a Els Guiamets. Vengo de un invierno largo. Me ha dolido bastante la rodilla y he estado muy recluida en casa. Tenía una chica que me venía a ayudar por las mañanas, pero no nos llevábamos bien. Después de ducharme y de vestirme, en el tiempo que yo tardaba en elegir un collar, ella arreglaba toda la casa.

A paso de tortuga, yo iba al comedor y me sentaba a desayunar y ella cogía el dinero que le había dejado preparado y salía a la calle. Al cabo de un rato yo refunfuñaba interiormente preguntándome cómo se podía tardar más de una hora en comprar cuatro cosas en la plaza. Cuando llegaba ella me encontraba sentada en la butaca, con el mando a distancia en la mano, buscando la mejor manera de saber cómo está el mundo. Se sentaba en una silla detrás de mi butaca y oíamos cada una la respiración de la otra, pero pasábamos el resto de la mañana como si estuviésemos en habitaciones distintas, ¡en pueblos distintos! Ella jugaba con el móvil, enviaba algunos mensajes y hacía un par de llamadas. Yo veía la tele esperando con ilusión el día de volver al pueblo.

Después de vivir treinta y siete años en el exilio, volver a Els Guiamets significó retornar a la patria y a la libertad. Volver aquí durante los últimos treinta y cuatro años, para las vacaciones de mi vida de jubilada —¿cómo es posible que los años los cuente por treintenas?— ha sido hacerlo al paisaje de mi infancia. Las personas queridas, la casa de toda la vida, las calles del pueblo, las viñas bajo un cielo claro...

Llegué hace diez días. Me trajo Elisenda. Después de despedirnos llamé a Mariona, que vino enseguida. Charlamos encantadas, como cada vez que vuelvo, y me puso al día de las novedades del pueblo. Abrimos la casa y me ayudó a instalarme.

Hace tiempo que tengo dificultades para andar, y el año pasado ya pusimos la cama en el comedor, de manera que tengo toda la vida organizada en la planta baja. El comedor-dormitorio, la cocina, el lavabo y la puerta que da a la calle; poco más necesito. El verano pasado me dejé aquí el andador, pero nada más verlo lo cogí. Voy muy bien con él, me da la seguridad que necesito.

A media tarde dimos una vuelta por el pueblo, y volvimos a casa a esperar a la chica que vendría para ayudarme. Dos días después llegaron Margarita, Paul y una amiga, Malgosia, hija de deportada, con quien Margarita de joven hizo amistad para toda la vida. ¡Qué alegría sentí! Fui a cenar a su casa, en aquella terraza magnífica, con el campo y las montañas que lo invaden todo. ¡Qué paisaje más bucólico! Solo faltaba Lluís, que todavía no tenía vacaciones.

Al tercer día de estar en casa, después de desayunar, cuando se fue la chica y sabía que no era hora de recibir a ninguna visita, subí al piso de arriba. Después de dos años sin poner los pies allí, tenía ganas de verlo.

Subí el primer escalón, y el segundo y el tercero, pero me volví. Acabaría agotada. Miré las escaleras desde abajo, como si fuesen una montaña, y decidí ascender a la cima costara lo que costase. Me senté en el primer escalón y fui subiendo de espaldas, sentada. A mitad de camino me entró un ataque de risa. ¡Ay, si me vieses así me reñirían como a una criatura!

Una vez arriba paseé por las habitaciones. Dejé vagar la mirada como si estuviese delante del mar. Miraba las colchas que hacía dos años que no veía, y que hablaban de otros tiempos; la cómoda de mis padres, los armarios cerrados, las imágenes congeladas de las fotografías... Me senté en una silla donde permanecí mucho rato. Sentía la compañía de los objetos muy dentro de mí.

Volví a bajar sentada y fui hacia el comedor. Volvía de una especie de proeza cuando tropecé con una baldosa que siempre ha estado suelta. No me dio tiempo de agarrarme a ningún sitio: noté el golpetazo en todo el cuerpo y me quedé tirada en el suelo, boca abajo.

Estuve en el suelo no sé cuánto rato, como en 1937 en Barcelona después de un bombardeo. Tirada sin poder moverme y temiendo las consecuencias de una caída tan tonta a los noventa y cinco años. Tirada, recordando que hacía tres meses también me había caído en el piso de Rubí. Tirada en el suelo, moviendo un poco las piernas y sintiendo que, por suerte, me respondían. Tirada, como cuando me echaron en la celda de la prisión de Limoges. Sin poder llamar a nadie y sin llevar al cuello el colgante que tenía en Rubí, que me aseguraba asistencia domiciliaria en caso de necesidad. Allí tirada, con la sangre brotando de algún sitio, y que saboreaba entre los labios.

Acabé en el hospital de la Mora. Me había roto dos costillas y no tenía fuerzas para andar. Se me quedó la cara morada y el susto en el cuerpo. El médico me dijo que tenía que guardar cama para recuperarme. Cuando estuvimos en casa, cuando apareció Margarita con mi camisón y Mariona deshizo la cama del comedor a media tarde, supe que, por desgracia, había llegado el momento.

—Quiero ingresar en el geriátrico.

Se quedaron heladas.

—Mamá, pero ¿qué dices?

—Digo que quiero ingresar. No me puedo valer por mí misma, y no quiero dar trabajo a nadie. En el geriátrico están preparados para cuidar a las viejas como yo.

—¿Mamá?

—Margarita, ya puedes ir a preguntar si tienen plaza.

Se fue muy nerviosa y volvió con una silla de ruedas. La directora le había dicho que el ingreso tenía que solicitarlo yo misma, de manera que una servidora, la silla, Margarita, Mariona y Malgosia ocupamos toda la calle, cruzamos la carretera y fuimos al despacho de la directora.

—Neus, si quieres puedes quedarte aquí hasta que te encuentres bien.

—Si puede ser ya me quedaré a vivir. Había pensado que pasaría aquí mis últimos años, que acabaría viviendo en este lugar un día u otro. Pienso que ahora es el momento de quedarme para siempre.

Siempre...

La directora dio instrucciones a Margarita, que fue a casa a buscar mis cosas, y yo me quedé mirando el geriátrico como si fuese la primera vez que lo veía. En la silla de ruedas me llevaron a la habitación de mi hermano y charlamos un buen rato, hasta que apareció mi hija con la maleta.

—¿Adónde vas con eso? —le pregunté, sin entender qué hacía.

—He traído tus cosas.

—¿No me querrás encerrar aquí?

—¿Mamá?

—¡Yo aquí no me quedo! —le grité.

—¡Pero mamá!

Me convencieron de pasar allí la noche y al día siguiente, cuando vi que no podía ni andar, acepté. Me dolía todo y estaba inválida.

¡Con las ganas que tenía de venir al pueblo y me he pasado una semana entera en la cama, en camisión!

Y

Durante más de treinta años he vivido entre Rubí y Sarcelles (Francia) para poder estar cerca de mis hijos. Era difícil abandonar el país donde nacieron, a pesar de la necesidad de volver a mi patria. Pero los veranos, invariablemente, los he pasado en Els Guiamets, adonde ellos han venido también siempre. Ahora debe de hacer tres años ya que no viajo a Francia. Poco a poco, quizá sin tomar la decisión, he ido espaciando las estancias en Sarcelles y reduciendo el círculo por donde me movía a Rubí y Els Guiamets.

Cuando venía en verano hacía alguna visita a vecinos que ya vivían en el geriátrico y le decía a la directora: «Reservadme una plaza, ¿eh?». A mis hijos les repetía: «Cuando veáis que estoy a punto de morir, llevadme a Els Guiamets». Pero no pienso en la muerte, y siempre he creído que me quedaban un par de años más de autonomía. De los ochenta y cinco a los ochenta y siete, de los ochenta y siete a los ochenta y nueve, de los ochenta y nueve a los noventa y uno, de los noventa y uno a los noventa y tres, de los noventa y tres a los noventa y cinco, y ahora que tengo noventa y cinco me digo que no, que todavía no. Que el pájaro quiere morir en el nido y yo quería volver a Els Guiamets para morirme, pero todavía no ha llegado el momento.

Después de guardar cama durante una semana en una habitación provisional, ayer Margarita y la directora me acompañaron a la que será mi habitación.

—Ya verás como te gusta, mamá. Tiene una ventana desde donde se ven las montañas, el pantano, la estación de tren... como desde la terraza de mi casa —me dijo mientras entrábamos.

Pero nada más poner allí los pies, Margarita se quejó a la directora.

—¡Esto no puede ser!

—¿El qué no puede ser? —preguntó la mujer, sorprendida.

—Hay que cambiar esta colcha.

Claro que había que cambiarla, me dije. Lo que me sorprendió fue lo rápida que fue la reacción de mi hija. Y eso me hizo pensar lo que debe de soportar una mujer inteligente y decidida como ella por ser hija de deportada. La miraba y la veía con cuatro añitos, dejándola en una casa que no era la suya.

—Mi madre no puede tener una colcha de rayas a la vista todo el día.

—Como queráis.

—Es por el traje de prisionera que llevábamos en los campos —le expliqué, por si no lo acababa de entender.

Margarita y yo nos miramos. ¿Quién puede comprender lo que supone, después de sesenta y cinco años, tener que convivir con las rayas? Una deportada y su hija.

La directora volvió enseguida con una colcha estampada de flores. La puso con ayuda de Margarita y salió. Mi hija me enseñó cómo había guardado mi ropa en el armario, marcada con el nombre y el apellido con unas etiquetas que se pegan con la plancha... Me puso el mando de la televisión junto a la mesilla de noche y me enseñó la lista de teléfonos, con letra grande, que

guardó en el primer cajón de la mesilla para que la tuviera a mano. Me gustó que reservase un cajón del armario para los collares. Cuando va de viaje me trae alguno, y me hace ilusión saber que el collar que llevo proviene de la India, de Venecia o de Cracovia...

Se fue con expresión triste, pero le dije que se marchase tranquila, que estaría bien. De hecho, en cuanto me haya recuperado volveré a Rubí.

Cuando vinieron las auxiliares a acostarme, me cogieron de la silla de ruedas para meterme en la cama, pero les pedí que no lo hiciesen. Quería andar aunque fuesen solamente aquellos tres pasos. Me levanté con dificultades y anduve rodeada de sus manos protectoras, aunque no me tuvieron que sostener.

Sentada, con ese pequeño triunfo en el rostro, me tomé la pastilla para dormir. Las auxiliares bajaron la persiana, corrieron las cortinas, apagaron la luz y me dieron las buenas noches. Fuera todavía era de día.

Estuve un rato mirando cómo la luz del pasillo dibujaba un triángulo en el techo. Tendría que pedirles que no me bajasen tanto la persiana, porque por la mañana me gusta ver cómo se empieza a dibujar el día.

Hace un rato que se oye ruido. Van levantando a los demás residentes y pronto llegarán a mi habitación. Esta mañana me ducharán y tengo sesión de peluquería. Después de tantos días en camión, hoy me vestirán y me parecerá que me encuentro mejor. Bajaré en silla de ruedas a desayunar al comedor, y compartiré la mesa con mi hermano y dos residentes más.

Me siento preparada para empezar la última etapa de mi vida, la última soledad.

PRIMERA PARTE

El mundo, aquel mundo de valles y vallinas,
de picos y montes, de brañas y ríos,
que hasta entonces había sido inmenso,
se quedaba pequeño.

XUAN BELLO , *Historia universal de Paniceiros*

Me iré de casa,
me iré del campo,
los olivos grises
quedarán atrás.

Me iré de casa
por el camino del viento,
quizá encuentre tormenta,
quizá encuentre muy mal tiempo.

MARIA DEL MAR BONET , *Me iré de casa*

1

Durante una semana entera, cada vez que abrían la celda era para encerrar en ella a más prisioneras. Desde que los resistentes habían volado el nudo ferroviario de Brive, los nazis estaban furiosos y llevaban a cabo detenciones masivas. Ya no nos dejaban salir al patio, y nos traían la sopa a intervalos cada vez más largos. Vivíamos once mujeres hacinadas en una celda para tres personas, y nos temíamos lo peor. Una oscura mañana de enero de 1944 nos ordenaron recoger nuestras cosas: había llegado el momento de salir de la cárcel de Limoges hacia un destino incierto.

Dejé la manta que llevaba encima, me puse el abrigo y me desaté el pañuelo que me sostenía la mandíbula, que me habían fisurado durante el interrogatorio de hacía unos días.

—¿Irás bien sin pañuelo? —me preguntó Tití.

—No sé, pero prefiero que me vean bien —contesté sujetándome la mejilla.

Cogí la maleta, que guardaba cerrada; no tenía nada más que recoger. Una cincuentena de mujeres famélicas y abatidas formamos fuera. El frío se nos había metido dentro y lloviznaba. Pensé en Albert; de la prisión salían convoyes cada día, y con tanto movimiento temía que se lo hubiesen llevado, porque hacía días que no sabía nada de él. Pasaba el tiempo y seguíamos allí de pie, y la espera se hacía eterna.

Apareció el SS Meier y pasó delante de nosotras con aquel aire presuntuoso e insolente que tenían todos los nazis. Se despidió de nosotras diciéndonos que haríamos un viaje muy largo en tren, y que allí donde nos llevaban estaríamos muy bien, como en una casa de reposo. Tendió la mano a una prisionera, que permaneció inmóvil. Se dirigió hacia la prisionera de al lado, que cruzó las manos a la espalda. Tenía la cabeza agachada y seguramente temblaba de miedo, pero todas las que estábamos detrás de ella vimos su gesto e hicimos lo mismo. El SS Meier se quedó con el brazo tendido y cincuenta mujeres ignorándolo. Yo me reía por dentro. Sentía una satisfacción tan grande que fui a la estación con el ánimo suficiente para subir al vagón del tren con fuerzas renovadas.

Imaginaba que el trayecto sería duro, y creo que por primera vez quise mirar atrás en lugar de

mirar hacia delante. Rodeada de mujeres amigas y de mujeres desconocidas que sufrían el mismo destino que yo, me sentía sola y a la vez me sabía acompañada. En nuestra inmensa soledad, nos teníamos las unas a las otras.

El tren avanzaba. Cerré los ojos, cogí aire y fingí que podía desprenderme de mi cuerpo, atravesar el techo del vagón, como si nada me impidiera subir hasta el cielo, seguir las vías del tren, pero en dirección al sur, hacia mi tierra... Después de sobrevolar toda Francia me detuve en los Pirineos, y volví a ver aquella caravana de gente que se arrastraba camino del exilio. Vi viejos, mujeres, niños y alguna cabrita perdida. Agotados, se iban desprendiendo de todo. En el camino que dejaban atrás había colchones, somieres, cestas, garrafas, fardos, una mesa, un pequeño armario, el carro lleno, la pobre mula...

Una vez en Catalunya, el primer sitio donde me detuve fue Darnius. Vi a mi padre, que, envejecido, bajaba de la montaña, y entre niños y mantas de colores nos fundimos en un abrazo. Se me humedecieron los ojos, así que lo dejé y volví a emprender el viaje. Tenía prisa por llegar a Els Guiamets.

El cielo era de ese azul tan intenso y limpio que tenemos en el Priorat. Tan claro y tan azul era que me deslumbraba. Aunque estábamos en pleno invierno, quise imaginar que veía las viñas a finales del verano, en todo su esplendor. Filas y más filas de cepas, y campesinos, mujeres y niños vendimiando. Les oía hablar; de un momento a otro se pondrían a cantar. Cuando llegué al centro del pueblo la intención era irme a casa, pero algo, mientras buscaba mi primer recuerdo, me llevó a la de mi tía.

La tía Providencia no había tenido hijos, pero su casa era el lugar donde íbamos a parar todos los sobrinos. Era dulce y muy trabajadora, y fue el sostén de todos sus hermanos. Aunque era la prima de mi padre, yo para ella era como una sobrina más. Me acababa de levantar, estaba sentada a su mesa, balanceaba las piernas y la miraba.

—Neus, hoy vuelves a casa —me anunció muy contenta mientras me miraba de arriba abajo, y volvió a sus ocupaciones sin esperar respuesta por mi parte.

Con las ganas que tenía de volverla a ver y nada más oírla sentí ganas de llorar. Ella removía las brasas, me preparaba el desayuno y no paraba de trajinar con movimientos rápidos y seguros. Yo solo balanceaba las piernas.

Siempre quería ir a casa de la tía, pero aquella vez ella me había venido a buscar. Me prepararon un hato con toda la ropa, y la esperamos juntos mi madre, mi padre, la abuela y yo. A mi hermano Lluís ya lo habían llevado a casa Vallès. Corría el año 1922, yo tenía siete años y era consciente de que algo no iba bien, pero no pregunté.

Mi madre me explicó que Lluïsa estaba enfermita y que yo tenía que irme unos días a casa de mi tía para no contagiarme. Pensé que no se moriría, que una niña de siete años no podía ver morir a dos hermanas, y pedí que la curasen rápido, que ya no hacía tanto frío y que podríamos salir a jugar a la calle.

La otra Lluïsa, la mayor, murió de meningitis cuando Lluís tenía ocho años y yo cuatro. Fotos no teníamos, y yo conservaba de ella un recuerdo bastante difuso. Era más bien la sensación de una espera que una presencia.

Pasaban los días y no me dejaban ver a la Lluïsa pequeña, y yo me desesperaba. La epidemia de viruela se extendió por todo Els Guiamets, pero como en casa de mi tía se habían refugiado más sobrinos, yo estaba bien.

Después de reflexionar bastante, un día me escapé. Tenía fama de traviesa y de chicozo, solo porque era decidida, me gustaba ir descalza y no paraba ni un momento. La tía Providencia decía que yo era diferente, como una ciruela negra: «Ciruela, ciruelita mía...»

Me escapé de su casa para ir a la mía. Quería mirar desde la entrada de la barbería, pero cuando me vi delante de la puerta, que acostumbraba a estar abierta, oí el cerrojo y corrí a esconderme. Salió mi padre, que llevaba algo en brazos tapado con una sábana. Mi madre se quedó en la puerta. No hablaba, no se movía. Mi padre desapareció al doblar la calle.

Corrí por la calle de abajo mientras él iba por la de arriba, y le seguí de lejos. Mi padre andaba muy despacio, a lo mejor tampoco se encontraba bien. Dejé de seguirlo porque no había más calles. Cuando salió del pueblo me quedé mirándolo, resguardada por una pared. Se iba empequeñeciendo, y así de pequeño lo conservaría en la memoria. Entró en el cementerio y yo eché a correr hacia las faldas de la tía Providencia.

Pasaban los días y no me venían a buscar para que fuese a casa, así que me volví a escapar. Aquella vez la puerta estaba abierta, no había nadie abajo. Se oía algo arriba y subí sin hacer ruido. Las conversaciones venían de mi habitación.

—¿No veis que no hacéis nada aquí? Para hacer compañía solo se necesita una persona —se lamentaba una mujer con la voz ronca—. Y ella no nos quiere a ninguna de nosotras, solo quiere a su nieta.

—No discutáis, no es momento de discusiones.

—Id a buscar a la niña y le daremos un poquito de paz —dijo otra mujer, dulcemente.

—Neus no puede entrar en casa, no lo permitiré de ninguna manera —exclamó mi madre.

Entonces fue cuando asomé la cabeza para ver qué pasaba en mi habitación. No entendía qué hacían allí tantas señoras, y por qué no se oía la voz de mi abuela. A lo mejor había cinco o seis mujeres. Mi madre miraba por la ventana, las otras estaban sentadas en sillas en torno a mi cama y hablaban entre dientes. La abuela estaba en la cama y en aquel preciso momento volvió la cabeza. Me vio, me sonrió, yo le sonreí a ella. Después todo fue silencio. Me quedé inmóvil, congelada en la quietud de sus ojos. Tuve miedo de que me riñesen, tendría que haber corrido hacia la tía Providencia, pero miré a mi abuela, tan tranquila, tan quieta.

Mi madre me cogió bruscamente y me sacó a la calle y me abrazó como no me había abrazado nunca. Noté que mis huesos se clavaban en sus pechos y me sentí muy pequeña, yo, que quería ser mayor.

Fuimos a casa de la tía y me hicieron subir a la habitación. Arriba me quedé en silencio, pero como hablaban bajito me costaba mucho seguir el hilo de la conversación.

Mi padre no quería que volviese hasta que la casa se hubiese ventilado bien. Después la pintaría. Es que mi padre sabía hacer de todo. Era campesino, barbero, pintor y ayudaba al médico.

Recorrí las tres calles de vuelta a mi casa de la mano de mi tía, como si tuviese que cruzar el mundo entero. Mi madre me recibió con su gesto habitual, más bien serio de tan correcto. Me hizo sentar a la mesa, y allí había un vaso de leche de cabra, un plato con una rebanada de pan y un trocito de longaniza seca. Ellas hablaron mientras yo me entretenía con la rebanada de pan. Me puse a hacer bolitas, cosa que a mi madre no le gustaba que hiciese. Las apretujaba bien apretujadas y después me las comía. Teníamos que ser fuertes la una para la otra, eso sí que lo entendí.

Cuando oscureciese llegaría mi padre del campo, pero el sol todavía estaba bien alto.

2

*L*as mañanas eran raras, porque sin Lluïsa la casa permanecía en un silencio

apesadumbrado. Las noches eran difíciles porque toda la vida había compartido cama con la abuela, y sin ella no sabía dormir. Los días pasaban muy despacio.

Me despertaba sola, me lavaba y me vestía. Nada más entrar en la cocina, mi gata *Bruneta* me venía a las piernas. Me sentaba, ella se me subía al regazo y con su calorcito empezaba el día. Mi madre parecía que hacía horas que estaba en la cocina.

El primer trabajo era dar de comer a los animales. En casa solo estaba el asno, *Xaparro* ; en el corral, en otra calle, teníamos conejos, gallinas y cabras. Mi madre preparaba un cocido con patatas, zanahorias, col, salvado... según lo que teníamos, y nuestros animales comían caliente. Las mañanas de mi infancia estuvieron llenas del olor de aquel cocido y de las hierbas que yo iba a coger también para ellos. Olor a cocido y a amapolas y achicoria que me impregnaba las manos. Sentada en aquel vagón lleno de mujeres desmoralizadas recordaba aquel aroma como si pudiera refugiarme en el recuerdo de un olor.

Cuando volvía del corral, cogía un botijo y un cubo e iba a la fuente a buscar agua. *Bruneta* , nada más ver que lo que hacía, salía corriendo hacia la fuente, se subía encima y me esperaba allí. Cuando lo había llenado todo, ella se montaba en mi hombro y así me acompañaba a casa. Era bonito porque había llegado la primavera, tendríamos cerezas y podría jugar en la calle.

Iba contenta a la escuela. La maestra que tenía era muy buena. Había tenido otro profesor, pero con doña Pepita todo mejoró. Leíamos en castellano, pero las explicaciones nos las daba en catalán. Hasta entonces a las niñas solo nos enseñaban a leer y escribir, a hacer labores, a pasar el rosario y a contar un poco. Doña Pepita nos quiso enseñar también matemáticas y álgebra, y a mí me gustaban mucho, porque me divertía más que con las labores y el rosario.

Doña Pepita era de Reus y vivía con su madre en una casa del pueblo que era para el maestro. Las niñas íbamos allí y nos hacía cantar. Entrar en una casa donde había un piano era una cosa extraordinaria. A veces, cuando pasaba por debajo de su casa, la oía tocar y andaba más despacio. Un verano nos llevó a un grupo de niñas a pasar ocho días a una casa con huerto. Estuvimos muy bien allí, pero eché de menos el piano. No sé qué pasó, quizá solo que nuestra pequeña sociedad no estaba preparada para una mujer tan moderna antes de la República; el caso es que hablaban mal de ella y un domingo el cura le negó la comunión.

Mi padre no era creyente, y aquel escándalo lo acabó de enfadar. Se juntó una delegación de republicanos y fueron a ver al obispo de Tortosa, pero como no cambiaron al cura, unos cuantos no hicimos la primera comunión.

El gran verano de mi infancia fue el de los diez años. La tía Providencia y el tío Domingo dijeron que nos llevarían a la playa a todos los sobrinos, y a mí me hizo mucha ilusión, porque había oído decir que el mar era muy bonito. Mi padre y mi madre accedieron diciendo que quizá se pudiera descansar de la tierra, pero nunca de los animales, y que ellos no se podían mover.

Emprendimos el viaje de noche para no cansar tanto a la mula. Recorrimos trechos a pie y otros encima del carro. Fue un camino de luna y canciones, y vimos salir el sol. ¡Qué contentos estábamos! Acampamos en una playa de Salou, junto a un pinar. Dormíamos al raso, bajo una sábana. La tía montaba un fogón con tres piedras y preparaba una cazuela de arroz para comer; para cenar nos conformábamos con unas patatas a la brasa o pan con tomate y una tortilla. Pasamos aquellos días de mar y de arena, de juegos, carreras, risas y canciones como si no tuviésemos penas. Volvimos a casa al cabo de ocho días. Me pareció que hacía mucho que no veía a mis padres, y también que había crecido.

Me gustaba coger el tren. Subir era empezar una aventura, ver caras nuevas, vivir todo aquel bullicio de gente, maletas, paquetes, cestas... y siempre, antes de bajar el gran escalón, levantaba la vista al cielo y dejaba vagar la mirada... No íbamos a ninguna parte. El final del viaje

sabíamos que era como caer en un pozo: solo veía rostros afligidos con los ojos tristes, que parecían mirar al fondo del mismo. Al principio del trayecto algunas mujeres lanzaron trozos de papel con sus nombres y las direcciones de casa, pidiendo que les hiciesen llegar la noticia de que se las llevaban en un tren sin saber hacia dónde. Las lucecitas que representaban aquellos papeles, a medida que avanzaba el tren, se fueron apagando.

Como no había asientos suficientes para todas, algunas ocuparon el suelo y nos fuimos turnando. Hacía muchas horas que habíamos iniciado el viaje cuando empezamos a pedir ir al lavabo. La primera mujer que se levantó apenas podía mantenerse en pie.

Al volver del lavabo, Tití se sentó a mi lado.

—Va, ve tú ahora, y después hablamos —murmuró.

3

Cuando me levanté tomé conciencia de mi debilidad y me costó mucho llegar al lavabo. Abrí la ventana y me sorprendió que no estuviese atrancada. Se trataba de abrirla, saltar procurando no hacerse daño y ver cómo desaparecía el tren.

—¿Qué te parece? —me preguntó Tití.

—Hay una posibilidad de fuga muy clara —le contesté, muy bajo.

—Pero...

—Pero solo para una, enseguida se darán cuenta si alguien entra y no sale —le dije convencida.

Nos quedamos en silencio hasta que las dos miramos a la misma presa, una chica judía, y dijimos ambas que sí con la cabeza. Me parecía mucho más joven que yo, que tenía veintiocho años, y sabíamos que estaba condenada a muerte. A ratos lloraba en silencio, sin sollozos, como si no quisiera molestar.

En cuanto lo decidimos la cosa fue rápida. Tití le dijo algo al oído y al principio me pareció que no entendía lo que habíamos pensado. Enseguida hizo que se levantara y la acompañó al servicio.

—¿Adónde nos lleváis? —preguntó Tití a dos SS, sin recibir respuesta alguna—. Lo sabremos cuando lleguemos, ¿no? ¿Qué importa entonces que nos lo digáis ahora? —insistió.

Después de pasar junto a los SS y hablar con otras mujeres llamando la atención, volvió a sentarse a mi lado. El espacio que ocupaba la chica judía había quedado lleno. Hicimos correr la voz y con los ojos nos sonreímos las unas a las otras. Después procuramos dormir un rato.

Me costaba recordar cuándo empecé a trabajar en el campo, había ido toda la vida. Quizá fue a los ocho años cuando me dieron el primer cesto y un hocinillo en la época de la vendimia. ¡Qué contenta me puse!

A los catorce años acabé el colegio, y aquel verano me pareció muy largo. Empezaba el otoño cuando hablé con mis padres.

—A mí me gustaría estudiar, como Lluís.

—Neus, ya sabes que no tenemos dinero suficiente para pagar más estudios —me contestó mi padre.

—Pero no es justo... —protesté.

—No es justo, pero no podemos hacer nada.

—Me gustaría ser enfermera —añadí suavemente.

—Neus, ¿no has oído a tu padre? —dijo mi madre.

—¿Qué haré entonces? ¿Ir al campo cada día?

—Es lo que hice yo hasta que me casé.

—Pero yo no quiero ser como usted, madre.

Ella se tapó la cara con las manos y me supo mal haber dicho eso.

—También puedes ir a coser —dijo, intentando calmarse.

—¿Pero si no me gusta coser!

—Es lo que hacen todas las chicas de tu edad. ¿No lo ves?

—Madre...

—Neus, también continuarás con el teatro —dijo mi padre mientras se levantaba.

—Ah, sí, con eso ya cuento, ¡pero de mayor no quiero ser campesina!

—Ahora tengo que ir a abrir la barbería, Neus.

Salí tras él, no podía quedarme con mi madre en la cocina. No quería continuar aquella conversación, sentía que me ahogaba.

Los viernes por la tarde, y los sábados durante todo el día, mi padre abría la barbería, que estaba en la entrada de la casa. Atendía a hombres y mujeres. Sabía manejar muy bien las tijeras. De hecho, en todo Els Guiamets nadie cortaba el pelo *à la garçon*, que era lo que se llevaba entonces, tan bien como él.

El comedor de casa daba a la barbería por una ventana pequeña. Yo me sentaba allí, escuchaba y seguía sus movimientos en la distancia. Había algunos días tranquilos, pero la mayoría eran días de fuertes discusiones. ¡Cómo se crispaban, como disfrutaba yo! ¡Aquello era el ágora! Yo de mayor quería ser como él, que sabía discutir muy bien.

A los diez años mi padre hizo una huelga. Hacía de jornalero para mi tío y, como trabajaban mucho y cobraban poco, dijo que no seguía si no cambiaban las condiciones. Mi tío aumentó el jornal a todo el mundo y decidió subir más el de su sobrino, pero mi padre le dijo que no, que él era un jornalero como los demás y que no quería ningún privilegio.

Su ejemplo, lo que él me contaba y lo que le oía decir en la barbería iban haciendo madurar sus ideas en mi interior. Mi madre era anticlerical y mi padre ateo, pero los dos iban a misa. A mí me gustaba ir porque cantaba en el coro, como hacía mi padre y había hecho mi abuelo. La directora era muy exigente y yo me encontraba a gusto, concentrada en modular la voz. Cuando salíamos de misa mi padre me explicaba por qué aquel sermón no había sido bueno, y yo le escuchaba embelesada. Era consciente de que me estaba enseñando a ser una mujer independiente, y me insistía sobre todo en que no debía sentir celos, y en que nadie está por encima de nadie, que no bajase los ojos ante persona alguna.

Pero yo tenía celos... Lluís estudiaba para maestro, y en cambio yo no me podía mover de la tierra ni de Els Guiamets, y no sabía cómo conformarme. De todas maneras la tierra me gustaba. Yo cuidaba el huerto, y no dejaba que mi padre se acercase. Como quería dinero, además de trabajar en nuestra tierra, cuando podía iba también de jornalera.

Aquel año, en la época de la poda, las chicas que íbamos a ir decidimos hacer huelga. En el lavadero era donde hablábamos y discutíamos las mujeres, como si fuésemos a arreglar el mundo. Lo último que teníamos en la cabeza era la ropa que reblandecíamos, frotábamos y aclarábamos maquinalmente.

El caso es que después de darle vueltas durante una semana entera, cuando nos vimos delante del patrón la boba que se suponía que nos representaba a todas se echó atrás. Nadie abrió la boca y a mí se me subió la sangre a la cabeza.

—Mire, señor, queremos cobrar igual que los hombres —dije forzando la voz.

—Caramba, señorita Català... —contestó, muy sorprendido.

—No hablo por mí, sino en nombre de todas las que estamos aquí delante y las que usted quiere contratar para podar. O cobramos como los hombres, o se busca usted hombres.

El patrón se cruzó de brazos y nos miró muy serio. Yo tragué saliva.

—Hecho —contestó después de unos segundos, y me tendió la mano. Yo se la estreché sin poder reprimir una sonrisa.

Por la tarde, cuando llegué a casa, a mi madre ya se lo habían contado todo, y me dijo que era la comidilla del vecindario: «¡Neus es igual que su padre!».

Aguanté un año. Trabajaba bien la tierra, pero me sentía incapaz de continuar cada día de sol a sol sin jornal. Volví a hablar con mis padres. Siempre les ayudaría, pero yo quería un trabajo.

4

Pasó un día entero y una noche y nadie echó en falta a la chica judía. Por una parte estaba contenta, pero por otra sufría por si se había hecho daño, por si alguien la acogería... aunque cualquier cosa me parecía mejor que no haber saltado por aquella ventana.

El tren avanzaba. Abrimos las maletas, nos pusimos más prendas de ropa, nos cogimos del brazo y viajamos las unas apoyadas en las otras. En un solo día, nuestros cuerpos se apagaron. Levantaba la vista y veía rostros apagados, miradas perdidas, sin un ápice de la vitalidad que teníamos aún en la prisión de Limoges.

Cuando aparecieron con un saco de pan revivimos un poco. Una de las presas fue la encargada de repartirlo. Pasó entre nosotras, extendimos las manos y nos dio un trozo de pan negro completamente seco.

Empezamos a roerlo. Todas con el pan en la mano, todas mirándolo, mirándonos. Comimos muy despacio. La mujer que yo tenía delante lo dividió en dos pedazos y se guardó la mitad en un bolsillo. Seguía el trayecto y no sacaba la mano del bolsillo.

El día que empecé a trabajar en la cooperativa del pueblo, Isabel me dio un delantal largo hasta los pies, con un bolsillo grande, y yo pensé en mi padre, en cómo se preparaba los días que tenía que abrir la barbería. Aparecía limpio y afeitado, con una bata blanca de tres cuartos, pantalones blancos y alpargatas también blancas.

Yo me anudaba un delantal. Hacía de dependienta. Despachaba aceite, vino, arroz, garbanzos, tocino... los días de más trabajo eran los que teníamos carne, que se vendía en cuestión de horas. Pero lo que me gustaba más de todo era cuando me sentaba en un rincón, de espaldas al mostrador, y hacía los números. Me concentraba tanto que a veces no oía si entraba alguien. Iba apuntando las cifras con lápiz, deprisa y segura, y las repasaba una y otra vez, y cuando tenía tiempo libre sacaba los libros que guardaba escondidos.

—¿Qué toca hoy? ¿Enfermería o teatro? —me preguntaba Isabel, socarrona.

—De momento, teatro.

—¿De verdad crees que serás actriz?

—Claro que sí, actriz y enfermera —exclamé.

Me apasionaban las dos cosas. No recuerdo haberme preguntado nunca qué sería de mayor, la pregunta constante era cómo lo conseguiría.

Desde que tenía conciencia veía a la abuela Rosa trasteando con tarros de hierbas arriba y abajo. En mi recuerdo están el movimiento rápido de su mano artrítica destapando el bote, y el aroma que fluía de él. A veces, cuando estaba en su casa, la acompañaba a buscar las hierbas que

necesitaba y las ponía en un cucurucho. Seguramente me hacía mayor, porque escuchaba con mucha atención lo que le decía a la señora que le había pedido algún remedio. Tenía hierbas para el dolor de tripa, de garganta, de muelas y los problemas de orina; para calenturas y orzuelos, para sabañones, lumbagos y llagas. Para curar estas últimas metía hojas de lirio blanco en alcohol. Para el dolor de huesos recomendaba friegas con espíritu de vino, espliego y romero. Los remedios con hierbas recomendaba aplicarlos con friegas o compresas, o en infusiones, vahos e incluso lavativas. Yo la escuchaba...

A veces no sabes de dónde te salen las cosas pero otras veces es evidente y es que, además de ver a la abuela con las hierbas, mi padre era quien ponía las inyecciones en el pueblo. No había pensado nunca en ello y, fatigada por un largo viaje que me alejaba cada vez más de mi casa, me preguntaba cómo podía ser que mi padre, que no fue a la escuela, supiese tantas cosas. Cuando venía el médico a Els Guiamets, que era solo de vez en cuando, él lo acompañaba. Mientras estaba ausente, mi padre visitaba a los enfermos que lo necesitaban. Cuando me dejaba acompañarlo yo miraba, siempre callada, cómo preparaba las inyecciones.

Trabajar en la tienda me permitió, de algún modo, empezar a volar del nido. Entendía que mis padres no pudiesen pagarme los estudios como habían hecho con Lluís, pero también tenía claro que aquello no tenía por qué determinar mi futuro. El sueldo de la cooperativa se lo daba a mi padre, que contrató un jornalero, y así sentía que cumplía con mi deber.

El horario de la tienda era mejor que el de la tierra y me dejaba dos tardes libres a la semana, que yo me apresuré en ocupar. Íbamos por los pueblos con el grupo de teatro, y así supe que en Capçanes había un médico que estaba enfermo y una enfermera retirada. Fui a verlos. Sola, emprendí por primera vez el camino con el convencimiento de que ellos me enseñarían. Y a partir de entonces, cada martes y cada jueves, hiciera el tiempo que hiciese, andaba media hora con el libro y un cesto de verduras del huerto. En el trayecto repasaba mentalmente la lección o el papel de la obra de teatro, y entre una cosa y otra, llegaba enseguida. Con ansias de absorber paisajes nuevos, caminaba convencida del camino que recorría.

—¿Qué creen? ¿Que me voy a quedar en Els Guiamets? —les decía muy a menudo a mis padres.

Y ellos no sabían si enfadarse o no.

En Capçanes me recibían con los brazos abiertos, y yo les alegraba un poco aquellas tardes. El médico me explicaba cuatro cosas, y era la enfermera la que me enseñaba y me hacía estudiar más. Ella se ocupaba de una chica con una tuberculosis de piel muy mala. La prohibaba y se había retirado para poderle dar todas las atenciones que necesitaba.

La primera vez que le cambié las vendas supe que sí, que en el mundo había un lugar para mí.

5

E estaba en el campo con mi padre y el jornalero. En la tierra siempre faltan manos y, aunque la rehuyese, siempre me reclamaba. Tenía dieciséis años, trabajaba, estudiaba, actuaba, y sentía que todo era posible.

De repente sonaron las campanas de una manera que no había oído nunca. Durante unos segundos fue como si el tiempo se detuviese, como si el repique de las campanas nos hubiese paralizado. En un primer momento no supe qué pasaba y, antes de que la alegría que se despertaba en mi padre me permitiera adivinarlo, oímos la voz de un primo que venía corriendo.

—¡Han proclamado la República! ¡La República! —gritaba, loco de alegría.

—¿Lo oyes, Neus? —me preguntó mi padre—. ¡La República! ¡Vamos al pueblo, vamos!

Andando rápidamente a su lado, pensé que nunca lo volvería a ver tan contento. Aquellos minutos fue completamente feliz.

Caminábamos muy deprisa, y en cuanto llegamos al pueblo corrimos hasta el ayuntamiento. Las campanas repicaban aún. La gente, alborotada, se había reunido en la plaza. El alcalde hablaba ante el ayuntamiento, y los «¡Viva la República!» resonaban por todas partes. Aunque la mayoría de la población fuese de derechas, se recibió la República con los brazos abiertos. En medio de todo aquel jolgorio, el alcalde, que era mi tío Domingo, hizo llamar a los integrantes de la banda municipal.

Los músicos fueron apareciendo con sus instrumentos. El director tardó más que los otros en llegar. Como no teníamos himno, les hicieron tocar *La Marsellesa*. «*Allons enfants de la Patrie, le jour de gloire est arrivé!*», era el único francés que yo sabía. Buena parte de la gente del pueblo y la banda —que sin uniforme no acababa de parecerlo— recorrimos Els Guiamets de arriba a abajo, siguiendo el recorrido habitual de las procesiones y las convocatorias de baile. Llorábamos y reíamos de emoción. El director y algunos músicos también lloraban a lágrima viva, pero del disgusto. Fue entonces cuando pensé que la República sería complicada.

Si hasta entonces las discusiones políticas tenían un papel primordial en nuestras vidas, ya fuese en la barbería o en el lavadero, a partir de entonces la República se convirtió en nuestra vida. ¡Vimos salir el sol, dejamos escapar los pájaros de la jaula, fue magnífico!

En casa teníamos República para comer y para cenar. Ni en chicos pensaba. Ni estaba para esas cosas ni me hacía ninguna ilusión el camino establecido: el noviazgo, casarse, dejar el coro y el teatro, tener hijos, trabajar la tierra, trabajar en casa... Excepto a Marta, mi amiga del alma, a las demás las veía todas iguales.

Los años de antes de la guerra fueron muy buenos. Trabajaba, estudiaba, hacía teatro y ayudaba en el campo. Siempre iba de un lado para otro y lo mejor de todo era el trayecto a Capçanes para estudiar. En la tienda teníamos más productos, ¡durante la República también se comía mejor! El teatro unía a todo el grupo de jóvenes del pueblo, pero además me convirtió en lectora, y en mi propia lengua, yo que había aprendido a leer en castellano, aunque doña Pepita se saltase la norma.

Para lo que no tenía mucho tiempo era para estar en la barbería, con lo que me había gustado antes... Ya no era una niña que pudiese escuchar en el alféizar de la ventana, era una chica con opiniones firmes, y la barbería, más que un ágora, se había convertido en un campo de batalla.

Lo mejor de aquellos años fueron las fiestas mayores. Todos los del grupo del teatro nos subíamos a una camioneta abierta, en el caso de que nos contratasen, o íbamos en carro y a pie, si íbamos por nuestra cuenta, y actuábamos en Darmós, Capçanes, El Masroig, Marçà, Bellmunt del Priorat, ¡incluso en Falset! Llevábamos auestas vestidos y decorados y durante el trayecto cantábamos. Teníamos el día y la noche por delante, y acabábamos entre aplausos.

Pasaron cinco años como un suspiro y llegó el día de las elecciones generales de febrero de 1936. Era domingo y el cura, al acabar la misa, se despidió diciendo que había que ir a votar, y que actuásemos como sabíamos que se debía hacer. El silencio fue sepulcral. Al salir siempre había un poco de tertulia en la plaza de la iglesia. El cura estaba hablando con unos hombres cuando la abuela, que era muy de misa, se acercó a él.

—Ahí dentro usted es el servidor de Dios, y aquí fuera todos somos iguales. Yo no sé si iré a votar, porque no conozco mucho todo ese asunto, pero si voto, lo haré por los pobres, porque van descalzos como iba Jesús —exclamó indignada.

El cura, que era mejor persona que el último que habíamos tenido, y que seguramente hablaba manipulado por los caciques del pueblo, bajó los ojos y no contestó.

En Els Guiamets aquellas elecciones las ganó el Front d'Esquerrres. Después del recuento, una delegación fue a casa de mi abuela a agradecerle su postura, y que la hubiese hecho pública. Ella no le dio importancia, pero a mí me gustó oír cómo la aplaudían en la calle.

Los alcaldes de izquierdas represaliados por los hechos del 6 de octubre de 1934 volvieron a ocupar sus cargos. Lo primero que hizo el tío Domingo fue llamar a la banda municipal del pueblo y pudimos comprobar, una vez más, que la alegría de unos desesperaba a los otros.

6

Hacia dos días que íbamos en el tren y estábamos aturcidas. Hablábamos en voz baja entre nosotras, no queríamos molestar a los SS, y nos habíamos hecho a la idea de que nos llevaban lejos, a Alemania. Yo volvía a llevar el pañuelo atado a la mandíbula, porque aún me dolía. Miraba mis pies y los de Tití y los calcetines que llevábamos me hablaban de Albert, del exilio y de la Guerra Civil española. ¿Cómo era posible que estuviese tan lejos de casa?

En verano seguía trabajando y estudiando y era cuando teníamos más representaciones. Habíamos estrenado *L'hereu escampa*, de Santiago Rusiñol, y habíamos empezado la gira por los pueblos de los alrededores.

Un día que debía haber sido como cualquier otro, un día que estábamos encerrados en la rectoría ensayando y revisando el vestuario que habíamos alquilado, de repente entró el padre de una de las chicas. Todos lo miramos: venía resoplando y se quedó mudo sujetando la puerta.

—Padre, ¿ha pasado algo? Tiene mala cara —le preguntó la hija, preocupada.

—...

—¿Padre? —repitió, acercándose.

—Dejadme que os mire un momento más —contestó, negando con la cabeza y apretando los labios—. Supongo que no hay otra manera de decirlo. Chicos... ha estallado la guerra.

Yo estrujé la ropa que llevaba en las manos. Algunos se llevaron las manos a la cabeza, otros empezaron a dar vueltas, yo me senté. Pepito dio una patada a un baúl y desapareció. Nadie dijo nada.

Aún tenía la ropa en las manos, así que fui hacia el baúl y la guardé. Marta me siguió e hizo lo mismo. Entre todos recogimos en un momento. Cerramos la puerta de la rectoría y nos fuimos a casa.

Al cabo de pocos días vimos partir a nuestros hermanos, primos, vecinos, compañeros del grupo de teatro... Iban con ilusión, si es que eso es posible. Verles marchar era esperanzador y triste a la vez.

Yo no podía quedarme sin hacer nada, así que enseguida tuve bien claro que los jóvenes que quedábamos —cuatro comunistas, cuatro republicanos y cuatro socialistas— nos teníamos que organizar. Yo siempre predicaba a favor del comunismo, como mi padre, pero ahora tenía que hacerlo de otra manera, y solo veía una posibilidad.

Una mañana me levanté y escribí de corrido.

El pueblo de Els Guiamets hace un llamamiento a todos los jóvenes que quieran defender la República, que quieran darle apoyo y que tengan muchas ganas de trabajar y ayudar a los que ya luchan por nosotros, para que nos reunamos en la cooperativa hoy mismo a las ocho de la tarde.

¡Viva la República! ¡Viva Catalunya!

Lo releí y volví a escribir el mismo texto pero con letra más cuidada y más grande. Le llevé

el mensaje al cartero, que era tío mío pero con unas convicciones contrarias a las mías, y el encargado de hacer los pregones del pueblo. Leyó en silencio el llamamiento y me miró con mucha rabia.

Antes de las ocho, en la plaza ya éramos un buen grupo entre los chicos más jóvenes que no habían ido a la guerra y algunas chicas. Entre todos decidimos constituir las Juventuts Socialistes Unificades de Catalunya (JSUC) de Els Guiamets. Me encontré liderando aquel proceso. Yo, que tenía ansias de irme del pueblo, me sentí anclada.

—¿Por dónde empezamos?

—Por lo que convenga —dije.

—¿Y qué es lo que más conviene?

—Muchas cosas, sobre todo en el frente.

—Pero ¿qué podemos hacer nosotros por los que están en el frente?

Pasábamos las horas reunidos, dando vueltas a cuatro ideas. Hicimos una colecta y compramos lana en Reus para tejer calcetines y jerséis para los soldados que estaban en el frente. ¡Movilizamos al pueblo entero! Aquellos fueron unos días y unas noches de muchas conversaciones, tejiendo para afrontar el duro invierno que nos esperaba.

Se llevaron a cabo colectivizaciones agrarias de la tierra, que se quitaba a los ricos, y se crearon nuevas cooperativas. Pero temblábamos solo de pensar que algún grupo de incontrolados de la CNT-FAI entrase en el pueblo. En septiembre, los del omnibús de la muerte entraron en Falset. Eran unos pistoleros que iban en un autobús negro con calaveras pintadas y, en nombre de las colectivizaciones, mataron a veintisiete vecinos; sabíamos que había otros grupos.

Estaba en casa de Marta, tejiendo unos calcetines, cuando oímos muchas voces de vecinos en la calle. Un campesino había vuelto del campo corriendo y llamó a toda prisa a todas las puertas que encontró a su paso.

—¡Vienen hacia aquí! ¡Están muy cerca! —gritaba entre jadeos.

La gente salió de su casa y enseguida corrió la voz. Los jóvenes nos reunimos ante la rectoría y, cuando quisimos darnos cuenta, el pueblo había quedado desierto.

Al oírlos nos escondimos en una calle cercana. Fueron muy rápidos, cogieron los archivos del ayuntamiento y la iglesia y los quemaron. Nos acercamos. Iban armados con pistolas, daban miedo, pero nos dolió tan profundamente ver quemar la documentación del pueblo que reunimos el valor necesario.

—¡O salimos o nos quitarán las cosechas! —gritamos por las calles.

En aquellos momentos no importaba si éramos de derechas o de izquierdas. Éramos, sencilla y llanamente, gente que vivía de la tierra, y sabíamos que los nuestros nos seguían desde detrás de las cortinas.

—¡Salid, no podéis dejar que hagan lo que quieran!

—¡Venid con cualquier cosa para poder defendernos!

Y cuando vi la sombra de una hoz en la entrada de una casa, cogí aire y pensé que atacaríamos si era necesario. Hombres y mujeres salían ya a la calle. Quien no llevaba una hoz llevaba un cuchillo o un hacha. Cuando fui plenamente consciente de que de la nada surgía una milicia popular, fui a toda prisa al teléfono público: nosotros teníamos que hacernos con él. Sospechaba de la telefonista, creía que era colaboradora de la CNTFAI, así que yo misma pedí ayuda a Reus.

Un grupo capitaneado por uno de nuestros jóvenes rodeó el ayuntamiento y consiguió que no siguiesen entrando. Los de la CNT-FAI, ante las caras amenazadoras y las herramientas de trabajo alzadas, se dirigieron hacia la cooperativa. Allí les esperaba, heroico, Francesc Pedrol,

que les hizo frente entre las dos calles que bajaban a la cooperativa con dos granadas de mano. Los demás lo mirábamos. Ya no había gritos ni caos, solo una intensa y silenciosa tensión. Cuando llegaron los refuerzos de Reus, los de la CNT-FAI tuvieron que retirarse y los del pueblo nos abrazamos emocionados por haber salvado nuestras cosechas.

7

Después de ganar aquella batalla, me sentía morir en el pueblo. Ya no trabajaba en la cooperativa: ¡no había nada que vender! Antes de la guerra estudiaba para presentarme a un examen que me permitiera acceder a la escuela de enfermeras de la Generalitat, y también me preparaba para ingresar en una escuela de teatro. Me había quedado sin nada.

Una mañana fui al corral, me senté en un escalón y me descalcé. Por miedo a la llegada de la CNT-FAI se habían matado muchos animales, los conejos y las gallinas los conservábamos en sal y nos habíamos quedado sin huevos. Desde que tenía conciencia acudía siempre al corral por las mañanas. Una vez este quedó vacío, quedaron vacías las manos y vacíos los días.

Yo era la mayor del grupo de las JSUC. Mis veintiún años, frente a los dieciséis o diecisiete de los demás, me parecían una barbaridad. Empezaba a marchitarme, y Visitación era la única que me distraía de aquel aletargamiento. Habían llegado a Els Guiamets algunos refugiados del resto de España. Les entregamos las casas que la CNT-FAI había arrebatado a los ricos, y convivíamos en armonía. Visi y yo nos hicimos amigas, y un día, muy seria y solemne, me pidió un favor.

—Necesito que me escribas una carta.

—Claro, cuando quieras.

—Es que no sé escribir, ya lo ves, es una lástima... —me explicó, bajando la mirada.

—No te preocupes, a escribir se aprende, yo te enseñaré. De momento te escribo la carta. Va. ¿Para quién es? —le dije con voz animosa.

—Para mi novio.

Era divertido porque ella tenía muy claro lo que quería decir, pero yo la alenté a añadir más cosas. Nos reíamos mucho y, cada vez que empezábamos una carta, nos pasábamos con ella una hora. Cuando nos separábamos, la alegría de Visi desaparecía, y lo que yo sentía era melancolía, esa melancolía triste y extraña de quien nunca ha estado enamorada. Había flirteado un poco con Pepito, una especie de donjuán de derechas, pero aquello no fue enamoramiento sino más bien tozudez. Él flirteaba con muchas chicas y yo me empecé en enamorarle, pero no le quería.

Tengo que irme.

Tengo que irme.

Tengo que irme.

El vacío se me llenaba de ecos que me obsesionaban todo el día, hasta que tomé la decisión. Me había informado bien y estaba al tanto de todo. Lo más difícil sería decírselo a mis padres. Tenía que encontrar el momento.

Fui a ver a mi abuela, que, aunque se hacía mayor, continuaba siendo intrépida, subiendo y bajando las escaleras con sus tarros de hierbas. En su casa no pasaba el tiempo y a su lado yo me serenaba.

—Neus, hay algo que no me cuentas... —me dijo metiéndome el pelo detrás de las orejas, y yo no le respondí.

Cuando nos despedimos le di dos besos y me contuve para no abrazarla, pero ella, que era

más lista que el hambre, me abrazó como si se despidiese de un hijo que se va a la guerra.

En casa el escenario fue la cocina. Me senté a la mesa y observé cómo trajinaba mi madre. Nuestra cocina era su mundo, y en él se movía como una reina. Yo la miraba y pensaba en su dolor, en el que no expresaba, en las dos hijas muertas que había llevado en su vientre y que echaría de menos toda la vida. Lluís estaba en el frente, y su única hija, la ciruelita negra, le daría un gran disgusto que quizá tampoco expresaría. Cocinaba con movimientos silenciosos, ahora me daba cuenta, no hacía ningún ruido. Oía el crepitar del fuego, el cuchillo contra la madera, el tintineo de la aceitera en el plato... pero de una manera casi imperceptible. Cuando llegó mi padre lo solté, sin preámbulos.

—Voy a alistarme. Quiero ser enfermera en el frente.

No fui dulce ni sentenciosa, me pareció que hablaba con voz neutra, o al menos eso era lo que pretendía. Los dos me miraron y yo los fui mirando alternativamente. Creo que estaba algo encogida. De hecho, así era como me sentía. Los miré como si tuviese diez años y hubiese confesado una travesura, pero era consciente de que no recibiría castigo alguno. No sé qué respuesta esperaba de ellos. Mi madre llenó un vaso de agua y se lo bebió entero. Mi padre se movió inquieto por la cocina. Mi madre se quedó con el vaso vacío en la mano y mi padre caminaba de un lado para otro. Yo cogí el vaso de la mano de mi madre e iba a dejarlo en el fregadero cuando mi padre dio un puñetazo en la mesa y exclamó:

—¡Demonio de cría!

La tensión desapareció y puse la mesa.

Me fui a dormir inquieta. Mi madre me preguntó cuándo y yo le respondí que pronto. Quería ir a otro de los encuentros que organizábamos las JSUC en los pueblos de los alrededores y despedirme, pero estaba bien informada y tenía muy claro mi destino: la unidad miliciana llamada «19 de Julio», que debía recibir la instrucción en el cuartel del parque de la Ciudadela y estaba destinada a reforzar la columna Karl Marx, en el frente de Aragón. Con veintiún años empezaba a sentirme, otra vez, una joven ilusionada.

Todo el mundo en el pueblo sabía que me iba, y ya tenía la maleta medio preparada cuando el 29 de septiembre oyeron en la radio que Largo Caballero, el presidente del gobierno, excluía a las mujeres del combate y las destinaba a la retaguardia según el decreto de militarización de las milicias.

Me vinieron a buscar desde la cooperativa, donde estaba la radio, para que lo oyese. Volví a casa corriendo y me encerré en mi habitación con ganas de llorar, pero la rabia me las reprimía. No sabía cómo romper aquel estado de desesperación, y que mi madre llamase a la puerta y me suplicase que le abriese me puso negra. Después también vino mi padre.

No podía abrir, no podía hablar, no podía pensar.

Un rato más tarde volvió mi padre y le oí desde el otro lado de la puerta, rotundo.

—¡No habría imaginado nunca que tu sueño acabase aquí!

Más tarde, sosegada, bajé a cenar. Me esperaban a la mesa. Sin decir nada les di un beso a cada uno. Ellos estaban contentos y yo me sentía agradecida porque, aunque sabía que no querían que me fuese, no me habían puesto ninguna pega. Buscaría otro camino, volvería a Capçanes a reforzar todo lo que había aprendido, me prepararía muy bien para poder ir a un hospital de guerra. Cuanto más lo pensaba, más claro lo veía. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Mis padres no sufrirían, más bien estarían orgullosos de mí. Aquella misma noche volví a estudiar. *La enfermera moderna*, del doctor Baltasar Pijoan, era mi biblia. No sabía cómo ni cuándo me iría, pero sabía que en Els Guiamets ya había hecho todo lo que podía hacer.

Hasta finales de mayo de 1937 no surgió la oportunidad. Me fui con un grupo del PSUC de

Barcelona que dio un mítin en Els Guiamets. Ellos me dijeron que me encontrarían trabajo, y que mientras podría alojarme en casa de unos parientes de Avelina, la mujer con la que se había casado Lluís antes de la guerra.

Mis padres querían acompañarme a la estación, pero yo me negué. Me iba con un grupo de jóvenes alborotados, y preferí despedirme de ellos en casa. Salí con una maleta de cartón en una mano y un hato en la otra. Miré hacia atrás y ellos seguían inmóviles delante de la puerta.

Por primera vez cogí un tren yo sola. Sin miedo y desbordada de ilusión emprendía mi primer viaje. Qué lejos quedaba aquella Neus que se asomaba a la ventana y dejaba atrás campos de viñas y olivos de la Neus desfallecida, encerrada en un vagón lleno de mujeres, con los ojos clavados en el fondo de una noche que no se acababa nunca.

8

L legamos a Barcelona al anochecer. La estación de Francia me pareció inmensa. Quería andar despacio para poder verlo todo bien, pero aquel grupo me arrastraba hacia delante. Empezaba mi vida adulta y me sentía como una niña que descubría el mundo. Los edificios me parecieron muy altos, y las calles muy anchas. El cielo estaba oscuro, pero había mil puntos de luz y un montón de gente por la calle. No había visto en toda mi vida tanta gente como en los quince primeros minutos que pasé en la ciudad.

Un chico me acompañó a casa de los familiares de mi cuñada. Fueron muy amables conmigo, pero yo no respiré tranquila hasta que pude cerrar la puerta de aquella habitación desconocida. En la cabecera de la cama había un crucifijo que me producía un respeto extraño, casi miedo... Inspiré profundamente, abrí la maleta y el hato que llevaba y saqué una bolsita que llevaba colgada de un cordón al cuello, por debajo de la ropa: mis magros ahorros. Cuando me metí en la cama todavía respiraba hondo. Empezaba una nueva vida y, a pesar de las circunstancias, me sentía contenta.

Después de dos días dando vueltas, me dirigí a la Consejería de la Asistencia Social y me enviaron a Cal Comte, una residencia para ancianos refugiados. Estuve ocho días en casa de los parientes y, al cabo, maleta, hato y una servidora nos fuimos a vivir a la residencia.

Era un caserón imponente. Se llegaba por un paseo bordeado de palmeras y, si la casa era grande, el terreno era inmenso. Había un jardín, un bosque, un lago, el huerto, los campos de trigo y las viñas. Todo ello ocupaba desde la calle Providencia hasta travesera de Gracia.

La majestuosidad del edificio desaparecía en cuanto entrabas. Se había adaptado una planta para los refugiados españoles. Yo llegaba como ayudante de enfermera, y nada más entrar y ver todo aquel despliegue de camas y tantos viejos desmoralizados me sentí desbordante de vitalidad.

Una enfermera me acompañó a una habitación muy pequeña donde había dos camas, y me dio la impresión de que era un antiguo cuarto de servicio. Dejé la maleta y el hato, pero no tuve tiempo de deshacerlo.

—¡Venga, deprisa, estás en las nubes! —me dijo. Me dio el uniforme y desapareció.

Me peiné, me lavé las manos, me quité la ropa y me puse el uniforme. Fue un momento memorable.

Las medias blancas.

El vestido blanco.

Las zapatillas blancas.

El delantal blanco.

Cofia no tenía.

Estiré bien el vestido, como si lo planchara con las manos.

Salí a servir al mundo que me esperaba.

Enseguida me acostumbré a aquel uniforme blanco, a las curas, a los ojos tristes. La parte técnica la dominaba: tomar la presión, dar medicamentos, poner inyecciones, hacer curas, muchas curas. Lo que no fue tan fácil, aunque me salía de manera natural, era animar a aquellas personas que se encontraban en una situación insólita: lejos de casa, desesperanzadas.

Llegaba a cada cama con una sonrisa y un castellano que no dominaba, cosa que a menudo nos servía de excusa para reírnos. No sé si las personas somos afectuosas o nos volvemos así. Sé que ellos necesitaban afecto y que, cuanta más necesidad veía, más afecto podía ofrecer.

Cuidar a aquellas personas era ser una profesional eficaz, o al menos intentarlo, pero también lo era aprender a darles la mano, descubrir que estar cansado no es lo más importante, saber con quién has de volver cuando acabas tu larguísimo turno porque realmente lo necesita.

Después de unos primeros días muy intensos decidí trabajar de firme para ser una buena enfermera y me apunté a la academia del doctor Font, en las Ramblas, para sacarme la diplomatura.

Hacía días que andaba por Barcelona, pero solo trabajaba y no había podido pasear por la gran ciudad. Caminar por las Ramblas, a pesar de la guerra, me encantó. Miré con atención todos aquellos rostros diferentes, me tropecé con muchos ojos, a los que saludaba tímidamente con la mirada. Me embelesaba mirando. Hombres ancianos con sombrero, señoras muy arregladas, niños desarraigados, mujeres apresuradas, bebés en cochecitos... hasta que me topé con una chica que, como yo, llevaba libros en la mano, e intercambiamos una sonrisa.

Trabajaba muy a gusto de ayudante de enfermera, pero lo que yo hacía lo podía hacer cualquiera, así que decidí buscar una manera mejor de ejercer mi profesión. Con los tiempos que corrían solo encontraba una respuesta: estudiar para ser enfermera de sangre. Quise especializarme en el cuerpo de urgencias, donde nos preparaban para trabajar incluso sin medios si era necesario. Tarde o temprano me acercaría al frente, donde más falta hacíamos las enfermeras.

Trabajaba de lunes a sábado en la residencia, acudía dos tardes a la semana a la academia y una tarde a la semana hacía prácticas en el hospital Clínico. Por las noches estudiaba. Me quedaba un solo día para dedicarme al partido, pues nada más llegar me había afiliado al PSUC. Los domingos por la mañana celebrábamos mítines improvisados. Íbamos con el camión de acá para allá, parábamos cerca de los mercados. Desde la caja del camión hablábamos ahora uno, ahora otro, y mucha gente nos escuchaba.

Cuando veíamos correr a los perros —gatos ya no quedaban— sabíamos que enseguida sonarían las sirenas. Entonces la gente corría a los refugios, cuando los perros ya habían llegado. Y cuando empezaban los bombardeos, algunos nos refugiábamos debajo del camión, sin más. Si tenía que morir era mejor hacerlo en la superficie de la tierra, y no en una madriguera. Y no sé por qué, pero miedo no tenía, era como si supiera que no me había llegado la hora, todavía no, porque apenas empezaba a caminar.

Un día cayó una bomba junto al hospital Clínico, y la explosión me tiró al suelo. Tal como caí, me quedé, inmóvil. A ratos abría los ojos, a ratos los cerraba. El tiempo, allí echada, tenía otra dimensión. A veces era como si los ruidos de la ciudad herida se me incrustasen en el alma y me resonasen por dentro; a veces era como si viese, de lejos, una película antigua, sin sonido. De lo que era consciente era de la muerte, de la posibilidad de morir absurdamente de un momento a

otro, dejando el rastro de unos apuntes que volaban, desperdigados, por la calle. Pero también era consciente de que me dolía la mejilla, las rodillas, el brazo; de que me costaba moverme...

No me planteé ir a ayudar a nadie, ya que había un dispositivo preparado para ello y mi cuerpo no reaccionaba. No sé cuánto rato permanecí con el cuerpo y el alma en el suelo. Al levantarme empecé a andar muy despacio, como si tuviera que aprender de nuevo. Volví a Cal Comte con el cuerpo entero y el alma dolorida, como si se me hubiese formado un callo.

Y aquella forma de andar —que quería ser segura, pero que vacilaba—, me hizo volver al vagón, a las sacudidas de aquel maldito tren que no sabíamos adónde nos llevaba.

SEGUNDA PARTE

Estoy detenido porque soy un hombre libre,
porque me he visto en la necesidad
de ejercer mi libertad y he asumido esa realidad.

JORGE SEMPRÚN , *El largo viaje*

1

Después de dos largos días de viaje, el tren se detuvo en Compiègne. Poco a poco fuimos saliendo del estado de semiinconsciencia en el que nos encontrábamos, a medio camino entre el sueño y el agotamiento. Yo estaba sentada al lado de la ventana, y miraba aquella estación como si me pudiese dar alguna respuesta. No nos movíamos... nos parecía que aquella era la parada definitiva, pero no nos hacían bajar.

Delante de nosotras había un tren de transporte de ganado lleno de personas. Las compañeras nos mirábamos las unas a las otras. Los rumores y las pesadillas acababan de hacerse realidad, una realidad inasumible. Permanecemos en silencio.

De la tronera del tren de enfrente salían unos brazos que no paraban de moverse, era desesperante. Quizá fuese mejor no mirar, pero me resultaba imposible no hacerlo, me angustiaba volver la cara y mirar hacia otro lado cuando nos estaban reclamando así. Cada vez había más brazos que se movían, como si nos quisieran hablar. ¿Qué se podría decir?

Me puse tan nerviosa que miré en nuestro vagón y, como en aquel momento no había ningún SS vigilando, decidí sacar la cabeza por la ventanilla. En cuanto la abrí oí mi nombre pronunciado por muchas voces. No podía ser...

—¡Neus! ¡Neus! ¡Neus!

Las compañeras me miraron atónitas y yo no sabía qué pensar. Un SS se puso a mi lado y me indicó que cerrase la ventanilla, pero yo levanté las manos, pidiéndole una pausa con aquel gesto.

—Un momento, solo un momento —le supliqué.

Seguían gritando mi nombre. Me asomé a la ventanilla y las voces callaron. Miré con detenimiento aquella tronera hasta que algunos brazos desaparecieron y vi el rostro de Albert. Conmocionada, me asomé un poco más. No podía creer que mi tren me hubiese llevado tan cerca del suyo. El mundo era demasiado grande... y demasiado cruel.

Me quedé unos segundos confundida pero no soñaba ni deliraba. En aquel vagón de ganado estaba mi Albert, y lo llamé tan fuerte que él también me oyó, y sus ojos y los míos se encontraron justo en medio de aquella estación. Sus gestos eran los de un hombre desesperado; yo gritaba como no sabía que se pudiera gritar. Y no le decía nada, solo «¡Albert, Albert!». Él movía las manos y en aquellas manos estaba mi vida.

Me puse histérica, empecé a dar patadas y más patadas al vagón, gritando; le miraba con todo mi amor y toda mi rabia. Algunas compañeras se echaron a llorar. Nadie decía nada, pero la tensión la vivíamos todas.

Cuando su tren se puso en marcha, no sé qué fue lo que nos dijimos a gritos en aquel adiós tan doloroso. Miré el tren hasta que no fue más que un punto que desapareció. Entonces me retiré de la ventanilla hacia dentro y, al mirar al SS que tenía a mi lado, vi que caían lágrimas de sus ojos. Él cerró la ventanilla y yo pensé que no nos esperaba nada bueno.

En Compiègne nos llevaron al campo de Royallieu, una especie de campo de tránsito donde

había miles de presos esperando para ser transportados a otros campos.

En el cuartel adonde nos llevaron había centenares de mujeres. Fuimos entrando poco a poco y mirando aquel panorama, atónitas. No sabíamos dónde colocarnos. Todo el mundo miraba fijamente, las que ya estaban y las que entrábamos. Ellas se acercaban a nosotras y nos observaban.

Vi cómo una madre se reunía con su hija. Salió de nuestro grupo corriendo y la apretó con toda la fuerza que le quedaba. Al separarse, la mujer apartó el pelo de la cara de su hija, le acarició el rostro, los brazos, se agachó y le tocó todo el cuerpo. Le brotaron lágrimas de felicidad, y yo sentí un cierto alivio, un poco de esperanza.

—¡Neus!

Una mujer se me echó encima y no tuve tiempo ni de reconocerla. Deshice nuestro abrazo. Conocía aquella voz, pero no la situaba, y al verla fui yo quien la abracé muy fuerte. Era Blanca, una chica francesa que se había refugiado en Carsac y de la cual me había hecho muy amiga. No sabía ni que la hubiesen capturado, y tenerla a mi lado fue una gran sorpresa.

Nos apelotonamos en aquel enorme cuartel, donde pasamos las horas encerradas y apiñadas, sin aire ni higiene, esperando con ansiedad que nos trajeran algo para comer.

—No os hagáis ilusiones; un cuarto de kilo de pan y un cuarto de litro de agua.

—¿Cada cuánto? —preguntó una chica de nuestro vagón.

—Cada día —contestó una mujer con la cabeza inclinada, abrazándose a sí misma.

—Dios mío, esto es una locura...

—¡Los nazis están locos! —exclamó una mujer que quería gritar pero no tenía aliento.

—¿Y dónde están las letrinas?

—Hay unos agujeros en el suelo, allá al fondo. Es denigrante, pero hay un gran respeto entre todas nosotras —explicó una chica con la voz muy tierna.

Nos quedamos junto a las mujeres de nuestro vagón y yo me eché al lado de Blanca y Tití. Cuando ellas se durmieron, tuve ganas de moverme. Había alguna mujer que también andaba por allí, pero la mayoría estaban sentadas o echadas. Hablaban, dormían o lloraban, o tenían la mirada perdida en el infinito. Yo deambulaba, miraba los ojos de aquellas mujeres, y todos transmitían lo mismo: desconcierto y una enorme tristeza.

—¿Sabéis si hay españolas? —le pregunté a un grupo.

—Sí, ve hacia allí —contestó una mujer.

—¡Yo soy española! —gritó alguien detrás de mí.

¡Encontré a muchas! Había republicanas españolas y republicanas catalanas, todas habían participado en la Resistencia y nos sentimos muy hermanadas. Juntas recordamos episodios del pasado, porque era mejor eso que hablar del futuro que temíamos.

También conocí a algunas francesas, y me hice muy amiga de Geneviève de Gaulle. Ella acababa de hablar con otras mujeres y se sentó con nosotras.

—Te miraba mientras venías —le dije.

—¿Y qué pensabas?

—Que me habría gustado conocerte paseando por París. Que soy incapaz de imaginarme a cualquiera de nosotras paseando por la calle, yendo a cualquier sitio, con los zapatos limpios y un bolso.

—Ay, Neus... —dijo Tití.

—La vida pasada parece remota, y me cuesta imaginar un futuro donde recordemos este presente —sentenció Geneviève.

Y las horas, que en aquellas condiciones tenían una dimensión completamente distinta a las

de la vida normal, nos proporcionaron el regalo de una sincera y firme amistad.

Al cuarto día los SS entraron en el cuartel como unos animales, y salimos en rebaño.

—¡No os separéis! —dije a mis amigas.

—¿Qué nos van a hacer?

Solo teníamos preguntas.

Nos hicieron salir al patio y nos acorralaron. Un oficial de las SS actuaba como juez y fiscal, y el resto de los SS solo vigilaban. Empezó a pronunciar nombres y sentencias, sin juicio ni nada parecido.

Era desolador ver a tantos presos juntos y oír nombres y condenas duras o durísimas, nombres y condenas... hasta que oí decir Neige Català.

—Condenada a trabajos forzados a perpetuidad.

Las compañeras me miraron.

Yo me repetí a mí misma aquellas palabras.

«Condenada a trabajos forzados a perpetuidad. Qué pretenciosos son», pensé.

Y riendo como una loca, me defendí:

—¡Mientras hay vida hay esperanza!

2

Al día siguiente nos condujeron a la estación. Cargábamos nuestras maletas, única prenda de nuestro pasado. Éramos un millar de mujeres de distintas nacionalidades, las del convoy de las 27.000. Empezábamos a comprender la desmesura de nuestra tragedia; nos contaban de mil en mil. Mil mujeres sentenciadas, desmoralizadas, cansadas y famélicas.

Vernos en la estación con los trenes de carga de ganado...

—Esto es una pesadilla —se lamentó una mujer.

—¿Cómo nos puede estar pasando esto? —preguntó otra, frotándose la cara.

Yo no decía nada, no tenía palabras. La sensación que tuve al subir por una rampa a un vagón de ganado era que nos llevaban al matadero. Habíamos oído hablar de los campos de la muerte... Éramos presas políticas, y nos convencíamos de que nuestro destino tenía que ser una gran prisión, pero los campos, «*Lager*» los llamaban, sabíamos que eran otra cosa.

Nos metieron a ochenta mujeres dentro del vagón. Ochenta mujeres en un vagón de ganado solo caben amontonadas. A medida que íbamos subiendo los rostros se endurecían. Afligidas, desconsoladas y atormentadas, sentíamos los cuerpos de nuestras compañeras rozando el nuestro. Las maletas y paquetes también nos oprimían. Las miradas eran desoladoras; los ojos, aterrorizados, miraban perplejos el vagón como si fuese un pozo. Cuando lo cerraron todas quedamos en silencio escuchando el sonido del cerrojo con un escalofrío terrible. Fue como si se hiciese de noche.

—No estamos solas —dijo alguien.

—Pensad que nos tenemos las unas a las otras —añadió otra mujer con una voz que quería ser valerosa, pero que se le rompía.

Las primeras horas del trayecto las pasé concentrada en todo lo que había vivido los últimos días. Quería retener los detalles de lo que veía para cuando llegase el día en que lo pudiese denunciar. La cara del SS que dictaba sentencia, quién tenía a mi lado cuando anunciaron la mía, cómo gritaban y lloraban algunas mujeres...

Me dolía todo, tenía mucha hambre, estaba cansada y furiosa y aquel maldito tren no paraba.

Pasaban las horas y no llegábamos a ninguna parte, y nos decíamos que iba para largo, que nos llevaban a Alemania, y que Alemania es muy grande. Teníamos una tronera que medía 50x30 centímetros, me entretuve un rato tomando medidas mentalmente. Primero unas y luego otras nos acercábamos a ella, anhelando aire fresco. El tren no paraba y llegó el momento de ir al lavabo. En un bidón de carburo que se tambaleaba con el traqueteo del tren teníamos que hacer nuestras necesidades.

Para dormir nos organizamos. Nos sentábamos en el suelo por turnos, espalda con espalda, con las piernas encogidas, y dormíamos un rato, agotadas. El suelo estaba medio cubierto de paja y nos costaba respirar.

Si el primer día resultó largo, el segundo fue larguísimo.

—¿Alguien me puede decir por qué no para este tren? —gritó una mujer, como en un estado de agonía.

—¿Y de qué sirve que paren, si cuando paren no abren? —contestó otra mujer que casi no tenía voz.

—¿Por qué no abren estos cabrones? —añadió otra.

—Deben de llevarnos a Alemania.

—¡Si no paran para darnos algo de comer, llegaremos muertas a Alemania!

—¡Callad! —ordenó una mujer—. Por favor —añadió, con voz fina.

Pasaban las horas interminables, y el tren no paraba y, a pesar de la evidencia, no nos lo creíamos.

Como nos dolía todo, y principalmente los pies, a ratos nos descalzábamos. Una de las chicas que estaba al lado mismo del bidón, que al segundo día ya estaba lleno, se dio cuenta de que este se había derramado y tenía los zapatos llenos de heces.

—¡Qué horror! ¿Qué haré ahora? ¡Tengo los zapatos llenos de mierda! ¿No me oís?

A las demás nos dio un ataque de risa. Las carcajadas se hicieron estrepitosas, y la pobre chica también acabó riendo. Y cuando aquella alegría momentánea se fue apagando y se veía que nos íbamos a echar a llorar, alguna mujer inteligente empezó a cantar, y las demás nos apuntamos.

Cantamos hasta quedar exhaustas. Mientras cantábamos éramos felices. Yo pensé en el coro de la iglesia, en la vendimia, en la granja de Carsac y en el grupo de mujeres castigadas y valientes que éramos y en la fuerza que nos movía. Me gustaba imaginar que los hijos de puta de los nazis nos oían, me gustaba pensar que había un tren camino de un pozo que estaba lleno de esperanza.

Pero el tren no paraba.

Y no nos habían dado comida...

Ni bebida...

Ni comida...

Ni bebida...

Era lo que debían de hacer con los animales.

Ni comida.

Ni bebida.

Íbamos sucias y desgreñadas. El vagón apestaba, y nosotras también, y el aire no se regeneraba de ninguna manera. Estábamos tristes y desesperadas. El desfallecimiento físico, sobre todo en las mujeres mayores, nos llevaba al límite de nosotras mismas.

Había mujeres que lloraban, mujeres que gritaban, mujeres que rezaban y otras que gemían. Había mujeres que, como yo, permanecían en silencio, en el más absoluto silencio, con ganas de

taparse los oídos y huir de tantas agonías.
No quería pensar en Albert.

3

Al segundo día me miraba mucho las manos. Oprimida entre las demás mujeres o cerraba los ojos, o veía rostros exhaustos y asustados, o con la cabeza gacha me miraba las manos. Cuando cerraba los ojos los minutos se me hacían más largos. Cuando observaba a las demás mujeres me deprimía. Cuando me miraba las manos era como si estuviese sola, como si pretendiese leer mi propio cuerpo y encontrar los años y el alma en ellas.

Se habla del esplendor de los rostros. ¿Y el de las manos? Si ejerciendo de ayudante de enfermera en Cal Comte estas habían crecido, en la colonia infantil Les Acàcies llegaron a la madurez.

Durante la guerra descubrí una nueva libertad. Los domingos, después de los mítines relámpago de las mañanas o alguna charla o un poco de teatro por las tardes, me ponía unos patines. ¡En Els Guiamets no teníamos patines! En Barcelona me aficioné. El rato que pasaba encima de aquellas ruedas me sentía maravillosamente bien. Cogía velocidad, daba vueltas, me caía y volvía a levantarme. Sobre aquellos patines decidí que ya estaba cansada de ser ayudante de enfermera, y que tenía que dar un paso más.

Al día siguiente, bien temprano, fui al hospital de Vallcarca. Era el más moderno de la ciudad y lo habían convertido en hospital de sangre, así que pensé que sería el mejor lugar donde trabajar por la República. Me apunté y volví a Cal Comte a hacer mi turno.

—Neus, ahora tengo que irme, pero mañana hablaremos —me dijo una enfermera que también militaba en el PSUC.

—¿Pasa algo?

—Sí, sí, algo pasa —contestó mientras se alejaba.

Primero me quedé pensativa, pero con la preocupación del trabajo olvidé sus palabras. Al día siguiente, después de comer, salimos a pasear por el jardín.

—Neus, ¿cómo te va todo? ¿Cómo estás?

—Bien, estoy bien. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque te veo preparada para trabajar de enfermera. Tu trabajo aquí lo puede hacer otra persona.

—Me alegro de que me lo digas. Si te soy sincera, yo también lo pienso. Las monjas que ejercen de ayudantes no están preparadas como nosotras, pero trabajan bien.

—Te quería pedir que fueses jefa sanitaria de una colonia de niños refugiados.

—¿Jefa sanitaria?

—Enfermera jefe, si quieres. Formarías parte del Cuerpo de Carabineros.

—Si aún no tengo el título.

—Con los tiempos que vivimos, no supondrá ningún problema. Y si quieres, ya vendrás a examinarte.

Nos paramos. Yo no sabía qué decirle.

—¿Por qué pones esa cara? ¿Te asusta?

—...

—Si no te viese capacitada no te lo pediríamos.

—¿Pediríamos?

—Sí, hablo en nombre del partido —contestó poniéndome las manos en los hombros.

—Uf, es que...

—Lo harás muy bien.

—Es que yo tenía la ilusión de ser enfermera de sangre —le dije en un murmullo.

—Neus, la decisión es tuya; yo solo puedo decirte que cada día que pasa llegan más heridos y más refugiados, y cada vez hay más centros, fuera de Barcelona, que necesitan gente para atenderlos. La colonia que hemos pensado para ti está en Premià de Dalt, no tienen médico ni enfermera.

Le dije que sí con un abrazo y deshicimos el camino en silencio. Aquel mismo día empecé a despedirme de todo el mundo. Lo que más pena me daba de verdad, era dejar mi actividad en el partido, pero me dijeron que no tendría tiempo de pensar en ello, que no me preocupase.

Tres días más tarde, maleta, hato y yo cogimos el tren. Primero me destinaron a La Garriga, donde había numerosas colonias, para hacer las prácticas. Acompañar a un médico, un practicante y unas chicas voluntarias a visitar a los niños me emocionó mucho. Ellos se hacían los valientes y te agradecían tu atención con los ojos, con una sonrisa y con las manos. Yo se las agarraba, se las apretaba, y así nos decíamos muchas cosas. Manos y manitas, niños lejos de su casa, con los padres en el frente o bajo tierra... ¡Qué fuertes tendríamos que ser!

Mi destino era la colonia Les Acàcies de Premià de Dalt, si bien nosotros las denominábamos genéricamente como las colonias de Negrín, porque dependían de la presidencia. Al llegar quedé muy impresionada. Acacias, palmeras y plátanos, ¡y qué mansión! Había dos niños ante la puerta, y yo entré despacio.

—¿Quién eres? —preguntó uno de los niños.

—Neus.

—¿Qué llevas en la maleta?

—Un poco de ropa.

—¿Vienes a vivir aquí?

—¿Y cómo se llama este niño tan curioso? —le pregunté, agachándome para estar a su misma altura.

—Me llamo Juan.

—Y yo Francisco —dijo el niño que lo acompañaba.

—¿Y cuántos años tenéis? —les pregunté, dejando en el suelo la maleta y el hato.

—Yo, ocho.

—Yo, diez. ¿Y tú?

—Yo, veintidós —contesté después de pensarlo.

—¿Y vienes a vivir aquí?

—Sí, con vosotros.

—¿Porque tus padres se han muerto o porque te han abandonado?

—¡Uy! Los padres no abandonan a sus hijos...

—A él sí.

—A él no —contesté yo, rotunda.

—Me perdieron y aquí me cuidan, pero me perdieron.

—Francisco, guapo, la guerra hace que los padres a veces se tengan que separar de sus hijos, pero cuando acabe todo esto los encontraremos, ¿vale?

—No sé...

—Vamos. ¿No me invitáis a entrar?

Juan me cogió la maleta, Francisco la mano.

La directora de la colonia era una refugiada de Asturias que vivía allí con sus tres hijos. Había unos cuantos niños con sus madres, pero la gran mayoría estaban solos. Eran huérfanos o niños perdidos, niños a los que, después de los bombardeos, los carabineros encontraban solos en la calle, en las bocas del metro o en los refugios.

Lo primero que me enseñaron fue la despensa. Había una chica que se encargaba del economato.

—Desde Francia nos llega la carne en lata y la harina. La leche, el azúcar, la mantequilla y el chocolate vienen de Suiza. Del gobierno español nos llegan las legumbres, y por eso decimos que son las lentejas y los garbanzos de Negrín.

—¿Y el pan?

—El pan lo hacen los niños. Y tenemos dos cocineros que van atareadísimos.

—Ya me lo imagino...

—Los niños no pasan hambre, pero las frutas y verduras ni las prueban.

—Pues mal vamos... —le contesté, disgustada.

Después fui a una sala donde estaban dos mujeres que cosían y una madre voluntaria. La poca ropa que tenían los niños daba mucho trabajo. En el lavadero había dos mujeres más lavando. Todo aquel con quien hablaba me decía lo mismo: que estaban muy contentos de que estuviese allí, y yo desde el primer momento también me sentí muy contenta.

La sala donde estaban los niños enfermos me causó una gran impresión. La luz del sol entraba por las ventanas y gracias a las cortinas había una claridad tenue. Las camas estaban cubiertas de mantas de colores que daban a la habitación la alegría necesaria para acoger a los críos.

—Las mantas también nos llegan de Suiza.

—¡Alabados sean los suizos! —exclamé, tocando una de las mantas.

Y dejé la maleta y el hato, que había ido paseando de aquí para allá, y fui cama por cama a ver a los niños, todavía con la chaqueta puesta. María, Ramón, Sergio, Santiago... todos sonreían ante aquella señora menuda que los venía a curar.

—Me llamo Neus, que quiere decir Nieves —les decía mientras les daba la mano.

Mi habitación estaba al final de la sala de los niños enfermos. Su espacio y el mío los separaba una cortina. Volví a la entrada, recogí la maleta y el hato y volví a la habitación. Lo dejé todo encima de la cama, me quité la chaqueta y miré la silla, la mesa, la luz. La directora abrió el armario y vi la bata y una percha.

—¿Cuántos niños hay?

—Ciento ochenta y dos.

—...

—Ciento ochenta y dos niños entre cinco y catorce años, muchos son hermanos. Aquí en Premià están bien, hay diversas residencias que son consulados de otros países y no nos bombardean. —En ese momento, con una formalidad impostada y tierna, me dio la mano—. Sea bienvenida, Neus que quiere decir Nieves —dijo, inclinando un poco la cabeza, y salió.

Yo cogí la bata, colgué la chaqueta y cerré el armario donde las demás perchas vacías hacían *clin-clin*.

«Ciento ochenta y dos», me repetí.

Lo primero que hice fue revisar la habitación donde se encontraba el material médico. Había

visto poca cosa, abrí dos armarios y, aparte de gasas, vendas y cuatro medicamentos, no había nada más, así que se lo reclamé a la chica del economato, que me contó que los medicamentos también llegaban de Suiza y que eso era todo lo que tenían.

Volví a la habitación desabrochándome los botones de la bata, la colgué y cogí la chaqueta para dirigirme al Cuerpo de Carabineros de Premià. Me sorprendió saber que el comandante de la plaza era Juan Negrín, hijo del presidente de la República.

—Le agradezco que me haya atendido tan deprisa. Le habrán dicho que soy la enfermera de la colonia.

—Bienvenida —me dijo, mientras me daba la mano—. Siéntese, por favor.

—Vengo a pedirle material médico para la colonia. Hay ciento ochenta y dos niños y tenemos que atenderlos tal y como se merecen.

—Haga una lista y tráigamela. Me encargaré de que tenga todo lo que necesita.

—Muchas gracias. No le molesto más —contesté, agradecida.

—No es ninguna molestia. Cualquier cosa que necesite, no dude en venir a verme.

—Así lo haré —le dije, esbozando una sonrisa.

Al salir pedí papel y lápiz y le escribí la lista allí mismo. Firmé como Neus Català, jefa sanitaria de la colonia de Les Acàcies, y el funcionario me preguntó si sabía que como jefa sanitaria tenía el cargo de teniente del Cuerpo de Carabineros. Me quedé pasmada.

De vuelta a la colonia tenía el viento de espaldas, el pelo me daba en la cara y pensé en los ciento ochenta y dos niños y sus ciento ochenta y dos cabecitas. Había colonias que cortaban el pelo de los críos muy corto para facilitar la higiene. Allí había niños y niñas con el cabello corto y largo, oscuro y claro, liso y rizado, y la decisión secreta que tomé fue dejarlos a todos tal y como estaban y no tocar ni su identidad ni el alegre desenfreno de sus cabellos. Si iba a hacerme cargo de ellos, si iba a cuidarlos físicamente, no podía desatenderlos psíquicamente.

Cuando llegué volví a ponerme la bata y fui a la habitación de los enfermos, donde había dos madres refugiadas que los cuidaban.

—A partir de ahora vosotras seréis mis ayudantes y no hará falta que estéis aquí todo el día. Haréis dos turnos, uno de mañana y otro de tarde, y si lo preferís os lo podéis ir cambiando.

—No sabes lo contentas que estamos de tener aquí a una enfermera... Hemos sufrido mucho —dijo una de ellas, emocionada.

—No tenéis que preocuparos por nada. De esta manera yo siempre tendré vuestro apoyo y vosotras podréis descansar un poco.

A su lado pasé la revisión de los niños que estaban más delicados como si fuera una doctora. Pregunté qué tratamiento seguían, según las instrucciones que les daba el médico, y de momento no hice cambio alguno. Habría que ver cómo evolucionaban. La suerte era que no había ningún enfermo grave. Después dije que quería ver a todos los niños sanos, aunque tuviese que tardar tres días.

Por la tarde ya no había clase y los niños campaban a sus anchas. El alboroto de los críos, tan lejos de los lamentos de la residencia de Cal Comte, representaba un privilegio, el sonido de la alegría en tiempos de guerra.

Quise echar un vistazo a las aulas, que estaban vacías, y me sorprendió oír la música de un piano, que me provocó mucha melancolía y una terrible añoranza de doña Pepita. Llamé suavemente a la puerta y la abrí. Me presenté a la pianista y me dijo que venía dos veces por semana. Pensé que procuraría escuchar un poco, si podía. Me contó que también venía una profesora de gimnasia rítmica que daba clases dos veces por semana. Todo me confirmaba que ciento ochenta y dos niños significaban mucho trabajo y que este se hacía bien.

Aquella primera noche apagué la luz de mi nueva habitación pensando que me tenía que levantar antes de que saliera el sol, y así lo hice cada día.

5

Por más atención que les dedicaba, los niños no paraban de ponerse enfermos. El médico venía poco porque no había ningún niño que estuviese grave y nos íbamos arreglando. Pero cualquier herida se infectaba y derivaba en complicaciones. Pequeños y mayores cogían la sarna, y era difícil erradicar los picores. Además, la mala alimentación daba más problemas de los que yo pensaba. Sobre todo sufrían de avitaminosis, y contra eso me sentía indefensa.

Si hubiese habido árboles frutales por allí cerca, habría ido a pedir algo, pero los campesinos tampoco debían de pasarlo muy bien. Verduras seguro que tenían... pero a Les Acàcies no llegaban. A veces los mayores salían e iban a robar limones. Llegaban con los jerseyis recogidos y llenos de limones, y era un espectáculo ver cómo los compartían con los demás niños. Comían haciendo muecas, y los demás nos refugiábamos en sus risas.

Al verlos reír pensé en otra manera de ayudarles.

—¡Juan, Ramón, José, Agustina, Conchita, venid!

—¿Qué quieres?

—Id ahora mismo a buscar a diez chicos y chicas de los mayores y volved enseguida.

—¿Qué pasa? —preguntó Agustina con cara de preocupación.

—¡Id, venga, venga! —les apremié, dando palmadas.

Cuando los tuve delante, con ojos expectantes, les dije que me siguieran. La intriga los devoraba. Me los llevé a un aula y les dije que se sentaran.

—Haremos una representación de teatro, y vosotros seréis los encargados de montarla —les dije con la emoción a flor de piel. Me quedé embobada viendo cómo se les iluminaba la mirada y cómo empezaba el alboroto.

Decidimos que escribiríamos una obra con muchos papeles, como hacíamos en Els Guiamets: que habría un director, un apuntador, un equipo responsable del decorado, otro del vestuario... y, como entre tanta gente aún resultaba difícil, montamos más grupos. Ellos se encargarían de organizar dos grupos con los niños más pequeños y hacerlos ensayar. Salimos todos tan entusiasmados que era posible que hubiesen pasado dos horas. ¡Nos echaban de menos! Pepe, sin decirme nada, me puso un limón entre las manos, y yo le di buen mordisco.

A veces, cuando los niños veían que salía un poco a estirar las piernas, me pedían un cuento. No sé cómo empezó todo aquello, yo no me sabía ningún cuento y me los inventaba, pero lo que más les debía de gustar de todo era mi vena cómica, que resurgía ante sus caritas expectantes.

Un día, a primera hora de la tarde, vino la directora a buscarme. Me dijo que dejase lo que estaba haciendo y la acompañase, con un gesto tan serio que pensé que había ocurrido alguna desgracia. Bajábamos las escaleras cuando no pudo resistir más y me dijo que tenía visita. Cuando vi a mis padres en la entrada, me habría puesto a correr hasta echarme en sus brazos, pero me contuve.

Nos escribíamos, sí, pero ¡hacía tanto que no les veía! Y los tenía allí delante, y me costaba creerlo, y pensaba también que mi sitio estaba a su lado y no lejos de casa.

—¡Maldita guerra! —les dije como saludo de bienvenida.

—Con guerra o sin guerra, tú ya no estarías en Els Guiamets.

—En eso sí que tiene razón, padre.

Sonreímos todos y les besé. Yo los miraba, contenta de tenerlos tan cerca, pero sentía la distancia del tiempo que pesaba sobre nosotros.

—¿Y la abuela? ¿Y la tía Providencia?

—Bien, bien, todos vamos aguantando, pero la guerra...

—Padre, madre, tenemos que ser optimistas, la guerra la ganaremos. ¡No la podemos perder!

—Neus, ¿no ves en lo que se ha convertido el mundo? Els Guiamets sin jòvenes ya no es Els Guiamets. Aquí estos niños están muy bien cuidados, pero donde tienen que estar es con su familia —dijo mi padre.

—Ya lo sé, ya lo sé, pero no podemos sentarnos a compadecernos, ¡tenemos que luchar! Vengan, que les enseñaré todo esto.

—Toma, te hemos traído almendras tostadas —dijo mi madre, sacando un frasco del bolso.

—¡Qué delicia!

Aquel fue un gran día. Relatar mi trabajo allí me ayudó a verlo con un poco de distancia, y los niños parecían felices. Por la tarde los acompañé a la estación. Me puse en medio de los dos, me cogí a sus brazos y eché de menos tener tres años y decir «¡vuela, vuela, pajarito!» y dar un gran salto cogida de sus manos, un salto de esos que hacían que volasen mis faldas, y caer dando con fuerza con los pies en la tierra.

No les conté cuál era realmente mi horario, ni lo cansada que estaba. Trabajaba los siete días de la semana y hacía una vida de convento. Solo salía de la colonia cuando venía el médico. Si sabía de alguna casa donde le necesitaban —la gente ya se las arreglaba para informarme—, por la noche, con la linterna en la mano, le acompañaba a hacer visitas por las casas de los alrededores.

Mi momento era a primera hora de la mañana. Una semana después de llegar fui consciente de la situación y vi que, si no trabajaba duro, no saldría adelante. Entre unas cosas y otras se me hacían las tres de la madrugada cada noche. Me levantaba a las seis de la mañana, pero me costaba arrancar, de modo que busqué en la maleta que tenía debajo de la cama y saqué lo único que venía de Els Guiamets y que no necesité en Barcelona: el bañador, que ya tenía unos años pero se conservaba bastante nuevo. Yo no sabía nadar, pero en Capçanes me había bañado en el río. En Premià tardé siete días en ir al mar, que tenía tan cerca.

Durante quince meses fui cada día a las seis de la mañana, verano e invierno, con la luz del sol o con una linterna, con abrigo o con una camiseta. Dejaba la ropa en la arena, entraba en el mar y sentía intensamente cómo me hacía revivir. La oscuridad del mar negro en pleno invierno, la belleza serena del azul marino, una mañana clara de verano y una chica de pueblo, en medio de aquella inmensidad, cogiendo fuerzas para empezar el día... Siempre iba a la misma hora, y siempre pasaba un tren. Me decía que seguro que algunos pasajeros me veían y se preguntaban qué narices hacía una chica sola en el mar a aquellas horas. Y me respondía que debían de tomarme por loca... y quizá un punto de locura sí que necesitaba para —con tan solo veintidós años— sacar adelante aquellos días llenos de responsabilidades.

Llegaba, me duchaba para quitarme la sal del mar y bajaba a desayunar con la intención de contagiar mi optimismo sincero al resto del personal, antes de empezar con la rutina.

—¡Buenos días a todo el mundo!

6

*L*a Navidad de 1938 fue la segunda que pasé en la colonia. Unos días antes vino el

presidente Juan Negrín a visitarnos. Nos reunió a todos y nos contó que perdíamos la guerra, que estaban derrotando a la República y que había que irse; que si no nos marchábamos no sabía lo que pasaría con las colonias en manos de Franco. Nos quedamos horrorizados. Ya sabíamos que las cosas no iban bien, pero Francia... los niños... Interiormente yo me decía que no, que todavía no, que podíamos ganar, y aquel día nos reímos mucho con la función que habían preparado los niños.

Pasó la Navidad, Fin de Año, la noche de Reyes... Empezamos a prepararnos para la marcha, pero no decidíamos el día. No, todavía no. La opción de irnos al exilio y dejarlos aquí para que se ocupasen de ellos los fascistas me ponía enferma. Que se los quedasen los del Auxilio Social, aquella gentuza de la Sección Femenina de la Falange... ¡ni hablar! El 25 de enero pasaron tantos aviones de reconocimiento de los nacionales «pava» por encima de la colonia que corrí a ver al comandante y le dije que al día siguiente, sin falta, teníamos que sacar a los niños de Premià.

El 26 de enero de 1939, mientras el ejército de Franco entraba en Barcelona, nosotros nos subíamos a unos camiones del Cuerpo de Carabineros. Cogimos la comida que teníamos y cada niño fue con toda su ropa puesta y una manta por encima.

—¡Como los soldados! —les dije—. Como si fuésemos de excursión —intenté corregir.

La salida de la colonia fue ejemplar. Los mayores cuidaron de los pequeños y todos, como siempre, se portaron bien.

—¡Las mantas, tapaos bien con las mantas! —exclamaba, diciéndome que no quería que se muriesen de frío.

Durante todo el trayecto llevé a un niño de ocho años sentado en mi regazo. Tenía difteria y no quería despegarse de mí, aunque su madre era una de las pocas refugiadas de la colonia. Miles de personas recorrían aquel camino en carro y a pie, sobre todo a pie. Hacía un frío terrible, que cortaba como un cuchillo. La gente, agotada, iba dejando sus pertenencias por el camino. Por si no era lo bastante triste huir hacia el exilio, y por si no era lo bastante duro el camino y el frío, la aviación italiana y la alemana bombardeaban lo que para ellos representaba un blanco fácil, una procesión de gente que avanzaba poco a poco. Les debíamos de parecer un camino de hormigas...

Yo iba encogida por el frío, pero levantaba la vista. Maletas, sacos, cestos, botijos, colchones... y personas muertas. Personas muertas junto al camino. Solas. Destapadas. Muertas.

Me quedé sumida en aquel traqueteo, con las manos en el regazo del niño, y me volví a encontrar con las manos vacías, agarrotadas, en un vagón atestado de mujeres, el segundo día de un viaje espantoso, en un tren que no paraba. Se nos acababan las fuerzas. No podía faltar mucho para llegar, ¿verdad? Al ganado que llevan al matadero no paran para darle de comer ni de beber...

Mal olor, poco aire para respirar, cansancio, sueño, hambre, sed, muchísima sed, veintiocho años y desesperación, miedo, pánico... ¿Cuándo se acabaría aquella pesadilla? ¿Cuánto tiempo había pasado desde que acabó la primera noche? ¿Seis horas? ¿Ocho? ¿Cómo podía ser que las horas fuesen tan largas?

Miraba a las compañeras... Si el tren no paraba pronto, no saldríamos vivas del vagón. Me veía en los demás rostros y no sabía decir si lo que leía en ellos era pánico o desfallecimiento, o la tétrica combinación de ambas cosas. Tenía que ser fuerte, y llegaba con los camiones y con los niños a Darnius, y me hacían entrar en una escuela, y cuando los tenía a todos dentro los contaba: Juan, uno; Rosita, dos; Carlos, tres; Juanito, cuatro; Raimundo, cinco; Gerardo, seis; Remedios, siete. Cerraba los ojos y veía sus rostros, y así hasta veinte, hasta setenta, hasta ciento ochenta y

dos niños, y después volvía a empezar.

En Darnius había una multitud que también esperaba poder cruzar la frontera, diez kilómetros más lejos. Estaba el Socorro Rojo Internacional, que trabajaba infatigablemente. Lo primero que nos dieron fue pan y queso, después una especie de café muy azucarado. Metí como pude a los ciento ochenta y dos niños en la escuela y los dejé a cargo de los seis adultos que habían hecho el camino con nosotros. Me habían dicho que había un hospital de campaña improvisado en el mismo centro, y allí me dirigí para ofrecer mi colaboración.

Un *mosso d'esquadra* de la guardia presidencial de Lluís Companys se había herido probando una pistola. Tenía la bala incrustada en el hombro y yo, finalmente, me estrené como enfermera de sangre sacándole aquella bala. Como agradecimiento, aquel mediodía me invitaron a compartir la mesa con el presidente Lluís Companys y algunos miembros del gobierno que iban de camino hacia el exilio.

Cuando me lo dijeron me quedé estupefacta. Dejar a los niños de la colonia e ir a comer con el presidente me daba reparo pero también me hacía ilusión. Entré en el comedor donde estaban ya sentados a la mesa.

—Esta joven es la enfermera que ha curado al *mosso* —dijo el hombre que había estado a mi lado durante la operación.

—Mucho gusto. Bienvenida. Enhorabuena por su trabajo —me dijo el presidente, levantándose para darme la mano—. La esperábamos. Siéntese, por favor.

—Gracias —dije en voz baja.

Me hicieron algunas preguntas y yo les hablé de las colonias y de los niños. Me dieron ánimos y hablaron de valor, pero en realidad sus rostros expresaban una profunda decepción. Comimos deprisa. A ratos se oía el ruido de los cubiertos y el silencio resultaba agobiante. Al volver con los niños la pena que sentía en mi interior me parecía más honda.

En Darnius nos daban un pote con sopa caliente una vez al día y pan con queso para desayunar y con chocolate para merendar. Los niños, cansados y aburridos, entraban y salían siempre tapados con la manta. En uno de esos momentos, mientras estaba fuera sentada en el suelo con un grupo de niños, vi que alguien bajaba de la montaña. No era raro ver gente bajando de la montaña, pero había algo que... A medida que aquel hombre se acercaba... En mi cabeza algo me dijo: «¡Mira, pero si parece mi padre!». ¿Es posible que se reconozca a alguien en la distancia por su manera de andar? Y aquella figura que bajaba poco a poco empezó a acelerar el paso, y yo me levanté y sí, cuanto más lo miraba, más me lo parecía, hasta que vi que movía el brazo y gritaba algo... ¿Cómo podía ser que él me reconociese a mí, una figura pequeña sentada en una plaza?

—¡Neus, Neus!

—¡Padre!

Me abrazó con tanta fuerza que me pareció un joven de treinta años pero, al separarnos, lo vi viejo y desvalido.

—¿Adónde va solo por esos mundos? ¿Y madre?

—Voy camino de Francia, como vosotros. No he creído que tu madre, tu cuñada y la nena tuviesen que huir, así que me voy solo.

—Solo no, padre, ya no está solo.

—Neus querida...

—¿Y cómo puede ser que me haya reconocido desde tan lejos? No deja de sorprenderme nunca —le dije, emocionada.

—¿No lo adivinas?

—Pues no.

—Por las mantas, las mantas de colores que vi en la colonia y que reconocería en cualquier parte.

—¡Alabados sean los suizos y sus mantas! —exclamé—. Padre, quiero morir de vieja y recordar aún estas mantas.

—Las recordarás, Neus, las recordarás.

7

A diez kilómetros de Francia y aquellos puñeteros aviones no dejaban de sobrevolarnos. Yo estaba cabreada y asustada. Sabía que el comandante Negrín se alojaba en una casa de Darnius y fui a verle. Teníamos que sacar a los niños del país cuanto antes.

Aquella misma noche salimos en camiones hacia el paso fronterizo de Portbou, y después hasta Cervera de la Marenda, desde donde tuvimos que continuar a pie hasta Voló.

Ciento ochenta y dos niños andando con aquel frío horrible, horrible. Ciento ochenta y dos niños valientes y solidarios que demostraron ser unas personitas ejemplares en aquel Pirineo inhóspito que nos tocó cruzar. Tardamos cuatro largos y fatigosos días. Lo peor eran las noches; nos poníamos todos juntos y yo sufría mucho, no quería que se me muriese ningún niño, ni uno. ¿Y si al levantarnos había uno que no se movía? Suerte de las mantas, suerte de las mantas de los suizos y de las que nos dio el ejército.

Al llegar a Voló fuimos a una plaza donde había miles de refugiados que esperaban un destino. La escena me conmovió, pero no tenía tiempo para emociones, tenía que espabilar por los niños. Cuando vi que había franceses que nos insultaban y nos tiraban mendrugos de pan como quien echa comida a los animales, no me pude contener.

—¡Que nadie coja ni un trozo de pan! ¡Ni uno! —les ordené, furiosa—. ¿Me habéis oído bien? ¿Me habéis oído todos? ¿Qué se han creído? —grité.

Tienes que huir de tu país y los vecinos te reciben con insultos... ¿Quién iba a esperar aquello? ¿Nos temían acaso? ¿No tenían sentimientos?, me preguntaba. La otra cara de la moneda era ver a una mujer ofreciendo sopa a los niños y a la gente del Socorro Rojo, que se desvivía por nosotros.

Hablé con una de las responsables, que al saber que era la jefa sanitaria de una colonia de niños me pidió que la acompañase. Me llevó hasta un teatro, entramos y me dijo que podíamos alojarnos allí. Habían echado paja en el suelo para acondicionarlo. Le contesté que sí, que muy bien, pero que nos quedaríamos arriba, en los palcos, que éramos muchos pero pequeños y bien organizados, y de esa manera dejaríamos el espacio más grande para otra gente. Y así lo hicimos.

Los cuatro días que pasamos allí fueron duros. No nos trataban mal, pero tampoco bien. Acogimos a unos niños perdidos de otra colonia. Los refugiados molestábamos, éramos un quebradero de cabeza que los franceses no sabían cómo solucionar, medio millón de quebraderos de cabeza que llegaban a refugiarse a su país. Enviaban a la gente a campos de refugiados como el de Argelès, que eran más que nada como campos de concentración. Yo no permitiría que nos llevasen a una playa, a dormir al raso, entre el cielo y la arena; eso no se lo podían hacer a aquellos niños inocentes atrapados en un exilio doloroso.

Dentro de lo que cabe los críos estaban bastante bien. Pero había una niña que parecía que tenía el sarampión, y la llevaba yo encima todo el rato. Una enfermera que andaba por allí se dio cuenta.

—Deme a esa niña, nosotros la cuidaremos.

—Esta niña no se va con nadie. Yo soy su enfermera y la cuido yo —le contesté.

—Usted no puede cuidarla aquí con las condiciones adecuadas.

—¡No se la lleva y no se hable más! —le dije hecha una furia.

—Usted no es quien toma las decisiones aquí, démela ahora mismo.

—Mire, esta niña tiene un hermano, y no permitiré que los separen —le expliqué para que se hiciera cargo.

Yo entendía poco el francés y ella no debía de entenderme ni en catalán ni en castellano. Y cuando creía que la tenía convencida, me la quitó.

—¡No me dejes, Neus! ¡Neus! ¡No me dejes! —gritó la niña, asustada.

Le habría pegado a aquella enfermera, pero un gendarme se interpuso y le ordenó que me dejase en paz. Abatida, me senté con la niña en el regazo.

—*Merci, merci* — le repetí agradecida al gendarme.

Por suerte nos encontraron una residencia. Nos hicieron subir en un tren y nos enviaron al Château de Caussade, en Trélissac. De camino había campesinos que nos daban pan y queso por las ventanillas. Cuando nos dijeron que nos llevaban a un refugio que era un castillo, vimos el cielo. Pero cuando entramos allí se nos cayó el alma a los pies. Era un castillo del siglo XV abandonado desde la Primera Guerra Mundial. Teníamos mucho espacio, sí, pero para combatir el frío nos tuvimos que instalar bien juntos. Dormíamos en sacos encima de la paja, y menos mal que teníamos las mantas. No había ventanas. No había puertas. No había agua corriente. Mi padre me ayudaba mucho. Teníamos comida, que cocinábamos nosotros mismos; de hecho, los niños mayores hacían de hombrecitos, preparaban la comida y ayudaban con la intendencia y con los pequeños. Era bonito ver que nos habíamos convertido en una gran familia; bonito y triste.

En el refugio había dos encargados del economato, que yo vigilaba muy de cerca y a los que exigía todo lo que nos correspondía. Un médico, el doctor Queyroi, y una enfermera, que trabajaban en el preventorio de niños tuberculosos del pueblo, eran los responsables sanitarios del refugio. Los niños, después de un par de días de comer mejor, fueron recuperando el color, las fuerzas y la alegría. Pero los días iban pasando, y el frío y la humedad del castillo no eran buenos para nadie. Muchos niños se resfriaron.

Empecé a hacer amistad con el médico. Yo le hablaba de nuestra guerra y del fascismo. Un chico vasco que también se refugiaba en el castillo hacía de intérprete, y yo intentaba aprender francés en lo posible.

Gracias a las gestiones del médico supimos que mi madre, Avelina y Rosanna también habían cruzado la frontera, y que estaban refugiadas en la prisión de Saint Claude. Lluís, que había sido miliciano voluntario de cultura, después de cruzar la frontera se había dirigido al campo de Barcarès. Reclamamos a mi madre, a la cuñada y a la sobrina para reunir a toda la familia. A Lluís lo reclamó el médico como maestro para los niños. Fue una idea estupenda que nos beneficiaría a todos.

El día que llegó mi madre nos pusimos muy contentos de estar todos juntos, pero tenía tan mala cara; estaba tan horrorizada, que su rostro no dejaba entrever ni un asomo de felicidad ni de paz. Yo le enseñé el castillo como le había enseñado la colonia, hasta que ella se echó a llorar.

—Madre, ¿no está contenta?

—¿Contenta?

—¡Por fin volvemos a estar todos juntos! —le dije, intentando transmitirle un poco de alegría.

—Sí, juntos, pero ¿pretendes que vivamos aquí? ¡El frío que hace aquí dentro es

insuportable! En la prisión donde nos acogían al menos había calefacción.

No tenía pañuelo a mano, no le sequé las lágrimas. Las miraba... y sus lágrimas hicieron que pusiera los pies en el suelo.

8

Con la ayuda del chico vasco escribí al Socorro Rojo. Les conté con pelos y señales cómo vivíamos allí, les conté cómo era dormir bajo techo, pero sin nada para calentarnos; que teníamos que ir a lavarnos al río en pleno febrero; que pasaban los días y no divisábamos mejora alguna.

Al cabo de muchos días aparecieron dos policías de la prefectura de Périgueux para comprobar lo que yo había contado en la carta. Los recibí furiosa. Pedí que fuesen a buscar al chico vasco para que me tradujese y, acompañada por él, les enseñé y les expliqué, por si no lo veían claro, cómo eran las instalaciones.

—Los mayores quizá hayan hecho algo malo, pero los niños son inocentes y están pagando muy cara la guerra de los adultos. Es inconcebible que un país civilizado como el suyo los tenga en estas condiciones —les dije, nerviosa, cuando ya salían por la puerta.

Se fueron sin decir nada. El doctor Queyroi lo presencié todo en silencio. Cuando me serené, le dije que todo aquello no iba con él, que estábamos agradecidos por sus servicios, pero que teníamos que plantear la infancia de los niños exiliados en otras condiciones.

Él empezó a tocar algunas teclas por su cuenta. Me pidió una lista de todos los niños y consiguió publicarla en la prensa española y francesa sin coste alguno. Estábamos a principios de marzo y tanto el gobierno francés como el español empezaban a negociar el regreso de los exiliados. Aquel mismo mes recibimos la respuesta de familias que reclamaban a los niños. ¡Qué ilusión nos hizo! La alegría se mezcló con la tristeza cuando, afligidos, nos despedíamos de ellos.

Dos meses después de haber escrito aquella carta recibimos la respuesta del Socorro Rojo. Nuestro nuevo destino era un hospicio de ancianos en Carsac. Fuimos los cien niños que quedaban, cuatro adultos y mi familia.

Yo empezaba a expresarme bien en francés, ya se insinuaba la primavera y Dordogne me pareció un sitio bellísimo. Nuestra suerte empezaba a cambiar. Carsac era un pueblo pequeño, y como en Els Guiamets, y la mayoría eran campesinos. Intuí que estaríamos bien entre gente que trabajaba la tierra y respiré hondamente, aliviada.

El médico de Carsac, el doctor Deguiral, que también era el alcalde del pueblo, nos ayudó mucho. A nosotros nos ofreció la mitad de su huerto. El trato era que, si lo cultivábamos entero, nos podíamos quedar con la mitad de la cosecha. Ver a mi padre volver a trabajar la tierra fue verlo revivir. Poco a poco saldríamos delante.

El hospicio era pequeño, pero estaba en buenas condiciones. Todo el mundo nos acogió con los brazos abiertos, excepto una monja vasca que no nos podía ni ver. Tal era su desprecio hacia nosotros que un día hice que se sentara y me explicara lo que le pasaba.

—Os odio porque los republicanos, al principio de la guerra civil, matasteis curas y quemasteis conventos —contestó sor Ana María con un tono lleno de rabia.

—Nosotros somos refugiados. Ni somos bandidos ni hemos matado a ningún cura. Aquel fue un triste episodio de nuestra guerra, que llevaron a cabo algunos incontrolados. Ni la República ni el pueblo se alzaron contra la Iglesia —le dije mientras ella me miraba impasible—. Y no sé si te has dado cuenta, pero los niños son las víctimas de todo esto —añadí mordéndome la lengua, sin decirle que no comprendía que su odio fuese mayor que su caridad. A partir de entonces

empezó a ser amable con nosotros, los «rojos», y creo que también empezó a encontrar algo de paz en su interior.

Yo seguía muy enfrascada en la tarea de la repatriación, pero había niños que no eran reclamados ni por los padres ni por familiares cercanos, así que buscamos otras opciones. Tenía muy claro que los niños se tienen que criar en hogares donde se les quiera, no en centros donde les cuiden muy amorosamente, sí, pero no como en un hogar, así que tomamos una decisión importante y optamos por la adopción. Hubo una organización belga que tramitó la acogida con familias. Yo insistí, rogué y exigí que no separasen a los hermanos.

—¿Y qué haremos con vosotros? —pregunté a los chicos que tenían catorce y quince años.

—Nosotros nos quedamos aquí —me contestaron sin preocuparse.

—Yo no voy a la España de Franco aunque me paguen.

—Pero alguna cosa tendremos que hacer —dije yo, preocupada.

—Neus, no encontrarás familias para nosotros.

—Pero os puedo encontrar trabajo. Iremos a visitar a los campesinos de la zona, a ver quién necesita jornaleros.

—Entonces será mejor que continuemos con las clases de francés.

—Sí, sí, mientras estéis aquí no debéis dejar de estudiar; después la vida ya os enseñará más francés y lo que haga falta.

—Sabes que nunca te olvidaremos, ¿verdad? —me dijo uno de los chicos, mirándome fijamente, y yo le estreché la mano.

Los campesinos los acogieron en sus tierras y sus casas. Trabajaban como jornaleros y se les ofrecía un techo, una habitación, un plato en la mesa y personas con las que compartir sus comidas.

Genaro, 84; Enrique, 85; Pepe Luis, 86; Álvaro, 87; Juanito, 88... exhausta, perdía la cuenta. Ya no podía contar, ya no era capaz de imaginar sus rostros. Viajábamos las unas apretadas contra las otras, y el tren no paraba. Anhelaba mi turno de sentarme, sentarme un rato, sentarme...

No sé si dormía o estaba despierta, si estaba viva o muerta; solo sé que aquel tercer día, por fin, cuando paró el tren, abrieron las puertas de los vagones precintados. Desde fuera llegaban los gritos, unos gritos guturales, en un idioma que no entendíamos. Pero sí comprendíamos el significado. Nos debía de pasar como a los animales, pobres.

Después de tanto anhelar aire, respirar a pleno pulmón, salir del vagón supuso dejarnos oprimir por aquel aire gélido, insoportable. Tal y como salimos nos fuimos cayendo al suelo.

Cuando no te quedan fuerzas, cuando no sabes cómo levantarte y continuar, te dan patadas y culatazos y comprendes que sí, que todavía te queda un aliento de vida, y levantándote, cayendo y arrastrándote llegas al barracón.

Un vaso de sopa, si se le puede llamar sopa a un agua tibia con palitos y paja como único condimento.

Y un vaso de agua.

—¡Chicas, que esto es el aperitivo! —exclamé, con toda la alegría que pude. Tenía la voz ronca, pero conseguí romper aquel silencio aterrador que nos oprimía el corazón. Nos podíamos echar a llorar, pero nos reímos y, cuanto más reíamos, más ganas teníamos de reír.

Gritos.

Golpes.

Y latigazos.

Y nos encontramos otra vez dentro del vagón.

En silencio.

Asustadas.

Juntas con nuestros miedos.

Solas con nuestros miedos.

Tenía que ser fuerte, tenía que serlo por mí y por Albert. Después de aquella despedida procuré no pensar en él, era demasiado doloroso, pero ahora creía que los recuerdos que teníamos los dos le habrían dado fuerzas para resistir aquel calvario, y que él me las daría también a mí, que no podía ser que aquella despedida cruel y forzada me alejase de su espíritu, ¡eso no! Retrocedería hasta encontrarlo.

9

*E*n Carsac mi padre tenía aquel huerto más bonito que cualquier jardín de un palacio parisino. Después le salió un trabajo como barbero en Sarlat, y todo nos devolvía a Els Guiamets. Aún quedaban algunos niños, ya pocos, a la espera de los trámites de repatriación, cuando decidimos irnos a vivir a una granja abandonada de Carsac. Allí volví a trabajar de campesina. ¡Qué gusto trabajar en la tierra! Aquello de lo que había renegado... Lluís hacía de maestro de los niños, y el gobierno le daba comida, ropa y calzado a cambio. Veía que con lo que obteníamos del huerto y el sueldo de mi padre poco sacaríamos, de modo que fui a buscar trabajo. No quería estar en casa con los brazos cruzados con mi madre y Avelina. A pesar de que Rosanna nos daba mucha alegría, la casa se me caía encima.

No tenía mucho donde elegir, así que acabé haciendo la limpieza en algunas casas del pueblo. No es que no me gustase limpiar, no se me caían los anillos por eso: es que quitaba el polvo, barría, fregaba, lavaba ropa, y sentía que era una enfermera desaprovechada, perdida en un mundo que no era el mío. También había una parte de orgullo herido. Me trataban bien, pero me decían «Marie esto, Marie lo otro». Para ellos no era más que una Marie, y aunque yo les repetía que me llamaba Neus, ellos me volvían a llamar Marie. Mi respuesta, primero espontánea y después calculada, era contestar cada vez que me llamaban: «¡Mierda, *madame!* ». Ellas lo debían entender como un sí, o un «ahora voy», y yo, soltando un «mierda» por aquí y otro por allá, renegaba de aquel mundo.

Como iba todo el día de aquí para allá, también decidí acercarme a las granjas de los alrededores, así podía visitar a algunos de los niños de las colonias. Corrió la voz de que era enfermera, y a veces me pedían consejo o alguna cura. Después me pedían que me sentara en la cocina y me daban una tostada, o un vaso de leche, o un poco de queso, y hablábamos un rato. Con una peculiar mezcla de catalán, occitano y francés, les hablaba de España, del fascismo, del error mundial de la no intervención a favor de la República, y de lo que podía pasar en Europa. Ellos me miraban entre asombrados e incrédulos.

El 1 de septiembre de 1939 Alemania invadió Polonia y Francia e Inglaterra le declararon la guerra a Alemania. La noticia nos cayó como una bomba, y volvimos a temblar. El 14 de junio de 1940, un día antes de que cumpliese los veinticinco años, los alemanes ocuparon París... El panorama era desolador, Francia quedó partida en dos. Llegaron refugiados franceses del norte a Sarlat, y los domingos iba a verlos. Allí conocí a Julieta, una exiliada vasca, y a Blanca Feron, una francesa comunista también refugiada, y nos hicimos muy amigas.

Con Blanca casi no salía, porque ella ayudaba mucho en la colonia, pero Julieta y yo tomamos la costumbre de ir los sábados en bicicleta al mercado. Hablábamos con todos los que

podíamos, y les avisábamos del peligro de colaborar con los alemanes.

—¡Esconded las cosechas, declarad solo la mitad! No os dejéis embaucar, porque han convertido Francia en su granero —les decíamos preocupadas.

Lo que se organizaba bastante —¡cómo me recordaba a mi país!— era alguna fiesta para recoger dinero para los prisioneros de guerra. Nuestra colaboración era hacer alguna actuación. Totalmente desinhibidas, nos poníamos a cantar hasta que veíamos algún uniforme verde y corríamos a buscar las bicicletas. ¡Cómo nos reíamos, pedaleando como locas!

Así, sin saberlo siquiera, empecé a trabajar para la Resistencia, cuando la Resistencia aún no tenía nombre. Dar vueltas por ahí y predicar me llevó a conocer a mucha gente, tanto franceses como españoles, que luchaban por la misma causa.

Pasaban las semanas y los meses y el panorama no cambiaba.

Corría octubre de 1942 cuando una mañana, después de limpiar en una casa, fui a la alcaldía de Carsac. Yo entraba y un chico salía. Nos cruzamos en la puerta, nos rozamos sin querer y nos miramos a los ojos. Durante un instante breve e intenso nuestras vidas se detuvieron en aquella puerta. Nos sonreímos y yo volví a casa preguntándome quién sería aquel joven tan atractivo.

Unos días antes, en uno de aquellos festivales, mientras cantaba un tango de Gardel con Julieta, le vi entre el público. Después paseé por allí sin perderle de vista hasta que acabamos el uno junto al otro.

—Cantas muy bien —me dijo.

—¡Gracias! —le contesté, sonriendo.

—Nos vimos el otro día, ¿no? —me preguntó.

—Sí, ahora que lo dices...

—¿Vives en Carsac?

—Sí, soy refugiada española.

—Ya me lo había parecido... Como cantas en castellano...

—Y también en catalán.

—...

—Vengo de España, pero soy de Catalunya. Es largo de contar... Pero ¿tú eres de aquí?

—Sí, sí. Qué complicado es lo que estáis viviendo —dijo con ternura.

—Y se complica cada vez más —le contesté.

Empezamos a andar entre la gente como si ya nos conociésemos, me contó que era campesino y le hablé de mi tierra. Hacía mucho rato que charlábamos cuando interrumpió su discurso.

—No sé cómo te llamas.

—Neus Català.

—Mucho gusto, Neus Català —dijo mientras me cogía la mano—. Albert Roger —pronunció. Levantó los ojos, volvió a bajarlos y se inclinó a besarme la mano.

Y con mi mano en la suya sentí un temblor que nunca había sentido. Había pasado la juventud en plena guerra, trabajando más horas de las que tenía el día, y aquel temblor era una sensación completamente nueva y excitante.

Quedamos delante de la alcaldía al domingo siguiente, y la semana se me hizo muy larga. Preguntando por aquí y por allá supe que durante nuestra guerra él se había preocupado por los españoles, que defendía la República y que no era de ese tipo de personas que se quedan con los brazos cruzados.

Llegar a la alcaldía antes de la hora y encontrarlo ya esperándome me removiò aquel cosquilleo que llevaba arrastrando toda la semana. Echamos a andar sin saber muy bien hacia

dónde íbamos.

Hablábamos de la guerra y yo, a pesar de todas las dificultades, le transmitía mi entusiasmo cuando, de repente, se detuvo y nos sentamos ante un portal.

—A principios de la guerra, durante la invasión alemana de Holanda, me hicieron prisionero. Después de un año de prisión conseguí volver porque un funcionario corroboró que yo era cabeza de familia, cosa que no es verdad, pero de esa manera él luchaba contra el nazismo y yo pude salir de la cárcel. En Alemania trabajé unos meses en las tierras de un comunista, que me contó que los alemanes estaban construyendo campos de la muerte.

—¿Campos de la muerte? —le pregunté, horrorizada.

—Campos de exterminio. Campos donde los prisioneros van a morir —dijo con la mirada perdida.

Por la noche, cuando apagué la luz, no podía dejar de pensar en los campos de la muerte, y tampoco en sus ojos cuando hablábamos. Sabía que estaba enamorada, enamorada hasta la médula.

Después de aquel día de conversación los dos solos, ya no supimos esperar hasta el domingo siguiente. Él vivía en una granja de Turnac y algunos días, cuando acababa el trabajo, venía a Carsac. Le conté en qué casas trabajaba. ¡Limpiaba con un entusiasmo! Al salir lo veía allá lejos, esperándome.

Nos besamos por primera vez de camino a la granja donde vivía con mis padres. Andábamos uno al lado del otro, con las bicicletas en las manos, hablando de los nazis, de los maquis, de todo lo que habría que hacer, y él se paró en seco. Dio tres pasos para dejar la bicicleta apoyada en un árbol y volvió, me cogió la cara entre las dos manos y me besó. Fue un beso largo, intenso, tuve que ponerme de puntillas... Me molestaba la bicicleta... Al separarnos vi su figura recortada bajo un cielo rojizo y pensé que Dordogne también era una tierra bella, donde en aquel instante me sentía completamente feliz. Seguimos andando con las bicicletas en la mano. Sentía la belleza de la naturaleza en cada árbol junto al que pasábamos, en el camino que recorríamos, en el perfil de la granja donde vivía con mis padres, que veía al fondo. Unos metros antes de llegar se fue, y yo me quedé inmóvil, mirándolo.

10

No habían pasado dos meses cuando decidimos casarnos, una idea que respondía a un plan estratégico. Juntos habíamos empezado a ayudar a jóvenes que si eran llamados al Servicio de Trabajo Obligatorio no se presentaban, se convertían en desertores y como tal se refugiaban en las montañas, donde malvivían. Así fue como empezó el maquis, y nosotros les ayudábamos como podíamos. Albert y yo pensamos que si nos casábamos, yo dejaría de ser una simple refugiada española y tendría la nacionalidad francesa, cosa que me permitiría moverme sin problemas y podría hacer de enlace entre diversos grupos.

Nuestros paseos de enamorados servían para buscar un lugar donde se pudieran esconder. Entre los dos alquilamos una granja y un poco de tierra en la península de Turnac, un lugar precioso junto al río Dordogne. Volver a Francia y trabajar como campesino había sido la gran ilusión de Albert durante aquel año de cautiverio. El camino que salía de nuestra granja hasta la pedanía de Domme estaba rodeado de bosques espesos por ambos lados, bosques cada vez más cerrados. La belleza extrema del Périgord Negro era idónea para esconder a los maquis a ambos lados del camino, así unos podían defender a los otros.

Yo tenía veintisiete años, era una persona adulta con las convicciones muy claras y no sabía cómo decir a mis padres que me casaba por amor, porque el hecho de que me sería más fácil luchar contra los nazis quería obviarlo. En aquel momento mi hermano mayor estaba también en el maquis, y en casa se encontraban Avelina y Rosanna, pero decidí hablar con mis padres a primera hora de la mañana, cuando ellas dormían todavía. Nos sentamos a la mesa de la cocina.

—Les tengo que decir una cosa.

—Dinos, hija —respondió mi padre.

—Debe de ser sobre tu novio... —dijo mi madre.

—Sí, es sobre mi novio.

—Dinos —insistió mi padre.

Los dos me miraban y yo, del nerviosismo, movía las piernas debajo de la mesa y me apretaba las manos.

—Nos casamos —dije con voz firme.

—¡Dios mío! ¿Es que te has vuelto loca? —exclamó mi madre levantándose de la silla.

Pensé que no tenía por qué enfadarme, que debía pensar que ellos se estaban haciendo mayores, vivían una situación difícil y tenía que ser paciente.

—No estoy loca, simplemente me he enamorado, como se debieron de enamorar ustedes, y queremos vivir juntos, pero antes nos casaremos.

—¡Pero si hace cuatro días que le conoces!

—Sé que le quiero y que él me quiere, y con eso tengo bastante.

—Pero las cosas no se hacen así, tendríais que ser novios más tiempo.

Yo quería callar, quería comprender su temor, pero no podía.

—¡Madre, no me diga lo que tengo que hacer! Nuestra vida no es así. Nunca debimos habernos visto obligados a huir de nuestro país, ni tendríamos que padecer otra guerra, ni tendríamos que relacionarnos con la familia solo por carta, ni yo tendría que limpiar casas... pero las cosas son como son.

—Eso no tiene nada que ver —respondió ella, furiosa.

—No, claro que no. El caso es que Albert no les gusta.

—No digas eso —exclamó mi padre con cara disgustada.

—Si casi ni lo conocemos —añadió mi madre con un tono más calmado.

—¿Cómo lo van a conocer, si cuando se acerca por aquí parece que no sepan qué decirle?

—Neus, no te enfades, nosotros queremos lo mejor para ti —dijo mi padre.

—¿Y Albert no es lo mejor para mí?

—Neus, Albert es francés —sentenció mi madre.

—Madre, ¿que no se ha dado cuenta? ¡Estamos en Francia! —grité, y me levanté de la silla con mal genio—. Y otra cosa: lo querrán o no, pero él no vendrá a pedirles permiso. —Y salí sin esperar respuesta alguna.

Hice bien en hablar por la mañana, porque así pude irme y dejarlos con sus pensamientos. Creía que por la noche estarían más calmados y todo sería diferente, pero encontré malas caras. Avelina incluso parecía dolida. Cenamos en silencio y al terminar subí y me encerré en la habitación. Tenía que revisar la ropa que tenía. Con la manta que nos había dado el ejército camino del exilio me había hecho, como tantos otros, un abrigo. Lo miré bien: tendría que arreglarle los puños, hacerle un cuello nuevo... Tenía trabajo si quería dejarlo en condiciones, y eso suponía horas de costura, yo que no sabía demasiado, una de aquellas noches.

A la semana siguiente anuncié que nos casábamos al cabo de diez días, el 29 de diciembre. Mi madre me dijo que nadie se casa en diciembre, y que esperase a la primavera. Le respondí

que no sabía ni dónde estaríamos en primavera, y que yo era Neus Català Pallejà y me casaba en diciembre.

Mi madre miró a mi padre.

Yo miré a mi padre.

Mi padre no dijo nada.

El 29 de diciembre de 1942 fui a la alcaldía de Carsac con la bicicleta desde la granja. Llevaba una falda y un jersey de los mejores que tenía, unas medias blancas muy historiadas que me había regalado una amiga que trabajaba en una cardería, el abrigo después de darle la vuelta y pulirlo, unos zapatos planos, la vieja maleta —que había salido de Els Guiamets camino de Barcelona y había cruzado los Pirineos— bien atada delante, y un pañuelo en la cabeza para que no se me deshiciera el peinado.

Junto a la alcaldía se encontraba la bicicleta de Albert. Entré. Tenía la honda sensación de que sonreía y no podía dejar de hacerlo. Hablamos un rato con el alcalde, el doctor Deguiral, que siempre me había ayudado, y le agradecí su amistad. Llegó Lluís, supongo que en representación de la familia. No lo esperaba y me hizo mucha ilusión, lastima que no pudiera evitar poner mala cara. De parte de Albert no vino nadie. Tampoco llegaban los testigos, y eso sí que era raro. Charlamos más rato, y también hablé con Lluís, como no empezábamos... pero era mejor no hablar demasiado, para que la cosa no se calentase. Y cuando finalmente aparecieron los testigos nos hartamos de reír. Eran dos refugiados españoles que trabajaban en una carbonera en el bosque. Concentrados en el trabajo, se habían olvidado de la hora, y cuando se acordaron ya era el momento de estar en la alcaldía, así que vinieron directamente del bosque, llenos de hollín, y mi hermano todavía puso peor cara, y nosotros nos reímos. ¡Cada vez me gustaba más aquella boda!

Aquella primera noche en la granja de Turnac acogimos a los dos guerrilleros que hacían de carboneros. Cenamos y, nada más acabar, nuestros testigos dijeron sonriendo que estaban cansados y que por la mañana se irían temprano.

Dormiría por primera vez en mi propia casa. Aquella Neus que se había sentado en la habitación de Els Guiamets a escribir un llamamiento para los jóvenes, para que trabajasen unidos por la República, ahora estaba en una granja de Turnac, dispuesta a continuar trabajando contra el fascismo, pero enamoradísima, y con su amante a su lado.

Después de recoger un poco nos fuimos a nuestra habitación. Encima de la cama tenía la maleta. La iba a abrir cuando Albert me cogió de repente en volandas y me sujetó entre sus brazos como quien lleva a un recién nacido, y nos besamos. Con la emoción nueva de estar desnuda, abrazada a otro cuerpo desnudo; con la alegría inesperada de haber encontrado un alma gemela con quien compartir penas, trabajos y alegrías, hicimos un pacto. Entre aquellas cuatro paredes, en nuestro nido, no habría ni guerra, ni maquis, ni resistentes, ni nazis, ni padres, ni suegros, ni nada de nada. La felicidad nos desbordaba.

11

*D*espués del primer día viajando en un vagón de ganado, el tormento de cada hora larguísima oprimía a aquella Neus que había subido el escalón con ímpetu. Al cuarto día de viaje, de la fuerza solo quedaba el polvo. Un viaje que te lleva lejos de todo, en unas condiciones tan inhumanas, te cambia. Comprimida entre mujeres decía adiós a la joven Neus, igual que había dicho adiós a Albert.

Saber que él estaba sufriendo lo mismo que yo, pensar que quizá ya estaba fuera del vagón, me tenía que dar ánimos. Debía llegar al infierno para poder volver y recordar juntos aquella dramática despedida. Pero era el cuarto día de viaje y apenas nos aguantábamos en pie, y mi mente divagaba, perdida.

Había mujeres desmayadas en el suelo, mujeres gimiendo... parecía que se nos habían acabado las fuerzas para llorar y gritar, y solo oíamos gemidos y algunos rezos. Era como si lo oyese todo desde lejos.

Junto con la granja habíamos alquilado un trozo de tierra y un huerto. La tierra era una plantación de tabaco que llevaba Albert y que nos daba el dinero necesario para ir viviendo. Yo cuidaba el huerto y los animales, que nos aseguraban la subsistencia básica.

La vida de campesina me satisfacía mucho. Cultivar el huerto, recoger los frutos, entrar con el cesto en la cocina y preparar la comida era un pequeño placer que disfrutaba día a día. Después de tantos años volvía a cuidar de los animales, y enseguida me hice amiga de ellos. Teníamos gallinas, dos vacas, un cerdo y una perra, *Fidela*, que era un poco boba, porque se empeñaba en empollar a los pollitos y las gallinas le picaban. Volvía a ser campesina, pero con una vida más bucólica que la dura vida del campesinado del Priorat.

Tendía la ropa al sol en un lugar idílico.

Recogía algunas hojas de tabaco, porque nos controlaban mucho. Las regaba con un buen chorro de coñac y también las tendía.

Amasaba pan.

Tenía la cocina muy bien recogida y limpia como los chorros del oro.

Ponía un ramo de flores silvestres en la mesa.

Cenábamos temprano.

Por la noche quitaba el jarrón con las flores de la mesa.

Quitaba el mantel, que sacudía fuera.

En la mesa desplegábamos los mapas de la zona, mapas hechos en casa o por alguno de los maquis, o entre unos y otros.

Nos reuníamos tres, cuatro, cinco personas, maquis de Turnac.

Nuestro jefe era Reynald. La primera vez que me vio yo estaba haciendo entrar las gallinas al corral y le dijo a Albert que no era sensato tener críos por allí. Cuando fui a saludarlo no pudo disimular la sorpresa, y Albert se echó a reír. Me había tomado por un chico, y no tardó mucho en bautizarme. En broma me llamó pulga, y para él siempre fui «la Pulga», pero mi nombre de guerra era Paulina.

Corrió la voz y nos encontramos acogiendo maquis. Estos se presentaban en casa y nos contaban sus vidas. Nosotros, si nos los creíamos, que era lo más habitual, les indicábamos la manera de unirse a los maquis de Turnac. A finales de enero había una guerrilla de más de veinte personas.

La situación de cada uno de ellos era desesperada. Había ex prisioneros de guerra como Albert, y militares que habían desertado; había exiliados republicanos españoles y antiguos combatientes de las Brigadas Internacionales que habían dado con una segunda guerra. Todos ellos se veían obligados a vivir en la clandestinidad, y ninguno de ellos se quejaba, a todos les movía la lucha por un mundo libre.

Pertenecíamos al Franc Tireurs et Partisans Français (FTPF), un maquis del Partido Comunista Francés. El maquis de los gaullistas recibía, mediante lanzamientos en paracaídas de la aviación, armas, víveres y hasta tabaco de los ingleses y los americanos. Nuestro maquis pasaba hambre y no tenía armas.

Nuestra primera tarea fue buscar campesinos que les pudiesen dar de comer. Unos fueron mis padres, otros mis suegros, y el resto, desconocidos que compartían lo poco que tenían sabiendo que arriesgaban mucho. También les proporcionábamos documentación falsa. Muchos maestros nos ayudaron, y también secretarios de ayuntamientos. La Resistencia se hacía por todas partes, miguita a miguita.

Mis días empezaron a cambiar, y fui dedicándome menos al huerto, los animales y la casa. Me vestía de campesina, exagerando el atuendo, y hacía de enlace entre el maquis de Dordogne y el de la Corrèze.

Una mañana, en la estación de Aillac, una chica a la que conocía porque trabajaba en la oficina de correos y a veces me contaba cosas, me dijo que sabía que había un francés que guardaba en su castillo las provisiones del restaurante La Rôtisserie du Périgord de París, donde iba a comer el Estado Mayor alemán. Sabía que aquel día el colaboracionista había ido a París. Fui tan deprisa como pude, pero sin correr, a avisar a los guerrilleros que acababa de ver. Ellos se pusieron en contacto con un agente doble que a menudo les ayudaba con una furgoneta. Entraron en el castillo con movimientos rápidos, y dentro se quedaron petrificados: había víveres para toda una temporada, incluso gallinas y conejos, y llenaron tanto la furgoneta que después les costó entrar a ellos mismos.

Por la noche, sin saber todavía el desenlace, cerré la puerta de la habitación, me metí en la cama con Albert, que me calentaba los pies, y me dormí entre sus brazos, agotada y feliz.

«Albert, Albert», me repetía en el vagón, con la poca conciencia que me quedaba.

12

Un maquis sin armas no es un maquis. Solucionamos el tema de la comida y de los documentos, pero no nos llegaban armas, solo teníamos las de los desertores, hasta que un día fui a ver a un hombre. Me habían dicho que su casa era una especie de almacén del *parachutage* del maquis del norte de Sarlat.

Me ofreció conservas, sopa y hasta chocolate. Si volvía con todo aquello me harían una fiesta, pero no, ya nos arreglábamos, y lo más urgente era tener armas para poder llevar a cabo los sabotajes, así que me puse muy pesada. Él se enfadó y me preguntó el nombre de la persona que me había llevado hasta él, pero yo le respondí que se dice el pecado, no el pecador, y las palabras incluso me salieron en catalán.

—Lucho por tu misma causa —le dije, y él me miró diciéndome que sí con la cabeza. Retrocedió un paso y me dejó entrar en su casa.

Allí había dos mujeres que ni me saludaron. Volvió con un saco, lo abrió y sacó de él una ametralladora. No había visto nunca una tan de cerca, y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. La montó y desmontó en un momento. Yo miraba embobada y aquellas mujeres actuaban como si me estuviesen enseñando una tela.

Como la metralleta no me cabía en la cesta, me dio una maleta. Volví a casa en la bicicleta con aquella maleta y un *clacclac* que delataba el arma que llevaba. Pensé que había sido muy difícil conseguir la primera, pero que aquella nos abriría más puertas. Volví plenamente consciente de que me jugaba la piel en un país que no era el mío, y que, como tantos otros y otras, lo hacía con total naturalidad.

A menudo llevaba mensajes en la cesta o en el canasto. Debajo, patatas. Encima, cuatro zanahorias, o lechugas, o acelgas, y siempre un par de puerros que sobresaliesen.

A pesar del miedo —veía nazis hasta donde no los había—, acabé por tener más seguridad y más responsabilidad cada vez. Hacía de enlace entre Reynald y Kléber, los jefes interregionales que ni se conocían entre ellos, y les transmitía mensajes. Me peinaba con un buen tupé en la frente, me ponía los mensajes dentro del tupé, bien doblados, y luego me ataba un pañuelo a la cabeza.

Salía de casa en bicicleta.

Cargaba la bicicleta en la barca.

Cruzaba el río.

Descargaba la bicicleta.

Pedaleaba hasta Carsac.

Hacía dos kilómetros más y escondía la bicicleta en el bosque.

Llegaba a Sarlat a pie.

Cogía el autobús en la plaza.

Hacía el trayecto de noche hasta Brive.

Dormía.

Y no dormía.

Delante del teatro de Brive me encontraba con el enlace.

Nos besábamos.

Nos cogíamos de la mano.

Entrábamos en un restaurante que había enfrente.

Yo me quitaba el pañuelo de la cabeza.

Iba por fin al lavabo.

Hacia pipí con calma.

Me arreglaba el pelo.

En la mesa, nos cogíamos de la mano.

Yo le entregaba mi papel bien doblado.

Cogía su papel, todavía más doblado.

Comíamos al lado mismo de los nazis.

Hablábamos del pisito que alquilaríamos algún día de aquellos.

Yo me ponía la chaqueta y me colocaba el pañuelo en la cabeza.

Volvía en autobús.

A pie.

En bicicleta.

En barca.

Albert me acogía entre sus brazos.

Me acurrucaba en ellos.

Paulina, en casa, calentaba un buen caldo.

En el establo había maquis que preparaban explosivos para hacer saltar el nudo ferroviario de Brive.

Yo los iba a ver.

Nos tomábamos el caldo.

Y luego dormía como un tronco.

A veces mi padre me acompañaba a ver a los maquis. Él sacaba las tijeras y la navaja de afeitar, y yo un fardo de tabaco. Mi padre les contaba lo que oía en la barbería de Sarlat. Charlábamos, ideábamos sabotajes y volvíamos contentos.

Pasaban los días y yo continuaba cargando de acá para allá la cesta con las patatas, el fardo de tabaco, las zanahorias, los dos puerros y los mensajes. Un día llevé un mensaje de los importantes: la FTPF y los maquis de De Gaulle, las Fuerzas Francesas del Interior, nos íbamos a unir.

Albert y yo no habíamos parado en diez meses. Hacía demasiado tiempo que la gente me veía ir y venir por ahí, y que venían maquis a casa. Los amigos nos advertían. El doctor Deguiral vino ex profeso a vernos para decirnos que corríamos peligro. Teníamos que dejar la granja, con lo bien que estábamos allí. Y aquella noche ya no pude dormir.

Buscamos otro destino. Iríamos a Villeneuve-sur-Lot y la nueva misión consistía en infiltrarnos como trabajadores en una fábrica de conservas para alemanes. Mi propuesta era, si conseguía un puesto al final de la cadena, añadir arsénico a las latas. Ya me había hecho a la idea, pero me daba mucha pereza cambiar el campo por una fábrica, hasta que nos sentamos a cenar y asumimos que estábamos quemados y que no había que posponer más la marcha.

Al día siguiente fui en bicicleta a Carsac, a despedirme de mis padres, mi cuñada y mi sobrina.

—Ten mucho cuidado, Neus —dijo mi madre.

—Sí, madre, tendremos cuidado.

—Neus... —Mi padre tenía la voz rota y no encontraba las palabras—. Estoy contento de que te vayas con Albert. Abrázalo de nuestra parte.

—Lo haré, padre.

Cogí a Rosanna en brazos y la abracé muy fuerte, pero la dejé enseguida porque veía que si la continuaba mirando no podría contener la emoción. Ya tenía nueve años y hacía cinco que vivía en el exilio. No me pude despedir de Lluís, que al deshacerse la colonia infantil había dejado de ejercer de maestro y por entonces estaba en un maquis.

Volví a la granja de Turnac donde vivíamos Albert y yo y guardé la bicicleta en el establo. La miré con pesadumbre. Albert no estaba en la granja. Había ido a despedirse del maquis, pero yo preferí no hacerlo.

Se apagaba el día y fui a llamar a los animales. Las dos vacas respondieron a mi silbido viniendo poco a poco a buscar un trozo de pan. La perra me ayudó a encerrar las gallinas en el corral. El cerdo me hizo sonreír. Siempre se iba muy lejos, y cuando lo llamaba, volvía corriendo a mis piernas: ¡un cerdo al galope! Los padres de Albert tendrían que quedarse con los animales... pero me daba mucha pena que matasen al cerdo.

Dejé la maleta, la misma que me había acompañado desde que salí de Els Guiamets, y preparé una más grande para poder meter también la ropa de mi marido. Hacía diez meses que me había casado y me sentía muy feliz.

Albert llegó cuando estaba ya oscuro. Yo tenía la mesa puesta y cenamos con dos chicos del maquis, porque teníamos que darles unos mapas y algunas referencias. En cuanto salieron lavé los platos y limpié la cocina. Pasé la escoba por debajo de la mesa. Encima dejé el jarrón en el que siempre ponía un ramo de flores. Nos fuimos a dormir temprano y nos levantamos cuando aún no se veía. Yo lo tenía todo ya ordenado. Dejé la cama sin hacer, con las sábanas en el cesto de la ropa sucia, como si alguien fuera a venir a lavarlas... Desayunamos y, al retirar el jarrón con las flores, las tiré a la basura. Lavé el jarrón y lo dejé en el fregadero, boca abajo. Corrí las cortinas de la ventana como si también me quisiera despedir del paisaje, pero había mucha

niebla. Albert y yo no nos dijimos gran cosa. Teníamos la maleta al lado de la puerta.

Yo miré la cocina como había mirado antes la bicicleta, como si ya la echase de menos, y de repente, con un fuerte estrépito, se abrió la puerta de la granja. Me volví al momento y vi allí mismo a un nazi que me apuntaba con una metralleta. No me moví. Entraron más nazis que además de las metralletas llevaban granadas de mano. En aquel momento no vi a Albert, quizás hubiese tenido tiempo de huir... pero enseguida apareció.

Todo pasó muy deprisa. Los nazis gritaban pero yo no les entendía. «*Raus! Raus! Austreten! Weiter Mach'!*» Albert y yo, en medio de tanta confusión, nos miramos intensamente, sin poder decir nada. Antes de salir pedí con un gesto coger la maleta, y me gritaron algo. Entendí que decían no, pero aun así la tomé. A continuación la dejé en el suelo y de la percha cogí el abrigo con el que me había casado y un pañuelo para la cabeza, que me fui atando despacio, con el nudo demasiado fuerte. Fuera despuntaba el día y había una niebla espesa; los nazis parecían enfadados. Registraron toda la granja y aparecieron con dos maquis que por lo visto habían venido a dormir al establo para protegerse del frío. No obstante, con el despliegue que habían hecho interpreté que contaban con coger por sorpresa a medio maquis, prácticamente. Suspiré aliviada y supongo que debía de haber alguna chispa de luz en mis ojos, porque el nazi que tenía a mi lado me dio dos bofetadas que me hicieron volver la cara. No miré a Albert, no quería ver el horror en su rostro. Avancé con la cabeza bien alta. Había dos nazis con unas ametralladoras colocadas apuntando a la granja y un camión un poco más lejos. No habíamos oído nada. Mientras nos acercábamos al camión, conté hasta once nazis en nuestra granja. Nos había faltado media hora, media hora que cambia una vida...

Subimos al camión nosotros, los dos maquis y un pobre campesino que pasaba por el lugar equivocado en el momento equivocado. Dentro del camión iba otro joven. Los nazis pusieron esposas a los hombres, pero a mí no. Tardé un rato en descubrir que al chico, en lugar de ponerle esposas, le habían atado las manos con alambre.

Cada minuto que estuve en aquel camión pensé: «Ahora lo tienes a tu lado, ahora lo tienes a tu lado». Procuré combatir el miedo con el presente, con el olor de su cuerpo, con la intensidad de su contacto, como si estuviésemos solos en el mundo. Estaba serena. Cerré los ojos.

14

El camión paró en la prefectura de Périgueux. El cielo anunciaba un día claro de invierno. Nos hicieron entrar y nos separamos con resignación, trastornados pero con emoción contenida. ¿Cómo se explica un dolor así? Como si me arrancasen los brazos y viese que los nazis se los llevaban lejos de mí.

Cuando me vi sola con los nazis les pedí ir al lavabo. Al entrar cerré la puerta y me apoyé de espaldas contra ella. En el bolsillo del abrigo llevaba unos abonos de panadero que nos facilitaban trabajadores del ayuntamiento y que podían inculparlos. Me los comí tan rápido como pude. Bebí agua de un grifo asqueroso, me mojé bien la cara y, sin necesitarlo, oriné.

En un primer momento pensé que me encerrarían, aunque de hecho no pensé demasiado. Me llevaron a un cuartucho donde había una silla y me ataron las manos a la espalda. Me senté allí, consciente de que quizá me sacarían a rastras. Empezaron a preguntar, y yo permanecí muda. No hablaría, ya me podían hacer lo que quisieran, que yo no había llegado hasta aquella silla para delatar a nadie. Me esforcé por no sentir nada, por no ver lo que veía e intentar guardar todas las emociones muy dentro de mí. Como si respirase hondo y aguantase el aire, como si se me

velasen los ojos y pudiese escapar de allí, como si fuese alma, solo alma, y no tuviese miedo al dolor.

Me ataron. Cuando esperaba la primera bofetada sentí que me ponían una pistola en la sien, y enseguida una segunda en la otra. Permanecí inmóvil, quizá con la espalda más rígida, a lo mejor con el pecho más erguido. Estaba cagada de miedo; quizás era la primera vez que sentía auténtico miedo, tanto que el mismo miedo me sostenía, paralizada, tiesa, muda. Ni lloraba ni temblaba. No quería pensar, no quería sentir, no quería fundirme, no quería nada de nada. Y cuando noté otro cañón en la espalda, la sacudida me envió muy lejos y llegué a la habitación de mi abuela, que me acogió con una sonrisa plácida, y me quedé con ella, con sus ojos tranquilos.

Estuve con las pistolas en las sienes y la metralleta en la espalda lo que me parecieron horas. Jugaban con el mecanismo de seguridad de las armas y yo procuraba huir con el pensamiento, pero el frío del acero y el ruido de las armas me devolvían a aquella silla una y otra vez. Hubo un momento en que ya no tenía miedo ni notaba nada. Me sentía más cerca de la muerte que de la vida. Trajeron al chico del camión y lo hicieron sentar en otra silla. Todavía llevaba las manos atadas con el alambre y se desangraba. Caían gotas de sangre al suelo y nadie le hacía caso, hasta que se lo llevaron y solo quedaron las manchas de sangre.

A ratos había cinco nazis conmigo, gritando, y a ratos estaba sola. Hacía tres o cuatro horas que había entrado allí, e intentaba medir el tiempo sin demasiado éxito, cuando me dijeron que habían estado con Albert.

—¡Lo ha contado todo! —gritaron—. Ahora ya puedes empezar a hablar.

Pero yo seguía muda, pisándome mis propios pies continuamente.

—Te ha inculcado a ti y tú lo proteges, cuando él te ha engañado con otras mujeres —añadió el nazi mayor.

—Es tan tonta que todavía lo protege...

«Qué gentuza —pensaba yo—. Qué mierda de SS que estáis hechos.»

Muchas horas después me desataron y entonces noté lo fuerte que me habían atado. No me había quitado el abrigo, me sacudí el polvo de manera inconsciente, como quien se levanta después de un largo viaje y se arregla la ropa. Salí exhausta de aquel interrogatorio. Se había hecho de noche.



Me llevaron a la prisión de Limoges, un sitio que daba miedo. Yo ya sabía que aquella cárcel era la antesala de la deportación.

Dos guardias me llevaron cogida por los brazos. Me hacían daño. Se detuvieron ante una celda. Otro guardia les abrió la puerta y me tiraron al suelo. Después del golpe me quedé quieta. A continuación noté otro golpe fuerte a mi lado, y al volver la cara vi mi maleta a pocos centímetros de mi cara. La celda estaba oscura y al girar la llave hicieron mucho ruido.

Una mujer mayor se acercó a mí, pero yo no sabía lo que me decía. No tenía fuerzas ni para escucharla. Ella me quería ayudar a levantarme, pero yo me quedé boca abajo. Para no oírla y para que no me tocara más, me senté en el catre. Ella me trajo la maleta. Yo me eché, encogí las piernas y me abracé a la maleta. La mujer me tapó con una manta y le agradecí aquel gesto levantando una mano, que vi que me temblaba.

Quería dormir, pero no podía. Era el 11 de noviembre de 1943, o quizás el 12, porque las últimas horas se me habían hecho tan largas que no sabía si aún era el mismo día o el siguiente. Hacía exactamente veinticinco años que los alemanes habían firmado el armisticio de Compiègne y la capitulación sin condiciones de la Primera Guerra Mundial. Estaban rabiosos, y era evidente que conmemoraban aquella fecha con una cacería de resistentes. En la cárcel la circulación era constante.

De repente noté que alguien me tocaba el pelo y me puse a chillar como si aquella caricia descontrolase todo lo que había reprimido durante el interrogatorio. Grité como una loca hasta que apareció un guardián. Cuando lo tuve delante me quedé muda.

—¿Qué pasa?

—...

—¡Te he preguntado qué pasa! —repitió gritando.

—Tengo hambre. No me han dado nada de comer en todo el día —contesté como si me disculpase.

Me pareció que se calmaba y apareció un rato después con un par de patatas cocidas.

Con el plato en la mano, me volví y se lo ofrecí a aquella pobre mujer, porque yo tenía el estómago cerrado. La miré por primera vez y me quedé petrificada. No era vieja, sino joven, pero tenía el pelo completamente blanco. Se guardó una patata y la otra se la fue comiendo a pellizcos. Yo me quedé en silencio, atrapada en la imagen de aquel festín inesperado.

—Me había parecido que eras mayor... —le dije mientras me incorporaba en el catre.

—Lo dices por el pelo... Yo era morena. Una noche aparecieron los guardias y se me llevaron con mi marido. Los SS lo torturaron delante de mí hasta que lo mataron. —Respiró hondo y yo me acerqué—. Durante un par de días no supe si estaba viva o muerta. Cuando me volví a ver el pelo, descubrí que se había vuelto blanco —contó en un murmullo con los ojos cerrados.

Sentí su pena dentro de mí, y pensé en Albert. Le cogí la mano y ella empezó a preguntar por la guerra con insistencia.

Ella buscaba un poco de consuelo que viniese del exterior, pero yo no le dije nada: una de las consignas en caso de ser capturadas era callar, y yo así lo hice.

—¿Y a ti te han cogido por resistente? —me preguntó, enfadada—. ¿Qué resistente eres tú ni qué mierda, si vienes de la calle y no sabes nada? —dijo gritando y mirándome fijamente, esperando una respuesta.

No le dije nada más y cogí la maleta. Toda la ropa estaba desordenada y arrugada. La vacié y doblé cada pieza de ropa con delicadeza. Me puse unos calcetines de Albert encima de las medias y volví a guardar toda la ropa. Pensé que tardaría en dormirme, y lo siguiente que pensé era que pasaba algo raro. Aquel primer día de prisionera me desperté antes de que nos llamasen con las bragas, la falda y el catre mojados.

15

*L*a vida en la cárcel no era vida. Era ir pasando las horas en un agujero, con más mujeres padeciendo la misma desgracia. Las condiciones eran deplorables y nos temíamos lo peor. Las paredes de la celda tenían grabadas unas inscripciones espeluznantes: «Camarada, tú que ocuparás mi lugar cuando yo haya dejado de existir, dile al mundo, si te salvas, que los antifascistas vamos a la muerte con la cabeza bien alta, con fe absoluta en la victoria. ¡Viva Francia!». Leía y releía, y mis ojos seguían el esfuerzo de cada letra con pena y orgullo.

Los dos primeros días no hice nada. No hablaba, no lloraba, no quería pensar. Pasaba la mayor parte del día en el catre, aunque el jergón encima del cual me echaba estaba manchado de sangre. A ratos estaba sentada, pero encerrada en mí misma. Lo único que rompía aquella pesada monotonía era la llegada de una sopa infecta. Fue el chico que me la traía, el republicano español Francisco Serrano, que también estaba preso por resistente, quien me despertó de aquella especie

de letargo que se había apoderado de mí.

Con pocas palabras, y sobre todo con el gesto, vi que no estábamos solas en aquella cárcel. Algunos de los guardias franceses también eran antinazis, así que poco a poco quizá pudiésemos hacer cosas.

Pasaron los días y en la celda, que tenía tres catres, metieron a cuatro mujeres más. Cuando llegaban recordaba en qué condiciones entré y que se necesitaba tiempo para soportar la nueva situación.

—¿Cómo te llamas?

—Thérese Menot —me contestó la chica sin mirarme.

—Yo me llamo Neus. Eres muy joven...

—Tú también eres joven —Suspiró y levantó la vista.

—Ya no me siento tan joven. ¿Cuántos años tienes?

—Veinte. Mis padres no saben que me han cogido —dijo con cara de espanto.

—No sufras, te dejarán escribir una postal —le respondí mientras cogía otros calcetines de Albert de la maleta, le quitaba los zapatos y se los ponía.

—Me puedes llamar Tití —murmuró ella con los ojos empañados mientras se esforzaba por esbozar una sonrisa.

Nos hicimos muy amigas. También la habían capturado por resistente; se dedicaba a falsificar permisos de trabajo para chicas que querían evitar el Servicio de Trabajo Obligatorio. Además de la causa que teníamos en común, supongo que nos hicimos muy amigas porque las dos éramos muy alegres, dos golondrinas encerradas en una jaula.

Una vez al día nos dejaban salir al patio y podíamos andar, dar un paso detrás de otro. Aunque fuese un espacio cerrado, el aire nos revivía un poco. La anhelada claridad del día nos hacía daño en los ojos, y cuando volvíamos a la celda la veíamos más siniestra aún.

Lo peor de todo, a lo que no nos acostumbrábamos, era al hambre. Solo nos daban sopa e, incluso después de comerla, seguíamos teniendo hambre. Nos permitían escribir a la familia y, a partir de la segunda vez, todas decíamos lo mismo, que no enviasen nada, que teníamos todo lo que necesitábamos.

Llegaban paquetes de las familias.

Dejaban los paquetes apilados delante de las celdas.

Un día.

Dos días.

Tres días.

Hasta que en un momento cualquiera, medio bebidos, se lo llevaban todo, y nosotras intentábamos no mirar aquel vacío, pero lo veíamos.

El aislamiento nos desesperaba. Los guardias franceses no eran las SS, pero tampoco nos trataban bien. Solo se salvaba uno. Era un hombre educado, que a veces nos hablaba de su mujer y del hijo que tenía en Alemania. Lo llamábamos el Campesino, y él y Francisco nos ayudaron a pasar comunicados sobre lo que íbamos sabiendo de la guerra, que era bien poco, si bien cualquier cosa era buena para levantar los ánimos en aquel agujero desesperanzador.

La prisión era mixta, con presos comunes y cada vez más presos políticos, y estaba desbordada. A veces nos comunicábamos gritando o cantando a través de las ventanas de las celdas, y a menudo con notas escritas en los trozos de papel en blanco de los periódicos. Se las pasábamos a Francisco, que repartía la sopa en otras naves, y a veces lo hacíamos nosotras mismas, con la lana de un calcetín, con las celdas de arriba o las de abajo. Supe que, tal y como pensaba, Albert también estaba en aquella prisión.

Cantábamos *La Marsellesa* cada día.

Cuando empezábamos a oírla nos poníamos de pie junto a los barrotes para sentirnos más cercanas al resto de los presos. Nos uníamos a aquel cántico y nos parecía que nuestra voz todavía volaba libre, hasta que nos cansábamos o hasta que los guardianes pegaban en los barrotes de la celda con gesto amenazador.

Había días que nos levantábamos inspiradas y nos inventábamos canciones. Adaptamos la música de *Lili Marleen* a nuestras necesidades y la repetíamos cada día:

Junto al cuartel
un soldado alemán
llora que llora
haciendo guardia está
¿Por qué lloras? Le pregunté
¡Los rusos nos van a joder!
Lili, Lili Marleen...

16

Dormía. No sé si mi sueño era profundo, pero el despertar fue lento. No sabía lo que pasaba, no sabía lo que sentía, quizá ni siquiera dónde estaba. Hasta que abrí los ojos, me senté y vi a mis compañeras también despiertas. Aún estaba oscuro.

—¿Qué es eso que se oye? —pregunté, aturdida.

—...

—¿Qué pasa?

—¡Chist!

—¿Cadenas?

—Son los pasos de los condenados a muerte —contestó una mujer de la celda de al lado.

Nos acercamos a los barrotes y todos hicimos lo mismo; tres pisos con un montón de celdas en cada piso. Desde cerca y desde lejos se empezaba a oír *La Marsellesa*, con voces serias, rotundas, majestuosas, y a cada voz se añadían otras más, decenas, centenares, y el canto cada vez era más potente, y sin darme cuenta yo también me uní a él.

Cantar con la piel de gallina era nuestra despedida particular. Tantas voces desesperadas entonando *La Marsellesa* hacían temblar como yo no imaginaba que se pudiera temblar. Al acabar, un vacío. El silencio rotundo, las miradas con las compañeras, como si nos diéramos el pésame, como si no hubiese nada que hacer. Quizá volver al catre. Quizá sentarnos en un rincón. Quizá pensar en todo. Quizás intentar no pensar en nada. Coger una imagen, una cepa bajo el cielo luminoso, unos viejos patines de alquiler, la bicicleta de Albert apoyada en la pared de la alcaldía de Carsac, y permanecer allí quieta, serena, protegida.

Y entonces unos pasos firmes y rápidos, ruido de llaves, una puerta que se abre, gritos.

—¡Vosotras dos, venid!

Tití y yo, al oírlos, fuimos al fondo de la celda y nos cogimos de la mano.

—¡Ahora!

—No hemos hecho nada...

Y nos encontramos fuera de la celda sin saber lo que iba a pasar. Me hubiera gustado tener un momento de paz antes de que todo cambiase... Las compañeras nos miraron como si se acabase el mundo, y en su mirada yo vi mi miedo.

Pocos minutos después más gritos, otra celda, otros rostros. Dos empujones y otra vez al suelo, pero ahora al lado de Tití. Alguien nos ayudó a levantarnos y nos dejó sitio en su catre.

—Somos Neus, resistente española, y Tití, resistente francesa. ¿Qué preso os trae la sopa?

Cuando oí el nombre de Francisco Serrano me dije que todo iba bien y respiré aliviada.

La sopa, las horas, las ganas de salir al patio y dar vueltas y más vueltas. La celda, sin sopa, la noche, el cuerpo de Tití, que tenía tan cerca de mí, y aquel otro que tanto echaba de menos. Y cuando ya me había dormido, me despertaba, como tantas otras noches, el tren de las once, el de Bruselas, y no podía volver a coger el sueño. En la celda parecía que todas dormían, y entonces me quería tapar la cabeza, pero la manta no me llegaba, así que me deslizaba hacia dentro y había noches que me echaba a llorar. Lloraba en silencio, lloraba sintiendo que no se me acabaría el llanto. «Soy una triste flor azul, de aspecto duro, pero en realidad delicada», me decía.

Una mañana nos llevamos una sorpresa. A un grupo de prisioneras nos llevaron al lavadero. Alguna de las chicas se había ofrecido para que lavásemos la ropa de los hombres. Lo hacíamos en una especie de abrevadero con el agua sucia y helada; la ropa, en el mejor de los casos, estaba manchada de sangre, y en el peor con pedacitos de carne. Se suponía que poder lavar la ropa era un pequeño privilegio del día.

Lavábamos deprisa. A cada pieza que yo cogía sentía el temor de encontrar la ropa de Albert, y su sangre. Frotábamos la ropa como si lo que nos preocupase fuera que quedase limpia de verdad. De vuelta a la celda me acariciaba las manos, una y otra vez.

—A mí me gustaba ir a lavar ropa al lavadero del pueblo —les decía con pesadumbre.

Hacía cuatro semanas que estaba en la cárcel cuando una tarde vino uno de los guardias franceses a la celda.

—Neus, tengo una sorpresa para ti. Acompáñame —dijo con sarcasmo.

Helada, miré a las chicas, que disimulaban su asombro y su miedo.

—No quiero ir a ninguna parte, aquí estoy bien —le contesté tímidamente.

Se echó a reír de una manera escandalosa, y mientras abría la puerta reaccioné con rapidez y pensé que aquella vez me quería despedir de mis compañeras. Las besé a todas, y a Tití la última. Me deshice de ella con el corazón en un puño, sin palabras.

Anduve delante del guardia, que me llevó a una escalera oscura. Me dijo que no hiciera ruido y que no me despegase de la pared. Se me quedó mirando fijamente. No se movió. No dijo nada. Yo no quería pensar en lo que me esperaba, y entonces oí unos pasos, y llegó otro guardia, quizá dos... y en aquel momento deseé que todo acabase lo antes posible.

—Tenéis cinco minutos —dijo serio, y desapareció.

—Neus —pronunció Albert con un hilo de voz.

—¿Albert? —contesté con un suspiro, sorprendida.

Los guardias desaparecieron; Albert me cogió entre sus brazos y yo me sentí en la gloria. Él había adelgazado mucho, supongo que como yo; tenía ojeras, iba sucio y sin afeitarse, y debía de verme igual de mal a mí. Nuestras manos recorrieron nuestros rostros con tanta pasión que lo único que importaba era la calidez, el fuego del cuerpo amado a tan poca distancia. Nos sentamos en el suelo unidos como estábamos. Nos acurrucamos el uno en brazos del otro.

—Esto será duro, Neus.

—Ya lo sé, pero somos fuertes, muy fuertes. ¿No te das cuenta?

—Me doy cuenta y lo sé, pero también sé que son muy duras las cárceles de los alemanes —dijo con voz grave, y nos besamos intensamente, con nuestro amor envuelto en el desasosiego del miedo.

—Sobreviviremos, Albert —dije sonriendo, mientras le pasaba la mano por la barba.

—Claro que sobreviviremos, preciosa mía.

—¿Sabes algo? ¿Tienes idea de lo que harán con nosotros?

—...

—No me quieras proteger de lo que sabes...

—Amor mío, lo que más deseo del mundo es protegerte, pero ya ves...

No nos dijimos nada más. Solo nos besamos y nos abrazamos con todas nuestras fuerzas.

—¿Adónde te han llevado?

—Temíamos no volverte a ver —dijo Tití contenta, pero con la tristeza aún en los ojos.

Mis compañeras me observaban de cerca.

—Neus, ¿qué te han hecho?

Me costaba hablar.

—Me han llevado a ver a Albert.

—¡Dios mío! ¿Está muerto?

—No, no, está vivo, nos han dejado solos, nos hemos abrazado...

—¡Neus, no nos asustes de esta manera!

Ellas se preocupaban por mí y yo me sentía triste, infinitamente triste, y me eché en el catre, de espaldas a todas.

17

Las ventanas de la cárcel eran altas, pero nos encaramábamos para poder ver entre los barrotes los colores del día. Con tantas horas sin hacer nada, solo pensaba en la manera de escaparme, pero era evidente que no había forma de huir a escondidas. Estábamos encerradas, y cuando íbamos al lavadero o al patio la vigilancia era extrema.

De todos modos me preguntaba una y otra vez cuál sería la manera de salir de la prisión, y solo encontraba una respuesta: la enfermería. Se trataba de ponerme enferma, o herirme, y de que me llevasen a la enfermería, pero que la cosa fuese grave y me tuviesen que trasladar al hospital. Pensé en ello muchos días, pero no sabía cómo conseguir que resultase lo suficientemente grave como para que me tuviesen que llevar fuera de la prisión.

Moví mis contactos. El pobre Francisco se ponía blanco cada vez que le pasaba un papelito. Conseguí el contacto de una familia de Limoges que me acogería.

La idea se me ocurrió un día que no la esperaba. Vi un guante de crin en la maleta de otra presa. Me restregaría el vientre con fuerza para que me saliese una buena irritación, que no sabrían de dónde venía, y me haría la enferma. Cuando por fin veía una forma de salida clara, me eché atrás. ¿Y si después tomaban represalias contra mis compañeras de celda? ¿Y si el que las recibía era Albert? ¿Y si, enfadados, iban a buscar a mis padres? No, no podía plantearme huir, me tenían como a una de las líderes y no permitiría que nadie sufriese ninguna represalia por mi libertad.

Y

Volví a ver a Albert dos veces más. Me llamaban, me llevaban a aquel rincón de la escalera, nos dejaban solos cinco minutos, o cuatro, o seis. No hablábamos mucho, no había gran cosa que contar. Nos mirábamos a los ojos con lágrimas contenidas, y nos abrazábamos sabiendo que aquel abrazo podía ser el último. Volvía a la celda mucho peor de lo que había salido, y sabía que aquello me afectaría durante unos días.

Tras varios cambios de celda fui a parar a la de los condenados a muerte. Temíamos que nos condenasen sin juicio, pero al lado de aquella celda estaban los hombres encargados de preparar el rancho, y ellos nos contaron que nos habían trasladado allí porque no había más sitio.

Una mañana anunciaron a una compañera que estaba condenada que la ejecutarían al día siguiente.

Se sentó en un rincón. Se tapó la cara con las manos y, balanceándose, daba golpes con la espalda contra la pared. Cuando nos acercábamos a ella, nos apartaba con las manos, hasta que conseguimos levantarla del suelo y acompañarla hasta el catre.

Sin pensarlo, cogí el guante de crin, que con previsión había guardado en mi propia maleta, y le hice estirar las piernas, aunque ella solo quería estar hecha un ovillo.

—¡Estírate bien!

—¡Dejadme tranquila, os lo suplico!

—¡Luisa Aronoviets, como me llamo Neus Català que te sacaré de aquí!

Las compañeras se acercaron alarmadas por la cara de asombro que ponía ella.

—Vosotras, ¿tengo monos en la cara o qué? ¿Queréis hacer el favor de ayudarme? —les grité.

—Pero...

—Luisa, tú estírate y calla, sobre todo calla.

Le levanté el jersey, hice señales con la cabeza a las otras y empecé a frotarle muy fuerte el vientre con el guante. Tuvieron que cogerla y taponarle la boca. No dudé ni un momento de lo que hacía. Ella se retorció y me miraba desesperada, y yo frotaba a conciencia.

Cuando la dejamos le di instrucciones. La hospitalizarían, tenía que memorizar una dirección donde encontraría a una familia que la escondería. La evasión del hospital era cosa suya.

Un rato después se quedó dormida. La chica con la que compartía catre la velaba. Cuando se despertó tenía el vientre lleno de ampollas. Disimulando nuestra alegría, llamamos al guardia. Tal y como habíamos previsto, se la llevaron.

Pero las alegrías duraban poco...

Unos días después me vinieron a buscar. Yo salí sonriendo con la mirada a las compañeras, porque tenía a mi marido cerca y podría acurrucarme junto a él un rato, pero el empujón que me dieron al salir de la celda me hizo pensar que las cosas no serían así.

Me hicieron subir a un coche y salimos de la cárcel. Una vez fuera, me obligaron sacar la cabeza por la ventanilla y dieron vueltas y más vueltas por Limoges. Mostraban a su presa y querían que la gente me mirase. Yo me esforzaba por mantenerme serena. Sabía que iba camino de la *Kommandantur* y de un posible segundo interrogatorio, y sabía que había prisioneras a las que no volvíamos a ver. El aire me acariciaba el rostro. Moriría antes que delatar a nadie. Sería fuerte.

Me hicieron entrar en una sala. Antes de preguntarme nada empezaron a pegarme.

«Soy fuerte. Soy fuerte. Soy fuerte.»

Primero me dieron latigazos, continuaron con puñetazos, y añadieron también patadas. Fue rápido, como una granizada de violencia que tendría que haberme hecho caer al suelo. Toda yo estaba concentrada en no perder el conocimiento. Cuando pararon me costó reaccionar. Me vi medio agachada, con un brazo me protegía la cabeza y con el otro me sujetaba la mandíbula. Me colocaron delante una declaración escrita en alemán.

—¡Firma esto! —me ordenaron.

—Si queréis matarme, adelante, pero no firmaré nada —respondí con una voz que no parecía la mía.

Se echaron a reír de una manera escandalosa, con unas risas estúpidas y forzadas.

—Tenemos los medios y el tiempo necesarios para hacerte hablar, tú decides —sentenció un SS muy joven.

No contesté. No tenía nada más que decir y estaba preparada. Volverían los golpes y no lloraría, no moriría llorando.

De repente se oyó ruido fuera. Alguien abrió la puerta. No sabía lo que decían, hablaban deprisa y a gritos. Me dejaron sola y no tuve tiempo de pensar en nada cuando apareció un guardia y, tirando de mí, me obligó a seguirle. Me hicieron subir al coche con más prisioneros, y cuando estuvimos delante de la cárcel me sentí salvada y pensé que quizá tendría que empezar a creer en los milagros.

Las compañeras se echaron a llorar de alegría cuando me vieron. Me tumbaron en la cama y me cuidaron igual que habíamos hecho todas con Luisa. No teníamos nada para las curas... Con un pañuelo me ataron la mandíbula, y yo me la sujeté bien fuerte con la mano.

Uno de los guardias franceses nos contó que los maquis habían volado el gran nudo ferroviario de Brive, que había vagones de mercancías volcados y que la gente había ido a buscar comida.

—¡Chicas! ¡Fue lo último que organizamos entre el maquis de Corrèze y los de Dordogne! ¡Preparamos esa acción en la mesa de casa! —les expliqué, emocionadísima.

Me había salvado mi gente, me había salvado mi propia lucha contra el fascismo. ¿Milagros? No, no es que ahora creyera en los milagros: creía en las personas y en nuestra lucha.

Cuando nos sacaron de la cárcel y todas cruzamos las manos a la espalda delante del SS Meier, supe que éramos fuertes. Después del primer viaje... después de la sentencia de Compiègne y de cinco días de trayecto en un vagón de ganado en condiciones inhumanas, ya no sabía nada. Nos sosteníamos de pie, por turnos, porque no cabíamos de ninguna otra manera, pero nuestros cuerpos estaban deshechos. Me resultaba difícil respirar, cada inspiración y cada aliento requerían demasiado esfuerzo. El hedor nos impregnaba el alma. Me costaba pensar, no era consciente de si dormía, soñaba o estaba despierta. No veía bien, me dolía todo el cuerpo y me sentía desgarradamente viva.

TERCERA PARTE

Noches sin sueños, profundas como un agua negra,
atravesadas por el aullido de la sirena.

GENEVIÈVE DE GAULLE, *La travesía de la noche*

Si los *Lager* hubiesen durado más tiempo,
habría nacido un nuevo lenguaje
más duro y áspero.

PRIMO LEVI, *Si esto es un hombre*

1

El sonido ensordecedor de las ruedas que frenan me llega desde lejos. Me mantengo de pie, como la mayoría de las demás mujeres, pero me encuentro en un estado tan deplorable que me cuesta reaccionar, ordenar los pensamientos e incluso deseo que haya llegado, por fin, el final del viaje más largo, desearlo con lo que me queda de alma. Qué lejos debemos de estar de Francia...

Nos amontonamos unas sobre las otras, ahora hacia un lado, ahora hacia el otro, hasta que el tren se queda quieto. Ayudamos a las que están en el suelo y nos esforzamos por tomar conciencia. Debo concentrarme y contar que han sido cinco los días y cinco las noches, cinco larguísimos días con sus cinco interminables noches, el tiempo que hemos viajado comprimidas como animales.

A lo lejos oigo unas voces que quieren gritar, pero que están amortiguadas.

—¡Hemos llegado! —dicen unas mujeres que miran por la tronera.

—Estamos en una estación. Hay SS y llevan perros.

El vagón entero se queda mudo. Ya no hay conversaciones, ni llantos, ni gritos.

Oímos ruidos estridentes y no sabemos qué pasa, de tan exhaustas que estamos. Alguien lo dice: están abriendo las puertas de otros vagones. Entra un poco de luz a través de la tronera y de los tablones de madera, y observo a las mujeres que tengo más cerca. Sus rostros me parecen desfigurados; más que exhaustas estamos medio muertas.

La idea de poder salir de la jaula nos da un poco de aliento. Al menos podremos respirar y movernos. Nos vamos despabilando las unas a las otras. Una chica exclama que hay una compañera que no se mueve en el suelo, que no recuerda cuánto hace que no se mueve.

—No vuelve en sí.

—Pero ¿respira? —pregunta inquieta una mujer.

—No sé. No oigo nada.

—A ver... —dice una voz joven.

En el profundo silencio se concentra la esperanza y el miedo de todas.

—Sí, sí que respira, pero está inconsciente. La tendremos que coger. ¡Venga!

Y la cogen, y la sostienen, y se caen y se vuelven a levantar.

Se abre la puerta y a partir de ahí todo es gris y negro.

Gris.

Y negro.

Miro, en la oscuridad, a las compañeras que recogen sus maletas y van avanzando hacia fuera. Enseguida oímos los gritos de los SS y los ladridos de los perros y, antes de tener tiempo para reaccionar y comprender que tenemos que espabilar, empiezan ya con los latigazos, como

con el ganado... Son miserables y crueles, no permiten que las mujeres sostengan a la inconsciente, y de un par de latigazos les hacen entender que la tienen que dejar desamparada en el vagón. Paso a su lado antes de bajar por la rampa. En su cuerpo abandonado, sin posibilidad de salvación, dejo la esperanza, y avanzo solo movida por el miedo.

Nos hacen andar escoltadas por SS con escopetas al hombro. No me atrevo a mirar atrás ni a los lados, solo adelante. El panorama desolador son las compañeras cargadas con las maletas, con muchas dificultades para andar.

Son las tres de la mañana del 3 de febrero de 1944. Estamos en la estación de Fürstenberg, en el norte de Alemania. El frío es tan intenso que de entrada nos desentumecemos, pero es un revivir tan doloroso, que nos oprime de tal manera que sentimos como si nos hubiesen disparado y fuésemos a caer, pero, como ellos gritan y nos amenazan con el látigo, nos mantenemos de pie y avanzamos como podemos, las que todavía podemos.

Un nazi lo ha dicho, y alguna de las chicas que entiende el alemán lo traduce y corre la voz: estamos a veintidós grados bajo cero.

No sé el rato que andamos, no es mucho, pero como sufrimos tanto se hace eterno.

A cada veinte pasos se desploma una mujer.

La entrada al campo de exterminio de Ravensbrück la veo como una bajada, una larga bajada muy oscura, una oscuridad iluminada por los potentísimos reflectores de las torres de vigilancia. Un hedor intenso y terrible me ahoga, me acelera el corazón y respiro con dificultad. Una inmensa bandada de cuervos hace nuestra llegada más siniestra aún. La escena es espectral.

Ando encorvada como una vieja. El suelo es negro y brillante, me da la impresión de que está sembrado de destellos de luz. Me cuesta adivinar que los puntos de luz negros son el reflejo del hielo iluminado. Levanto la cabeza, lo quiero ver todo bien.

El cielo es de plomo.

La escena es tan espantosa que me cuesta pensar, pero soy plenamente consciente de que dejo el mundo y entro en otro lugar. Un no-mundo, un lugar que no está en el mundo y que se puede parecer al infierno, aunque tampoco es el infierno. Me pregunto qué sabía Dante del infierno. Lo único cierto es que no es el mundo.

Nos hacen dejar las maletas en unos montones y nos dividen en dos grupos de quinientas mujeres cada uno. La separación es totalmente aleatoria. Pasamos entre dos filas de barracones. A quinientas de nosotras nos llevan al *Block 22*, al final de la calle, y a las otras quinientas las llevan al 32.

Mientras nos dirigimos al barracón, vemos unos ojos que nos observan desde los otros barracones. Dos o tres segundos clavados en unos ojos, unos segundos largos y traumáticos, me permiten captar la magnitud de la tragedia. Solo veo ojos, es la única manifestación de vida de un esqueleto. No es un rostro, es una calavera. No parece una mujer, parece una muerta que sale de la tumba, y sus ojos me lo dicen todo, me acompañan en el sentimiento.

Abren el barracón y nos hacen pasar deprisa a una estancia, todas hacia dentro, todas comprimidas, enlatadas, ahogadas otra vez. Vamos entrando y apretándonos las unas contra las otras. Los muy bestias todavía gritan, los perros todavía ladran. Nosotras, las quinientas, rompemos el silencio en un grito multitudinario y espontáneo.

—¡Noooo! —exclamamos, llenas de rabia y de fatiga.

Las *kapos*, que también son deportadas, y las *Aufseherinnen*, las guardias SS del campo, se ponen nerviosas y empiezan a repartir golpes a las que van delante, pero las que seguimos por detrás hacemos que se agachen y avanzamos un poco nosotras. Recibiendo ahora unas, ahora otras, conseguimos ocupar el otro departamento del barracón.

Pasamos todo el día encerradas en el comedor sin hacer nada. La norma es que tenemos prohibido sentarnos, pero necesitamos hacerlo y nos saltamos la norma por turnos. Entiendo que el hecho de que no nos dejen sentar siquiera pone en evidencia el nivel de crueldad de esta gente. Es un método de aniquilación más. Nuestra resistencia forma parte de la selección.

Todo el día.

Todo el maldito día encerradas.

Hora tras hora sin hacer nada.

Nada de nada.

Por fin aparecen con una sopa.

Hacemos cola para coger un plato, una cuchara y una taza de hojalata.

Me miro las manos con el plato, la cuchara y la taza.

Hacemos cola para la sopa.

No se le puede llamar sopa.

Pero nos hace revivir un poco.

Solo un poco.

Pero el hambre no pasa.

Ni la sed.

Quizá lo que hace es avivarla más aún, el hambre.

Y la sed.

Sobre todo la sed.

Yo iba a la fuente del pueblo, y me recuerdo a mí misma de pequeña, en verano, con un vestido fresco... Para beber tenía que ponerme de puntillas y tirar con fuerza de la palanca del grifo. Las faldas del vestido me hacían cosquillas en las piernas. *Bruneta* también bebía y a veces, para hacerla enfadar, la salpicaba. Con el agua resbalando por la cara, me pasaba el brazo para secarla y volvía corriendo a jugar.

Agua...

Un sorbo de agua...

¡Qué suplicio!

Me digo que debo procurar pensar en otra cosa, pero tengo la mente tan enturbiada que no puedo abstraerme.

—¿Alguien sabe cómo se llamaba aquella mujer que hemos dejado viva en el vagón? —pregunto a las mujeres que tengo al lado.

—Hablamos con ella el segundo día, me dijo que se llamaba Marie.

—¿Y no sabéis nada más?

—Era de un pueblo de cerca de Limoges... no me acuerdo del nombre.

Esperamos la noche como si con la oscuridad pudiéramos recuperar un poco de paz. Entramos en la habitación desesperadas, y el fuerte hedor nos golpea. Se ve poco. Nos encontramos con dos largas filas de literas, de tres pisos cada una, a ambos lados del barracón. Hemos de subir como si fuésemos gatos. Nos acostamos dos mujeres, a veces tres, en un catre de ochenta centímetros. Con los ojos cerrados me concentro en el deseo de serenar mi respiración. A las ocho apagan la luz.

No hay ruidos, nadie habla, nadie se mueve, pero el barracón es un mar de lamentaciones, resuellos, gemidos, aullidos, lloros contenidos y sollozos que constituyen una oleada estancada que nos dice que hemos llegado al fondo. Nos queda la añoranza, la incertidumbre, el pánico... ¿Qué será de nosotras? ¿Dónde están las mujeres que ocupaban el barracón la noche anterior? Tenemos las respuestas, vemos el humo del crematorio y olemos el hedor indescriptible de la

carne quemada. ¡Cómo vamos a poder dormir!

Yo comparto el catre con otra mujer. Entre nosotras están los platos, cucharas y tazas, que ya intuimos que nos acompañarán día a día entre estas tinieblas. Las dos mujeres que tenemos encima están medio al raso, porque el tejado tiene muchos agujeros y les cae la nieve encima. La primera y larga noche, cuatro personas compartimos un catre. Cuatro mujeres, las cabezas de las unas a los pies de las otras, que no podemos volvernos, ni movernos, ni respirar, ni dormir, ni soñar.

2

Cuando suena la sirena todavía es de noche. No tenemos que salir a la plaza, nosotras estamos en cuarentena. Hemos de hacer nuestras necesidades pegadas las unas a las otras en unas letrinas repugnantes que apestan tanto que nos producen arcadas. Tenemos que lavarnos con un agua asquerosa y helada, debemos ordenar nuestro dormitorio, salir a formar delante del barracón y volver a entrar al comedor.

Cada hora de la primera semana que pasamos encerradas me deprime más. Me pregunto cuánto tiempo me queda para morir. Aquellos primeros días las muertes se suceden unas a otras. En una semana veo fallecer a ocho compañeras. Soportas el día como puedes, unos pasos para aquí, unos pasos para allá, ahora sentada en el suelo, ahora echada bajo la mesa del comedor, ahora cuidado, que vienen, seguramente pronto traerán la comida... Cuando te quieres dar cuenta alguien grita y es que hay una mujer muerta. Una compañera le cierra los ojos, y si los tiene cerrados, solo la peina un poco con los dedos. Le decimos cuatro cosas con el corazón... Después se comunica a la *kapo* de turno, vemos que se llevan su cuerpo como quien arrastra una manta y sabemos que después será humo y cenizas.

—¿A que nos moriremos pronto? —pregunto, con un poco de esperanza, a las compañeras.

—Sí, Neus, y tú la primera, si sigues así.

—¿Y qué queréis que haga? —pregunto sin ánimo.

—¡Come! —me dice una compañera, con el plato de sopa vacío en las manos.

—Y calla.

—Eso, calla.

Me encierro en mí misma e, inquieta como soy, no puedo aguantar las horas sin hacer nada, sin saber qué esperamos, y solo tengo ganas de morirme.

Tití, que ha oído nuestra conversación en silencio, se sienta conmigo y me coge de la mano como si quisiera acompañarme a dar un paseo. Somos muy amigas, dos meses de cárcel y dos viajes terribles en tren han unido nuestros corazones.

—No puedes dejarte vencer —me dice, y yo la escucho sin ganas de hablar. Levanto la vista y observo a las demás mujeres. El panorama es desesperante.

—Tenemos que organizarnos de manera que unas podamos ayudar a las otras —dice una chica todavía más joven que Tití, y todas la escuchamos con atención.

—¿Y cómo nos podemos ayudar?

—Dándonos la mano —contesta Tití.

—Como sea —dice Lola, que también es española, mientras pone las manos sobre el hombro de una mujer mayor.

Cada vez hay más voces, más opiniones, una cuerda de solidaridad a la que agarrarnos.

—Tenemos que formar grupos reducidos y cuidarnos las unas a las otras; será la mejor

manera de estar atentas a cualquier necesidad y que ninguna compañera se sienta desamparada.

—Como en una familia... —murmuro.

—Exacto, crearemos familias.

—¿Familias de madres e hijas? —pregunta una mujer mayor.

—Eso, madres e hijas —contesta una compañera con entusiasmo.

Las madres se ocuparán de las hijas, pero sabemos que estas también cuidarán de las madres. Yo soy de las jóvenes, pero hasta hace una semana era una mujer fuerte y quiero ser una madre.

—Quiero ser la madre de Tití —exclamo levantando nuestras manos enlazadas.

Ocho días después de haber entrado en el campo, decido que lucharé con todas mis fuerzas para sobrevivir, y que haré lo posible para conservar bien en la memoria todo lo que veo, y veo mujeres valientes y generosas.

Y

El barracón tiene dos departamentos, el A y el B. Aun ocupándolos los dos, con la primera batalla ganada bajo latigazos y golpes, continuamos apretujadas. El comedor, donde pasamos el tiempo, tiene una estufa de leña insuficiente para tantas mujeres, y establecemos un turno para que todas podamos disfrutar de unos minutos de calor. El dormitorio es claustrofóbico. El pasillo entre las literas es diminuto, y estirando las piernas desde uno de los catres puedes tocar el de delante. Las doscientas cincuenta mujeres de mi departamento, menos las que ya han caído, ocupamos un espacio para cien, no más. Es angustioso entrar en el dormitorio como un rebaño, y salir del mismo modo. Es angustioso pasar las horas esperando entrar en el dormitorio, y después tener que acostarte pegada al hedor y la desesperación de otra mujer.

Tengo las cosas claras, pero no por eso dejo de estremecerme. Hace nueve días que estamos embutidas en el barracón cuando me encuentro un piojo enorme que me hace vomitar, y eso que apenas tengo nada en el estómago. Me pongo histérica, yo que no suelo perder los nervios, y las demás se burlan de mí.

—¡No sé de qué os reís! Buscad, buscad, que vosotras también tenéis. ¿No veis que también os rascáis? —les digo, enfurecida.

Cuando por fin nos hacen salir no sabemos lo que debemos temer. ¿Se nos llevarán a trabajar? ¿Quizás a morir?

3

*E*n el barracón adonde nos han llevado hay otras deportadas encargadas de cortarnos el pelo. Trabajan serias, en silencio, con movimientos rápidos. El ruido de las tijeras me recuerda a mi padre, y evoco su barbería como el más grande de los paraísos perdidos. Haciendo cola, veo que las mujeres de delante pierden su personalidad a golpe de tijeras y máquina de afeitar, y lloran irremediabilmente. Yo me propongo no llorar, pero en cuanto noto el primer tijeretazo se me escapan las lágrimas. ¡Qué impotencia! ¡Qué manera de deshumanizarnos!

Después nos obligan a desnudarnos y dejar toda la ropa y los zapatos en montones. Cuando me quito el sostén pienso que no tiene ningún sentido, si no nos van a dar otro. El momento de levantar una pierna y luego la otra, de dejar lo poco que me queda, unas bragas que son viejas ya y no están limpias, el momento de quitármelas y quedarme completamente desnuda, es un momento muy duro, como una muerte. Me abrazo al hato de mi ropa, mi querido abrigo, y me cuesta mucho desprenderme de él. Me digo que soy fuerte, que soy fuerte, pero no me siento así. Y veo que todas nos hemos quedado desnudas, jóvenes y viejas, delgadas y no tan delgadas. No

quiero mirar.

Cuando ya no nos queda nada, hemos de soportar que nos hagan levantar los brazos y nos pasen un líquido pastoso por las axilas. Cuando me lo aplican por el pubis ya no lloro, el asombro y la indignación superan cualquier otro sentimiento que pudiera tener. Me he quedado enjuta, reseca, muerta.

Reparten algunas pastillas de jabón para las casi quinientas mujeres que somos. Yo ni veo el jabón... Entramos en la sala de duchas y pienso que eso es realmente lo que nos conviene.

Cuando empieza a caer el agua helada maldigo nuestra suerte y las ganas de lavarme. Cuando empieza a salir caliente pienso que soy una impaciente, que me tengo que tomar las cosas con más calma. Cuando quema, solo tengo ganas de salir corriendo. Cuando vuelve a salir helada, me veo en las demás. Un montón de piezas, «piezas» nos llaman, doblándonos de una manera grotesca bajo los dolorosos chorros de agua.

Salimos baldadas, como si nos hubieran dado una paliza. Nos llaman por el número que nos han asignado; nos tiran lo que será nuestro uniforme: unas bragas que me recuerdan los calzoncillos que usaban los campesinos de la Ribera, una bata y una chaqueta. Es el uniforme de rayas que había visto a las otras deportadas, me dicen que es de color azul y gris. De color azul sucio y gris sucio, el azul no lo veo... Y lo que me parece extraño es el tejido, como de estopa, rasposo, raro. Nos dan unas medias como de lana, sin ligas, y unos zapatos hechos con lona de camión y suela de madera.

Dejo de ser Neus Català Pallejà para ser la prisionera 27.534. Llevo un triángulo rojo invertido —que me identifica como presa política—, con una F de Francia. Estoy casada con Albert y, por tanto, también tengo la nacionalidad francesa, pero que a los españoles que han luchado con la Resistencia también les asignen la F me produce una profunda rabia.

Cuando volvemos al barracón, aunque puedo verme en el rostro de las compañeras, me miro en la ventana. Me paso la mano por la cabeza una y otra vez, deprisa, deprisa... Se me caen las medias... La ropa me va grande, los zapatos... ¿Cómo voy a andar con esos zapatones que deben de ser una talla 42, cuando yo calzo el 35? Y esta ropa... ¡nos pondrá la piel en carne viva! Ya no tengo piojos, pero ¿cómo andaremos con un poco de facilidad con una suela de madera?

Doy unos pasos por el comedor, arriba y abajo. No es fácil. Es cuestión de horas que se nos llaguen los pies. Me pongo las manos en la cintura y ando y ando concentrada, como si intentase medir algo. Levanto los ojos y veo a mujeres que ya no son mujeres; anulada cualquier señal de identidad, son piezas uniformadas y, como yo, se han quedado pasmadas por la indumentaria, por los zapatos y por la estupefacción de ver cómo nos han rapado. Y así, andando arriba y abajo, me viene a la cabeza Charlot, e intento que resurja mi vena cómica de lo más profundo.

Empiezo por unos movimientos un poco contenidos, teniendo presente *Tiempos modernos* y aquellos andares tan peculiares de Charlot, y me voy animando. Enseguida empiezan a mirarme y yo me inspiro y voy andando con los talones, con los pies bien abiertos; los zapatones quedan que ni pintados. Doblo las rodillas, mantengo una mano en la cintura mientras con la otra hago como si moviera el bastón, y cuando oigo la primera risa sigo muy seria, concentrada, con gestos pronunciados. Las mujeres se van poniendo a ambos lados, y yo recorro el barracón arriba y abajo. Hago como si me quitase el sombrero y me paso la mano por la cabeza, sorprendiéndome de no tener pelo. Busco el sombrero entre ellas, meneo el culo y los zapatones me bailan y creo que ya ríen todas. No sé el rato que estoy; sé que en aquel momento no tenemos frío, ni hambre, ni sueño, ni sed, ni miedo. Reímos y cuando me aplauden sé que tenemos una oportunidad, lo sabemos todas. Flacas, rapadas, feas, pero unidas en un aplauso y una sonrisa de oreja a oreja. Quedan algunos claros en nuestro interior adonde los hijos de puta de los nazis no pueden llegar.

Después empiezan los viajes a la enfermería, si se puede llamar enfermería. Desnudas de arriba abajo. Rapadas y desnudas. Estar desnuda es una cosa, y estar al lado de otras mujeres, jóvenes y viejas, con un frío estremecedor y bajo la mirada de los médicos de las SS, es estar desamparadamente desnuda. Tenemos miedo y vergüenza, mucho miedo y mucha vergüenza. Sé que ese momento no lo olvidaré, siento una punzada, como si se me clavase alguna cosa en el alma.

Tengo la regla y debo permanecer allí de pie, exhibiéndome. No es que desee morir, pues ya he decidido sobrevivir, es que solo quiero acabar y vestirme, acabar y vestirme. Es impensable que nadie me ofrezca ninguna protección, y tampoco debo de ser la única con la regla, pero es a mí a quien me resbala la sangre por las piernas, soy yo la que sabe que esto no lo olvidaré nunca, por mucho que me esfuerce.

Nos echan un vistazo de arriba abajo y nos hacen abrir la boca. Sufro por la posibilidad de que me den arcadas. No tengo ningún diente de oro, así que no tienen que marcar mi nombre, pero lo marcan. Durante la Resistencia había adelgazado, después sufrí una apendicitis de la cual todavía me recuperaba cuando me hicieron prisionera, y en la cárcel tuve una infección de orina. Estoy aún más delgada, no debo de tener muy buena cara, y la sangre... quizá me toman por tuberculosa.

Ocho días más tarde me llaman para volver a la enfermería, y entonces ya sé que ir quiere decir, en la gran mayoría de los casos, no volver.

—No te preocupes. Estás bien, y verán que estás bien.

—¡Si estás mucho mejor que muchas de nosotras! —exclaman para animarme.

—No sé qué deciros. Noto un peso dentro...

Hace un día claro. Miro la poca luz que entra por la ventana. Pienso en Albert, que debe de estar en un barracón parecido, sufriendo las mismas barbaridades que nosotras. Tengo la sensación de que hace años que no estoy a su lado.

Otra vez allí, exhibida, desnuda, pero sin la regla, es menos duro. Hago cola para una radioscopia. La deportada que va delante de mí está tan esquelética que tengo la impresión de que de un momento a otro se doblará en dos. Mientras la visitan la miro; no puedo evitarlo, se me van los ojos. Se le ven claramente todos los huesos. Había tenido pechos, pero ahora tiene unos huecos con pezones y se le marcan los intestinos, no había visto en mi vida una cosa así. Los ojos le sobresalen del rostro chupado y observan con atención los movimientos de la enfermera. ¿Cuánta angustia puede transmitir una mirada? ¿Cuánto temor pueden contener unos ojos?

—*Gut arbeiten?* —tiene ánimos de preguntar.

—¡No! —le responde rotundamente la mala pécora.

Y se va llorando, sabiendo que llora su propia muerte.

—*Gut arbeiten!* —me dice la mala pécora.

Y en aquel preciso momento, aterrorizada, desnuda, rapada, muerta de miedo, de frío, de hambre y de sed, me pongo contenta. Valgo para trabajar. Las compañeras me abrazan al verme, habían estado preparando un nuevo número de matrícula para la chaqueta por si me consideraban no apta para trabajar y aun así volvía. Fundidas en un abrazo, compartimos aquella alegría. Al soltarnos veo un corro. Manteniendo los brazos abiertos, pero todavía unidos, la imagen que dibujamos es la de una sardana, la danza más bella de todas las que ha habido. Tengo la

oportunidad de luchar. Sonreímos. *Gut arbeiten!*

Los días son horas, y las horas son minutos, y los largos minutos los pasamos anhelando el momento de dar algo a nuestros pobres estómagos. Es tanta el hambre que tenemos que la batalla inútil y constante es no pensar en ella. Y no es hambre, es desesperación. Pero lo peor de todo es la sed, tener sed todo el día, no poder saciarla mínimamente después de beber. No recibir nunca un vaso de agua... Ver el vaso de agua de casa de mis padres. Verlo claramente, con el agua moviéndose un poco. Verlo y no poder tocarlo, y luchar por eliminar esa imagen de la mente.

Al uniforme añadimos el plato, la taza y la cuchara de hojalata. Nos los atamos a la cintura con un cordón; esos tres utensilios son nuestros tesoros más preciados. Pasas el día con el uniforme de presa, con los zapatos que te hacen daño y el *clinclan* de la vajilla que tienes que llevar encima. Es desesperante.

—¿Os gustaba cocinar? —pregunto, con una pizca de ilusión.

—Sí, sí.

—¡Mucho!

—A mí, solo los días de fiesta —explico.

—Ah, eso era lo mejor de todo.

—Pero mejor no hablemos de comida, ¿no te parece? —dice una mujer que no para de rascarse las cejas.

Y la conversación se repite. Tenemos hambre, no queremos pensar en comida, pero pasamos el rato hablando de los platos que cocinábamos, al abrigo del recuerdo de nuestras cocinas, como si soñásemos en voz alta.

—Cuando mi madre hacía rosquillas, nos encerrábamos en la cocina y si llamaban no abríamos. Me dejaba hacer los dibujos que yo quisiera, creo que es lo primero que cociné. Pero no pienso mucho en los platos cocinados de casa, pienso en las tomateras, en la uva a punto de madurar en las vides, y en las que colgábamos en el desván y aguantaban meses, y sobre todo en los árboles frutales... Comía manzanas, peras, melocotones... y además hacíamos confituras. Y los higos, me encantaban los higos. ¿Os gustan los higos?

—¡Que alguien la haga callar o la tiro por la ventana! ¡Qué mujer!

Nos llaman otra vez y nos vuelven a hacer salir. En esta ocasión toca revisión ginecológica. ¡Qué humillación, qué horror y qué asco! ¡No somos iguales los hombres y las mujeres, esto nuestro es indignante y peligroso, una tortura suplementaria por nuestra condición de mujeres! Desnudas otra vez, echadas como si fuésemos animales, con las piernas abiertas y un dolor extremo y muy profundo. ¡No me verán llorar, no les daré ese gusto! Y con el mismo instrumento, sin desinfectar, sacan muestras de todas. Después una inyección terrible que nos hace desfallecer, bordeando la inconsciencia, nos deja sin regla y estériles, preparadas para trabajar.

Salimos completamente abatidas de la enfermería. Me miro los pies, ando sin ánimos. ¿Hasta dónde llegará nuestro sufrimiento? ¿Hasta dónde seremos capaces de aguantar? ¿Cuál es el destino de los deportados?

Empieza nuestro destino, el oficio de morir, el oficio que vamos aprendiendo a cada paso.

—Neus, ¿por qué no dices que eres enfermera? —me pregunta una compañera, y enseguida recuerdo la bata blanca.

—Tendrás una vida mejor, seguro que las alimentan más.

—Porque como enfermera que soy mi función es curar y ayudar, y no sé qué es lo que me obligaría a hacer esta gente —respondo, con gravedad.

—Pero tú sí que sabes lo que harías —dice una voz melosa a mi espalda.

—Sería una suerte para ti y para tus pacientes —insiste otra compañera.

—¡Joder! Pero ¿no veis cómo es la enfermería? —digo sofocada.

—Neus, pero tú misma has vuelto de allí...

—He vuelto porque aún me quieren para trabajar, pero, si hubiese estado mal me habrían enviado al crematorio. En la enfermería no ayudan a nadie. Aquí es un camino hacia la muerte, no hacia la vida, y eso sí que no lo podría soportar, así que me quedo con el hambre.

5

*H*ambre, hambre y más hambre.

Hambre.

Pasar hambre, padecer hambre, desfallecer de hambre.

Después del viaje cruel e interminable, intuíamos que nos alimentarían poco. En aquel vagón supimos que lo que nos esperaba sería duro, pero aun así teníamos un poco de esperanza. Los SS despatarrados, cargados con escopetas y látigos, ¿no tenían ni una chispa de humanidad? A los prisioneros se los alimenta, ¿no? A los animales se los alimenta, ¿no? Nos alimentarían, qué remedio...

En casa los desayunos siempre habían sido importantes. Trabajar la tierra requiere fuerzas, y a menudo comíamos pan con chocolate de camino hacia el campo y, después de trabajar un rato, cocinábamos unos arenques. Cuando éramos muchos uno se encargaba de mantener el fuego. Todos dejábamos allí nuestro puchero, que se mantenía caliente hasta la hora de comer. Comer en el campo en época de cosecha, y los arenques... ¿A quién se le ocurre, con esta sed, pensar en arenques?

A primera hora de la mañana nos dan una mierda de sucedáneo de café, un quinto de agua sucia y tibia que me voy bebiendo poco a poco, a sorbitos, procurando alargar el momento, intentando de esa manera que el quinto dure un poco más. Y levanto los ojos y nos veo a todas nosotras con la misma desesperación, con la taza cogida con las dos manos y el alma en aquel líquido asqueroso, en silencio.

A mediodía hacemos cola para que nos sirvan en el plato un par de cucharones de sopa. ¿Se le puede llamar sopa? Un agua sin grasa, un par de rodajas de nabo y unos cuantos pellejos y huesos, con suerte. Como mucho, una cucharada de sustancia. En el comedor del barracón hay unas mesas largas y algunos taburetes, pero la mayoría comemos de pie por aquí o por allá, o sentadas como podemos.

Los primeros días había presas veteranas que venían a mirar y a algunas les dijeron que lo que contenía la sopa era carne de judía; las pobres se lo creyeron y les dieron a ellas su ración. ¿Hasta dónde puede llegar el hambre? ¿Hará que nos volvamos malas personas?

Por la noche una patata y una loncha como si fuera de queso que está hecho de patata fermentada. Lo mejor de todo es el pan, unos sesenta gramos de pan negro seco, de molde, empolvado con serrín, que es lo que deben de usar para que no se les pegue al horno; si no, no me lo explico. Cojo el pan bien fuerte. No nos lo quitamos las unas a las otras pero, de todos modos, lo cojo bien fuerte y lo muerdo sintiendo el movimiento de las mandíbulas y de los dientes. Poder masticar, poder engullir... tener todo el pensamiento puesto en el trozo de pan, el pensamiento y la vida.

Después el silencio, la oscuridad. Lo que tiene que ser descanso es insomnio, otra noche larguísima, con el frío que ya no nos quitamos de encima. En el catre tenemos virutas. Nada más

echarnos empieza la tos; todas padecemos traqueítis en menor o mayor grado. Cierras los ojos y toses, o gimes, o lloras. Cuando duermes no hay descanso, te atacan las pesadillas y te despiertas gritando o riendo como si ya estuvieses loca. La pesadilla de las noches se acaba con la pesadilla de las dos sirenas de la mañana.

6

*H*an pasado veinte días y veinte noches. Después de las dos sirenas nos levantamos como cada día y dejamos el catre bien arreglado. En eso, como en lo demás, son muy cuadrados. Vamos a tomar esa mierda tan anhelada de sucedáneo de café y nos hacen salir a la *Appellplatz*, a formar en la plaza central del campo, para el recuento. Hace días que no andamos. Levantamos como podemos los pies, pero parece que los arrastramos. El *zap-zap* de muchas mujeres me hace abrir unos ojos como platos. ¡Qué gentío!

Delante de nosotras hay un grupo de madres e hijos judíos. Hay bebés llorando en los pechos de sus madres; hay niños pequeños agarrados a sus faldas, que no hacen ruido. Una niña que se chupa el dedo mira fijamente las botas de un SS. Observo a esos niños y pienso que su imagen se quedará grabada en mi cerebro para el resto de mi vida. ¿Cómo les pueden tratar así? ¿Por qué tanta crueldad? ¿Por qué?

Mantengo la cabeza fija, mirando hacia delante, pero no puedo evitar verlo todo. Hay grupos de trabajo que salen afuera. Llevan picos y palas y van con la cabeza gacha. Parece que dominan más que nosotras la forma de andar con esos zapatos. Incluso cantan. Es estremecedor. Van muertas de hambre, no se mantienen en pie, y aún tienen que cantar. Su canto, a pesar del tono de marcha, es un canto fúnebre.

Y por encima de todo, y por debajo de todo, el crematorio, que no deja de expeler humo día y noche, y en el humo las vidas de otras mujeres, y en el humo y en las cenizas nuestro gran miedo, pegado a nuestras narices y esparcido por el cielo.

Nos quedamos inmóviles pero un alboroto nos llama la atención. Dos *kapos* con el triángulo negro que las delata como criminales arrastran a una pobre mujer que no ha venido al recuento. Una *Aufseherin* enfurecida la insulta y le pega sin parar con un látigo.

—Está muerta —dice una mujer a mi lado.

—¿Quién está muerta? —oigo que le preguntan cuando ya lo he entendido.

Miro la escena, que resulta terriblemente trágica. No arrastran a una mujer viva, sino su cadáver. ¿Qué puede haber llevado a aquellas mujeres a actuar así? Me lo pregunto y soy incapaz de imaginar ninguna respuesta sensata.

Desde las cuatro de la mañana hasta las nueve aquí plantadas. Veintidós grados bajo cero, o veinte, es igual. Nos cuentan. Pasan lista. Se pierden y vuelven a empezar. Una tortura más, una tortura programada e inaguantable. Cae una mujer y no permiten que ninguna de nosotras se acerque. Cae otra, y tampoco. El corazón se nos volverá de piedra. Hace tanto frío que no podemos respirar profundamente, las aletas de la nariz se pegan a causa del hielo. Tampoco podemos llorar porque las lágrimas se congelan y las consecuencias pueden ser fatales. De hecho, tampoco tenemos intención de llorar delante de las SS. Como las mangas de la chaqueta me van largas, encojo los dedos hacia dentro. Y entonces un grito me hace comprender que no, que tampoco podemos encoger los dedos. Si fuese creyente rezaría.

Me cuento los dedos de las manos, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez. Los cuento y los vuelvo tan ligeramente que no se puede ver. Vuelvo a contarlos. Uno, dos,

tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez. Y los de los pies, que muevo tanto como puedo. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez. Y diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos y uno. Y aprieto los dientes, intento sin conseguirlo contener el temblor. Movería las orejas pero no me sale, pero sí las cejas, un poco. Muevo los pies dentro de los zapatos, y al hacerlo pienso en cómo pisaban la uva en algunas casas de Els Guiamets. Y al cabo del rato las *kapos* bajan la guardia, y de repente noto que alguien me da unos golpecitos en la espalda. ¡Qué reconfortante! Cuando puedo, porque he aprendido a mirar como si fuera un gato, hago lo mismo. Doy golpes en la espalda a la mujer que tengo delante. ¡Todo ayuda a vivir!

Cae otra mujer. Queda desbaratada en el suelo, como una muñeca de trapo. Tiene los ojos abiertos. Si se hubiese desmayado, ¿los tendría cerrados? El sol ilumina las lágrimas congeladas. Quiero retener su imagen: es trágica, pero quiero guardarla en mi interior para poder evocarla.

«*Un, dos, tres, quatre, cinc, sis, set, vuit, nou i deu. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez. Un, deux, trois, quatre, cinq, six, sept, huit, neuf et dix.*» No había pensado que sabía tres idiomas. Podría aprender alemán; sí, una de las chicas podría enseñarme, y así sabría lo que gritan los nazis, ocuparía la mente. Sí, sí. Una ilusión, un deseo, algo que hacer en este infierno. ¡Qué bien! Una puerta, o una ventana, o un cojín, en cualquier caso algo.

«*Un, deux, trois, quatre, cinq, six, sept, huit, neuf, dix. Un, deux, trois, quatre, cinq, six, sept, huit, neuf, dix.*» Un cielo claro, el cielo de Els Guiamets. Quizás alguien esté labrando la tierra, quizá la abuela ponga hierbas en un cucurucho, quizás en algún lugar del mundo haya alguien que ama, alguien que nace, alguien que amasa pan, alguien que riega las plantas. Hay una guerra, somos prisioneras de guerra y las guerras se acaban, pero parece que aquí no hay guerra, ni mundo, ni vida. Parece que no estemos en el mundo, y que se hayan olvidado de nosotras.

Mi padre y mi madre no me han olvidado. Albert debe de estar en un recuento parecido a este, y debe de mirar el sol y pensar que yo también miro el sol, y que estamos por encima del cielo, del sol y de los crematorios. Quizás esta fuerza que me queda es la que él me transmite; quizá transmitirle fuerza me permitirá aguantar un poco más. No caeré. Llegaré a la hora de la comida y sentiré el calor mínimo de la sopa, que me dará unas horas más, las justas para llegar al pan y a la noche, la larga noche, y a la sirena, y aquí otra vez. Diez, nueve, ocho, siete, seis, unos golpecitos en la espalda, cinco, cuatro, tres, dos.

Y llega el primer trabajo. Salimos del campo en grupos de cuarenta.

7

Somos un grupo de mujeres que formamos un escuadrón de cinco por ocho. Se supone que vamos a paso ligero, pero el *zap-zap* de nuestros andares evidencia que a pesar del esfuerzo no vamos deprisa. Cargamos a la espalda una azada que pesa muchísimo; tengo la impresión de que pesa más que nosotras y de que en cualquier momento nos aplastará.

La sensación de salir del campo es agradable. Dejamos atrás el alambre de espinos. Atravesamos Fürstenberg y quedamos asombradas ante el paisaje. ¡Hay belleza en el mundo! Hay casas con los ladrillos de color rojo que tienen cortinas en las ventanas. Hay un mundo bajo un cielo claro, con un sol que saca la cabeza pero no calienta, y flores bien cuidadas. ¿De dónde venimos? De tan lejos que hemos olvidado los colores y las cortinas. Continuamos, *zap-zap*.

Nuestro destino es una explanada, y la tarea, recoger un enorme montón de tierra de la derecha y ponerlo a la izquierda. Suena un silbato y entendemos que debemos empezar. Primero nos vigilan con atención; después, las *kapos* y las SS parece que se aburren. Una compañera y yo

hacemos un poco el Charlot, siempre a sacudidas, cuando creemos que no nos ven. Al principio parece que nos ayuda, estamos más pendientes de hacer el tonto durante unos segundos que del trabajo. Una hora más tarde ya estamos tan agotadas que tenemos que dejarlo.

De repente gritan y tenemos que parar.

—¡Ahora tenéis que poner la tierra donde estaba! —nos ordenan, mirándonos con odio y desprecio.

Y aquí me cabreo mucho y entiendo las reglas del juego. Se trata de matarnos de agotamiento. Una selección más. No tienen bastante con las muertes por septicemia, tifus, disentería, ni tampoco con las que se ahogan en las letrinas, o acaban mordidas por un perro, o las que matan directamente con una inyección de gasolina en el corazón. ¡Nos llegan tantas noticias malas cada día! Además, nos tienen que matar trabajando. Y levanto la azada una vez y otra y temo que sea la irracionalidad la que nos mate... Cargo con la azada, pongo la tierra en el otro lado y me repito: «No pienses, Neus, no pienses». Y quiero concentrarme en el trabajo, hacerlo con el menor esfuerzo posible, aguantar media hora más, una hora más, dos, tres, las que haga falta. Tengo que volver a ver las cortinas y las flores, tengo que volver a entrar por la alambrada y comerme la mierda que nos den para conseguir sobrevivir un día más.

Sobrevivir.

Intentarlo.

Y, no sé cómo, pasan las horas y de vuelta veo las cortinas y pienso que estoy viva para poder verlas, y que una cosa tan pequeña me haga feliz consigue que tome conciencia de que amo mucho la vida. Más de lo que la he querido nunca.

De repente oigo un grito, y luego otro.

—¡Cuidado! —nos grita alarmada una compañera.

—¿Cómo es posible? —pregunta otra mujer, furiosa.

Hay niños que al vernos pasar nos tiran piedras. Clavo los ojos en un niño que no debe de tener ni diez años y su mirada me devuelve al fondo, donde estoy aprendiendo a no ahogarme, donde todo es gris y negro.

Sobrevivo un día más y lo que me empuja a continuar, cuando me quito los zapatos y me subo a la litera y me echo a dormir pegada a otra mujer, es el anhelo de poder decir a las tres del día siguiente que todavía estoy viva.

Pero los días y las noches son tan largos que el tiempo pesa como no me había pesado nunca, un tiempo que pesa, aplasta y borra. Y lucho contra el tiempo que difumina mi pasado y recupero un vestido color verde botella que me hice para estrenarlo en una fiesta mayor. Antes dormía, me vestía, entraba en una cocina, preparaba el desayuno... Vivía y ahora intento sobrevivir, y los zapatos de aquella fiesta mayor, con un poco de tacón, no son más que un recuerdo difuso, como un sueño.

Y estoy triste y furiosa. Apagan la luz y sufro la noche y con las dos sirenas de la mañana me dispongo a sufrir el día. En la *Appellplatz* temblamos de frío y de miedo. ¿Qué nos tocará hoy? Acarreamos tierra de aquí para allá y cuando volvemos al barracón decido, más rabiosa que triste, saber todo lo que pueda del campo. Lo primero que se me ocurre es ir a mirar el *Block 32* para saber qué ha sido de las compañeras del tren.

—Tú no vas a ningún sitio —me ordena Geneviève.

—¡Claro que voy! ¿No queréis saber qué les ha pasado?

—Queremos saberlo, pero intentar llegar allí es una temeridad.

—Lo sé, pero ya he tomado la decisión —respondo, tranquila.

—Pues la decisión se puede cambiar —dice Blanca, enfadada.

—A veces tomar decisiones temerarias es importante en la vida de una persona —contesto, reafirmandome.

—Ahora lo importante es no salir a jugarte la vida, ¿no lo comprendes?

—Me voy.

Cuando me dirijo a la puerta, Tití me coge del brazo y yo me suelto de un tirón. No tendría que haber dicho nada.

Cuando me parece que no hay mucho movimiento, salgo fuera. Nuestra *Blockova* no es tan cruel como otras responsables de barracón. Grita cuando los nazis andan por los alrededores pero cuando no están, ni nos molesta ni nos mortifica.

Ando deprisa, agachada, oigo los latidos de mi propio corazón. Hacía tiempo que no lo notaba tan vivo como ahora. Me digo que soy valiente y que tengo el sentido de la prudencia atrofiado, pero también que esta especie de resistencia me ayudará a vivir en este pozo. Estoy a punto de llegar al barracón cuando desde lejos oigo gritar:

—¡Cuidado! ¡*Kapo* !

Me vuelvo asustada, veo a una *kapo* y mis ojos se clavan en su triángulo negro. Está gorda, la mala pécora, y viene hecha una fiera. Con un garrote grueso me persigue pero soy pequeña, compruebo que domino el calzado y me escurro como una lagartija.

Doy un rodeo para volver a mi barracón y llego jadeando, sonriente y jadeando. No he podido mirar pero sí que he podido salir y he vuelto entera gracias al grito de una buena compañera desconocida. Las chicas están expectantes. Les cuento la aventura y me dejan sola, lo que es un decir, porque vivimos amontonadas, pero me dan la espalda, hablan entre ellas y me dejan por imposible.

Un rato después viene Blanca y me habla al oído.

—Si vuelves a salir, procura no pasar por una alambrada que hay al lado del barracón de detrás, porque hay una mujer electrocutada.

Me voy a dormir pensando que tengo un objetivo para el día siguiente.

8

*L*a triste realidad es que esta no-vida es insoportable, y que hay mujeres que se suicidan, y ese dolor se añade al dolor que ya cargamos, el dolor terrible de estar presas lejos de casa, de la familia, del mundo... Un sufrimiento compartido y a la vez muy íntimo.

En Ravensbrück hago amigas, grandes amigas. Una es una condesa francesa. Tiene sesenta y nueve años y aquí parece muy vieja. Llegó al campo vestida de negro de arriba abajo, y nos contó que vestía así porque su sueño era ser sacerdote. Es refinada e inteligente y había formado parte de la Resistencia. No sé muy bien por qué —porque de hecho esas cosas no se saben, simplemente pasan—, sin hablar mucho la tengo a mi lado desde el principio de estar en el campo. Lo que sucede es que con algunas mujeres te relacionas mucho, con otras poco y con el resto nada. Y nosotras somos muy diferentes, pero nos llevamos tan bien que no me sé morder la lengua.

—¿Qué hacía una católica recalcitrante y anhelante de sotana como tú con la Resistencia?

—Pues amar la libertad, chica. Soy patriota, soy francesa y odio a ese monstruo horroroso. Hitler es la encarnación del Anticristo.

Me deja muda.

—Chica, ¿y tú por qué eres una roja comunista? Ay, perdóname, he querido decir

republicana española —añade, excusándose.

—¡Ah, no, no tengo que perdonarte nada! Soy roja y soy comunista porque me sale del alma, porque es lo que me enseñó mi padre, porque los fascistas han declarado la guerra a España y he vivido las injusticias del mundo en mi propia carne, la de los míos y la de mi patria —le digo sentándome más cerca de ella—. Porque el fascismo aceleró en mí, inevitablemente, el proceso que ya germinaba en mi corazón, porque... la vida se encargará de darme más respuestas —añado con gravedad.

Somos la cara y la cruz de la moneda, pero nos hacemos buenas amigas. Ella me demuestra que hay gente que no piensa como yo y que es mejor que yo. Y llega una mañana que durante el recuento se la llevan a la enfermería.

Paso un día y medio horrible sin saber nada de ella, hasta que decido acercarme a la enfermería y pregunto a la primera enfermera que veo si me puede decir algo de ella.

—¡Vete enseguida! —grita, asustada.

Al día siguiente, a la hora de salir a hacer el recuento, otra enfermera se acerca al grupo y habla con una de nosotras. Yo no la pierdo de vista, y cuando me es posible voy a preguntar qué ha dicho.

—Está muerta, han aprovechado su cadáver para hacerle una autopsia. Todavía la tienen en la enfermería, con el cuerpo abierto en canal —contesta sin poderme sostener la mirada.

No me puedo quitar de la cabeza la imagen de mi amiga abierta en un rincón cualquiera de aquel infierno, esperando turno para el crematorio. No puedo dejar de pensar que ella también será el hedor horrible a carne quemada y el humo y las cenizas que veré al levantar la vista.

Desmoralizada, furiosa y triste... No sé qué hacer, no sé cómo soportar esta pérdida. Entro en el barracón y me apoyo en una pared, después me dejo caer hasta que me quedo sentada en el suelo y miro fijamente el temblor de mis manos.

Soy la primera en hacer la cola de la sopa, cuando lo que todas queremos es ser las últimas, por si al fondo del bidón todavía se encuentra alguna cucharada un poco más consistente. Me la como deprisa y me escurro hacia afuera.

Iría a la enfermería... pero no me veo con ánimos. Camino rápido hacia la alambrada que me había indicado Blanca. La mujer muerta electrocutada todavía está allí. He ido decidida, pero al verla se me corta la respiración. Soy consciente de que la dejan ahí durante unos días como quien cuelga un letrero, sabiendo que ayudará a aumentar el miedo. Y la verdad es que da miedo.

Las manos todavía se agarran a la alambrada, el cuerpo se mantiene rígido. Le miro el rostro. En la nariz y los labios tiene sangre coagulada. Me cuesta saber cuál es su edad... cuál era. Sé que es joven, demasiado joven para morir, demasiado joven para sufrir tanto. Me quedo un rato mirándola. Me parece que me he quedado clavada delante de su cuerpo una hora, pero lo más probable es que no haya estado más de dos minutos, y un poco de lejos, refugiada en una pared. Siento que tengo delante de mí una hermana, yo que ya perdí a dos hermanas. Siento que, a pesar del peligro, estoy donde tengo que estar. He ido en busca de este horror porque lo tengo que grabar en la memoria, por si salgo con vida del campo. He venido porque añoro a la condesa como quien añora a una madre. He venido porque estoy tan lejos de mis padres y de Albert que ya no sé ni añorar a mi propia familia. He venido porque si alguna vez me obligan a colgar a otra presa, cosa que nos han contado que sucede, correré con todas mis fuerzas hasta llegar a la alambrada y moriré dignamente como mi hermana. Todas las del barracón nos hemos prometido lo mismo. He venido porque esta hermana podría ser yo, y tengo que ser consciente de ello.

E estoy profundamente dormida, y los dos toques de sirena me arrancan del lugar donde me encuentro, donde no siento nada, y despertar es como rodar pendiente abajo, abajo, y levantarme al fondo del mundo. Y continuar cayendo en cuanto pongo los pies en el suelo.

Son la tres de la mañana. Todas arreglamos el catre, todas vamos al lavabo. Qué angustia, con los estómagos medio vacíos y descomposiciones constantes. Desesperadas, hacemos cola para el café. Pongo la mano dentro de la taza vacía y la aprieto bien fuerte. Miro y vuelvo a mirar la puñetera taza. Después la *Appellplatz*, soportar dos, tres o cuatro horas de recuento, pensar en escapar, quizás ir a Barcelona, a patinar, ahora un pie, ahora el otro, ahora una brisa primaveral en el rostro, ahora un pie, ahora otro, ahora un poco de espaldas, con el pelo largo que se me abre por la nuca y se me viene hacia la cara.

Y allí plantadas, aterrorizadas durante lo que puede ser una hora, vemos pasar a seis mujeres arrastrando una apisonadora. Los movimientos son lentos, la visión espantosa. Cae una mujer y una *kapo* le pega con un bastón. Otra mujer, de las que van delante, caerá de un momento a otro; cierro los ojos pero enseguida los vuelvo a abrir. La apisonadora le habría pasado por encima si una compañera con vista no la hubiese empujado. Le ha salvado la vida, pero ahora recibe bastonazos.

El trabajo del día: ir a drenar el lago de Schwedt. Nos descalzamos y nos metemos dentro del lago, que está helado. Hemos de romper el hielo y sacar la turba negra y congelada. Primero abrimos zanjas para desaguar, y de dentro de las zanjas, con el agua hasta los tobillos, vamos sacando barro. Con este hacemos ladrillos con las manos, sin tener ni herramientas ni molde alguno, y los quieren bien hechos, bien rectangulares. ¡Como sus cabezas!

Los vamos apilando en montañas que nos sobrepasan. A pesar del cansancio, el frío y el dolor de nuestras manos cortadas, psicológicamente es menos duro que cambiar la tierra de un sitio a otro sin ningún sentido. Quizá me quede algo de aliento para la noche.

Una vez en el barracón, en cuanto tengo un momento, me pongo a estudiar alemán. Una chica francesa me enseña. Tiene un lápiz y un poco de papel que nos facilita a escondidas, jugándose la vida, una de las chicas de la oficina. Escribo... y, cuando a las ocho apagan la luz, repaso mentalmente las palabras. Entenderé lo que dicen y hablaré alemán, y así un día les podré decir lo que pienso en su lengua, para que les quede bien claro.

Empieza un nuevo día y después del recuento hacen volver adentro a nuestro grupo. Pienso que está bien, así descansaremos un poco. Descansar quiere decir ir a limpiar las letrinas. ¿Cuánto hace que nosotras no las limpiamos? ¿Nueve días? ¿Siete? ¿Cómo puede ser el tiempo tan largo y tan pesado? Tenemos hambre y embozamos las letrinas, tenemos el sistema digestivo totalmente descontrolado.

Cuatro letrinas para quinientas mujeres.

Nos arremangamos.

Nos quitamos los zapatos.

Nos subimos la bata todo lo que podemos.

Entramos en las columnas de mierda.

La recogemos con las manos.

Nos mareamos.

Deseamos morir.

Deseamos sobrevivir.

La mierda nos llega a media pierna.
Si lloramos no nos podemos secar las lágrimas.
No lloramos.
Yo aparto a Albert de mi mente.
Tampoco quiero pensar en mis padres.
Me parece ver a la condesa abierta en canal.
Veo a la mujer electrocutada en la alambrada.
Me concentro en recoger mierda y depositarla en un cubo.
Recoger y depositar.
Recoger y depositar.
Inspirar una vez y espirar tan largamente como puedo.
Inspirar y espirar.
Y no pensar.
Y no llorar.
Sabía lo que hacía cuando luchaba en la Resistencia.
Sabía que luchar por un mundo mejor es lo mejor que he hecho.
Sé que lo volvería a hacer.
Recoger y depositar.
Recoger y depositar.
La fuerza moral me dará fuerza física.
¡La fuerza moral me salvará!
Nos salvará.

Pasamos momentos duros en los que, después de parecer que resurgimos de entre las tinieblas, nos sentimos completamente abatidas. La realidad no deja de parecernos una pesadilla en la que estamos atrapadas. Nos sentimos abandonadas, hablamos a menudo de nuestras familias, de nuestros países, de la guerra... Nos han apartado de todo, incluso la guerra nos queda lejos. Algunas defendemos que hay gente que lucha por nosotras, otras no pueden desprenderse de la realidad del campo y atisbar un poco de esperanza, hasta la mañana que lo cambia todo.

Estamos en el lago y nos sorprende un sonido muy extraño que nos distrae del trabajo. Levantamos la cabeza y vemos unos aviones que nos sobrevuelan.

—¡No paréis de trabajar! —nos ordenan con rabia.

—¡No miréis al cielo!

Seguimos trabajando con la espalda agachada, pero levantamos la mirada.

—Nos quieren decir algo...

—Hacen unos dibujos. ¿Lo veis? —dice en voz baja una compañera.

Escucho los aviones como si fueran música, miro como puedo lo que dibujan en el cielo.

—¿Qué día es hoy? —pregunto cuando intuyo el mensaje.

Nos cuesta disimular la alegría que sentimos al saber que es 8 de marzo, el día de la mujer trabajadora, y que están dibujando ochos en el cielo. Seguimos trabajando como esclavas que somos, pero con un aliento de esperanza.

10

Otro día en el lago. De vuelta tenemos las manos rojas del frío, doloridas y llagadas. Son

como dos pedruscos que pesan y arden. Cuando estamos dentro del barracón se oye un ruido extraño. No podemos volver a salir, tampoco tenemos permitido mirar por la ventana, pero nos acercamos a pesar de las posibles represalias. Una o quizá las dos mujeres que llevaban un bidón de sopa se han caído de lo exhaustas que están. Un grupo de presas se tira al suelo negro y lamen la sopa. Las veo y me estremezco. Todas las que lo vemos nos estremecemos y nos miramos las unas a las otras. Las presas, esqueléticas, parecen animales hambrientos. No nos decimos nada, pero sabemos que si la sopa hubiese caído a nuestro lado, estaríamos lamiendo el suelo tan desesperadas como ellas. Cuando empiezan a recibir golpes me mantengo firme, con los puños cerrados, soportando la maldad del mundo. Dudo que salgan vivas de esta. Voy a hacer cola para mi sopa, mientras aprieto fuerte la cuchara, como si la pudiese romper, como si la pudiese usar como un arma blanca, como si fuese el único lugar en el que pudiera volcar mi rabia.

¿Cuándo se acabará el frío? Sin frío sería todo mucho más fácil, sin frío seríamos más fuertes, más valientes...

Van llegando más deportadas al campo.

—¿Qué son esos fuegos que resplandecen? —pregunta una de ellas.

—Somos nosotras, que ardemos —le dice una compañera.

Y la respuesta resuena en mi interior una y otra vez.

No sé qué es lo que me lleva a moverme por el campo como una lagartija con zapatos. A veces pienso que soy valerosa; a veces una absoluta inconsciente. Decido acercarme al crematorio. El olor a carne humana quemada es espantoso, no sabré describirlo nunca. A medida que me acerco se hace más intenso e insoportable. Estar tan cerca me impresiona muchísimo.

Lo que hago es entrar en el barracón de la cocina. Quiero ver cómo es, qué hacen las presas que cocinan una vez ahí; quiero volver a verlo todo para luego poderlo contar. Entro sin hacer ruido. Nada más poner los pies dentro, me quedo parada. Supongo que eso es lo que me delata. Quiero mirarlas y lo que veo es que algo viene hacia mí como una bala, y no tengo tiempo de reaccionar. Un nabo choca contra la pared y estalla a dos centímetros de mi cabeza. Esos dos centímetros de mala puntería me salvan la vida, porque con la furia con que me lo han tirado me hubiera reventado el rostro y en la enfermería me hubiesen rematado. Salgo corriendo como alma que lleva el diablo. Deben de tomarme por una ladrona. Si me cogen me cuelgan. ¿Y yo? Muerta de hambre, husmeando por la cocina... y ni siquiera se me ha ocurrido coger algo para comer. De vuelta al barracón no cuento nada, aunque con la expresión de mi cara supongo que algo se deben imaginar. Las compañeras no me preguntan ni me riñen.

Geneviève, que hace rato que me mira, me comenta que hace días que no imito a Charlot, y yo recuerdo que ella también me salvó la vida, que los primeros días en Ravensbrück, cuando nos hicieron cargar juntas unos sacos de pan y de café, ella hizo lo posible por llevar más peso. Si te caías uno de aquellos primeros días, estabas muerta.

Geneviève, Tití y otras compañeras los primeros días; la radioscopia y el *gut arbeiten*, el aviso de la *kapo* cuando miré en el barracón de las compañeras del 27.000 y los dos centímetros de distancia del nabo: todo me dice que debo sobrevivir. Aún con el susto en el cuerpo, finjo que cojo el bastón y el sombrero, me inclino ante Geneviève y empieza la función.

11

Volvemos al campo después de trabajar doce horas en el lago. Caminamos como moribundas. Tenemos el frío metido tan adentro que pienso que el frío se debe de parecer a la

muerte.

Cada paso es terrible.

Cada minuto es largo.

Nos acercamos al barracón.

Nos acercamos al pan de la noche.

De repente, nos paramos en seco.

Todas.

Todas atónitas.

Nos gritan que sigamos caminando.

Hay unas presas arrodilladas alrededor de los barracones. Están cavando, sacando flores de unos tiestos y plantándolas. Trabajan con la cabeza gacha.

—Pero ¿habéis visto? —pregunta una compañera, sorprendida.

—Lo veo y no lo creo —exclama otra.

—¿Cómo es posible?

—¿Se burlan de nosotras?

—No, no, seguro que no. Son demasiado crueles para que esto sea solo para burlarse de nosotras —sentencia Lola.

—Entonces, ¿cómo se entiende?

No se entiende, me digo; no se entiende.

¿Cómo debe de ser, en la condición de presa, un trabajo tan humano? Soy una simple observadora y la escena me hiere. Me voy a dormir con la imagen de las flores en la cabeza.

A primera hora de la mañana reina un silencio inusual. Nadie se queja, nadie gime, todas nos tomamos el café en silencio y nos disponemos a salir a la *Appellplatz*. Las *Aufseherinnen* están nerviosas, parece que hoy lo quieren todo más perfecto que los otros días. No sé qué gritan. ¡No entiendo el alemán aunque me esfuerce!

Nos hacen salir al recuento. Empezamos a estar asustadas, no sabemos lo que nos podemos encontrar.

Cuando los veo llegar lo entiendo todo. Aparece el doctor Kart Gebhardt con una comitiva de la Cruz Roja.

¿Se puede llamar médico a un monstruo que inyecta bacilos de gangrena a prisioneras polacas para ver cómo evolucionan?

¿Esta gente de la Cruz Roja ve bien?

En la cola para el pan de la noche, Tití y yo y un par de compañeras más compartimos una misma idea.

—¿No os parecen desperdiciadas esas pobres flores?

—Tití, en Catalunya a esas flores las llamamos pensamientos.

Y aquí empezamos a reír, pero intentamos contenernos.

—¿Pues sabes qué pensamiento he tenido sobre esos pensamientos? —me dice riendo y tapándose enseguida la boca con la mano.

—Supongo que el mismo que yo.

Y Marie se echa a reír.

—No perdamos el tiempo, vamos a arrancarlos.

—Si nos cogen nos matan...

—Si no nos matará el hambre. Puestas a morir...

Y me río, y me agunto la risa y, con el pan en las manos, nos dispersamos.

En medio de la oscuridad vamos saliendo como podemos. Yo soy la segunda en salir, arranco

un pensamiento de raíz y lo escondo tan rápido como puedo. Cuando entro en el barracón hay una compañera, con la que no hemos compartido conversación, que sale con una sonrisa en la boca, qué raro...

Esperamos que se calmen los lloros, la tos y los lamentos. Esperamos mucho rato, inquietas cada una en su catre. Cuando lo veo claro, mi compañera de catre y yo vamos a la cama de Tití, y entonces se nos unen Marie y Hélène. La mujer de al lado, extrañada, pregunta: —Pero ¿qué hacéis? ¿Una reunión clandestina?

—Chist.

—Ven si quieres —le digo en voz baja.

—No estoy para reuniones, ya os arreglaréis.

—Vamos a tomar un pisolabis.

—¡Ya voy! —responde, mientras se acerca deprisa al catre.

Cada una de nosotras saca de debajo del vestido los pensamientos arrancados de raíz, chafados y calientes por el contacto con el cuerpo y la ropa. Nos sentamos en círculo, como si estuviésemos en torno a una mesa. Estamos agachadas, casi no se ve. Vamos poniendo todos los pensamientos en el centro. Sacudimos la tierra de las raíces. Nos quedamos en silencio unos minutos.

Cojo una de las plantas y reparto un pensamiento para cada una. El gesto me recuerda al de un cura repartiendo las hostias. Me pongo la flor en la boca como si fuera un cuadrado de chocolate. Primero la dejo como si quisiera que se deshiciera, y cuando ya noto el sabor, la mastico despacio.

—Mmmm...

Y entonces nos echamos a reír, una risa contenida para que las demás no nos oigan. Es imposible repartirlos entre todas.

Comemos y reímos.

Reímos y comemos.

Me echaría a cantar...

Tití vuelve a repartir flores.

—¡Mañana nos matan! —exclamo yo, contundente.

—¿A todas? —pregunta Tití sin poder aguantar la risa.

—No pensemos en mañana. ¡Por favor, no nos estropees este momento!

Hay quien come poco a poco, y hay quien come más deprisa. Yo me deleito mucho.

Me huelo las manos.

Qué ilusión que por un momento lo que note sea olor en vez de hedor.

—¡Oledlos, oledlos! —les digo.

—¡Chist!

Y cuando se acaban las flores nos chupamos los dedos. Y empezamos con las hojas, y continuamos con las raíces. ¡Qué banquete!

—Yo soy de un pueblo pequeño, y les decía a mis padres que quería ir a ver mundo. ¡Cómo nos tenemos que ver! —digo con alegría, para no ponerme a llorar.

Y reímos, reímos como si hubiésemos acompañado aquella comida con vino.

Nos vamos a dormir sin reír ya. ¿Qué nos puede pasar al día siguiente? ¿Qué horroroso castigo recibirán las desgraciadas del *Block 22*? ¿Tendrán que pagar todas por nuestro delito?

Oigo de lejos que Tití tararea una canción de cuna y, por una vez, me duermo en seguida.

Por la mañana, la alegría de la noche ha desaparecido. Nos levantamos y no comentamos nada entre nosotras. Salimos al recuento con el alma encogida, temblando de miedo.

El cielo está encapotado, una claridad mortecina nos muestra el barracón sin flores, el nuestro y todos los demás. ¡Todas hemos hecho lo mismo! ¡No hay ni rastro de las flores! A pesar del pánico por las posibles represalias, reímos con los ojos y con el alma.

12

*H*ay quien cuenta los días que llevamos aquí, pero yo no. Hace una vida que estamos aquí, y me desespera pensar que podemos estar una eternidad. Un día de finales de marzo pasa algo, las SS están especialmente duras. Nos quieren bien arregladas para salir a formar.

—¿Cómo quieren que nos arreglemos? —pregunta una compañera, sorprendida, mientras se pasa las manos por la bata, mirándose con estupefacción.

—¿Cómo pueden ser tan estúpidas? —pregunta otra compañera, que nos hace reír.

La *Blockova* se lo dice a una de las presas y corre la voz. Nos visita Himmler, el hijo de puta que dirige las SS de todos los campos de exterminio, con su plana mayor.

—¿A qué vendrá?

—Mejor no saberlo —murmura una mujer mayor.

El silencio en el campo es sepulcral. Los nazis, impecables de ropa y forma, pasan en comitiva por delante de nosotras. Así, todos juntos, todavía asustan más. Himmler va cargado de condecoraciones, estirado, lustroso... Es miope. ¡Qué impresión tenerlo tan cerca! ¡Qué mal presagio!

Hace unos días que en el campo hay mucho movimiento. Hacen salir a algunas mujeres de los bloques y no las vemos volver a entrar.

Estoy sentada en el suelo, tengo el plato de sopa vacío en las manos. Horas y más horas anhelando desesperadamente la sopa, que me tomo poco a poco, y se acaba y mi estado sigue siendo de desesperación. Pero tengo que aprender a no pensar; tengo que ocupar la mente en otra cosa, y en eso estoy, rumiando en qué puedo pensar cuando un montón de *Aufseherin* irrumpe de manera inesperada en nuestro bloque.

Me levanto deprisa; me ato bien el plato, la taza y la cuchara a la cintura.

Traen a los perros rabiosos.

Nos hacen salir.

Me siento frágil, como de papel. Los miro con la cabeza bien alta, y miro también a las compañeras. En cada rostro leo mi propio miedo, mi cansancio, mi hambre. Todas hablamos el mismo idioma, todas contamos la misma historia.

Empiezan a gritar números y las mujeres-número se adelantan. Cada vez los dicen más deprisa, y las que van llamando se empiezan a desesperar. Nos miramos extrañadas, asustadas, indefensas.

Cuando dicen el número de Tití siento que se me doblan las piernas, querría dejarme caer de rodillas, querría llorar, pero me prometí que nunca lloraría delante de ningún SS, así que me cojo a las faldas de la bata, aprieto fuerte los puños. Me haría sangre de tanto apretar.

27.534.

Al oír mi número mi cuerpo reacciona mal. No sé si llorar o reír, sé que debo contener las dos emociones, que me tengo que mover deprisa, oigo más números, los perros... Hay mujeres que chillan y miro a las compañeras a las que no han llamado, que se salvan no sé de qué. Las querría abrazar, pero solo tengo unos segundos confusos y unos ojos tristes para evocar una despedida que en aquel mismo instante se me escapa y quiero retener.

Todo va muy rápido. Somos unas cien mujeres formadas que no podemos ni hablar. El miedo nos mantiene erguidas; el frío, dolorosamente rígidas. Me repito que no lloraré, que se jodan todos, y empiezo a cantar mentalmente *La Marsellesa*. Empiezo flojito, como si fuera una madre que canta una canción de cuna, pero a cada paso voy aumentando el tono y después añado el coro de Els Guiamets, con mi padre a la izquierda sonriéndome. Cuando veo que no nos llevan hacia el crematorio siento que puedo cantar más fuerte. La mayoría de las mujeres que van a mi lado llevan la cabeza gacha, pero hay alguna que, como yo, lo va retratando todo. Cuando salimos del campo, en mi coro está la pandilla de mi pueblo, los niños de la colonia y las cien mujeres que salimos hacia un nuevo destino incierto cantando efusivamente, como si fuésemos valientes.

La angustia ha sido extrema, pero nos calmamos cuando dejamos atrás la alambrada.

—No nos llevan hacia el crematorio... —murmura una compañera.

«No nos llevan al crematorio», me digo aliviada, pero consciente de que nos tenemos que preparar para algún nuevo horror.

Llegamos a la estación de tren. El recuerdo del último viaje nos hace estremecer. Hay más mujeres. Los vagones de ganado... Quiero subir con energía, pero es evidente que mi cuerpo no dispone de la fuerza necesaria para obedecer a mis deseos. En cada vagón nos metemos unas cuarenta mujeres. En el trayecto nos acompaña un SS con metralleta y dos *Aufseherinnen*. Podemos dormir tranquilas en la paja; nos han seleccionado, pero no para el crematorio. Y echada en la paja, intentando recordar lo bonito que era el color amarillo de los campos de trigo, veo las botas bien lustradas y relucientes de un SS como el gran paisaje de mi vida.

El primer día de viaje físicamente lo aguanto bien, pero la sensación de lejanía me ahoga. A medida que avanzamos me siento más apartada de las compañeras de Ravensbrück, de Geneviève... Lejos de Albert, de mis padres, de la gente a la que quería en Francia, pensando en Els Guiamets como un mundo remoto...

—¡Berlín! ¡Venid a mirar! —grita una compañera.

Nos levantamos con rapidez. Podemos entrever la ciudad medio destrozada por los bombardeos. Cada casa en ruinas es un rayo de esperanza. No estamos perdidas, luchan por nosotras, no se puede perder la guerra... no.

El viaje dura cuatro días, cuatro días larguísimos, pero no inhumanos como en el trayecto anterior. Nos podemos mover, nos dan sopa y las SS que nos acompañan no nos tratan mal. A ratos cantamos, ¡nos dejan cantar! Nuestro canto no es alegre, pero tampoco triste.

Cuando el tren se detiene y nos dicen que hemos llegado, revivo la entrada a Ravensbrück, el «puente de los cuervos». Abren el vagón y me parece oír el ladrido de los perros, pero aquí no hay perros. Nos ayudan a bajar por la rampa, dejan que nos ayudemos las unas a las otras.

Es la madrugada del 6 de junio de 1944. Estamos en Checoslovaquia, en la zona de los Sudetes. El nuevo destino es un comando de trabajo de Holleischen que depende del campo de exterminio de Flossenbürg. Pasamos por un pueblo pequeño, un pueblo con casas, plaza e iglesia. Arrastramos los pies y temblamos. Seguimos andando. Cruzamos la alambrada.

13

Dejamos la noche atrás en cuanto entramos en el barracón, donde hay una luz clara. Nuestra *Blockova* se presenta en francés. Se llama Elsa y hará todo lo posible para ayudarnos. Asombradas, la miramos y respiramos hondo.

Observamos el barracón con atención. Es una granja moderna, está limpia y hay mesas largas y bancos para sentarse. No nos lo podemos creer.

De repente entra el comandante.

Callamos.

Formamos.

Lo miramos casi sin respirar.

Es poca cosa. Se mueve de una manera extraña, como un autómata.

—¡Comed! —dice gritando mucho, y desaparece.

Respiramos.

Elsa ocupa el lugar que ha dejado él y nos explica que el comandante ha encargado una sopa especial para nuestra llegada. Dice que la sigamos y nos enseña los baños. Hay tazas y lavabos, duchas y una especie de trapos. Nos miramos las unas a las otras, locas de alegría.

—El comandante piensa que hoy estaréis cansadas del viaje, por lo que no trabajaréis. Primero tomad la sopa y después tendréis todo el día para descansar.

Una sopa nada más llegar ya es una buena noticia, pero, cuando la vemos, nos quedamos estupefactas. Es una sopa de soja con dados de grasa. Cojo cada cucharada poco a poco. La boca se me llena de un líquido un poco espeso, y los dados de grasa se me derriten en la boca y noto algo parecido a la felicidad. Las compañeras y yo intercambiamos miradas. Se nos empañan los ojos.

Como tenemos todo el día para hacer lo que queramos, empezamos por la ducha. Hacemos turnos. Miro cómo salen las mujeres que se han duchado, con el pelo mojado, cómo les ha cambiado la expresión de la cara y cómo sonríen cuando otra entra.

Estoy desnuda. Miro mi mano en el grifo y lo abro. Cierro los ojos y el agua fría me cae encima. Levanto la cabeza y dejo que el agua me dé en la cara y se escurra por todo mi cuerpo. Escucho con atención el ruido del agua. Escucho las exclamaciones de alegría de algunas compañeras. Oigo risas. Oigo el llanto nervioso de la alegría.

Nos han prohibido dormir de dos en dos, pero abrimos las ventanas para que se pueda respirar mejor, y no veo ningún catre con una mujer sola. Me voy a dormir con Tití, mi hija. En el catre hay paja y una manta del ejército español. La cojo con un escalofrío. ¡Qué lejos está todo!

Después de algunas horas de sueño, todavía nos queda medio día por delante. Salimos al patio. Edmond, que es como llamamos al comandante, tiene una rosaleta. Cierro los ojos y dejo que el aire de la primavera me acaricie el rostro. El sol calienta un poco y siento que soy una persona, siento que hay cielo y sol, y que recupero mi cuerpo. Puedo sentarme en el suelo, cerrar los ojos, suspirar y sentir que estoy viva. Catherine dice que el suelo es color rosa; a mí me parece cubierto de una grava dorada. ¿Es posible? Me levanto y ando, y andar de prisionera en un campo es un pequeño acto humano que me devuelve un poco de dignidad.

El día empieza con el toque de sirena de las cuatro, una hora más tarde que en Ravensbrück. Nos levantamos, vamos al lavabo, tomamos café y salimos a hacer el recuento al patio. Después nos dan ropa nueva y la cogemos agradecidas. La chaqueta lleva el nuevo número que nos asignan. 50.446. Me lo aprendo en alemán enseguida. Una vez vestidas nos hacen formar en una larga y única fila. El comandante pasa revista.

Ordena que se repartan aguja e hilo y que nos hagamos un dobladillo en las faldas de la bata. Entramos en el barracón y nos ponemos a coser, sin saber qué pensar.

Elsa nos cuenta que el comandante es de origen austríaco y que había sido prisionero de guerra durante la Primera Guerra Mundial. Se ve que los franceses se portaron bien con él, y

parece que hará todo lo posible para que no seamos tan desgraciadas.

A mediodía nos llaman y nos hacen formar en grupos. Salimos del campo.

Empezamos a andar. Me reconforta salir en un comando con tantas amigas: Nanette, Blanca, Catherine, Jeannette, Lola, Gusy, mi inseparable Tití... Una nueva familia anda con un paso más firme que hace unos días por un paisaje hermoso, que me devuelve a cada paso a Dordogne y me pellizca con fuerza el corazón. El sol, los árboles, el aroma del bosque, todo nos muestra un país de colores que no puedo ver, un país que cruzamos como si fuésemos fantasmas.

A nuestro comando lo destinan al taller 44. Entramos sabiendo que vamos a trabajar, y que trabajar representa una salvación posible. Cuando estamos dentro, un escalofrío me recorre de arriba abajo.

—Es un golpe muy duro —dice Jeannette.

Observo con detenimiento el taller y miro la expresión de horror de las compañeras. Parece que nuestra vida ha quedado detenida delante de los ojos inquisidores de los civiles que trabajan aquí y del estruendo de las máquinas. Nos han traído a un taller de balas antiaéreas de la fábrica Skoda.

—Tendremos que trabajar para producir material bélico para atacar a los nuestros —dice en voz baja una compañera.

Nos reparten por la fábrica y nos enseñan lo que tendremos que hacer cada una durante doce horas diarias. El pan de cada día serán balas y obuses. Volvemos al campo sin conversar entre nosotras, sin oler los árboles, sin buscar los colores. Una vez dentro del barracón tampoco hablamos.



A partir de este momento los días son interminables, las noches son interminables. Nos vamos a dormir más muertas que vivas. Agotadas, exhaustas, con un triste pedazo de pan en el estómago y el cuerpo suplicando más, un poco más. Sabemos que al día siguiente será lo mismo, pero no pensamos en el mañana, pensamos en dormir un poco, en descansar, aunque mi cuerpo se rebela y no me deja dormir.

Tití se duerme antes que yo. Hago lo posible por concentrarme en su respiración acompasada, pero alguien llora, alguien reza sin parar, alguien gime en sueños, alguien sueña y ríe, hay quien ronca y, por encima de todo, hay quien tose mucho, y resulta complicado que el rumor de una respiración más o menos serena ahogue tantas lamentaciones.

No sé si es tras una hora o tres, el caso es que al cabo de mucho rato me duermo, para que a continuación el toque de la sirena me arranque del lugar donde me encuentro. Volvemos a estar en el fondo del pozo, y la llegada al campo no ha sido más que un espejismo. La sirena nos condena a resurgir, como si nos desenterrasen cada día.

Nos levantamos medio aturcidas, parece que no sepamos ni andar ni hablar. Arrastramos nuestro cuerpo dolorido a los lavabos, con nuestra descomposición, con una especie de diarrea de enfermo que apesta como si llevásemos la muerte dentro.

Arreglamos el catre y aplicamos los cinco sentidos en dejar una manta roñosa como si fuese un mantel limpio y planchado. Escondemos debajo nuestras pertenencias, grandes tesoros que no tenemos donde esconder si no los llevamos encima, cosa que supone un gran riesgo.

Un tesoro es un trozo de papel de periódico, un trozo de cartón, una punta de lápiz, una hoja de achicoria o de cualquier hierba recogida en un gesto valiente y rápido de camino hacia la fábrica.

Me ha crecido el pelo. Me lo recojo dentro de un pañuelo que nos han dado en este campo, y este es el acto más humano de todo el día. Los zapatos nos hacen daño, y es un suplicio tener que arrastrarlos. Las piernas nos han cambiado de color. Tenemos las uñas de papel. Los dedos nos

pesan como si fuesen de hierro. Podemos lavarnos las manos y la cara en un agua gris, pero es como si todo el día las llevásemos sucias. La tentación de beber agua es muy grande, pero la diarrea que nos provoca es peor aún que la sed. De vez en cuando nos dejan ducharnos, pero aun así apesto.

Hacemos la primera cola del día con la taza en las manos, como si fuésemos mendigas. Nos arrojamos sobre el sucedáneo de café como si llegásemos después de cruzar un desierto, y eso cada mañana, cada mañana cruzar un desierto con unos zapatos que se te hunden tierra adentro y tienes que desenterrar una y otra vez. Tragamos el agua sucia y tibia como si fuésemos perros sedientos. Una vez vacía la taza, todavía la lamo. ¿Cómo sería poder beberse un vaso de agua clara en un mundo triste, gris y negro?

Salimos a formar a la plaza y a esperar el recuento. Las *Aufseherinnen* son malas y nos dan pánico. Nos miran como si buscasen una excusa.

Hay un punto de libertad en el trayecto. Caminamos media hora entre la naturaleza, los árboles, las hierbas, algunos pájaros... El curso de la vida sigue, mientras nuestras almas moribundas se dirigen hacia el taller.

Y entonces toca dedicar los esfuerzos al armamento bélico. Si nuestro cuerpo todavía puede aguantar doce horas de trabajo de pie en las lastimosas condiciones en que nos encontramos, la mente dice que no, que de ninguna manera.

El domingo tenemos fiesta porque hay especialistas del taller que son civiles y no están dispuestos a trabajar siete días a la semana. El domingo es el día que ponemos manos a la obra y nos organizamos.

Una mujer se queda junto a la puerta de entrada, y dos vigilan por las ventanas. El resto de nuestro comando se sienta en el suelo, formando un círculo. Somos mujeres comunistas y mujeres gaullistas, pero entre nosotras no hay diferencias, solo una lección de humanidad. Todas tenemos claro que todavía no hemos perdido, que hay una salvación posible.

—Ahora ya sabemos lo que quieren de nosotras, la pregunta es si estamos dispuestas a hacerlo —dice Nanette con expresión grave, y miro cómo se estruja las manos.

—No podemos negarnos, nos costaría la vida —responde Gusy después de unos segundos de silencio—, pero tampoco podemos soportar trabajar en contra de los nuestros.

—Solo podemos hacer una cosa —dice la chica que tengo al lado, poniéndole una mano en el hombro—. Ahora que ya hemos aprendido la tarea de cada una dentro de la fábrica...

—¡Ahora toca emplear todos nuestros esfuerzos en sabotearla! —decimos Blanca y yo interrumpiéndonos, leyendo el pensamiento de todas.

Gritamos de alegría y levantamos los brazos en señal de fuerza.

—¿Y cómo lo haremos? —pregunta una chica rusa que está siempre muy decaída.

—Aprenderemos trabajando día a día, pero debemos tener mucho cuidado.

—Producimos 10.000 balas diarias. Lo más sensato sería reducir la producción, ¿no? —pregunta una de las mujeres de mayor edad del grupo.

—Eso haremos, en la medida en que podamos —contesta otra.

Con el sabotaje nos jugaremos la vida cada día, pero es una batalla con dos caras. El sabotaje será también la tabla a la que agarrarnos y flotar.

Lo primero que hago en el taller es pesar pólvora. Es un trabajo delicado, porque las medidas son minúsculas. Había usado ya la balanza en la cooperativa, y sé pesar muy bien. Es una tarea entretenida que no me desespera, como sí me desesperaban las tareas inhumanas a las que nos habían condenado en Ravensbrück. Eso sí, la hago con precisión, vigilada, como todas, muy de cerca, pero esforzándome por ralentizar el proceso sin que resulte demasiado evidente.

Con el tiempo nos van cambiando de puesto. Cargo balas con pólvora y las pongo en una máquina. Hay que añadir una lámina de metal y prensarla, y al final se pone una pólvora especial que sirve de detonador. Es un trabajo delicado y tenemos que concentrarnos en lo que hacemos. Hace semanas que trabajamos en el taller cuando, de repente, un grito muy fuerte nos paraliza.

—¡Aquí, rápido, necesita ayuda! —exclama una compañera.

Dejamos nuestros puestos y vamos corriendo a ver qué pasa. Las *kapos*, las *Aufseherinnen* y los civiles hacen lo mismo y nos encontramos ante una compañera herida.

—¡Que nadie se acerque! —exclama una *Aufseherin* cuando una de nosotras ya la tiene cogida por los hombros.

—¡Todo el mundo a sus puestos! —nos gritan, y nosotras nos quedamos quietas ante la imagen de la compañera que se sujeta una mano ensangrentada, y aún se mantiene en pie.

Se ha pillado un dedo con la prensa. No dice nada, no gime, no llora.

—¡Venga! ¡Adelante! —le gritan, dándole un empujón.

La vemos andar con las manos como un nudo, delante del pecho. No tenemos palabras, solo miradas. Un rato después corre la voz. Está sentada en un rincón del taller, le han dado medio día de descanso.



La condena por sabotaje es la muerte, pero no sabemos de qué otra manera seguir adelante. Nos enteramos de que cualquier cosa que se mezcle con la pólvora, por pequeña que sea, la inutiliza. Empezamos con los escupitajos. Son pequeños y precisos, la saliva es escasa, nos

morimos de sed cada día, pero de dentro de las entrañas la sacamos con cuentagotas, y cada salivazo es un triunfo. También robamos aceite de las máquinas, nada, unas gotitas, una cantidad imperceptible que va a parar dentro de la bala.

A partir de ahí empieza la gran afición de las prisioneras de nuestro comando: cazar moscas. ¡Cómo nos entusiasma! Mujeres exhaustas y hambrientas que reviven un instante para volverse expertas cazadoras de moscas, fíjate...

También aprendemos a dominar las máquinas. Tití no sé cómo lo hace, pero aprende a estropearlas. Yo las limpio con mucha acetona, porque me habían dicho que solo pusiera un poco, y manipulo unos tornillos que hacen más lento el proceso de fabricación. Si a veces Blanca y yo tenemos algún problema con la máquina, viene el mecánico a revisarla. Nosotras hacemos un rótulo con el nombre de *Blanche-Neige et les sept mécaniciens*, la consigna que nos inventamos para hacer saber a las presas del siguiente turno que ya hemos llamado al mecánico.

Las series se forman con 10.000 balas. Se las llevan al campo de tiro y si salen 100 defectuosas se devuelven al taller para desmontar la serie y volver a montarla... y así nosotras nos convertimos en felices penélopes. Entre las balas inutilizadas y la manipulación de las máquinas bajamos la producción de 10.000 a 5.000, a veces 6.000 para disimular, y nos bautizan con el nombre de «Comando de las holgazanas». ¡Qué honor tan grande ese menosprecio!

Pero qué miedo, es demasiado evidente lo que pasa, aunque no deben de tener claro que seamos capaces de sabotearlos, estando tan vigiladas.

—¿No veis que tenemos a nuestro favor al ingeniero jefe? —dice una noche Lola, cuando ya han apagado la luz.

—Desde luego, se ve claramente que ha perdido la fe en el nazismo.

—¿Y qué me decís del capataz?

—Un civil me ha contado que le dijeron que traían unas prisioneras que eran unas borrachas y unas putas.

—¡Qué desgraciados!

—No nos delatará, nos respeta. Tengo la sensación de que nos lo hemos ganado.

Como trabajamos en un taller fuera del campo, tenemos acceso a cosas impensables en Ravensbrück. Arrancamos pedazos de cartón de las cajas y nos los guardamos dentro de la ropa, y después los metemos dentro de los zapatos. Las chicas de las oficinas también roban para nosotras, y entre trozos de periódico y de cartón y un par de lápices, quien más quien menos escribe un poco.

Los trapos y harapos son uno de nuestros grandes objetivos en el taller. Los civiles a veces, como quien no quiere la cosa, dejan un trozo de tela viejo y sucio en cualquier lugar y nosotras lo robamos. Los trapos amortiguan el dolor del frío del invierno que empieza a atacarnos. Con ellos nos hacemos sostenes. Los doblamos en triángulo, los anudamos y sirven cada uno para un pecho. Pechos... pobres pechos, poca cosa queda ya, porque estamos en la piel y los huesos, pero sentir el seno protegido con esa triste ropa es reconfortante.

Lo que ha adquirido un gran valor para nosotras es una pintura muy espesa, casi una cola, que gastamos en el taller, y que siempre que tenemos ocasión robamos también. La ponemos detrás del radiador; cuando se calienta se convierte en una pasta modelable, como si fuese barro, y algunas nos aficionamos a modelar miniaturas. Hay quien hace una muñeca, un gato; yo me dedico a las vajillas: tazas, platos y hasta una sopera con asas y tapa. Cuando una compañera cumple años en ese agujero, alguna de nosotras procura tener un detalle para ella.

Cada día salimos del taller un poco satisfechas, pero destrozadas. Hacemos el camino de vuelta al campo arrastrando los pies entre árboles y sombras, y la brisa que los mueve y el olor

que desprenden a bosque y a campo. Un olor tan puro, encontrándonos en un estado tan deplorable, me da ganas de llorar, pero no lloraré, no lloraré delante de ningún SS, es mi promesa confesada. Cuando no me queda nada me sostengo en mi dignidad. Y entonces, durante un breve momento, me siento como una vid joven, aunque parezca una cepa vieja, una vid que mi padre ha podado con el afecto con el que trataba a cada una de sus vides. *Xaparro* , con su aliento cansado, pasa a mi lado labrando la tierra, y la oxigena mientras yo me mantengo encogida y en silencio, pero con fuerza, esperando la primavera para sacar las lágrimas, como si fuera un grito.

E l domingo nos despierta la misma sirena, tomamos el mismo líquido viscoso para desayunar y salimos para hacer el mismo recuento, pero sin tener que trabajar doce horas. Serenas, nos entregamos al merecido descanso. Es el día que podemos sentarnos un rato y mirarnos con detenimiento las manos y los pies, pobres pies.

Hace semanas que dedico unos ratos al alemán, porque me revienta que me llamen y no entender lo que se supone que tengo que hacer. Pero se me acaba la paciencia.

—Te agradezco el apoyo, pero ya tengo bastante.

—Neus, no debes rendirte.

—Soy una mujer persistente, pero tengo una barrera mental —le contesto, convencida.

—Ya te sabes los números.

—¡Qué remedio! Y también entiendo: anda, trabaja, calla, asquerosa... pero no puedo con este idioma, y no quiero perder más tiempo con él. No es por tu culpa, ¿eh? No lo creas. Es un problema personal mío.

Y cuando me parece que se va más calmada, tiro los cuatro papelotes que tengo al suelo, y no hacen nada de ruido.

Hay unas mujeres que rezan, algunas hablan, el resto siguen perdidas en el abismo de sus pensamientos. Yo no pienso mucho. Vaya, no quiero pensar, porque sé que Albert estará tan mal como yo o peor. No tengo ni idea de lo que harán mis padres, ni Lluís, ni mis suegros, ni los compañeros de la Resistencia, ni nadie.

Nos dejan escribir alguna postal, veinticinco palabras contando el destinatario y la dirección. ¿Qué se puede decir en tan pocas palabras? Que estoy prisionera en Holleischen, que estoy bien, que los echo de menos y que espero poder abrazarlos pronto. Y entregas la postal pensando que lo más probable es que no la reciban nunca.

De todos modos tengo ganas de escribir, es una necesidad nueva, y en cierta manera, con unos mínimos muy mínimos, puede ser accesible. Así que recupero los papeles y elijo los trozos que todavía tienen espacios en blanco.

Escribiré una receta. La comida es una de las conversaciones recurrentes. Estamos muertas de hambre y nos ponemos a hablar de comida. Yo me planto en la cocina de Els Guiamets, cojo la olla y me dispongo a preparar una buena escudella.

Las recetas de cocina son nuestra gran obra compartida. Es curioso lo mucho que nos hermana sentarnos y escuchar lo que comían en otros países. A la hora de escribirlo nos lo tomamos muy en serio, desde la cantidad de los ingredientes hasta la elaboración. Hay muchas letras distintas, idiomas distintos. Vamos muy sucias, pero hacemos lo posible para escribir con buena letra. Cuando tenemos un buen montón de recetas, las unimos cosiéndolas como nos cosimos los dobladillos de las batas.

Con los platos removemos el estómago, quizá lo mortifiquemos, pero también recuperamos el calor de la cocina, el recuerdo de madres, abuelas y tías, y después la comida compartida con la familia y una larga sobremesa.

¿Cómo puede ser que pensar en la familia y en una mesa puesta sea tan doloroso? ¿Cómo puede ser que haya gente comiendo tranquilamente en alguna mesa, mientras a nosotras nos están aniquilando? Gente en el pueblo de al lado...

Jeannette L'Herminier y Tití dibujan y sus dibujos son como la vida, grises y negros. Jeannette nos dibuja a nosotras, mujeres sin rostro. Miro sus figuras inquietantes y siento que muestra de una manera acertada, extraña y al mismo tiempo sensible, lo que es ser un número, y el dolor inexpresable de nuestros rostros.

Un domingo, mientras algunas compañeras celebran la misa, recuerdo que en Els Guiamets yo también asistía, pero con otras intenciones. De repente me levanto y busco a Thérèse Subira como si estuviese desesperada. La encuentro sentada en un rincón, con las manos encima de los zapatos, como si les quitase el polvo repetidamente. Me inclino hacia ella.

—Thérèse, tú dijiste que eras profesora de canto, ¿no?

—Y de violín —añade con voz triste.

—Thérèse, tienes que ayudarme. ¡Tenemos que organizar un coro! —le digo, desbordante de emoción.

Sus ojos me miran de arriba abajo y sonrío. Las sonrisas en el campo son la luz y el calor que necesitamos. Me tiende la mano y yo la ayudo a levantarse. Hacemos levantar a las otras mujeres que están por allí.

—Reunión de urgencia. Venid hacia aquí, esperaremos a las compañeras que están haciendo misa.

Las que rezan se desconcentran con tanto movimiento y dan los rezos por terminados antes de lo habitual.

Les contamos entre las dos, interrumpiéndonos continuamente, que montaremos un coro, que todas podremos participar y que ninguna, antes de probarlo, diga que no.

Thérèse mira hacia el barracón, esperamos unos segundos y nos hace salir fuera. Yo miro embozada a las mujeres que van pasando, cómo las va distribuyendo y cómo en las miradas aparece un punto de luz.

No sé cómo, pero enseguida tenemos montado el coro. Es como si todas hubiéramos estado esperando una cosa así. Empezamos cantando canciones francesas, y los domingos siguientes añadimos al repertorio canciones holandesas y soviéticas. Yo les enseño cuatro frases en catalán, ¡y qué emocionante resulta oír mi propia lengua en muchas voces tan lejos de casa, tan lejos del mundo!

Cantar nos alegra, pero también nos emociona y nos estremece. La cuestión es no pensar, o mejor dicho, pensar fuera de este maldito no-mundo, así que también organizamos charlas. Ya nos escuchábamos las unas a las otras, pero queremos hacerlo mejor. Programamos charlas para los domingos. Cada una puede hablar de lo que quiera, y llenamos cada domingo de momentos entrañables. Hay quien cuenta un cuento, quien relata la vida de sus padres, quien habla de música... Hay una maestra, una escritora, una periodista... Yo un día les hablo de mi abuela, de lo mucho que me gustaba que nos llevase de viaje en tren.

Mis dos abuelas se llamaban Rosa. La que vivía con nosotros murió cuando yo era pequeña. Era la madre de mi padre, había parido a siete hijos y había enterrado a seis, y yo cada noche, durante mucho tiempo, la recordé. La otra abuela Rosa, que supongo viva aún, es la madre de mi madre, una mujer delgada y fuerte, alegre como un ruiñón, que viste de oscuro de pies a cabeza, con unas faldas largas que va moviendo a cada paso, y los pies descalzos que le asoman por debajo. Tenía una buena hacienda, que llevaban sus hijos, y ella se encargaba del huerto. No sé si lo hace todavía. Lo que más le gusta son las hierbas. Arriba, en el terrado, las tiene para que les dé el aire, y dentro guarda un montón de botes de cristal con muchas hierbas distintas. Sabe mucho de curar males, y la gente la va a ver para pedirle remedios. Además es una mujer muy creyente, que va a misa cada domingo.

De pequeña había un par de días al año que recogía a los nietos y nos llevaba de viaje a Reus. Ella se quitaba el pañuelo de la cabeza, se ponía unos zapatos y cambiaba su ropa de campesina por la de señora. Nosotros íbamos con la ropa limpia, los zapatos de los domingos y nos presentábamos en su casa bien peinados.

Íbamos en tren, y eso solo ya nos entusiasmaba. Lo primero que hacíamos nada más llegar era ir de visita a la Casa de la Misericordia, a ver a las hermanitas. Llegábamos con los cestos cargados de verduras de su huerto, plantadas, cultivadas y recogidas por ella misma. Las hermanitas nos hacían cuatro preguntas que nosotros contestábamos con pocas palabras y los viejos también nos decían cosas. Los nietos de la abuela, que nos subíamos a los árboles y vestíamos medio desarrapados, allí parecíamos angelitos. Nunca nos tuvo que llamar la atención. Sabíamos que, si queríamos que nos llevase otra vez, nos teníamos que portar bien.

Al salir de la Casa de la Misericordia íbamos disparados a la plaza Mercadal. Nos compraba unas ensaimadas grandes y un vaso de chocolate y nos los tomábamos en unos poyos de la plaza. No hablábamos, nos mirábamos los unos a los otros y devorábamos el desayuno. Después la abuela paseaba por el centro de Reus y compraba lo que le convenía. Nosotros, niños de todos los tamaños, éramos la escolta de la que presumía.

La comida era magnífica. Si sabíamos que había restaurantes era porque nuestra abuela nos llevaba. Aquel comedor tan limpio y arreglado, aquel suelo tan brillante, aquellos vasos tan transparentes y los manteles tan blancos...

—Abuela, ¿por qué comemos siempre lo mismo? ¿Es que no saben cocinar nada más en este restaurante? —preguntó un día uno de los primos.

—Qué burro eres.

—¿No ves que hay gente que come otras cosas, pedazo de borrico?

—¡Niños! —gritaba la abuela.

—Y si hay más comida, ¿por qué pedimos siempre arroz?

—A ver quién lo adivina... —dijo la abuela. Lo recuerdo muy bien. Es como si la estuviera escuchando. Nosotros intentamos adivinarlo.

—Porque a usted le gusta.

—Sí, pero hay más motivos.

—Porque también nos gusta a nosotros.

—Muy bien también. Pero, venga, volved a intentarlo. Neus, ¿qué dices tú? —me preguntó.

—Porque, como el arroz lleva sepia y carne, con un solo plato ya tenemos el primero y el segundo.

—Ay, esta niña... Muy bien también. ¿Nada más?

—...

—Cuando seáis mayores y yo esté muerta y enterrada, todo lo que hacemos hoy aquí lo recordaréis como un ritual, y el arroz forma parte de ese ritual —nos dijo, solemne.

—Abuela... no diga esas cosas —le contesté de corazón.

Cuando atardecía, nos compraba cacahuetes, chufas y churros que llevábamos al pueblo como quien lleva un tesoro. Pasábamos a recoger las cestas vacías, cogíamos el tren y en el trayecto de vuelta nos dormíamos bajo su mirada.

*H*uimos del campo gracias a las historias que contamos, pero los domingos son días que pasan como si fueran nubes rápidas, y nuestro agotamiento es cada vez mayor. El hecho de ser campesina me condiciona y soy más fuerte que las intelectuales, aguanto mejor el trabajo, el calor, el frío, e incluso diría que el hambre, pero si algo tengo claro es que la fuerza moral es la que nos da a todas la fuerza física necesaria para aguantar lo inaguantable.

Tener sed cada día, tener hambre cada día. Sentir la sed como un relámpago que te quema la garganta. Sentir el hambre como un agujero que te crece en el estómago y se extiende por las entrañas, y se hace cada vez mayor, cada vez más, y quiere devorarte. Hacer cola para una sopa que no es sopa y tener diarrea por la sopa que has anhelado. Tener que limpiar los lavabos mareada, con un hedor asfixiante. Aguantar estoicamente en la *Appellplatz*. Ver cómo se apagan algunas compañeras. Sentir los pies en carne viva día y noche, minuto a minuto. Pensar en no pensar. Pensar, sin embargo, en tu pareja, también expulsada del mundo. Escuchar un relato sobre la historia de la Revolución Francesa, y verte como una vieja en un catre, rodeada de otras viejas, mientras imaginas una escuela de pueblo con niños despeinados. Intentar quitarte de la cabeza a esos niños judíos cogidos a las faldas de sus madres, en la *Appellplatz* de Ravensbrück. Luchar para no quitártelos de la cabeza y, a pesar del dolor, optar por la memoria. Mirarte las manos huesudas y leer en su color extraño, en su tacto rasposo y en su deformidad que ya no son las tuyas. Reírte como una loca, atender a la tontería más insignificante para hacer de ella un espectáculo compartido, y reconocer que nunca te habías reído tanto y, a pesar de todo, saber que tu rostro, que solo intuyes en los rostros de las demás mujeres, habla, como si sangrase, de una profunda y cansada tristeza, y del miedo. Miedo cada día. Miedo a desfallecer. Miedo a morir. El miedo como compañero de fatigas, el miedo que te hace sentir aún condenadamente viva.

El comandante del campo no es ningún sádico, pero tampoco es una buena persona. Tiene unos cambios de humor muy bruscos. Un día se presenta de buena mañana y nos susurra en francés, llamándonos «pequeñas francesas». Otro día grita y dice que le prenderá fuego a todo el campo con nosotras dentro.

—Se droga, este hombre está drogado —dice una compañera que pierde los nervios cada vez que el comandante se acerca por aquí.

—No, es que de tan malos que son, se vuelven locos.

—¡Te digo que se droga!

El día que volviendo del taller vemos que ordena que le den una paliza a un preso de campo de hombres que está al otro lado de la carretera, somos unas valientes inconscientes y le silbamos.

Y pasa lo que no habíamos imaginado: se llevan al comandante. No es lo bastante malo para llevar un campo de la categoría de Flossenbürg, y lo relevan. Con él se llevan a Schmit, la SS en jefe del campo, bella como una urraca, pero con unos ataques de ira... Muy a menudo y sin ningún motivo pega a la mujer o mujeres que tiene más a mano, y la urraca se transforma en un cuervo hambriento que nos trata como si fuésemos animales moribundos, que de hecho es lo que le debemos de parecer. Lo que más lamentamos es que se lleve también a Elsa, Elsi la llamo yo, que es la única *Blockova* que hemos podido considerar amiga, una alsaciana que sí es buena persona, una buena persona con una tarea desagradable, aunque lo bastante lista para actuar con dignidad. Deja a la chusma, a Graff, que había sido guardiana de un manicomio y a la que llamamos «pantera negra», y a Ria, «la pantera roja», dos SS malas con ganas. También se queda Mouche-à-Miel, que yo bauticé como «la mosca de la mierda», otra desgraciada que pega por pegar, pero con tan mala idea que procura clavarte los puños en los ojos, y lleva un anillo

horroroso de piedras preciosas. Más de una y más de tres han perdido un ojo. Así de sencillo: pasan por su lado y pierden un ojo, y al cúmulo de desgracias han de añadir más dolor físico, y lloran con un ojo ciego a un Dios en el que no hay manera de poder creer. El miedo que va y vuelve. Sé que en cualquier momento puede caerme un garrotazo, y cuando ellas están por aquí ando como si viajase en un tranvía lleno y pudiese encoger los hombros y no molestar a nadie, y después me encuentro en el taller metiendo un trozo de mosca en otra bala, como si fuese valiente y me olvidase del miedo que llevo prensado debajo de la piel.

Me he convertido en un saco de huesos y siento el peso de cada uno de esos huesos. No me encuentro bien. Es como si cada día tuviese febrícula y supiese que al día siguiente no me podré levantar de la cama, pero llega el día siguiente y me tengo que levantar y soportar la febrícula, que parece que ha subido, y arrastrarme durante todo un día interminable para llegar a la noche interminable.

Durante unos segundos me engaño y me digo que me siento feliz porque me subo al catre para dormir. Estoy tan cansada que pienso que sí, que hoy sí, en esta pequeña muerte encontraré un poco de paz. Pero he visto que pegaban cruelmente a algunas mujeres, he visto morir a otras, he visto mujeres muertas y mujeres destinadas al crematorio, y a sus hijos cogidos a sus faldas con la cabeza gacha, y el humo de los crematorios, el humo y las cenizas... Con el cuerpo herido, con el agujero del hambre perforándome por dentro y el de la sed quemándome la garganta, la noche aparece pura y dura, tal como es: larga y tenebrosa. El sueño está desgarrado y tengo el alma enferma. Corro como si fuera coja detrás del sueño, y el abismo de la noche me atrapa y no me deja llegar a esa otra muerte tan deseada.

Empieza un nuevo día, la sirena nos desentierra del abismo de la noche para enterrarnos en el abismo del día, el camino hacia la letrina, la sopa asquerosa, el catre arreglado, los otros cuerpos heridos, con las manos desorientadas...

El recuento.

El nuevo comandante en jefe del campo.

El recuento.

El recuento.

El recuento.

El recuento.

Como en Ravensbrück.

La esperanza es que se acabe el recuento y podamos ir a matarnos trabajando para producir municiones contra los que nos han de salvar. La esperanza es fingir que somos fuertes, estar dispuestas a dar lo que nos quede de vida trabajando.

Arrancan los rosales del comandante Edmond.

El recuento.

El recuento.

Es como si llevásemos una pesada nube negra por sombrero, la febrícula que nos aplasta... Hasta que al final dan por acabado el recuento y nos toca arrastrarla.

Nos comunican las nuevas normas: prohibido llevar cinturón, bolsillos y bolsas. Yo miro el saquito que me había hecho y que llevo colgando de la cintura. Prohibido peinarse. Prohibido reír. Prohibido cantar. Prohibido hablar en el comando. Miro sus rostros llenos de odio.

—¡Bajo pena de ahorcamiento! —gritan al acabar.

El miedo nos mantiene rígidas.

La sorpresa es que nos ofrecen un sueldo por nuestro trabajo, una especie de bonos que podremos cambiar por pasta de dientes, latas de sardinas...

El hambre y la sed nos roen cruelmente por dentro cada día, cada hora, a cada momento, sin tregua. Y te sientes sin aliento, y lo recuperas con una sopa extraña, como una gelatina que es incomible y que devorarías como un animal sin conciencia. Y ahora nos ofrecen vales por nuestro trabajo, y es evidente que no saben a quién tienen delante. Durante un momento hablamos entre nosotras delante de ellos. Una cosa es trabajar obligadas en contra de los nuestros y otra muy distinta recibir algo a cambio.

—Nos declaramos resistentes y antinazis, así que nos negamos a aceptar ningún vale —dice una compañera joven en nombre de todas nosotras, con una voz que quiere ser grave, pero le sale a borbotones.

Una *Aufseherin* se le acerca y le da dos bofetadas. Siento el chasquido como si me las hubiese dado a mí. Las *Kapos* y las otras *Aufseherinnen* abandonan sus puestos y vienen hacia nosotras.

Nos pegan de tal manera que nos doblamos de dolor, pero nos mantenemos firmes, con los brazos a la espalda, volviendo a formar después de los golpes, con la imagen de las otras compañeras famélicas y doblegadas como apoyo para poder aguantar. No aceptar los bonos es un doloroso acto de resistencia que nos hace más fuertes.

La satisfacción de haber aguantado nos ayuda, a pesar del hambre y el dolor, a no naufragar. A partir de ahora tendremos que sobrevivir con más gritos y más golpes, vigiladas de cerca, pero fieles a nuestros ideales, ¡dignas de nuestro pueblo!

Y día a día, ya cerca del invierno, y con el vestido de verano, volvemos al taller. La retahíla que hay que recitar para salir un momento es humillante: «*Frau Aufseherin*, la prisionera 50.446 le pide humildemente salir fuera». Y la desgraciada de turno contesta: «No, basura», o «Sí, vaca histérica». Y salgo a hacer las necesidades en el váter, pero mientras me bajo esa especie de braga larga, levanto los sobacos y la pólvora que he robado se desprende de mi cuerpo y se va literalmente a la mierda. Vuelvo cargando mi agujero, mi miedo y también mi satisfacción. Entonces murmuro un «desgraciada de mierda» y continúo con «*Frau Aufseherin*, la prisionera 50.446 le pide humildemente volver a su puesto de trabajo». Y ya no escucho la respuesta.

Ya no somos las jóvenes que entramos en Ravensbrück, somos las frágiles y famélicas viejas que, deshechas, luchamos sin otra arma que nuestra dignidad y la esperanza de sobrevivir.

Tres, cuatro, cinco días. Ya nos ha quedado clarísimo cuál será la nueva realidad del campo. Estamos tristes y desmoralizadas, nuestra fuerza moral se apaga ante esta nueva crueldad. Avanzamos hacia la muerte a cada paso.

Pienso en la muerte. Pensamos a la fuerza porque la muerte es nuestra sombra, nuestra compañera, nuestro destino. Intentamos no pensar en ella, pero veo la muerte en la sopa, en las manos que cargan balas de pólvora, en las miradas de odio de las SS y en el rostro de las compañeras. Aunque cada una de nosotras hace lo mismo que las demás y a lo largo del día tenemos todos los movimientos programados, es fácil ver quién está mal, quién está muy mal y quién está fatal. No es que estemos deprimidas, es que sufrimos tanto que a menudo la muerte se nos presenta como la única huida posible. Hay noches, muchas noches, que me digo: «Si mañana no me despertase, si mañana no me despertase...». No pienso en el suicidio, y de hecho, cuando lo intuyo en la mirada de alguna compañera, procuro estar a su lado y hacer un poco de comedia, pero también pienso que si me muriese descansaría, que si mañana no me tuviese que levantar, descansaría, y que lo que más necesito es poder descansar.

La sirena.

El recuento.

El largo recuento.

—¡Os colgaremos a todas! —gritan con ira cuando acaban.

Salimos del campo hacia el taller. La naturaleza no nos abruma con su belleza, ya no la disfrutamos porque nos obligan a ir a paso rápido y nos prohíben hablar entre nosotras. En el barracón no organizamos nada, y en el taller persiste nuestro sabotaje, pero sin aquella complicidad que nos daba tanta vida. Los nazis nos van aplastando con sus botas lustradas, sus ropas bien planchadas y sus cabezas también lustrosas.

El recuento de vuelta es igual de terrible que el de la mañana o más, pero con la imagen en la mente del trozo de pan de la noche, con la falsa esperanza de apaciguar el dolor del hambre.

—¡Os colgaremos a todas!

Llegamos al domingo tan exhaustas que no organizamos nada. Nadie habla de cocina, ni de historia; nadie cuenta cuentos ni oímos ninguna burla tonta que nos haga estallar en carcajadas. Nada. Solo el silencio. El silencio de la tos, los gemidos, los suspiros y los llantos.

Pero hacia el mediodía Thérèse Subira empieza a moverse, se levanta y procura animarnos hasta que nos coge como si fuésemos muñecos de paja y nos va colocando en dos filas. Nosotras, sin abrir la boca, la dejamos hacer, y empiezo a ver luz en las miradas. Se sitúa delante de nosotras y miro cómo danzan sus manos mientras piensa la canción. Estoy al lado de Tití y nos miramos las dos ilusionadas, y su sonrisa lleva a mi sonrisa, y me da un aliento de vida.

Todos los ojos son para Thérèse, que nos dirige con la profesionalidad que la caracteriza. Cantamos y enseguida recuperamos fuerzas. Son unos minutos extraordinarios, unos minutos que adquieren relevancia en el tiempo. Cantamos bastante bien, teniendo en cuenta el estado deplorable en que nos encontramos; a pesar de todo, conservamos la voz. Canto concentrada, con los ojos cerrados. Pienso que de un momento a otro oiré el estrépito de la puerta al abrirse de golpe, como si nos atacase un batallón entero. Nosotras, que tanto nos hemos elevado, bajaremos de golpe y nos daremos de narices contra el suelo, y después oiremos: «¡*Verboten* cantar!, ¡*verboden* cantar!». Pero no entran, y cantamos hasta quedar exhaustas. Se ha acabado lo de cantar al aire libre, pero por lo que parece, enjauladas sí que nos lo permiten.

Sobrevivir es huir de este mundo, y nos esforzamos. Continuamos con el coro y las charlas.

Estamos unas cuantas sentadas en el suelo, juntas, y yo con mis constantes preguntas animo a charlar a las camaradas. Ahora una, ahora otra, las convengo para que hablen de cualquier cosa, ideas no me faltan, hasta que dicen «que hable Neige, que hable Neige».

—Os he hablado ya del campo y de la profesión de enfermera no tengo ganas; solo con oír la palabra enfermería nos ponemos todas malas, así que no hace falta.

—Nos podrías explicar qué hace una catalana en un campo de concentración nazi —dice mi vecina del taller.

Primero me quedo muda, y después me incorporo un poco, me arrodillo y las miro.

—Nuestra Guerra Civil fue una lucha contra el fascismo, pero perdimos y tuvimos que exiliarnos. En Francia seguí luchando por la libertad de las personas, no era mi país pero luchaba, como todas vosotras, por la misma causa. No hemos tenido la suerte de nuestro lado, pero el tiempo pondrá las cosas en su sitio, el tiempo y nuestra lucha. Tenemos que ser fuertes para salir a relatar al mundo lo que nos están haciendo estos desgraciados, lo que han hecho a todas las hermanas muertas y a las criaturas inocentes. —Trago saliva y, como si me hubiese cansado, me siento sobre mis pies.

Tenemos momentos como este en los que crecemos, pero estamos demasiado agotadas para sentirnos revivir. Nos damos ánimos, nos felicitamos y nos hacemos bromas, «mira la campesina qué bien se explica»... Después nuestros cuerpos se relajan y nos echamos para descansar los huesos y aguantar el peso del agujero en el estómago.

Cuando llega el frío solo quedan las migas de mi vena cómica.

—Neige, ¿por qué no haces alguna representación de las tuyas?

—Porque ya no me sale del alma —contesto, sin volverme siquiera.

—¡Pero nos hace tanta falta!

—Venga, mujer...

—Ay, es que eso te sale o no te sale, y Charlot ya no sé ni dónde queda.

—Pues haz otra cosa —reclama una compañera con voluntad de ayudar.

—¿Otra cosa? ¡Como si fuera tan fácil!

—¿En España no tenéis corridas de toros?

—Anda, cuántas cosas sabes... —Me levanto y me acerco, riendo—. No he visto nunca una corrida —les aseguro—, así que lo tenéis claro.

—Venga, mujer...

—Pero ¿qué decís?

Poco a poco se animan, y lo que les digo les entra por un oído y les sale por otro. Están ilusionadas y no puedo decepcionarlas, así que claudico y voy a convencer a Tití.

—No he ido nunca a los toros, pero mi padre sí. Me contó que el torero llevaba un capote rojo con el que mareaba al toro, y, cada vez que pasaba bajo el capote, la gente decía «¡olé!» mientras al animal le iban clavando banderillas hasta que al final el torero lo mataba con una especie de espada. ¡Ya ves qué barbaridad! ¡Ve preparándote, que te necesito! —le digo, mientras ella me escucha alucinada.

Las hacemos esperar toda la semana. Yo hago de torero; Tití, con unos cuernos de cartón, de toro, y el capote rojo es una chaqueta de deportada. Para nuestra sorpresa, las *Aufseherinnen* se quedan. Hacemos la representación serias todo el rato. Las compañeras no se cansan de gritar «¡olé!» y se mean de risa. Las *Aufseherinnen* también se ríen. Hasta que con una rama mato al toro y grito «Muerta la vaca», y Tití queda echada en el suelo. Las compañeras ríen mucho y aplauden, entusiasmadas. Las SS parece que han reconocido la palabra vaca, que es como las llamamos a menudo, por lo gordas que están, y salen del barracón con mal genio. Nosotras

aplaudimos hasta caer rendidas.

20 de octubre de 1944

No sé si nos acabamos de levantar o si volvemos de hacer el turno del taller, pero aparecen las *Aufsherinnen* gritando y con los látigos en la mano. De vez en cuando lo hacen. Gritan y pegan... Eso quiere decir que toca revisión, y formamos delante del catre.

Entran en la habitación y registran los catres, a ver qué excusa encuentran para poder pegarnos y, de esa manera, dejarnos bien claro dónde estamos y qué hemos de temer. Pero esta vez... vienen directas hacia mí. Hace unos días que en el taller no nos quitan los ojos de encima, quizá...

Me obligan a desnudarme y procuro ir deprisa. Cuando me bajo las medias soy consciente de mi error: tendría que haber sido más rápida aún. Esas malas bestias tienen cinco ojos y una mirada felina, y la Graf me ve las gomas que llevo como ligas, y después grita diciendo no sé qué, y debo entender que me las pide.

Encontré una goma negra en el taller y la robé. Hace tiempo que me he convertido en una ladrona. Cuando podemos cogemos herramientas y nos las metemos dentro de la ropa, y después las hacemos desaparecer en una especie de pozo donde debemos lanzar nuestros excrementos. Nos parece que todo contribuye a entorpecer el trabajo del taller. La cuestión es sentirnos vivas mientras nos acercamos a la muerte. Recuerdo perfectamente cuando vi aquella goma, que me pareció un tesoro increíble. Por la noche, en el catre, conseguí partirla en dos con los dientes, y después me las anudé a las piernas. Ahora que se acercaba el frío tendría unas ligas que permitirían que no se me cayesen las medias.

Cuando oigo que se las tengo que dar ya recibo la primera bofetada.

Y la segunda.

Y la tercera.

Con la cuarta, me tiro al suelo.

La quinta y la sexta llegan juntas. La mosca de la mierda, con su anillo de mierda, no se puede contener y se añade a la fiesta.

Al séptimo latigazo dejo de contar. No acabo de notar la cuchillada de un golpe cuando ya me quema el dolor del siguiente. Instintivamente me encojo para protegerme la cabeza con las piernas. Me convierto en un ovillo y ruedo un poco, como si me balancease; recibo y ruedo, recibo y ruedo.

A los latigazos se añaden puntapiés en los riñones. Es tan doloroso que no puedo ni pensar, pero me esfuerzo, necesito aferrarme a algo. Pienso que un día mis padres sabrán que he muerto de una paliza, pienso en la tía Providencia, y en la abuela y sus tarros de hierbas. Pienso en el día que salimos a defender el pueblo con hoces, y en los niños envueltos en mantas de colores, y en Albert, cerrando la puerta de nuestra habitación en la granja. Pienso que es muy triste, después de todo lo que he pasado y todo lo que he visto, morir por unas gomas, como si me hubiesen venido a buscar por las gomas. Durante un segundo o dos dejan de pegarme y cojo aire, y pienso que en cualquier momento ese aire será mi último aliento. Y ese aliento me lleva al momento en el que respiraba hondo, cuando patinaba en Barcelona, y en cuanto pienso en los patines empiezo a soltar todas las palabrotas que le había oído decir a mi padre. Moriré soltando tacos. Las odio y no tengo intención alguna de callar.

—¡Me quitaréis la piel, pero me quedarán los huesos! ¡Me quitaréis la piel, pero me quedarán

los huesos!

Y cuando dejan de pegarme pienso que por fin podré morir en paz. Y entonces callo y me noto el cuerpo como una piedra, como una piedra llagada que quema. Apretaba los ojos tan fuerte que también me duelen, pero no me han llegado a los ojos.

Me arrastran y entonces ya no pienso, ya no grito. Me podrían haber dejado fuera a la intemperie toda la noche y habría muerto, pero me empujan con toda su brutalidad al lado de mi catre, donde me habían encontrado, y desaparecen sin mirar nada más.

Las compañeras se abalanzan sobre mí. Yo deshago el ovillo de mi cuerpo y me digo que no he muerto, que han escenificado su crueldad y ya están satisfechas. Cuando el barracón queda en silencio, abro los ojos. Las chicas, una vez han salido las *Aufseherinnen*, se han echado a llorar. Me cogen y me ponen en el catre. Me acarician. Levanto la cabeza y veo que todavía tengo las gomas en la mano.

—¡No me las han quitado, las muy putas! —digo riendo y llorando a la vez.

Y mientras intentan curarme sin tener nada para calmar el dolor, tomo conciencia de cómo me han dejado, y de lo que eso supondrá los próximos días. Pienso que me dormiré enseguida, pero noto tanta rabia que tengo la sangre tan inflamada como el cuerpo.

—Neus, ¿qué gritabas mientras te iban pegando?

Intento incorporarme un poco y me dedico a traducirles al francés todos los tacos que sé.

—¡Hijas de puta, me cago en Dios, la puta que te parió y los cojones de Dios, hijas de puta y la puta de Dios y putas, más que putas!

Algunas lo repiten y es divertido, durante unos momentos, oír mi propia lengua en otras voces. Miramos a las que se han puesto las manos en los oídos y nos entra la risa.

Después me tapan y lloro debajo de la manta. Ellas respetan mi llanto.

21

Navidad 1944

A medida que llega el invierno, todo empeora. El hambre atroz que no se puede explicar va haciendo más hondo nuestro agujero, y encima las miserables raciones todavía disminuyen más. Quizá desvariemos, pero... no, es evidente que nos dan menos sopa y que la ración de pan es penosa. No hay un proceso de adaptación, hay una lucha constante, encarnizada, diaria, para sobrevivir y llegar al día siguiente.

De entre las casi 1.800 mujeres que estamos en el campo, designan a uno de los comandos como comando de castigo. Si alguien no va bien arreglado, si alguien no deja el catre perfecto, si a la *Aufseherin* de turno le da por ahí, las represalias son para el comando destinado a los castigos. ¿Qué debe de pasarles por la cabeza para destinar un comando fijo a los castigos? ¿Y cómo lo eligen? Pues resulta fácil: el comando de las haraganas.

Qué horror añadir al agotamiento, al hambre, a la sed, al miedo y al sueño los castigos. No lo aguantaremos, lo tenemos claro, lo hemos digerido ya. Nos resignamos, haremos lo posible por aguantar, pero cualquier día el cuerpo se derrumbará, se doblegará como se han doblegado otras compañeras, ante nuestra rabia y nuestra impotencia.

Y con esta especie de febrícula, entre balas, bazofias, e ir y venir de las balas a las bazofias, naufragando por el abismo de las noches, llegamos al día de Navidad.

En el campo hay días duros y días durísimos. Pueden ser durísimos porque tienes una llaga en el pie que te duele mucho, o porque no soportas la descomposición, o porque aquel día la sed te parece más terrible que otros días, o porque una amiga parece más desesperada de lo que estamos todas todos los días. Pero también puede ser que arrastres el hambre, la sed, el frío, el sueño y el cansancio habituales, pero sea el cumpleaños de tu padre, o de tu hija, o el aniversario de tu boda, o de lo que sea, y entonces, sin remedio, te enfrentas a un día durísimo.

Día de Navidad.

Será un día de los durísimos, por la carga sentimental que nos supone. Pero no tenemos que ir a trabajar, y la esperanza nos dice que quizá sea un día de tregua.

Cuando salimos al recuento se nos para el corazón. En la plaza han puesto un abeto y no nos hace ninguna gracia.

Cuando la *Blockova* nos cuenta que en el campo de los hombres han colgado a un preso del abeto, queda borrada cualquier posibilidad de pasar el día mínimamente bien.

Nos lo han dejado clarísimo.

La muerte por encima de todo.

Muerte, muerte y más muerte.

Entramos en el barracón. No tenemos que ir a trabajar, e intentaremos pasarlo lo más dignamente que podamos. Aun no siendo creyentes, el día de Navidad en casa era un día especial y, como todas, me siento mucho más triste de lo que me siento otros días. Queremos pensar que hoy nos dejarán tranquilas.

Pasamos la mañana preparando la misa. Durante días hemos robado del taller todo el cartón que hemos podido. Hemos hecho un altar y un pesebre. Tití ha dibujado escenas bíblicas, las holandesas han hecho las figuras y yo he colaborado haciendo la vara de san José.

De repente, un grupo de SS irrumpe brutalmente en el barracón y nosotras nos levantamos, cuando en realidad queríamos escondernos.

Gritan mucho.

—¿Qué les pasa?

—¡Chist!

—¡El comando de las holgazanas, afuera!

Como si tuviese la cabeza en otro mundo, tardo unos segundos en asimilar que nos llaman a nosotras y soy de las últimas en salir fuera.

Son casi las dos de la tarde y formamos en un cuadro de cinco por ocho.

Llueve.

No es la primera vez que permanezco inmóvil bajo la lluvia como si fuese lo más normal del mundo, pero esta vez es la que me da más rabia.

Llueve.

Han colgado a un hombre en un abeto, un hombre...

Al cabo de pocos minutos noto el cuerpo empapado y siento que el agua me golpea.

A ratos cierro los ojos, los cierro y me propongo pensar en la belleza de la lluvia, en el agua que baja de las nubes y riega campos y llena ríos. A pesar de todo, el ciclo de la vida.

A pesar de la muerte.

A ratos me pasaría las manos por la cara, pero nos quedamos todas inmóviles, creo que tenemos más miedo que los demás días.

¿Y si les falta una mujer para este abeto?

Cuando hace treinta, cuarenta, sesenta minutos que estás de pie bajo la lluvia, pierdes la noción del tiempo.

Deja de llover y daría gracias a Dios, pero ¿quién puede creer en un dios que permite este horror?

Nos mata el frío, un frío espantoso, peor que los veintidós grados bajo cero de la llegada a Ravensbrück. Peor... A estas alturas el agua ya se nos ha metido hasta la piel y nos roza los huesos, y los huesos gimen mientras nosotras permanecemos mudas, desesperadamente mudas, y solas, solas en el mundo, como si nos hubiesen cogido con unas pinzas y nos hubiesen expulsado de la tierra y permaneciésemos abandonadas en el gélido universo, sin podernos mover ni gritar. La noche, el frío... Neus tesa como un palo, fuera del mundo.

Tengo que luchar, tengo que buscar pensamientos positivos, no me puedo perder en la oscuridad del universo.

Albert hoy, esté donde esté, debe de pensar más en mí que otros días.

«Amor, ¿lo notas? ¿Notas cómo te quiero? ¿Notas cómo mis pensamientos cruzan cielos, montañas y *Lagers*, y llegan a tu lado? ¡Lo pagarán caro, estos hijos de puta! ¿Me oyes?»

No hay ningún movimiento en lo que veo del campo, el silencio también me ahoga. Cuesta que pase cada minuto.

De repente oigo un ruido que me paraliza el corazón. Luego otro. Comprendo que ha caído una compañera. No puedo verla, no me atrevo a moverme, pero es como si la viese desamparada en el suelo. Nadie se mueve, siento dos pinchazos en el corazón y me sale un suspiro como en dos jadeos.

Lloraría.

Me volvería y la recogería.

Nadie se mueve porque sabemos de sobras lo que puede suponer.

El dolor y la rabia son tan grandes que salgo corriendo.

Corro como un animal herido, que lucha más deprisa que el cabrón del cazador.

Corro tanto que en un par de minutos atravieso Checoslovaquia, Alemania, Francia, los Pirineos y media Catalunya y me encuentro delante de casa, en Els Guiamets. La puerta solo está entornada, se ve que me esperan. Veo mi propia mano empujándola. Entro sin hacer ruido.

En la cocina están mi padre y mi madre, la abuela Rosa que se murió y la abuela Rosa que

está viva. Lluís debe de tener unos diez años, yo unos cinco, y vamos todos con la ropa de invierno de los domingos. Yo llevo unas medias de lana. Las abuelas se sientan juntas en el asiento de delante de la chimenea. Mi madre está de pie ante mí, mi padre a su espalda.

Por mi cara parezco la niña más feliz de todo el mundo. Me tienen en un rincón mojando con agua el bastón, y Lluís me acompaña. Cuando me dicen que lo tengo bien mojado voy corriendo hasta el *tió*. El *tió* es un tronco de árbol largo que se quema en la chimenea y que me parece la cosa más maravillosa que hay en todo el mundo. La parte que sale fuera no arde, y la tapa una mantita. Empiezo a pegar y canto la canción.

El dia de Nadal
posarem el porc en sal,
la gallina a la pastera
el pollí dalt del pi.
Toca, toca, Valentí,
ara passen bous i vaques,
les gallines amb sabates,
els gallons amb sabatons,
el vicari fa torrons,
la guineu els ha tastat,
diu que són un poc salats.
Marieta, posa-hi sucre,
que seran un poc millor.
Caga tió, caga tió,
que si no et donaré un cop de bastó.
Caga!

Caga! ¹

Suelto el bastón y me agacho a ver qué ha cagado.

Saco cuatro porciones de chocolate y las enseño como si fuesen un trofeo. Pido consentimiento con la mirada y me meto una entera en la boca. Las otras las dejo en la mesa. Busco el bastón y voy a mojarlo otra vez, quizás ahora me cague alguna galleta...

Tiemblo de pies a cabeza y me hago un hueco entre las abuelas. Estoy tan cansada que necesito sentarme para soportar mi felicidad infantil. A su lado veo mis manos más envejecidas que las suyas.

No me moveré de aquí, mientras nos tengan castigadas tengo que escuchar su conversación y sentir el calor de nuestro hogar. No me moveré de aquí.

Dos horas más, quizá tres...

Y nieva. Ahora se pone a nevar.

Como las demás compañeras, muevo los dedos de las manos, que no nos permiten esconder en las mangas. Los pies, mientras no nos digan nada, también los muevo un poco. Levanto uno, luego el otro.

Lo contaré todo, saldré viva de aquí y cuando vuelva al mundo contaré lo que nos han hecho estos animales.

Me digo y me repito que es bonito ver cómo nieva.

La nieve ha cuajado encima de nosotras. En los pies tenemos charcos con aguanieve. He vuelto de Els Guiamets. He contado hasta dos mil en catalán, castellano y francés. El peso de la nieve, del frío y del hambre me aplastan, pero no me siento vacía, sino llena de furia, y el frío me quema por fuera y por dentro.

Cuando nos gritan que volvamos adentro me dejaría caer, supongo que todas nos dejaríamos caer, pero un diminuto aliento de vida nos permite arrastrar los pies hasta el barracón. Miro atrás un momento y no veo a ninguna mujer en el suelo, y tampoco sé ver quién falta. Una vez dentro nos deshacemos, como si fuésemos de nieve.

Las otras mujeres nos reciben como quien acoge a un hijo. Nos desnudan, nos ponen su ropa,

nos secan el pelo con unos trapos que tenemos para esas ocasiones en que, de vez en cuando, dejan que nos duchemos, y también con su ropa. Nos tapan con mantas. Las de nuestro comando nos conocemos todas, a las otras no tanto, pero por encima de todo somos hermanas. Sus miradas nos dicen muchas cosas, no nos hace falta hablar.

Nos quedamos un rato apelotonadas delante de la estufa. Nos dicen que hemos estado cinco horas a la intemperie, pero la impresión es que llegamos de un abismo peor que el de las noches. Después, cada una de nosotras va hacia un catre acompañada de otra mujer. Nos metemos en la cama abrazadas al calor de otro cuerpo, intentando apaciguar el temblor, el horror, la soledad. Me cuesta reprimir las ganas de llorar. Nunca he tenido tantas ganas de vivir como ahora. Si no estuviese aquí no sabría cómo nos podemos llegar a querer, cómo crecemos las personas al lado de otras personas, qué quiere decir realmente camaradería, amistad, solidaridad, generosidad, amistad.

No sé cuánto rato pasa. Dormito, pero no puedo dormir profundamente. Pienso en la muerte y en la soledad, pienso en un mundo cruel y en sentimientos complicados. ¿Cómo es posible que estemos tan juntas y al mismo tiempo nos sintamos tan solas?

Más tarde nos levantamos y miro con detenimiento el barracón. Algunos de nuestros vestidos están tendidos junto a la estufa para que se sequen, y los otros cuelgan de las literas. Noto el olor apestoso de la humedad, mezclado con los mil y un olores habituales. Un mar de rayas y más rayas. Parece que nos hayamos fundido.

Vamos a recoger el mendrugo de pan y nos lo guardamos para la misa.

Unas con la ropa seca, otras medio desnudas y con las mantas por encima, nos disponemos a celebrar la misa de Navidad.

Estamos cansadas y hemos perdido la esperanza. Los recuerdos nos abruman, el presente nos abruma, y en el futuro no queremos pensar. Empieza la misa.

Las creyentes se entregan a la oración como no lo había visto nunca. Las no creyentes nos entregamos al canto. Normalmente hacemos grupos de familias, pero esta noche somos una gran y única familia, y pienso que en el fondo somos fuertes, aunque ya no nos sentimos así, y que da gusto vernos, andrajosas, ojerosas, más que delgadas, esqueléticas y reseca, pero juntas da gusto vernos.

Después nos sentamos a comernos el pan. Nos reunimos en grupos más pequeños e intentamos hacer alguna payasada. Tití se anima y se sube a bailar a una mesa. Reímos como si no sufriésemos cuando se me acerca una mujer católica.

—Nosotras tenemos a nuestro Dios, que es a la vez esperanza y consuelo, pero ¿a quién tenéis vosotras? ¿De dónde sacáis la esperanza y las ganas de reír, si no tenéis a nadie?

«Pero ¿es que no ha entendido nada esta mujer? ¿Cómo puede estar tan ciega?», me digo.

—¿Cómo que no tenemos a nadie? Pero ¿no lo ves? Mira, te tengo a ti —le contesto, enfurecida.

Y me altero, se me inflama la sangre de tal manera que cojo a la mujer que tengo a mi lado y se la paso por delante, «mira», y a otra, y a otra, y levanto a tres más y hago lo mismo, las cojo por los hombros y se las enseño, en un ataque de indignación.

Calla, baja la cabeza, y no me quedo a escuchar su respuesta. La dejo sola con su Dios y de mal humor me hundo en el abismo de la noche.

Llega un momento en que no sé dónde queda la esperanza. El vestido de rayas se sostiene en un saco de huesos, un saco de huesos que veo a veces en las demás cuando procuramos lavarnos. Aún nos peinamos, aún procuramos peinar a las que ya no tienen ánimos. Somos conscientes, con una especie de conciencia difuminada, de que hemos de luchar para mantener estos pequeños detalles vivos, como si nos pudiesen sostener.

Los días a veces son un camino hacia las noches y las noches hacia los días, pero con la esperanza de llegar al final de esta maldita guerra. A veces son solamente un camino hacia la primavera, llegar a la primavera para poder soportar los días y las noches sin el sufrimiento horrible del frío asesino. Pero ha llegado un momento en que no creemos en nada, estamos tan exhaustas y tan hambrientas que no podemos pensar con claridad, no podemos alimentar la esperanza, no podemos creer en la posibilidad de salir de este pozo y encontrar un mundo de colores.

Con el cielo azul.

Y el canto de los pájaros.

Y las hojas de los árboles al viento.

Y la familia reunida a la mesa.

Y Albert, por encima de todo.

Albert cogiéndome entre sus brazos.

Solo nos podemos aferrar a la hora de hacer cola para la sopa y para el pan; en la jornada de trabajo hemos de ser buenas para trabajar como sea y seguir el sabotaje, un sabotaje que ya hacemos con los ojos cerrados, como si no supiésemos trabajar de otra manera.

En la rutina de cada día se repite todo de tal manera que el miércoles tenemos que recordar que es miércoles porque hace tres días fue domingo, y por la noche hemos de volver a contar los días, porque ya no recordamos si es martes, miércoles o jueves. El anhelo es llegar a la sopa, no al domingo.

Un día cualquiera, después del toque de sirena, nos hacen ir de prisa al recuento. Pasan lista en un momento y salimos del campo.

Ya está, aquí se acaba.

Me lo digo y me lo repito.

No hablamos entre nosotras, nos cuesta andar y todas arrastramos los pies como buenamente podemos, luchando contra el deseo de dejarnos caer y acabar aquí mismo.

Es noche cerrada.

Una compañera de al lado hace unos movimientos extraños, le dan unos espasmos. Supongo que está sollozando, pero nos hemos prometido todas que no, no delante de las SS. Me hace sufrir, porque pienso que de un momento a otro la azotarán. «¡Aguanta!» No oigo el *zap-zap* de los zapatonos, ni el ruido de la noche, ni los gritos de las SS. Solo oigo sus espasmos, y es como si me certificasen el destino que intuimos.

¿Por qué nos iban a sacar, si no, sin tomar el café siquiera?

Avanzo como puedo, e imagino que otras prisioneras ocupan nuestro barracón, en un silencio que es como un lamento, y encuentran nuestros miserables tesoros.

¿Para quién será mi último pensamiento?

¿Cómo puedo preparar mi mente para esto?

¿Qué siento? Siento que me cuesta andar, y que me cuesta pensar.

Me gustaría que mis padres supiesen que he sido fiel a nuestra lucha hasta el último día, me gustaría que supiesen que he saboteado, y que he hecho reír.

Me gustaría que Albert me sobreviviese. Me gustaría que un día, de viejo, tuviese un nieto en el regazo, junto al fuego, y le contase que hace muchos, muchos años, antes de conocer a su abuela, se casó con una exiliada catalana y que, a pesar de la guerra, fue muy feliz.

Me gustaría que cuando cerrase los ojos me viese llegar a nuestra granja con el pañuelo en la cabeza, la bicicleta y una sonrisa radiante.

Estoy cansada y tengo miedo, quizás estoy más cansada que asustada.

No creo que me resigne a morir en una cámara de gas, creo que me cuesta pensarlo, que, después de todo, me cuesta creerlo. No tengo ganas de insultarles ni de llorar ni de gritar ni de ver el miedo de las demás. No me quedan ganas de nada.

Hemos andado unos dos kilómetros y nos detenemos ante un barracón del campo central. Nos hacen desnudar. Me desnudaría poco a poco, pero nos obligan a hacerlo deprisa. El pañuelo en un montón, la chaqueta en otro, la bata en otro, los zapatos en otro, las medias con gomas en otro, las bragas en otro. Todo bien organizado para poder recogerlo después. Aquellos montones son imágenes espeluznantes que necesito apartar de mi mente.

Una vez desnudas nos sacan afuera, con un frío espantoso. Parece que ya no tienen prisa. Nos mantenemos de pie, firmes, o al menos lo procuramos. Al frío debemos añadir un ventarrón que nos ataca directamente. Parecemos hojas temblorosas a punto de caer de un árbol en un descenso lento, suave; pesamos tan poco...

Un grupo de obreros pasa a nuestro lado. Era lo que faltaba, si faltaba algo era que unos obreros fuesen testimonio de la trágica escena y algunos de ellos se pusieran a reír. ¡Y qué risotadas! ¿Qué especie de humanos pueden reírse de una escena como esta? Parece que la desafortunada coincidencia alegra a los SS, que nos empiezan a insultar. De lo que dicen solo entiendo que somos unas cerdas y unas putas.

Nos hacen entrar. En un momento tan duro querría unos minutos, unos minutos más para poder pensar, para poder despedirme, como si no hubiese tenido minutos de sobras en el insomnio de los últimos meses... Busco a Tití, a Blanca, a Lola... Nos encontramos, nos abrazamos, nos separan y nos volvemos a abrazar. El corazón me late deprisa, más deprisa de lo que me ha latido nunca, pienso que de un momento a otro me reventará.

Cuando sale el agua helada la aceptamos como una bendición, solas, sin buscar la complicidad de ninguna mirada, sin mirar a las que ríen, las que lloran y las que gritan. Solas, sin saber si nosotras mismas reímos, lloramos o gritamos.

Una vez mojadas y completamente congeladas nos hacen salir desnudas a la intemperie y gritan que nos vistamos deprisa. Pasamos por cada montón y cogemos una pieza que nos vamos poniendo de camino al otro montón. Las SS gritan.

Las bragas que cojo están llenas de pus y de mierda, y me dan arcadas. Una SS que me ve me obliga a cogerlas con un latigazo, y yo rompería mi promesa y me echaría a llorar delante de ella, pero me propongo conservar mi dignidad como un tesoro, como hacemos cada una de nosotras.

Los dos kilómetros de vuelta me parecen tan largos como los de ida. Volvemos de la muerte y hay compañeras que todavía ríen. Por primera vez pienso que nos podemos volver locas. No es que haga ningún descubrimiento; en Ravensbrück ya había visto todo lo que se podía ver. Es que soy consciente de que la fuerza moral que nos sostiene se agota. Lo que nos separa de la locura o de la rendición no es un valle, es un hilo muy fino. Venimos de una desinfección, pero volvemos de la muerte. ¿Cómo se puede volver de la muerte y continuar con la conciencia serena?

Una vez en mi catre estallo en llanto y no lloro por las bragas, ni por el latigazo, lloro de rabia. Lloro como si fuese un río que se desborda y una vez desbordado ya no hay quien lo pare.

Después de aquella tortura moral, los días se arrastran entre un gris y un negro cada vez más

oscuros. Poco a poco recobramos la serenidad, como si intentásemos convencernos de que lo peor ya ha pasado, pero son tan débiles las fuerzas que aún tenemos que lo que queda de resistentes en nosotras pierde consistencia cada día y cada noche.

*H*an pasado unos dos meses en el *Lager* como media vida. Las chicas de las oficinas oyen noticias en la radio y las hacen correr. Los nuestros avanzan, no hemos perdido nunca la esperanza de ganar la guerra, estamos convencidas de que esta pesadilla tiene un principio y un final. De lo que dudamos realmente es de si estaremos vivas cuando todo pase.

Hace unos días cogieron haciendo sabotaje a Noemí Suchet, a la que llamamos Mimí, a su cuñada Hélène Lignier y a Simone Michel-Lévy. Les recordaron riendo que la condena por sabotaje es la muerte, y las hicieron trabajar a la espera de la sentencia. Estamos tan famélicas y exhaustas que no somos realmente conscientes de nuestros movimientos ni de nuestros pensamientos. No somos las mujeres valientes que todavía éramos al principio, somos las calaveras que nos recibieron aquel primer día en Ravensbrück. Somos muertas vivientes que no están en condiciones físicas ni morales para hacer un sabotaje de una manera profesional, pero hemos decidido que lucharemos hasta el último momento.

Trabajo al lado de Blanca. Como otras veces, paro la máquina, hago como si la revisara y la limpio con acetona. Las *Aufseherinnen* se colocan delante de mí. Graff me pega puñetazos en la cara y yo, como puedo, me mantengo impasible. Enfurecida, me agarra por los pelos y me estampa la cara contra un cilindro de hierro tres veces. Después me suelta con un gesto brusco e indica a otra *Aufseherin* que nos marque a las dos en la lista. Hace poco marcaron también a Dolors Gener, pero a ella le habían puesto una trampa. Estoy sentenciada y sigo trabajando.

No sé cómo llego al recuento, al barracón, al pan. Pienso que si me quedan pocos días, vale más darle mi ración a una mujer a quien le sea más útil, pero la desesperación del hambre es más fuerte que la mente, así que me como el pan.

—Si muero antes de que nos liberen, poneos en contacto con mis padres. Si no recordáis la dirección, dirigíos a la estafeta de correos de Carsac, la chica que está allí los localizará. Tenéis que decirles que...

—Neus, ya hemos hablado de esto otras veces —interrumpe Tití.

—Pero necesito decíroslo, quiero que sepan...

—Quieres que sepan lo mismo que queremos nosotras —añade una compañera francesa.

Me emociono y Tití, que me ha cogido la mano, habla en voz alta, para mí y para todas.

—Que hemos vivido y hemos muerto con la conciencia de haber cumplido un deber, que hemos muerto con la satisfacción de haber luchado con dignidad, y que no nos lloren, sobre todo que no nos lloren. —Entonces va a buscar un papelito, escribe su dirección y me la da—. Aquí es donde tienes que ir si me muero yo.

Cojo el papel y le pido la dirección a Blanca. Buscamos rincones en los papeles que tenemos, nos pasamos los dos lápices y todas hacemos lo mismo. Cuando hemos acabado nos decimos que, tal como van las cosas, puede ser que los papelitos que guardamos desaparezcan cualquier día, así que cada una de nosotras memoriza cinco o seis direcciones con un sonsonete que nos da un poco de paz.

Es de día pero dormimos porque esta semana hacemos el turno de noche. La *Blockova* nos despierta gritando y nos hace salir fuera, donde hay un grupo de SS. Llevan el caballete y nosotras temblamos de pánico. Primero llaman a Simone, la empujan contra el caballete, le levantan las faldas de la bata y le bajan las bragas. Empiezan a pegarle con un bastón. Nosotras queríamos no mirar, pero si cerramos los ojos el látigo viene a nosotras. Busco con la mirada a Mimí y Hélène, que están petrificadas, con el rostro desencajado. Veinticinco bastonazos y las SS contemplando con cara de satisfacción. Después la tiran al suelo. Lllaman a Hélène. Veinticinco bastonazos. Cada golpe nos hiere terriblemente. Respiro con dificultad. Miro a las

compañeras, alguien caerá. Lllaman a Mimí. Veinticinco bastonazos.

Mimí es española, y también había estado en la Resistencia. Es una mujer dulce, de movimientos pausados. Cuando habla de sus hijos sonríe y llora sin estridencias, y en esos dos gestos cabe todo un mundo. Yo soy hija también, y procuro no pensar en el calvario que deben de pasar las madres y los padres encerrados en los campos de la muerte. A veces doy gracias por no tener hijos, tener hijos en el mundo en el que vivo y muero me hace pensar en un dolor tan grande que no me cabría dentro.

Las recogen del suelo y se las llevan, arrastrándolas. Un SS hace un gesto de adiós con la mano y nos sonríe.

Entramos en el barracón en silencio. Ninguna de nosotras puede hablar. Nos echamos en los catres. El tiempo se ha detenido.

Oigo unos gritos y me levanto, sobresaltada. Todas nos levantamos. Son las *Aufseherinnen*, que vienen riéndose. Graff se planta en medio del barracón y empieza a hablar. Solo entiendo «Flossenbürg». Hace unos gestos extraños tocándose el cuello. Después, con la mano, hace un balanceo como de un péndulo de un reloj de pared. Tiene cara de loca.

Cuando se va pedimos a las chicas que entienden el alemán que nos traduzcan lo que tememos que ha dicho, y solo con la mirada nos lo confirman.

—Las han colgado en Flossenbürg. Las han clavado por la garganta de un gancho de carnicero y las han dejado agonizar.

Me quedo como cuando te dan un golpe y se te corta la respiración. Veo a Mimí en ese clavo, y en sus lágrimas quiero leer los últimos pensamientos para sus hijos.

—Sus cuerpos se balanceaban...

Con el alma reventada y en el más absoluto silencio, salimos hacia el taller a hacer el turno de noche.

13 de abril, 14 de abril, 15 de abril... Desde esas muertes cada día es más largo, e ir a dormir con el pensamiento claro de que quizá sea mi última noche es una tortura que me desespera. Ya no lucho contra el insomnio, sino que me entrego a él.

Los alemanes están perdiendo la guerra y el temor de no llegar vivas al final es cada vez más grande, pero no es un temor vivo, sino un temor amortiguado por el cansancio.

La comida, insuficiente y asquerosa, empeora, y nos dan una sopa de hierbas deshidratadas que nos produce un dolor de estómago horrible y una diarrea inaguantable. Hablamos de hacer algo, no podemos andar hasta el taller, retorciéndonos de dolor, y trabajar con las bragas cagadas. Somos conscientes de que alguna se quedará por el camino, y a estas alturas de nuestra no-vida de deportadas ya no nos sentimos capacitadas para soportar la muerte de nadie más de nuestro comando.

Madeleine y Jeannette vienen hacia donde estamos Tití y yo.

—No queremos comer más sopa de esa.

—Queremos negarnos a cogerla.

—Parece que lo tenéis muy claro —les digo, intentando asimilar lo que dicen.

—Si estáis de acuerdo, se lo planteamos a todas.

—No nos miréis con esa cara, pensadlo cinco minutos —dice Madeleine, y luego se alejan.

Tomar esa decisión nos parece terrible. Cuando volvemos de nuestro asombro, un rayo de luz ilumina nuestras miradas y sin decir nada nos dirigimos hacia ellas, que por nuestra sonrisa interpretan que sí, que adelante. Dos sacos de huesos vestidos de rayas, que se levantan como pueden y se dirigen a dos calaveras, y entre unas y otras hay una luz que hace revivir unos ojos que están hinchados y parecen muertos, y lo que sentimos es felicidad.

Todas estamos de acuerdo y no recogemos la sopa.

—En mi pueblo a esto se le llama huelga de hambre —les digo sin saber si quiero sonreír.

Es la primera vez que vemos descolocadas a las SS. Gritan, nos enseñan los látigos y nos amenazan con avisar al comandante si no comemos. Pero nosotras ya hemos tomado una decisión y si hemos aguantado tanto es que debemos de ser muy tozudas, y no cambiaremos a estas alturas de nuestra vida o de nuestra no-vida.

Desaparecen y cuando vuelven nos hacen salir a la *Appellplatz*. Una vez hecho el recuento vamos al taller a hacer el turno de noche. Trabajamos las doce horas sin parar ni un solo momento. Estamos completamente desfallecidas, pero nos decimos, para animarnos, que mejor eso que sufrir más dolor de tripas y cagar agua sucia. Volvemos al campo más muertas que vivas, plenamente conscientes de que hemos cometido una locura, pero también con el orgullo de quien mantiene la dignidad intacta.

Se ha hecho de día y en el camino de vuelta me pasa de todo por la cabeza. Quizá nos cuelguen a todas, quizás hagan un ahorcamiento masivo o nos repartan en grupos para alargar la agonía de las otras. Quizá nos obliguen a colgarnos las unas a las otras, cosa que ya nos habíamos prometido en el campo de Ravensbrück no hacer nunca y optar por correr hacia la alambrada y morir electrocutadas. Quizás opten por lo más fácil y nos fusilen. Quizá no nos den más comida hasta que nos arrastremos suplicándoles...

Después del recuento habitual nos hacen entrar en el barracón, pero no respiramos tranquilas.

—¡No me lo puedo creer! —dice una de las compañeras que va delante.

Y enseguida se oye un barullo insólito entre nosotras.

La sorpresa es descomunal. Nos han preparado un canasto lleno de ensalada. Hacemos la cola para la sopa y soltamos nuestros platos con impaciencia. Miramos atónitas nuestros platos,

donde nos ponen lechuga aliñada con vinagre y azúcar. Nuestros ojos no dan crédito a lo que vemos. Las *kapos* y las SS no dicen nada. Los comentarios se van apagando. No gritamos, no reímos, no cantamos. Nos enfrentamos cada una de nosotras en nuestra soledad al plato de ensalada.

Esta noche, que es de día, queremos creer que se acerca el final de la guerra y que llegaremos vivas.

A un teniendo la esperanza moral, el estado en el que nos encontramos evidencia que nada es seguro, que seguimos dirigiéndonos hacia la muerte. En el taller nos dicen que los alemanes están perdiendo la guerra, y dentro del campo también corre la noticia, pero no sabemos cómo la perderán. Tememos, más que nunca, que nos aniquilen, y el miedo se apodera de nosotras. En cualquier momento nos pueden llevar a las cámaras de gas de Flossenbürg.

El primer día que oímos un bombardeo tardamos unos segundos en comprender lo que pasa. El sonido de las bombas es el canto fúnebre de la muerte y de la vida.

Dos días después, en la *Appellplatz*, una compañera se derrumba. Se la llevan y a nosotras nos hacen volver al barracón en lugar de llevarnos al taller. Abatidas, nos quedamos en el silencio más absoluto. Nos sentamos, nos echamos. En cualquier caso la voluntad es reposar, no malgastar fuerzas por si no nos aniquilan y podemos volver al mundo. Miro a las compañeras: no parecen mujeres, parecen manojos de rayas abandonadas en los rincones.

Vemos a las SS tan firmes como siempre, pero es evidente que en su mirada hay desconcierto. La organización del campo la mantienen igual; la deshumanización y el deseo de aniquilación siguen siendo su voluntad, aunque ven, como nosotras, que esto se acaba.

El descanso dura poco. Nos vuelven a llamar y nos hacen ir a un taller a sacar escombros. El caso es continuar agotándonos. Desescombrar me recuerda el trabajo inhumano de Ravensbrück, pero en cada paletada de escombros intento leer una esperanza.

No nos dan sopa ni pan, solo peladuras de patatas y nabos.

El desconcierto de las SS nos da más miedo que nunca. Se ve que desvarían. Les tenemos un pánico que raya en la locura.

Los bombardeos se intensifican y nosotras, en el barracón, intentamos protegernos sin tener dónde.

En un mundo gris y negro que se estremece, Jeannette dibuja.

Cuando se acaba el bombardeo vamos a ver sus dibujos. Nos amontonamos a su alrededor y verlos significa que estamos vivas.

Otra larga noche, otra sirena. Nos llevan a un bosque donde han cortado los árboles. Nos quedamos allí de pie, con picos y palas, y nos obligan a arrancar los tocones con las raíces, un trabajo extenuante.

Otro largo día nos hacen preparar mortero para construir unos talleres, una manera como cualquier otra de agotarnos. Es muy duro porque nos hacen chafar el mortero con un pilón que debe de pesar unos treinta kilos, y que nos cuesta mucho levantar. La gracia es que procuramos que debajo del mortero quede bastante agua, cosa que el capataz nos permite y yo diría que incluso bendice.

Una mañana me toca hacer hormigón con un grupo de ucranianas que, en lugar de hacerlo tan mal como pueden, trabajan de firme. Me pongo de tan mal humor que les tiro una paletada de tierra a los ojos. Me sorprende, porque es un gesto de violencia impropio de mí. Ellas empiezan a gritarme, interpreto que me preguntan qué pasa, pero ni yo las entiendo a ellas ni ellas me entienden a mí. Quien sí que comprende es la intérprete, Marianne, que lo ha visto todo, pero no me denuncia, sino que me sonrío mientras yo les grito: «*Arbeiten! Arbeiten!*», una de las pocas cosas que he aprendido del alemán, *Arbeiten*, y mierda, *Scheisse* y más *Scheisse*.

Hoy toca desescombrar un taller. Encuentro un trocito de tela a cuadros y me lo escondo en la chaqueta. Enseguida pido permiso para ir al lavabo, que está en el piso de arriba. Me estoy atando el trocito de ropa a la cintura cuando estalla una bomba. Me siento en la taza, me agarro las piernas y me tapo la cabeza. Caen las paredes, creo que moriré enseguida. Ya está, hasta aquí

he llegado, la liberación es el punto final. Así de triste...

Cuando abro los ojos me encuentro sin paredes alrededor y sin suelo ante los pies. El váter se sostiene gracias a una estructura metálica que ha resistido al bombardeo. Río y lloro a la vez.

—¿Estáis bien? ¿Estáis bien? —pregunto, a gritos.

Y las respuestas llegan con cuentagotas. Finalmente, la respuesta es rotunda.

—¡Todas ilesas, un milagro!

—¿Dónde estás, que no te vemos?

—En el lavabo, aquí arriba.

No me atrevo ni a moverme, y ellas van apareciendo debajo y las veo como si fuesen una nube de rayas. Tardan, pero encuentran una escalera y bajo temblorosa, pero entera.

Los recuentos se siguen alargando y, en uno de los últimos, la SS en jefe del campo da golpes cada vez más fuertes a la compañera que tengo a la derecha. Si no para la matará. Tengo ganas de tirarme encima de ella como si yo también fuese un animal, incluso me veo, pero también adivino mi final, un tiro y punto, y no, ese no es mi destino. Aguantaré, aguantaré y aguantaré, porque no sabré explicar lo que he sentido en el campo, pero sí lo que he visto. Sobreviviré para contar hasta dónde llega esta miseria humana. Tengo que sobrevivir...

Los bombardeos se intensifican. Volvemos agotadas de quitar escombros, y cada estrépito nos golpea y nos anima. Hay uno tan fuerte que instintivamente nos tiramos al suelo. Tenemos dificultades para levantarnos, y nos ayudamos las unas a las otras. Cuando estamos todas de pie nos damos cuenta.

—¿Dónde están las SS? —exclama una compañera sorprendida, y todas miramos a nuestro alrededor.

—¡Estamos solas!

—¡No puede ser!

—¿Y ahora qué hacemos? —grita Sabrina, alarmada.

Nos miramos las unas a las otras y nos quedamos paradas viendo la alambrada a unos cien metros. El cuerpo no nos responde. Nuestros ojos miran hacia la alambrada y hacia el camino que acabamos de hacer. Aparecen dos SS delante de la alambrada y avanzamos. La escena se vuelve a repetir al día siguiente. Las SS están y no están, se esconden y vuelven. Todo es una locura.

Sabemos que por el oeste los alemanes se rinden a los americanos, pero lo que vemos es el frente soviético. El 3 de mayo a las once de la noche vemos un frente de fuego que debe de tener kilómetros de largo, porque parece que ocupe todo el horizonte que vemos en dirección a Praga. Queremos imaginar que cae el frente de Praga. Hacemos turnos para poder contemplarlo apelotonadas detrás de los barrotes de las ventanas. La claridad del baile de las llamas nos hace temblar de emoción.

El 4 de mayo no nos dan de comer. No tenemos fuerzas para andar, no podríamos correr ni aunque tuviésemos la oportunidad. Algunas, aunque se nos doblan las piernas, podemos llegar hasta fuera del campo. Podemos sentarnos y quedarnos un rato en el suelo y no viene ninguna SS con gritos ni látigos, de modo que caer al suelo, o dejarse caer, en lugar de ser doloroso es como un regalo. Comemos hierbas, y entre las hierbas encuentro grama, que para mi padre era mala porque sus raíces perjudicaban la viña y le daba trabajo arrancarlas, y para la abuela una hierba con propiedades antisépticas y antiinflamatorias; pero, claro, se tenía que preparar en infusión, y yo me las como. Parece que estoy pastando.

Sentada en el suelo, mirando el humo de los bombardeos como un bello paisaje y masticando hierba, cuento que faltan seis semanas para que cumpla los treinta años.

5 de mayo de 1945

*P*asamos la noche dormitando mal. Nuestra tragedia está a punto de llegar a su fin, el agotamiento y la ilusión hacen que estemos muy inquietas, casi histéricas. Vemos el humo de los bombardeos. No sabemos qué hacer, no sabemos cómo esperar lo que tanto hemos anhelado. Lo único que tenemos claro es que necesitamos comida y bebida.

—¡Chist! ¡Silencio!

—¿Qué pasa?

—¡Callad todas! ¡Que corra la voz, que calle todo el mundo!

Y nos quedamos en silencio y la miramos con atención. Se pone una mano detrás de la oreja.

—¿Lo oís? ¿Lo oís?

—¡Campanas!

Y empezamos a gritar, locas de alegría.

—¡Campanas!

—¿De dónde deben de ser? ¿De Praga? ¿Praga liberada?

—¿A qué distancia debemos de estar de Praga?

—Quizá sean del pueblo de aquí al lado...

Estamos completamente exaltadas cuando oímos ruido fuera del barracón y al instante nos quedamos inmóviles. Unas *kapos* traen un saco con un trocito de pan para cada una, y cierran la puerta. Nos quedamos anonadadas. Después oímos el cerrojo y un ruido frío y estrepitoso que deducimos que son barras de hierro que traban las puertas. Nos quedamos paralizadas y mudas. Que nos encierren quiere decir que nos han de exterminar, pues somos la prueba de sus horribles crímenes. El trocito de pan debe de ser como ofrecer una última voluntad al condenado. No nos acercamos al saco.

Poco a poco volvemos en nosotras, y forcejeamos en la puerta como si tuviésemos fuerza para hacerlo, como si fuese posible tirarla al suelo. Después nos acercamos a las ventanas, nos agarramos a los barrotes, pero lo único que se mueve es nuestro cuerpo desvencijado. Volvemos al catre unas, a los rincones del suelo otras. Ninguna de nosotras se queda de pie, supone demasiado esfuerzo.

Fuera no se ve a nadie.

Nadie.

Todos deben de haber huido, y pensamos que han minado el campo.

Lloraríamos.

O cantaríamos.

O reiríamos como reímos los primeros días, para hacer frente a unos zapatos gruesos que nos destrozarían los pies.

Pero no lloramos, ni cantamos, ni reímos.

Hay quien reza y sus oraciones no me molestan.

Las demás no hacemos nada, no decimos nada.

Hasta que alguna se acerca al saco de pan y empieza a repartirlo. Pero no nos acercamos al pan. Cuando todas tenemos un trozo nos miramos las unas a las otras, las que están en el suelo y las que estamos en el catre, las que intentan levantar la cabeza y las que, con la cabeza gacha, solo levantan la vista. Nos sostenemos con las miradas, las miradas que quieren esbozar una

sonrisa y las que no pueden retener las lágrimas, las que expresan rabia y las que dicen: «la paz sea contigo».

Nos comemos el pan poco a poco, recogiendo, como siempre, las pocas migas que puede dejar un pan que está más duro que una piedra. Después volvemos a esperar, miramos por la ventana, volvemos al catre, suspiramos y algunas lloran. Hay una mujer que se ríe, pero ya no con aquellas risas compartidas que nos ayudaban a seguir adelante, sino con la risa aterrorizada del miedo, o de la ansiedad, o de la histeria, o de lo que sea que estemos sufriendo.

Cojo las manos a Tití con la emoción a flor de piel. Cantaría, pero me siento con el alma seca. Tití va a ver a las demás mujeres y nos quedamos observando sus movimientos.

Hay algunas mujeres que van de aquí para allá, pero son una minoría. Otras se mueven con una especie de balanceo, como si con ese movimiento pudiesen apaciguar la última inquietud. Una se frota los brazos como para entrar en calor; otra se pasa las manos por las mejillas una y otra vez. A su lado hay una compañera que se ha quitado el pañuelo de la cabeza y se pasa las manos por el pelo. Delante de la puerta hay una mujer de pie, con la mirada fija en la puerta, que se va pelando los dedos. La mujer del catre de al lado está completamente echada, mira el techo y con una mano se pellizca la pierna sin parar. Yo, me doy cuenta de repente, me cojo muy fuerte los pies desnudos.

De repente se empieza a oír ruido, revivimos un poco y antes de que llegemos a las ventanas entendemos que lo que estamos oyendo son tiros.

Tiros.

Y carreras.

Y esperamos en silencio, absolutamente quietas.

Unos minutos después nos acercamos a las ventanas y podemos ver a una veintena de partisanos que van recorriendo los barracones, en fila y agachados. Cuando llegan al nuestro no entendemos lo que gritan; lo que sí entendemos es el ruido de las barras de hierro, del cerrojo y de cómo lo revientan todo.

Un grupo de partisanos checos y polacos entra por la puerta, los partisanos y mucha luz. Nuestros ojos quedan clavados en ellos. Los vemos y no nos lo creemos. Empezamos a movernos, nos levantamos, escuchamos lo que dicen sin acabarlo de entender pero comprendiéndolo todo. De momento es mejor que no salgamos.

El campo estaba minado.

Nuestras vidas, minadas...

Podemos estar tranquilas.

Somos libres.

Completamente libres.

Libres, por fin.

Y vivas, sobre todo vivas.

Nos parece que no puede ser...

Estamos contentas.

Pero no alegres.

No saltamos de alegría.

¿Quién de nosotras sabe lo que es la alegría?

¿Saltar? Si no sabemos más que encogernos...

La puerta está abierta, y afuera nos espera el cielo.

No sé el rato que esperamos, pero cuando vuelven nos dicen que podemos salir.

De repente despertamos de la larga pesadilla y cruzamos la puerta corriendo.

No sé cómo, pero salimos corriendo.

Bajo un cielo claro, que debe de ser de color azul, nos abrazamos locas de alegría. Yo cojo a Tití y nos fundimos la una con la otra en un abrazo intenso y profundo, que hace que parezca que es la primera vez que sentimos el cuerpo de la otra tan cerca.

La costra de miedo se hace añicos.

Añicos.

La sensación es extraña: estamos fuera del barracón juntas, sin formar. Ya no somos piezas, volvemos a ser mujeres. Así, de repente, todo adquiere otra dimensión, una dimensión que también nos abruma.

Los jóvenes guerrilleros nos invitan a seguirles.

Nos cuentan que estaban pendientes de nuestra liberación por parte de los americanos, pero que el día anterior unas SS habían dicho en un bar del pueblo que hoy harían volar el campo. La dueña del bar fue a contárselo. Habían programado las bombas para que el campo entero estallase a mediodía, y los partisanos decidieron liberarnos. Capturaron a las SS por sorpresa, obligaron al comandante a desactivar las bombas y luego lo fusilaron.

—¡A ese ya no lo salvarán los americanos! —exclama uno de los partisanos.

El comandante fusilado...

Podemos ir a verlo.

Era el tercero que teníamos y fue el más terrible de los tres. Lo han matado a cincuenta metros del campo.

Algunas vamos, arrastrando los pies. El *zap-zap* todavía persiste, pero podemos apoyarnos las unas en las otras, podemos decidir el ritmo de nuestros pasos.

Bien juntas.

Cada movimiento es un regalo.

Todo es tan extraño y difuso... Estamos viviendo un sueño.

La libertad que tenemos que asumir. La alegría que tenemos que asumir.

Cuando veo al comandante tendido en el suelo no siento nada.

No aparto los ojos de su cadáver esperando sentir algo, pero nada.

Ni alegría, ni satisfacción, ni rabia, ni odio, ni asco.

Tengo el corazón seco.

Vacío.

Muerto.

Y me voy al campo detrás de las demás, tenemos que volver al mundo.

Vagamos por el campo sin rumbo fijo. Caminamos perdidas como si buscásemos el camino para volver al mundo. Ya no somos almas en pena, pero no hace falta ser muy perspicaz para saber que es lo que parecemos de verdad.

Llevamos la muerte encima.

O dentro.

La muerte.

El dolor.

Y la rabia.

Andamos mal.

Las piernas apenas nos sostienen.

De todas las emociones, la que siento con mayor intensidad es el vacío.

Me siento vacía, desvaída.

Desvaída y aturdida.

Completamente desfallecida.

Y presto atención y vuelvo a oír las campanas. Y giro sobre mí misma. Doy toda la vuelta mirando el campo, mirando a las mujeres que caminan libres, pero perdidas, y a los partisanos, y los barracones, y el alambre de espinos, y el cielo y la tierra. Quiero impregnarme del sonido de la libertad, como si fuese un olor. Quiero parar el tiempo. Quiero que el sonido de la victoria llene mi vacío. Quiero gritar.

Me dejo caer de rodillas en el suelo.

CUARTA PARTE

Los que tuvimos la suerte de volver y recordar
que todo lo soportamos por un bello ideal,
que da todo el sentir del ser humano,
que hace sentirse infinitamente superior al verdugo,
solo hemos podido soportar con el corazón herido
nuestra re inserción en la vida normal.

NEUS CATALÀ , *De la resistencia y la deportación.*
50 testimonios de mujeres españolas.

1

Es raro, pero los recuerdos del campo, una vez fuimos liberadas, son difusos. Cuando volví al barracón me sobrevino una pena muy grande, y me eché a llorar. No lloraba de alegría ni de rabia. Lloraba porque fue entonces cuando pensé en Albert, en la posibilidad real de que estuviese muerto. Me había desprendido del miedo que había sufrido durante todo el tiempo de cautiverio y solo podía pensar en él, en el momento de volver a encontrarme con él y en el miedo a que eso ya no fuera posible.

En vez de sentirme liberada se me cayó todo encima, como una losa. Lloré hasta el agotamiento. Después salí sola afuera.

En el campo había una cierta poética... era un lugar inhóspito en un entorno bello. Mientras iba y volvía del campo al taller, día tras día, mes tras mes, me decía que llegaría el día en que sería libre y me dejaría querer por aquella naturaleza crucificada.

Fui más allá de donde habían fusilado al comandante. Me detuve en un prado verde donde había comido grama, y allí me descalcé. Grama y un caracol, había comido. No se lo conté a nadie; me daba asco y vergüenza solo de pensarlo. Desesperada, me dejé ganar por mi hambre, y reconocí que comerme un caracol había sido un acto de indignidad.

El contacto de los pies con la hierba fue glorioso. Anduve descalza, despacio. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo y me desbloqueó algo. Emocionada, me revolqué en la hierba como si fuese una jovencita, hasta la mordí y todo. Era un prado inclinado, iba rodando por él, me cogía a la hierba, la olía y me apretaba fuerte contra el suelo, hasta que unos matojos me pararon y evitaron que cayera al río.

De esa manera fue como me liberé de mi primera ira. Quizá no sabía muy bien lo que hacía, porque lo recuerdo como un momento bello y excitante, y también un poco salvaje. No sé qué había de la joven Neus Català bajo aquellos andrajos que se revolcaban por el suelo, y qué de víctima de los nazis. La mezcla de ambas cosas era lo que tendría que aceptar el resto de mi vida, que acababa de empezar.

Algunas de las presas rusas y polacas marcharon con los partisanos hacia los maquis de la montaña. Temían que todavía hubiese nazis por los alrededores y volviesen al campo. A pesar de la alegría inmensa de sabernos libres y vivas, la confusión nos dominaba, y todo me parecía mal.

Al campo iba llegando gente de todas partes y unos prisioneros franceses que estaban mejor que nosotras fueron los que se encargaron de la cocina y nos ayudaron en todo lo que pudieron.

Detrás de la alambrada yo esperaba a los soldados comunistas, y la espera se hacía muy larga. Tres días después oímos unos motores. Salimos fuera de los barracones y vimos a unos americanos bajando de sus *jeeps*. Nos contaron que les habían alertado unos partisanos, que ellos no tenían conocimiento de aquel campo. Eran jóvenes y no sabían disimular su asombro ante nuestros cuerpos de ancianas demacradas.

—¿Lo que lleváis es el traje típico de la zona? —preguntó uno de los soldados.

—¿Habéis oído lo que dice? ¡Con la pinta que tenemos!

—¡Qué idiota!

—No, señor, llevamos el traje de presas —le contestó una de las compañeras.

El joven se excusó y nos trataron bien, pero yo necesitaba a los comunistas.

Un soldado de Texas, hijo de madre española, preguntó si había españolas, y Sabina, Lola y yo nos presentamos y estuvimos un rato con él.

—¿Qué ha pasado en España? —le pregunté con el corazón en un puño.

Me miró fijamente y tardó en hablar.

—En España no ha pasado nada. Continúa la dictadura de Franco —contestó con un tono

pausado.

Sentí una sacudida, como una puñalada en la espalda. Las compañeras y yo nos miramos profundamente decepcionadas. Nos temíamos que fuera así, pero saberlo con certeza nos deprimió. No podíamos volver a casa.

El soldado se quedó sin palabras y nos animó a volver a unirnos a todo el grupo.

Descargaron cajas con comida y sacaron muchas latas. En silencio, cogimos nuestra cuchara y nos abalanzamos sobre aquel banquete. Recuerdo que tenía el plato lleno y lo miraba, admirada, masticando, engullendo no sé qué, porque la lechuga con vinagre se sobrepone a este recuerdo.

Después de vernos comer descargaron todas las latas que llevaban y nos las dieron.

—Estos americanos...

—¡Los americanos de las latas! —dijo alguien, y así los bautizamos entre risas.

Al pasar los días fueron llegando misiones sanitarias americanas. Deambulamos, intentamos ayudarnos las unas a las otras, pero no éramos más que mujeres perdidas y enfermas tratando de coger un poco de aire que no sabíamos cómo aceptar.

La gente de los pueblos de alrededor montó una especie de mercadillos con ropa que nos regalaron. Iban hombres y mujeres, elegían cualquier cosa y se libraban del maldito uniforme de presos. Yo, como algunas compañeras, solo miraba. No sé muy bien por qué, pero decidí volver a Francia con el traje de presa, que es lo que había sido.

Blanca, que era otra loca, y yo decidimos ir al bar de un pueblo que estaba al lado del campo. Nos recibieron muy bien y nos invitaron a una cerveza Pilsen y a *mecaros*, una especie de gachas con leche y azúcar. ¡Cómo nos emocionó comer y beber algo que, además de alimentarnos, nos hacía recuperar el sentido del gusto y nos llegaba sin remedio hasta la médula!

Hasta el 18 de mayo no empezó la repatriación. Salir del barracón para no volver fue un momento de gran trascendencia, y no estábamos todas en él. Teníamos que irnos y decir adiós a aquel espacio horroroso que era, a la vez, nuestra casa. Solo tenía que recoger de allí el libro de recetas, no me quedaba ninguna pieza de aquella vajilla porque siempre las regalaba. El resto era lo que llevaba encima. Metí el libro en una especie de saco que me había hecho y lo llevé colgado como había hecho antes con la cuchara, el plato y la taza.

No recuerdo que nadie hiciese ninguna foto, aunque debieron de hacerlas. Recuerdo que yo interiormente me decía: «Mira, Neus, míralo todo bien; esto no debes olvidarlo».

Todas nos prometimos lo mismo: que no lo olvidaríamos, que contaríamos lo que habíamos visto, que se lo debíamos a las compañeras muertas y nos lo debíamos a nosotras mismas. ¡Nunca más tenía que pasar una cosa como aquella! Se acababa una tragedia que llevaríamos para siempre en nuestro interior, y empezaba otra lucha, la lucha de la memoria. En ese sentido, la libertad también suponía una especie de carga. Era todo reciente, ¡muy reciente! Pero aun así éramos conscientes de la magnitud de la tragedia.

—Dadme vuestras direcciones y haré llegar una nota a vuestros familiares para que sepan que estáis vivas y libres —dijo el soldado de Texas. Nosotras las escribimos con mucho esmero en una hoja en blanco deslumbrante.

Los americanos nos repatriaron en camiones. Nada más subir al camión volví a pensar en Albert, en el camión que nos llevó desde la granja hasta la prisión de Limoges y en las manos ensangrentadas del joven que nos acompañaba, en lo que me parecía un trayecto hecho en otra vida. Tanto pesaban los últimos meses, más de dos meses de prisión, que sentía muy lejanos y quince larguísimos meses en los *Lager*, quince meses clavados en las entrañas. Cada día, cada *Appellplatz*, cada sopa, cada latigazo, cada compañera caída, cada turno de taller, cada

mendrugo de pan, cada abismo nocturno... Los nombres de Lola, Blanca y el mío enviados a Berlín a la espera de la condena de muerte; el rostro de Graff; los cuerpos de Mimí, Hélène y Simone balanceándose en un gancho de carnicero; la compañera desaparecida en uno de los últimos recuentos; el sabor de la grama y del caracol; el ruido de las barras de hierro que cerraban la puerta...

Nos costaría Dios y ayuda recuperar las risas, ¡con lo que nos habíamos reído!

2

Me parecía que el camión avanzaba muy despacio. Íbamos muy apretadas, nadie tenía ganas de esperar al siguiente. Por todas partes se veía que veníamos de una guerra. Hablábamos poco, nos habíamos intercambiado direcciones, nos prometíamos que nos volveríamos a ver, pero nuestro corazón volaba ya hacia los nuestros, y viajábamos en silencio.

Cerca de Núremberg paramos y me eché a llorar.

—Neus, tranquila, pronto estarás en casa —me decían para consolarme.

—¿Tranquila? ¿Es que no lo veis? Venid y asomaos...

Había muchos bombarderos americanos en el cielo haciendo ostentación de su potencia militar. ¡Lo encontré terrible!

—Estos pájaros me recuerdan los cuervos de Ravensbrück —les dije, entristecida.

Dejaron de consolarme y seguimos, cargando cada una con su silencio. En el mío estaba también el temor de que siguieran haciendo las cosas mal, y mucha rabia.

Durante el trayecto hubo un momento de mucha tensión. Cruzamos el inmenso Rin por un puente de madera. Los camiones del convoy iban muy despacio y nosotras no nos atrevíamos ni a respirar. Una vez cruzado, llenamos la cabina de suspiros.

¿Cuántos días duraría el trayecto? A lo largo del viaje parábamos de vez en cuando. Bajábamos a estirar las piernas, a hacer nuestras necesidades y a comer un poco. En una de las paradas vimos un huerto lleno de lechugas. Nos miramos las unas a las otras y fuimos. Arrancamos y nos comimos algunas hojas de lechuga entre risas.

—El campesino estará contento —dije.

—Nunca sabrá la alegría que nos ha dado —contestó una compañera.

Seguimos el viaje más animadas, pero en Thionville nos recibieron unas indignas representantes de la Cruz Roja.

—Si os hubieseis quedado en casa lavando los pañales de vuestros hijos, no os habría pasado nada de esto —nos dijeron nada más bajar del camión.

No es solo que lo dijese una mujer, es que lo hizo y las demás lo fueron comentando como quien habla del tiempo. La primera reacción fue de parálisis, y después ellas continuaron con sus comentarios estúpidos y nosotras perdimos el control. Empezamos a empujones y las habríamos tirado al suelo y arrastrado por los pelos si no hubiera sido porque unos prisioneros de guerra nos las quitaron de las manos.

Estábamos muy alteradas y nuestra indignación era enorme. Entonces aparecieron unas soldados francesas. Nos dijeron que teníamos que formar para ir de camino a un cuartel, donde nos alojarían para pasar la noche.

—¿Formar? ¿Pero cómo se puede ser tan imbécil? —exclamó una compañera.

Los apartamos, pasamos sencillamente delante de sus narices, sin saber muy bien adónde teníamos que dirigirnos, pero demostrándoles que no pensábamos recibir órdenes ni formar. ¿Qué se habían creído?

Pasamos una mala noche. Éramos libres, habíamos sobrevivido al infierno de los nazis, íbamos de camino a casa y sin embargo estábamos disgustadas.

Al día siguiente, con la cabeza gacha, reemprendimos el viaje en ferrocarril. Después de los espantosos viajes que habíamos hecho en tren, subimos con esperanza. Era un vagón de ganado, pero nos pudimos sentar, no íbamos como sardinas en lata, y dejamos la puerta un poco abierta para ver cómo corría el paisaje, cosa que nos daba muchos ánimos. A ratos nos sentamos cuatro compañeras con la puerta abierta de par en par, contemplando el paisaje, sintiendo el aire en el rostro, cogiéndonos con los brazos las unas a las otras y balanceando las piernas.

Me había dormido dentro del vagón, apoyada en Tití, cuando el traqueteo disminuyó y empezamos a despertarnos.

Fue uno de los momentos más bellos de toda mi vida. Estaba entre el sueño y la vigilia; no tenía frío, ni sed, ni hambre, ni miedo, y entonces oí la música. Nos fuimos despertando como si no supiésemos dónde estábamos. Nos miramos con expresión de sorpresa, buscando respuestas.

El tren paró y la música se oía perfectamente. Nos levantamos y nos dirigimos a la puerta. ¡Había un grupo de gente en la estación y una orquesta! No lo acabábamos de entender, pero sentíamos que dejábamos atrás el infierno.

Bajamos poco a poco. Un hombre se acercó y nos ofreció la mano. Después cada una de nosotras saltó del tren de la mano de otra compañera, y fuimos parando para poder creer lo que veíamos. Me recuerdo así, detenida en la puerta, antes de poner los pies en el suelo.

La gente del pueblo nos daba la bienvenida. Había gente de todas las edades y, delante de todo, las criaturas.

Niños limpios y peinados.

Niños y niñas de diferentes edades.

Ojos grandes y miradas puras.

Pelo largo y pelo corto.

Manos pequeñas.

¡Qué regalo ver a tantos niños!

¿Qué les habrían dicho de nosotras?

Algunos llevaban flores en la mano.

Hubo algunas compañeras que se echaron a llorar.

Nos amontonamos ante ellos.

Unos críos se adelantaron y nos ofrecieron los ramos de flores.

Yo miré con mucho detenimiento los deditos y aquellos ramos de flores.

Entonces las que aún no llorábamos también nos echamos a llorar.

Estaban los niños de la escuela y los maestros, la gente del ayuntamiento y la del pueblo, la banda municipal que no paraba de tocar. Y mujeres con cestas en las manos, con bocadillos y fruta. Las cestas llevaban debajo servilletas de tela de cuadros.

Música, flores, cestas...

En aquel momento me reconcilié con la gente, con la tierra y conmigo misma. Era un pueblo pequeño de Mosela. Un pueblo de campesinos y campesinas de Mosela.

¡Mosela!

Mosela...

Volvíamos a reemprender el trayecto con el corazón alegre y la certeza de que nos llevábamos un recuerdo para toda la vida.

3

A las que procedíamos de Francia nos tuvieron dos o tres días en París, creo que nos hicieron una revisión médica, pero no recuerdo aquellos días. Estábamos muy débiles, en los huesos, y no pensábamos con claridad. Sí, estábamos con vida, pero no vivas. Desde la ciudad nos fueron repartiendo. Ellos tomaban nota de cada una de nosotras y nosotras les dábamos el contacto de las familias para que las avisaran de que estábamos vivas y de camino.

Nos habíamos ido despidiendo. Yo no lloraba, solo pedía direcciones. Toda mi obsesión era no perderlas, y mi desengaño Franco, Franco, Franco. No podía creer que el dictador se mantuviese en el poder. ¿Cómo me lo iba a creer? Las deportadas francesas, checas, polacas, holandesas... todas sufrían complicaciones para volver, pero todas tenían un país que las acogiera.

Fui con Tití, que tampoco se había quitado la ropa de deportada, hasta Limoges, y yo, que la sentía como si fuera hija mía, quise acompañarla a casa de sus padres. Estaba casada, pero después de lo que había supuesto la deportación no estaba dispuesta a volver a un mal matrimonio. Fuimos corriendo desde la estación del tren hasta su casa. Entre el estrépito de la ciudad corríamos cogidas de la mano, parábamos para recuperar el aliento y seguíamos corriendo. Sus padres la abrazaron muy fuerte e hicieron lo mismo conmigo. Tití descargó una bolsa. Durante todo el trayecto había ido recogiendo toda la comida que nos daban. Estábamos hartas y nuestro cuerpo no aceptaba más alimento, pero ella recogía como obsesionada todo lo que le ofrecían. Lo volcó sobre el mostrador de la cocina como quien enseña un tesoro.

—Os habrán hecho pasar hambre —dijo su madre.

—Sí, mucha —dijimos nosotras, sin entrar en más detalles.

—Si no debéis de pesar ni 35 kilos... —añadió la mujer, secándose las lágrimas.

Nos sentamos a la mesa.

Pusieron el mantel en la mesa y nosotras solo miramos.

Servilletas.

Platos.

Vasos.

Cubiertos.

Escuchaba los ruidos de la vajilla y del cajón de los cubiertos como quien descubre un mundo.

Lo miraba como si lo viese por primera vez.

Una jarra de cristal con agua clara.

Una panera con unas rebanadas de pan.

Pero no teníamos hambre.

Hablamos mucho rato, hablamos sin explicar lo que habíamos vivido. Era complicado, sentadas a una mesa y con las emociones a flor de piel, expresar las barbaridades que habíamos sufrido. Después de quitar la mesa, dije que me iba. De repente sentí la urgencia de estar en la mesa de la casa de mis padres, y en ninguna otra, pero me dijeron que tenía que descansar, que era mejor que pasara allí la noche, y Tití me miró con unos ojos... Sus padres pusieron un colchón en el suelo, en la habitación de Tití, para que pudiésemos estar juntas. Nos dieron camiones y yo me quité el vestido de deportada como si me quitara la piel. Me acosté en la cama de soltera de Tití y ella se quedó en el colchón. Apagué la luz. ¡Apagaba la luz en una habitación!

—Qué raro, ¿no? —me dijo ella.

—Mucho.

Y estuvimos un buen rato sin hablar, pero también sin dormir. Después ella se levantó y se acostó en la cama conmigo.

—Ahora quizá sí nos dormiremos.

—Ahora quizá sí, querida hija.

Y

Al día siguiente me quiso acompañar a la estación del tren y se negó a que viniera su familia. Hicimos el camino a paso ligero, pero sin correr. En la estación esperamos el tren hacia Périgueux, y el tiempo pasó despacio. ¡Lo que sentíamos la una por la otra era tan intenso y tan profundo! Ella me seguía llamando madre, y yo seguía llamándola hija. Cuando llegó el tren nos abrazamos como nos habíamos abrazado al sabernos liberadas. Nos abrazamos como solo lo hacen dos personas que se quieren de verdad. Nos prometimos escribirnos a menudo, y volvernos a ver tan pronto como fuera posible, y nos despedimos con lágrimas en los ojos.

El tren también iba lleno hasta la bandera. Había otros deportados, aquello era como una película que se repetía con más y más gente en las estaciones, pero ¿y los que no podían volver? Iba apretujada entre desconocidos y desconocidas a los que, por encima de todo, me unía el terrible lazo de la deportación, pero entre unos y otros estaban los muertos, nuestros muertos.

Rodeada de gente y sola, sin ninguna compañera. Sola y llena de soledad. Pero la sentía mía; sentía, después de mucho tiempo, que estaba sola y la soledad me pertenecía; era lo que yo tenía, y eso ya era algo.

En la estación de Périgueux las emociones me asaltaban al ir acercándome a los míos. Nos recibieron camaradas de la Resistencia y las autoridades. Me sentía cansada; tenía que estar muy contenta, pero ya me había puesto contenta la gente de Mosela. Saludé, estreché manos, sonreí, pero como si todo aquello no fuera conmigo. Nos llevaron a una especie de albergue improvisado y nos volvieron a dar comida.

—¡Enfermerina! ¡Enfermerina! —oí entonces, como si me despertara de una larga pesadilla.

Me volví al momento. Con ese nombre solo podía llamarme alguien de Les Acàcies.

—¡Pepe Luis!

—¡Enfermerina del alma! —me dijo cuando nos abrazamos.

—Te deportaron...

—Colaboré con la Resistencia y me cogieron, pero estoy bien.

—Y ahora, ¿qué harás? ¿Volverás a España?

—No, enfermerina, me vuelvo a Dordogne, a trabajar de campesino.

Le escuché pensando que no olvidaría nunca sus dulces palabras. Había crecido mucho y tenía el rostro de un hombre. Ya nos habíamos despedido cuando volví a llamarlo.

—¡Pepe Luis! ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho —contestó mientras me decía adiós con la mano. Y me horroricé al pensar en la crueldad de los campos marcando de por vida a una persona tan joven.

Volví a subir al tren para hacer el último tramo del trayecto. ¿Cuánto quedaba hasta Carsac? ¿Una hora y media? ¿Dos? Me habría gustado dormir, pero no podía.

Pensaba en la casa de mis padres, no en mi casa; ni se me pasó por la cabeza por un momento que Albert hubiese llegado a la granja.

La casa de mis padres, la casa del exilio...

Al bajar del tren no me detuve ni un momento en la estación. Anduve tan deprisa como pude. La gente me miraba, yo no tenía ojos para nadie.

Nada más llegar al extremo de la calle, una vecina me vio.

—¿Neus? —preguntó, extrañada.

—¡Sí!

—¡Dios mío! ¿Qué te han hecho? Si no te hubiese visto aquí no te habría reconocido.

Y me abrazó, y me miró de arriba abajo, y me volvió a abrazar.

—¡Oh! Tus padres ya no viven aquí.

—¿No? —exclamé, sorprendida.

—No, hace unos meses se trasladaron a Sarlat.

—Gracias, gracias, me voy.

—No, mujer, entra un momento y descansa —dijo mientras yo me iba.

Volví a subir a un tren, llegué a Souillac y fui a la parada de autobuses. Me quedé sentada en un banco, yo sola, y me pasaba las manos por la falda, seguía las rayas una y otra vez, de arriba abajo, de arriba abajo.

Cuando puse los pies en Sarlat quise sentirme en casa y, de alguna manera, fue así. Me pareció que todo el mundo sabía adónde iba menos yo. Pregunté a un señor mayor si sabía dónde vivía la familia Català, y él, muy emocionado, me indicó la casa de mis padres. Seguí el camino deprisa, aliviada, sin más recepciones. No me resultó difícil encontrarla. Llegué resoplando.

L lamé a la puerta con la mano y no me respondía nadie. Llamé fuerte con el picaporte y apareció mi madre. No es que me tuviera que mirar dos veces, es que me miró muy intensamente.

—¡Baltasar! ¡Baltasar!

Y me miró de arriba abajo, me cogió por los hombros y me dio dos besos. Enseguida vino mi padre y me abrazó muy fuerte, y los pies no me llegaron al suelo. Me hicieron pasar adentro.

Nos quedamos quietos en la cocina. Yo los miré a los ojos y pude leer su dolor y su alegría. Los miré como si no los hubiese visto en diez años, y los encontré envejecidos.

—Estás muy delgada, se te ven todos los huesos —me dijo mi madre, conmovida—. ¿Te encuentras bien?

—¡Has vuelto a casa, por fin! —añadió mi padre.

—Antes de nada, ¿quieres ir a quitarte eso que llevas?

—Deja que se siente un momento, mujer —dijo mi padre.

Retiré la silla de la mesa y al sentarme noté como si fuese un peso muerto que cae. Miré a mi alrededor aquel espacio nuevo. Había llegado a casa, pero esta me era extraña.

—Dejamos la granja de Carsac porque encontré trabajo de barbero en Sarlat, y era más cómodo vivir aquí. Encontramos esta residencia. Tu madre cuida a la propietaria, una señora mayor muy amable, y de la casa, y a cambio nos deja estar aquí gratis.

—Tu padre tiene mucho trabajo, porque en el pueblo hay muchos enfermos. También acude a domicilio, pero además es barbero de un colegio de jesuitas que tiene muchos internos, así que no nos podemos quejar. Pronto llegarán Avelina y Rosanna. Debes de tener ganas de verlas, ¿no?

—Claro.

Me enseñaron un poco la casa. Era una especie de villa que se encontraba en una callejón junto a la plaza del Teatro. Quizás había ido a menos, pero era una propiedad rústica bastante grande que no estaba mal.

Volvimos a la cocina. Me repetían que estaba muy delgada y me querían hacer comer, pero no me cabía nada más en el estómago.

—¿Cómo te han tratado los nazis? —me preguntó mi padre, tragando saliva.

—Casi no os alimentaban, eso salta a la vista —dijo mi madre.

—He trabajado como una esclava y he pasado hambre, sed, frío, miedo y sueño —les dije de corrido, y no expliqué nada más.

Me levanté, cogí una olla —¡qué impresión poder hacer ese gesto tan cotidiano!—, abrí un grifo, puse la olla debajo y miré cómo corría el agua, y luego la puse a calentar.

Al volver a sentarme lo solté.

—¿Por qué no me decís nada de Albert? ¿Acaso no estoy casada? —Los miré, inquisitiva—. ¡Me estáis asustando! ¿Por qué lo posponéis?

—Neus, la mala noticia es que no sabemos nada —contestó mi padre.

Respiré hondo.

—Hasta hace cuatro días tampoco sabíais nada de mí —les contesté mientras les cogía las manos muy fuerte a los dos por encima de la mesa—. Y Lluís, ¿dónde está? —Bajaron los ojos y les solté las manos, y tardaron unos segundos larguísimos en romper el silencio.

—Después de haber participado en la liberación de Périgord y Dordogne, entró en las guerrillas españolas de la Unión Nacional Española. Estuvo vigilando la entrada de alemanes a España por los Pirineos, pero le delataron, y un tribunal del régimen franquista le condenó a muerte por comunista, guerrillero y ateo —explicó mi padre.

—Pero Lluís —le interrumpió mi madre— rebatió lo de que era ateo porque fue bautizado en el pueblo, se casó por la iglesia y bautizó a su hija. Al final le conmutaron la pena.

—¿Y dónde está ahora?

—Ay, Neus —suspiró mi padre—. Le conmutaron la pena por treinta años y un día de prisión.

Y la rabia, esta vez, me salió mezclada con ternura.

—¡Qué ganas tengo de abrazar a Rosanna!

Me presentaron a la señora de la casa, que al verme se santiguó. Mi madre me acompañó arriba y abrió la puerta de la que sería mi habitación. Enseguida vi que la tenía preparada para cuando yo volviese, quizá cada semana la repasaba con la esperanza de que pronto llegase la noche en que yo durmiese en ella.

La habitación era de un color claro y limpio que me pareció que tenía que ser bonito. Mi madre abrió la ventana y salió. Las cortinas volaban, me acerqué y dejé que me tocasen una y otra vez. Noté el olor a limpio, olor a campo, y aunque caía la noche pude dejar vagar la vista. Las cortinas revoloteaban y en ese detalle vi la libertad del mundo que me rozaba una y otra vez.

Mi madre me acompañó al lavabo, que tenía bañera y váter antiguo. En Els Guiamets nos lavábamos en una tina, y en la granja de Turnac también. Durante el viaje de vuelta había pensado que cuando me metiese dentro de una tina con agua caliente me echaría a llorar. Al entrar en la bañera me estremecí, como si sufriera un espasmo. Una vez dentro no me salió ni una lágrima. Volví a sentir lo mismo: me había quedado vacía. No sé el rato que estuve reblandeciendo mi propio vacío. A veces pienso que todavía lo ablando ahora.

En la habitación vi que mi madre había cogido el vestido de deportada y me había dejado ropa mía encima de la cama. ¡Qué impresión me causó! Después de la detención debió de ir a recuperarla. Yo la tenía ya olvidada. Abrí el armario y allí había más. Moví las perchas... Qué pasado más remoto tenía entre mis manos.

Antes de vestirme reclamé mi traje de deportada. No discutimos pero faltó poco. Me vestí, aunque no quería cenar y tenía mucho sueño. Me vestí sin prisas. Me puse mis antiguas alpargatas de siete cintas, que me había enviado la tía Providencia hacía muchísimo tiempo, y me parecieron de lo más coqueto. Con mucho cuidado colgué el traje de deportada en el armario. Bajé a ver a mi padre y enseguida insistió en que yo tenía que descansar. Así que me fui a dormir. Dejé la ventana abierta. No me apeteció desnudarme para ponerme el camisón. Tampoco me quité las alpargatas. Tenía un capricho: dormiría con la luz encendida. No sé cuánto tiempo estuve mirando cómo ondeaban las cortinas. Oí que volvía mi cuñada con la niña. Los oí a todos hasta que se fueron a dormir. Al día siguiente me desperté en el suelo, envuelta con la colcha.

Hasta el día siguiente no me miré al espejo. No había pensado en mi rostro en ningún momento del retorno. Quizás huía de esa imagen. Después de dieciocho meses sin haberme visto, después de buscarme en el reflejo de alguna ventana y adivinarme en el rostro de las demás, me vi con las cuencas de los ojos demasiado marcadas, con la piel descolorida y una mirada serena pero triste, y quizá más que triste, agria. Con lo que me había reído en el campo, y las bromas que había hecho, y ahora no se me ocurría nada que pudiera dibujar una sonrisa en mi rostro. Fui hacia la cocina.

Mi padre me dijo que mi suegro había muerto. En la prisión de Périgueux lo condenaron por colaborar con la Resistencia. Le contaron que en la celda coincidió con el hombre que nos delató a nosotros, y que le dio una paliza tal que lo reventó por dentro. Yo no me podía imaginar a mi suegro tan violento, pero a mí no me habían quitado a ningún hijo... ni a la hija, porque él siempre me llamó su *beau fille*.

Fui a ver a mi suegra muy emocionada, pero ella se mostró muy fría conmigo. Albert y yo habíamos empezado a luchar contra los nazis juntos, y de alguna manera ella me responsabilizaba. Y eso que ella había acogido a gente en la granja sabiendo lo que hacía, por lo que luchaba y cuáles podían ser las consecuencias.

Mi suegra daba por muerto a Albert. ¡El pueblo entero le daba por muerto! Me quedé helada, porque en el monumento que había en la plaza de los Muertos ya constaba su nombre y todo. Yo me lo imaginaba sucio y harapiento, al lado de un par de compañeros, cruzando bosques, bajando montañas, siempre camino de casa...

Días después de nuestro encuentro, apareció mi suegra muy alterada. Me abrazó, compartíamos el dolor por la misma pérdida, me pidió perdón y me dijo que la casa de su hijo era mi casa, y que tenía todo el derecho a ir, pero yo quise quedarme en casa de mis padres. ¿Por qué insistía en que Albert estaba muerto?

Los primeros días de libertad fueron muy extraños. Me costaba adaptarme a los míos y no tener que trabajar doce horas diarias me dejaba mucho tiempo libre. Tuve que dormir en el suelo desde la primera noche. Enseguida empecé a llevar la casa y mi cuñada se puso contenta... También me encargaba de la niña, que ya tenía doce años. ¡Cómo había crecido! No hablaba mucho del campo. Ni ellos me preguntaban ni yo contaba nada. No tardé en darme cuenta de que si podía hablar con alguien era con los otros deportados, aunque había algunos a los que les costaba mucho hacerlo y a otros les daba vergüenza. Si algún día contaba algo notaba más incompreensión que otra cosa. Cuando añadía que en el campo me había reído más que en toda mi vida, a veces se burlaban, o se echaban a reír, o hacían bromas que no aceptaba, así que dejé de hablar del tema. La gente no estaba preparada ni dispuesta a escuchar tantos horrores.

Una mañana lavé a conciencia mi traje de deportada. Cuando me vio mi cuñada me dijo que estaba loca. Yo no le contesté nada, pero quizá la miré con ojos de loca. No sabía lo que iba a hacer con aquello, me costaba decidirme, pero tan sucio daba un poco de asco, así que pensé en lavarlo. El día que en Ravensbrück me contaron que para el tejido utilizaban cabello de mujeres fue de los duros en el campo. No me encontré bien, todo se me hacía una montaña, la noche no fue larga sino larguísima. Nos llegaban todo tipo de informaciones porque todo lo que consumíamos lo fabricábamos las mismas deportadas, en la enfermería había deportadas y en las oficinas también, pero a veces lo que nos decían era tan terrible que pensábamos que malvivíamos mejor en la ignorancia. El día que nos contaron que en el crematorio había una salida con un mecanismo que recogía la grasa de los muertos para hacer jabón o betún para los zapatos... aquel día pensé que ninguna de nosotras saldría viva para contarlo. ¡Qué hijos de

perra, qué hijos de perra!

Enjaboné y aclaré el traje de deportada con todas mis fuerzas, froté como no lo había hecho nunca. Recordé lo fantástico que era compartir la colada en Els Guiamets con las amigas, y lo terrible que fue lavar ropa ensangrentada en la prisión. Restregué en silencio hasta que me pareció que ya no se limpiaba más. Lo aclaré no sé cuántas veces y me sentí una mujer desesperada.

Mi madre tenía tendida ropa blanca. Colgué mi ropa de deportada al lado, y después me senté a ver cómo se secaba. El cielo estaba muy claro, en la azotea había plantas bien cuidadas en macetas descoloridas... Las coladas de ropa blanca en un entorno rural son siempre una imagen de paz y bonanza, y mi ropa decía demasiadas cosas... No quedó bien limpio, pero ya me lo imaginaba. Una vez seco lo volví a guardar en el armario y me puse a trabajar en casa.

Al día siguiente decidí arreglarme el pelo. No me preocupaba demasiado, pero lo tenía un poco largo y tenía ganas de verme de otra manera, así que improvisé la técnica del *papillote* enroscando unos papeles.

Llamaron a la puerta y fue a abrir mi madre, que me llamó diciendo que preguntaban por mí. Iba con una bata vieja de estar por casa y bajé las escaleras tan tranquila. En la puerta me encontré con unos oficiales del ejército. En cuanto me vieron se cuadraron delante de mí y yo hice lo propio. Los hicimos pasar, mi madre se había quedado tan asombrada que tuve que explicarle que en la Resistencia tenía el grado de teniente. Me llevé la mano a la cabeza. Me hacía gracia llevar aquellos pelos. Quizá fue lo primero que me hizo gracia después de los campos. Esbocé una sonrisa, pero ellos se mantuvieron muy serios durante toda la conversación.

Me enseñaron las fotos de dos oficiales de las SS. Supe identificarlos: Meier, el jefe de la Gestapo de Limoges, y Schwab, su mano derecha. Corroboré que eran tan crueles como les habían contado, pero que Schwab hacía más concesiones y a veces nos dejó ver a nuestros maridos. Me dijeron que los habían ejecutado sin juicio cuando todavía no se había acabado la guerra, y que ahora investigaban si había sido justo.

—¿Justo? ¡Las ejecuciones diarias de los nazis también eran sin juicio! —exclamé, sorprendida.

Aquel día supe que había empezado la primera batalla de después de la guerra. Había gente de derechas que desacreditaba lo que decían algunos resistentes, otros se reían de lo que contaban los deportados... ¡Qué complicado iba a ser!

Cuando se fueron me quité los papelajos de la cabeza, los tiré a la basura con mal genio y fui a buscar la libreta donde había apuntado las direcciones de las compañeras. Miré en la habitación y preparé un rincón para colocar una mesa que había recuperado del desván. A partir de entonces escribí a las deportadas y a gente con la que había estado en la Resistencia. Había mucho trabajo que hacer, tenía que trabajar y empecé a descuidar las ocupaciones domésticas, de tanto como escribía.

Hacía un mes que vivía con mis padres cuando los del Partido Comunista Francés (PCF) se pusieron en contacto conmigo y entré a formar parte del equipo dirigente de Sarlat. Había entre ellos algunos resistentes que conocía, poco o mucho, y gente a la cual la guerra había hecho comunista, como la viuda del doctor Nesman, un médico que había muerto en la prisión de Limoges, o como el notario Arlet y su mujer, que se afiliaron después de que su hijo fuese fusilado. Enseguida nos hicimos camaradas, enseguida organizamos un comité para España y nos dedicamos a recoger firmas contra el régimen franquista.

La celebración del Catorce de Julio de aquel año la organizó otro grupo, pero nuestro partido también participó. Los del PCF me pidieron que interviniese. No tenía ganas, pero tocaba ir.

Hubo diversos parlamentos, y me pareció que demasiada gente lucía medallas. La emoción de estar sobre un escenario no se parecía a la que sentía en Barcelona cuando, de improviso, organizábamos un mítin durante la guerra. No tenía pensado ningún discurso.

—Esta es la plaza de los Muertos, que antes homenajeaba a los caídos en la Guerra del Catorce, y ahora se han añadido los muertos de esta segunda y terrible guerra. Entre los nombres está el de mi marido, aunque yo todavía le espero. El regreso de los campos es complicado y no debemos perder la esperanza. —Callé un momento—. Volver después de la deportación, y además volver a un país que me acoge pero que no es el mío, es difícil. A todos nos costará reemprender nuestras vidas, pero lo haremos. Lo que no puedo aceptar es la desunión entre comunistas y socialistas. Si me he salvado ha sido gracias a las mujeres que tenía a mi lado, fueran del partido que fuesen. Nos sostenía la fuerza moral, y con ellas viví una gran lección de humanidad, así que desde este podio no puedo más que hacer un llamamiento a la solidaridad y la amistad.

Aplaudieron mucho. Al bajar me querían decir cosas, pero yo volví a casa, a mi habitación, al armario y al traje de deportada.

Al día siguiente por la mañana bajé a desayunar cuando todavía no había salido el sol. Me senté a la mesa y comí pan con tomate, aceite y sal, como si fuera un pajarito. Me calenté un vaso de leche y me lo bebí poco a poco. Desde la vuelta todo me lo bebía muy despacio. Después limpié la cocina, que ya estaba limpia. Fue apareciendo todo el mundo y yo seguí limpiando. Acababan de usar un plato o un vaso y yo lo lavaba, lo aclaraba, lo secaba y lo guardaba. Pasé la escoba y al acabar cogí un trapo y me paseé por toda la casa, limpiando el polvo. Lo hacía como si fuese un trabajo que se tuviera que hacer, y me sentía mal. Después lavé el trapo y salí a tenderlo.

Fuera contemplé el huerto de mi padre. Quizá debía volver a trabajar la tierra y sentirme un poco útil. Pero mi padre tenía el huerto tan bien cuidado que no sabía qué hacer. Mis manos estaban vacías...

Cogí un par de cebollas y un par de tomates y volví a la cocina. Mi madre había salido y tomé prestado su delantal. Me lo até y me quedé inmóvil. El sencillo gesto de atarme el delantal me parecía algo inmenso. Era una mujer en una cocina que se ataba un delantal, no era una esclava famélica muerta de frío en un *Lager*, viendo cómo daban una paliza a una compañera. El delantal, como el trapo del polvo, me pesaba. Todo me hablaba constantemente, todo había adquirido una nueva dimensión. Era un doloroso regreso a la vida a cada paso, a cada gesto, con cada objeto, y la cosa más sencilla, un pobre delantal viejo y lleno de manchas, me apabullaba.

Pelé la cebolla y la piqué bien menuda. Puse una cazuela al fuego con un chorrito de aceite. Eché la cebolla y empecé a removerla. Notaba que el delantal me asfixiaba, que la cebolla me asfixiaba, que yo me ahogaba. Apagué el fuego y me desaté el delantal. Lo colgué en su sitio y lo palpé con las manos de arriba abajo, y volví a mi habitación.

Primero doblé la colcha, quitándola del suelo, y después hice la cama. Era lo mismo cada día. Por la mañana hacía la cama, por la noche me acostaba en ella, pero no dormía hasta que me echaba en el suelo. Al día siguiente recogía la ropa del suelo y volvía a hacer la cama, como si fuera a dormir en ella.

Luego me coloqué delante del armario, lo abrí y allí me quedé. No tenía ganas de nada, y a la vez necesitaba hacerlo todo. Cogí la percha con el traje de deportada y lo colgué en lo alto de la puerta del armario, que dejé abierta. Me desnudé. Me puse primero la bata, después la chaqueta y para acabar el pañuelo. No sabía dónde andaban los zapatos, pero no quise preguntárselo a mi madre, así que saldría descalza. El traje, aunque estaba limpio, olía mal, pero el olor era parte de su esencia. Salí de la habitación y mi cuñada me dijo no sé qué, no la escuché. Por la calle la gente me miraba, pero me daba igual. Andaba deprisa. Fui hasta la casa del retratista, un resistente al que conocía un poco.

—Bienvenida, Neus —me dijo con cierta solemnidad al verme.

—Gracias. Vengo porque querría...

—No hace falta que me expliques nada. Pasa.

Me coloqué ante la cámara pensando en mi gente, en las mujeres amigas, en las conocidas y las desconocidas, en las que salieron medio muertas del tren que nos llevó a Ravensbrück y a las que no volví a ver, en las ocho mujeres de mi barracón que murieron aquella primera semana, en la condesa abierta en canal, en la mujer electrocutada en la alambrada, en la que arrastraban —ya muerta—, mientras le seguían dando una paliza, en las judías con sus hijos agarrados a las faldas, en los chicos que quemaban vivos cuando los hacían bajar con una chocolatina a una acequia donde habían puesto gasolina, en sus madres —que se volvían locas de dolor—, en las mujeres que parían en la enfermería, en los recién nacidos a los que nada más nacer ahogaban en un cubo

con agua, en los recién nacidos que estampaban contra la pared, en las madres de aquellos recién nacidos, en las que morían por fuera y las que morían por dentro, en la compañera esquelética que tuve delante en la enfermería y no consideraron buena para trabajar, en las mujeres que eran humo y cenizas, en Mimí, Hélène y Simone, en la mujer a la que pegaron hasta matarla uno de los últimos días, en las que murieron de agotamiento una vez liberadas... Me puse allí, con todo aquello sobre los hombros, consciente de que me debía a la memoria de los que habían muerto.

Me pareció que el flash tardaba un poco.

¿Qué debía hacer? No sabía demasiadas cosas, pero sabía que no tocaba lloriquear ni quitar el polvo. Había vuelto y tenía un deber.

De vuelta a casa pensé en Albert. Cada día pensaba muchas veces en él. Tardaba demasiado pero yo me resistía a darlo por muerto, porque la muerte cuesta mucho de admitir.

Aquel día descubrí que ir descalza me iba bien. Mi madre se ponía nerviosa, y Avelina también, y a mí me parecía que había hecho un descubrimiento. Después de llevar zapatos con suela de madera, poder ir con los pies desnudos sobre la tierra hacía que me sintiese viva, como si fuese un brote que, con grandes dificultades, vuelve a arraigar.

El retratista tardó muchos días en tener la fotografía. Me la trajo a casa y no quiso cobrármela. Vi que había engordado mucho.

Durante tres meses milité en el PCF y eso me hizo revivir un poco, pero decidí dejarlo para trabajar en la reorganización del PSUC en el exilio. Había tanto trabajo por hacer que yo no quería repartirme entre ambos. La dirección del PSUC estaba en Toulouse y me pedían que me trasladase allí, pero yo esperaba a Albert, y le seguí esperando hasta una tarde de octubre.

Los meses de la vuelta hasta aquella mañana son los que tengo más difusos en la memoria. Cuando amas y temes la muerte de la persona a la que amas, no puedes pensar con claridad. Cuando amas y no quieres perder la esperanza, no puedes pensar con claridad. Cuando amas y temes lo peor, no puedes pensar con claridad.

Llamaron. Yo fui a abrir la puerta pero mi madre se me adelantó. Oí una voz conocida que preguntaba por mí, pero en un primer momento no la supe identificar. Fui hacia la puerta y vi a la chica de la estafeta de correos de Sarlat. Tardé unos segundos en reaccionar, ya que el correo lo traía el cartero pero a ella la conocía mucho de tanto ir por allí. Entonces la miré a los ojos y ella me miró como quien quiere decir algo, pero no sabe el qué. Alargó el brazo y me dio un paquete que iba a mi nombre y que venía de la estafeta de Carsac. Me dijo que le había parecido que podía ser importante, y yo le apreté la mano como quien hace una caricia.

Con la puerta abierta leí el nombre del remitente. Era un nombre de hombre que no conocía. Me apoyé en la puerta y me abracé a aquel paquete. Mi madre se quedó callada. Le dije que tenía que salir, ella accedió con la mirada y yo me fui sin saber adónde. Me di la vuelta y la vi mirarme por una rendija de la puerta, sin saber, tampoco, cómo continuar el día.

Anduve en dirección a la granja donde había vivido con Albert. Desde Sarlat me quedaba lejos y no sabía cómo ir. Desde aquella última noche en que nos cogieron no había vuelto a poner los pies allí, solo pensarlo me resultaba demasiado doloroso. Andaba como posesa, como si huyese de alguien, como si tuviese que recorrer kilómetros y llegar a la granja. Cuando no pude más me paré, contemplé el camino que había atravesado y me senté bajo un árbol. La luz del sol de la tarde llegaba entre las sombras de hojas y ramas. Miré las sombras dibujadas sobre mi cuerpo. Tardé un rato en recuperar el aliento.

Separé el paquete de mi pecho y lo abrí con parsimonia. Dentro de un gran sobre había una carta de aquel desconocido dirigida a mí. Separé aquel sobre con las manos tensas. Al ver la letra de Albert el instinto hizo que me tapase la boca con la mano, como para ahogar mis emociones. Con los ojos nublados fui pasando con mucho cuidado cada papelito, pero sin leerlos, y dos postales más que él había recibido.

Después lloré con la desesperación de alguien que sabe que se le está cayendo el mundo encima.

Cuando me recuperé de la primera impresión cogí la carta para leerla, pero casi no se veía, así que volví deprisa, como si tuviese miedo de la noche. Junto al pueblo, en el primer lugar donde llegaba la luz, me senté a leer. Fue entonces cuando vi cómo me temblaban las manos.

Querida Neus:

Soy un compañero de Albert, del campo de Bergen-Belsen. Compañero me parece una palabra insuficiente para explicar lo que sientes por una persona con la que has compartido la deportación y de la que has sido muy amigo. Compañero, amigo, hermano. Para mí, Albert es un hermano.

Me encargó la difícil tarea de transmitirme la terrible noticia de su muerte. Escribo estas letras y pienso en la mujer que sostiene este papel entre sus manos y no puede continuar leyendo. Solo puedo decirte que lo siento mucho, y que te quería muchísimo.

Albert murió de agotamiento cuando ya habían liberado el campo, el mismo día que debía volver hacia Francia. Finalmente libre y contento, fue consciente de que se apagaba, de que no llegaría a casa, de que no llegaría a ti, de que el destino del cual tanto había huido le atrapaba en libertad, y me pidió que te hiciese llegar tus dos postales y los escritos en papelitos sueltos que debes de tener ahora en las manos.

Tienes que disculparme por haber tardado tanto en escribirte, pero es que volví muy enfermo, y he estado mucho tiempo en cama, intentando volver a la vida. Ahora parece que saldré adelante, y queríamos, mi mujer y yo, ir en el futuro a conocerte.

Albert me hablaba mucho de ti y te quería mucho.

Por favor, contéstame para decirme que has leído esta carta y que pudiste volver.

Recibe un fuerte abrazo,

JÉROME

Volví a casa poco a poco, arrastrando los pies y el alma. Tuve que llamar, porque no había cogido las llaves. Abrieron mi padre y mi madre.

—Albert está muerto —les dije con lágrimas en los ojos, y me abrazaron.

—Albert... —dijo mi padre.

—Tranquila, tranquila —repetía mi madre.

—Muerto, no me lo puedo creer.

—Neus, hija, ha pasado tanto tiempo...

—Pero yo pensaba que quizás estaba en algún hospital muy débil, como el compañero que me ha escrito —decía yo, llorando.

—Tranquila... —me repitió ella otra vez en un murmullo.

—O que había pedido la memoria y necesitaba tiempo para recuperarse de la amnesia. Pero yo no lo sentía muerto, cada día lo esperaba, no me había preparado para esto.

—No...

Subí a la habitación, de un tirón eché la ropa de la cama en el suelo, apagué al luz y me tendí allí. El paquete con todas las cosas me lo puse dentro de la ropa, encima del pecho. No podía ni dormir ni llorar. Al día siguiente no hice nada. Salí de la habitación por la insistencia de mis padres, comí algo y volví a la cama en el suelo, con la habitación a oscuras. Me molestaban la ventana, la claridad, el bello paisaje, las cortinas...

Horas después leí uno de sus escritos.

Un día más en el campo, un día menos para volver a encontrarnos. Me sostengo en cada uno de los últimos abrazos en la prisión. ¡Somos fuertes! ¡Cuánto te quiero!

Pasé unos días muy malos. Fui leyendo los pequeños fragmentos de papel durante los días sucesivos. Con una letra minúscula y apretada me decía que me quería, me quería y me quería. Decía que nuestra guerra le había traído al amor de su vida, y que había sido muy feliz a mi lado, y que esa felicidad le ayudaba a vivir en el campo de la muerte. Me reservaba los escritos y a la vez no pensaba en nada más. Había pensamientos diversos, declaraciones de amor y palabras de ánimo. Era todo lo que me quedaba de él.

No sabía qué quedaba de mí. Me sentía irremediablemente perdida y no veía la manera de salir adelante, salir de aquella habitación, andar bajo un cielo claro y empezar de nuevo. No se puede empezar de nuevo después de todo eso, hay que comenzar de viejo. Me sentía como una pobre vieja, lejos de casa, con dolor de barriga y de riñones, con los ojos empañados y los andares quebradizos.

Mis padres no sabían qué decirme ni cómo ayudarme. Pero fue mi padre quien, inconscientemente, me dio el empujón. Una noche entró en la habitación para avisarme de que la cena estaba en la mesa. Quería decirme más cosas, pero no encontraba las palabras. Se acercó a la mesa donde tenía mis papeles. Me dijo que tenía que recuperar las fuerzas y cogió mi foto vestida de deportada de encima de la mesa, se la quedó mirando, la dejó apoyada en la pared, salió y cerró la puerta. Yo fui a aquel escritorio improvisado, me senté, me miré en la foto como quien hace un descubrimiento y bajé a cenar.

Aunque tenía muy claro que debía seguir adelante, y que para mí eso quería decir luchar contra el fascismo en España, militar en el partido, ayudar a los exdeportados y mantener viva la memoria de lo que yo había vivido, me costaba pasar los días.

No tenía trabajo, y eso me desesperaba. Escribía cartas y procuraba mover propuestas, pero la vida no podía ser solo eso. Recibía una pensión por larga enfermedad y cada semana acudía al ayuntamiento a recoger un paquete de cinco kilos que me daban como exdeportada, una ayuda que debíamos recibir durante quince meses, dependiendo un poco de la gravedad en la que nos encontrásemos cada uno.

Recoger aquel paquete era una de mis principales tareas de la semana. Volvía a casa de mis padres y guardaba el arroz, el azúcar, el aceite y las conservas, y acababa el trabajo. Debía ganarme un jornal, tenía que ser independiente, pero nadie me quería, nadie me necesitaba, y mi título de enfermera era papel mojado.

De todos modos, me preguntaba si en el estado en que me encontraba podría ayudar a los demás, si tendría la cabeza lo bastante clara y las fuerzas suficientes. ¿Adónde podía ir en semejantes condiciones? ¿Cuánto tiempo estaría así? ¿Cuánto hacía que no cantaba? Había vuelto a cantar en el coro de Sarlat, y lo había hecho como si no hubiese padecido dos guerras, pero era cuando todavía veía a Albert harapiiento, bajando a pie camino de la granja.

La carta de Geneviève de Gaulle ofreciéndome una estancia de un mes en Suiza fue un rayo de luz que me animó. Su padre, que era cónsul de Francia en Ginebra, montó una casa de reposo para exdeportados, una iniciativa que me pareció fantástica. Habíamos vuelto de los campos de la muerte y no era fácil volver a la vida, nada fácil.

Preparé una maleta de cartón con cuatro cosas, bocadillos y fruta para el viaje, y fui a coger el tren en dirección a Suiza. En el tren, yo sola, me sentía inquieta y me recordaba más tranquila cuando trabajaba en la Resistencia. Era libre pero tenía el corazón tan oprimido que no me sentía libre, sino prisionera de las propias emociones, de la vida que tenía delante y no sabía cómo encarar, y prisionera de la muerte de Albert y de los deportados a quienes debíamos el homenaje de la memoria y el compromiso de aprovechar nuestra suerte.

El tren.

Un asiento junto a la ventana.

La soledad.

La sensación física y mental del viaje.

La magnitud de un paisaje bello observado desde unos ojos tristes y cansados.

A pesar de la luz, seguía viéndolo todo gris y negro, y de ahí no salía.

Suiza... ¡En Suiza todo me parecía bonito! La casa estaba a unos quince minutos de Le-Mont-sur-Lausanne, un poco más arriba del pueblo, y era una buena casa. Residíamos allí unos cuarenta exdeportados. La que se encontraba en unas condiciones más adversas era yo, la única que no había podido volver a casa. Los pobres judíos y los pobres españoles. Y de entre los españoles yo era de las que estaba mejor: tenía una pensión de los franceses.

Habían organizado estupendamente nuestra estancia, y enseguida me adapté. Por la mañana hacíamos gimnasia. Yo no había hecho nunca y me sentaba muy bien. Después salíamos a pasear por el bosque. Dábamos unas buenas caminatas. Había ratos para charlar y ratos para guardar silencio. Nos reconfortaba estar con personas que habían sufrido lo mismo, por lo que se tenía que decir y por lo que, sin tener que explicarlo, ya comprendíamos.

A veces íbamos a pasear por el pueblo y los suizos eran muy amables con nosotros. Abrían las puertas de su casa a unos desconocidos, nos sentaban a la mesa y nos invitaban a volver.

Hice amistad con una pareja de maestros comunistas, e iba a verlos una vez a la semana. ¡Teníamos unos debates! En la casa de reposo también nos reuníamos los comunistas. Improvisábamos unas charlas y hablábamos de la situación del mundo, de lo que se tenía que hacer, de lo que no se hacía... Pero éramos conscientes de que teníamos que empezar por la primera piedra: la vida propia.

La estancia estaba prevista para un mes, pero se alargó a cuatro. Decíamos que era una cura de salud, y física y moralmente fue como si rejuveneciese un poco.

De quien me llevé un gran recuerdo fue de Christine, la responsable de los asuntos sociales de la casa, que era muy buena mujer. Enseguida nos cogimos mucho afecto.

Un día me dijo que tenía que verme en privado y me convocó una hora más tarde en el despacho del director. Me hizo pasar y, aunque yo esperaba al director, estuvimos ella y yo solas. Me hizo sentar en una silla y colocó la suya delante. Me había encontrado un trabajo, un buen trabajo. Supondría tener que quedarme en Suiza, pero con el sueldo que tendría lo haría encantada de la vida. Yo interrumpí su discurso.

—¿Un buen trabajo para una mujer extranjera que no puede presentar ningún título? Tiene que haber gato encerrado...

—Un buen trabajo para una española que vive en el extranjero y sabe hablar castellano y francés.

—Y catalán —añadí.

—Un buen trabajo para una persona que es enfermera, ha sido jefa sanitaria de una colonia infantil y, después de ser víctima de la barbarie nazi, merece trabajar dignamente.

—Sí... ¿dónde hay que firmar?

Durante unos segundos me vi en Suiza, lejos de mis padres, pero serena, intentando seguir adelante sin Albert, entrando y saliendo de un trabajo, cobrando un sueldo, sintiéndome renacer en un bello paisaje.

—Es para hacer de gobernanta en una casa buena, de los niños de una familia que vive en Friburgo.

—Gobernanta en lugar de criada. ¡Qué bien! Yo cuidé de ciento ochenta y dos niños...

—Son los niños españoles.

—¿Qué niños españoles? Ahora no te sigo...

—Los hijos de Juan de Borbón.

—¡La hostia consagrada! —contesté, dando un salto de la silla.

Resulta que la familia real española vivía exiliada en Friburgo. Buscaban gobernanta para los niños y ella les había contado quién era yo y les había parecido bien.

—¡No! ¡De ninguna manera! ¡Eso no es posible!

—¿Cómo que no? ¿Por qué no ha de ser posible?

—¡Joder! ¡Porque soy comunista!

—De eso no hace falta que se enteren.

—Ah, no, lo sé yo, y con eso basta.

—¡Pero si es una oportunidad única!

—Sí, ya... Salgo del despacho y, ¿con qué cara les digo a los camaradas que haré de gobernanta de esos niños? ¡Ni pensarlo! Gracias, pero no.

Volví a Sarlat animada, y me encontraba mejor. En casa no estaba mal, pero también sentía que a los treinta años tenía edad para vivir en mi propio hogar, cosa que me parecía imposible. Encontrar trabajo sería una batalla dura, y no tenía armas con las que luchar. La opción de limpiar casas, como había hecho al principio del exilio, la descarté. No me daba la gana.

En una carta, Blanca me decía que podía ir a París a vivir con ella, y la idea me gustó. Volví a hacer la maleta y me fui a la ciudad.

Si Barcelona, llegada de Els Guiamets, me gustó, París, volviendo de los campos de la muerte y de Sarlat, me encantó. Vivíamos en un pisito junto al Sagrado Corazón de Montmartre, y para mí París eran aquellas calles populares. Durante unos meses me gané la vida cosiendo para un taller, y un día me dio por subir a la torre Eiffel y fui sin decirle nada a Blanca. Subí todas las escaleras a pie, y en lo más alto contemplé la ciudad desde mi soledad, desde mi exilio, desde mi agotamiento. ¿Qué sentido tenía vivir en París, si estaba encerrada en un piso cosiendo y cosiendo? Así que, desesperada, volví.

En Sarlat mis padres iban tirando, y supongo que no nos podíamos quejar. Lo que me mantenía activa era mi militancia en el partido, y lo que me dio alas fue que en Toulouse de Languedoc se encontraba la dirección del PSUC en el exilio. Decidí irme allí y dejar la casa de mis padres, diciéndome que aquella sería la salida definitiva.

Dedicaba muchas horas al partido. ¡Había tanto que hacer! Pero también buscaba trabajo. No me podía presentar como enfermera, ni tampoco encontraba nada como dependienta.

Bastante desesperada, recurrí al Comité des Ouvres Sociales de la Résistance, que era una organización que ayudaba a los exdeportados que más sufrían, sobre todo los judíos y los españoles. Montaron una especie de talleres en los cuales se enseñaban diversos oficios y se daba un pequeño salario que ayudaba a sobrevivir y a tener una obligación cada día, un lugar donde retomar tantas vidas rotas.

Como mujer me encontré en un taller de confección, ¡otra vez lo mismo! En el taller trabajábamos diez o doce mujeres concentradas en coser piezas, hacer puntos iguales, dejarlo todo bien pulido. Pero no éramos chicas solteras en casa de una modista preparando con ilusión el ajuar, sino mujeres maduras que sufríamos unas secuelas terribles, y que cada día nos levantábamos con la carga de la deportación a la espalda.

Yo sufría dolores en el vientre, y tenía el estómago caído. Un riñón no me acababa de funcionar bien, y también lo tenía caído, como el diafragma. Tenía que llevar una faja enorme que no curaba nada, pero así, fajada, me encontraba mejor. También padecía de pleuritis seca, supongo que a causa de las virutas sobre las que dormíamos en Ravensbrück y de la acetona que respiraba en el taller. El maxilar izquierdo lo tenía fisurado pero eso, en comparación con la pleuritis, no era nada. Lo que me desesperaba era que no sabía dormir. Me habían robado el sueño, y eso que cada noche llegaba a la cama muy cansada. Pensase o no pensase era desesperante, y la solución fueron las pastillas para dormir. Cuando me las tomaba me decía que no conocía a ninguna campesina que no pudiese dormir, ni a ninguna enfermera. Me había convertido en una mujer perdida que pretendía rehacer su vida a base de agujas y de pastillas.

Hilvanaba una falda y veía a una mujer muerta enganchada en una alambrada.

Hacía un dobladillo y recordaba al Edmond de las palabras dulces, y al Edmond que decía que le pegaría fuego al campo.

Quitaba los hilvanes y me veía sentada en un rincón con las piernas encogidas, y un trozo de pan negro y seco, y me lo comía, desesperada.

Estiraba los brazos y miraba la pieza de ropa terminada y me volvía la visión espantosa de las

pobres mujeres polacas a las que el doctor SS Gebhardt, ¡doctor!, utilizaba de conejillos de indias para sus experimentos. Horror en el fondo del horror. Las mutilaban. Les quitaban nervios, músculos y huesos, y a veces se los volvían a poner en otros sitios. Y con la nueva pieza de ropa entre las manos, las veía dar tumbos por el campo, más muertas que vivas, más gordas que nosotras, pero aniquiladas moralmente.

Me quitaba los hilos que me habían caído en la falda y aún veía aquellas malditas rayas.

Allí me moría de frío, y ahora estaba caliente.

Pero el frío se me había quedado pegado en el alma.

Dolor de estómago.

De riñones.

De diafragma.

De pulmones.

De espalda.

De maxilar.

Y de corazón.

Eso era: sufríamos del corazón.

Habíamos sobrevivido a la muerte cruel e irracional y éramos libres, pero sufríamos de dolor de corazón.

Levantaba la vista de la aguja y no veía el camino. Sabía que no pensaba quedarme sentada en una silla cosiendo, como tampoco me había querido quedar en casa limpiando el polvo.

El único lugar donde me sentía a gusto era en las reuniones del PSUC. No me faltaba empuje y era trabajadora, aunque mi desánimo era evidente.

Hacía muchos meses que seguía la rutina de la aguja, en una especie de letargo, cuando desde la Unitarian Service Committee, una organización norteamericana, me llegó la oportunidad de hacer otra estancia para una cura de reposo.

Por un lado pensé que tenía que seguir trabajando, y por otro no podía ignorar lo evidente: no me encontraba bien y todo se me hacía muy pesado, tanto coser como militar, tanto cocinar como dormir, así que volví a coger el tren.

Aquella vez la casa estaba en Pau, en los Pirineos. Me emocionaba la idea de volver. Para mí los Pirineos eran el frío del durísimo camino hacia el exilio, con los niños de la colonia, y también estar muy cerca de Catalunya. El día a día del exilio era ir tirando. Estar más cerca de mi país y ser consciente de que no podía ir, era añadir una triste angustia no olvidada a mi día a día.

En Pau, además de exdeportados, había bastantes resistentes, y enseguida me hice amiga de todo el mundo. Me encontré otra vez entre hermanos y hermanas, con personas que entendían y amaban mi lucha, la de cómo seguir y la de la memoria. Juntos parecía que no era tan difícil. Juntos nos desinhibíamos, tanto a la hora de los llantos como de las risas.

Había clases de alfabetización, de historia, de literatura... Fue una grata sorpresa, y como me gustaba mucho más que coser, procuraba ayudar cuando podía y no perderme las clases que me gustaban. Los profesores eran los mismos resistentes y exdeportados. Cada uno ponía su granito de arena y entre todos funcionaba de maravilla.

Me llamó la atención un español que recitaba mucho. Explicaba no sé qué y declamaba versos de memoria con una oratoria excelente. Se deleitaba con los clásicos españoles, y su clase era de las más concurridas. Cuando le oí recitar teatro de memoria se me removió algo dentro. ¿Dónde estaba mi afición? ¿Cuánto tiempo hacía que no pensaba en el grupo de Els Guimets que recorría las fiestas mayores de los pueblos y se inclinaba ante los fuertes aplausos? Y aquel hombre, que había sido alumno de Antonio Machado, recitaba y recitaba...

Salíamos mucho a pasear y al pueblo, pero allí la gente no nos invitaba a entrar en sus casas; la acogida que nos daban era más social, en el ámbito colectivo, en las conversaciones del mercado, en el café...

No hacía muchos días que estaba allí cuando, en un paseo de grupo, me acerqué a aquel profesor accidental y le dije que me gustaban mucho sus clases. Él me respondió que *moltes gràcies* , en catalán, y empezamos una larga conversación en la cual me contó que se llamaba Félix y era segoviano, que le habían destinado a Barcelona antes de la guerra y que se había enamorado de la ciudad y de los aires de libertad que allí se respiraban. Cuando me dijo que era uno de los primeros militantes del PCE en Barcelona, yo ya le escuchaba embobada.

Aquel mismo día pensé que Félix había entrado en mi corazón de la misma manera que lo hizo Albert. Fue como una revelación. No pensaba en hombres, ni en la posibilidad de volver a enamorarme, ni en la vida de pareja, ni en nada parecido. Me sentía viuda y estaba de luto, un luto inmenso, tanto íntimo como colectivo.

Oír hablar a alguien tan cerca, tener a un hombre que me miraba como a una mujer, me hizo estremecer. Yo creía que tenía las emociones muertas, pero descubrí que en mi interior todavía había amor, que la deportación no me lo había arrebatado todo.

A partir de aquel momento los días empezaron a girar en torno a nuestros encuentros. Iba a clase, charlábamos, paseábamos... pero mi preocupación era coincidir con él.

—Cuando me saqué las oposiciones para funcionario del Estado, el destino que elegí fue Catalunya. Ejercía de inspector de la prefectura de policía de vía Laietana cuando estalló la Guerra Civil, y fui uno de los pocos inspectores fieles a la República. Después... tuve que exiliarme, estuve en el campo de Argelès, pero me escapé y pasé a las guerrillas españolas en Francia, de las cuales llegué a ser comisario.

Lo contaba así, sin detenerse demasiado, sin hablar de los detalles, ni de las emociones, ni de la dura experiencia en el campo de Argelès, ni de la vida arriesgada de las guerrillas. Se recuperaba de una tuberculosis, no acababa de estar bien pero tampoco estaba mal.

Yo le hablaba del campo, de que nada más llegar a Ravensbrück nos separaron en dos grupos y el otro grupo fue destinado a un barracón del que solo salieron para ir al crematorio. La mitad del convoy fue noche y niebla. Así, unas hacia aquí y otras hacia allá. Las de aquí, las que todavía estábamos vivas, nos debíamos a las de allá, y así me sentía, en una deuda constante con las que no tuvieron la oportunidad de luchar y con las que no sobrevivieron a esa lucha.

Él no me animaba. Ninguno de los exdeportados intentaba animar a los demás: lo único que hacíamos era escuchar, dejar correr las lágrimas cuando lo necesitábamos y, por encima de todo, procurar distraer a aquellos a los que veíamos peor. Había gente que estaba muy mal, ya fuese por sufrir unas secuelas físicas terribles ya fuese por las psíquicas, a menudo acompañadas de unas pesadillas horribles.

Una mañana me desperté por el alboroto que se escuchaba. Como otros, fui a mirar al pasillo y vi a la enfermera y a otros trabajadores de la casa. Vi a una mujer en una camilla que se llevaban rápidamente. Desayunamos en un silencio inusual. Alguien empezaba una conversación, otro intentaba continuarla, pero la charla se nos deshacía.

Aquella noche, la compañera había intentado suicidarse con una sobredosis de ansiolíticos. La mayoría, por no decir todos, los tomábamos. Aquella era la dura realidad. Teníamos los nervios destrozados y nos manteníamos más o menos serenos de aquella manera. La sensación abrumadora de no saber cómo soportar la memoria de lo que habíamos visto y padecido, el sufrimiento que no ve el final, el dolor interno que se hace insoportable... Todos lo entendíamos. Después había que reír, organizar sesiones de canto, hacer el loco... Éramos unas personas muy angustiadas, pero a la vez muy vitales.

Se acercaba la fiesta mayor de Pau y nos dijimos que teníamos que colaborar. La primera idea fue, como de costumbre, cantar. Monté un coro, pero no tenían ni idea de cantar. Me ponía nerviosa, era exigente, y más que cantar nos reíamos, que de hecho era de lo que se trataba.

En uno de los ensayos un compañero se llevó la mano a la boca y emitió unos silbidos que resultaron alegres y originales. Después, uno de los compañeros que cantaba se sacó del bolsillo una caña que quería ser una flauta, y añadió su sonido peculiar a los silbidos, y ahí ya nos lanzamos. Los que cantaban no podían aguantarse la risa, otro de los chicos hizo como si tocara

una flauta imaginaria y alguien empezó a dar palmadas.

Entre risas, hubo quien todavía procuraba cantar, pero yo, ante la nueva escena, tracé un cambio de planes.

—¡Fuera el coro! ¡Siempre andamos con coros! Montaremos una orquesta con flautas de caña e instrumentos imaginarios. ¿Qué os parece?

El coro se puso a aplaudir, la gente se quedó más tranquila y la nueva propuesta entusiasmó a los hombres. No a todos los hombres, vaya, porque a Félix ni el canto ni la música le iban; él con sus letras... Las mujeres se rajaron todas, excepto Mercedes Núñez y yo, que decidimos cantar a dúo alguna tontería.

Al día siguiente teníamos el silbido, dos flautas, un piano, un tambor y un violín imaginarios. La música que interpretaban juntos, si se puede llamar música, daba mucha risa. Al principio parecían una olla de grillos, pero con los ensayos la cosa fue mejorando.

Les buscamos un nombre, porque no queríamos que fuese la orquesta de la casa de reposo, y de entre las diversas opciones optamos por bautizarlos como la Orquesta del Meringuillo.

—¡Una orquesta necesita un vestuario! —exclamó una mujer.

Después de darle muchas vueltas nos decidimos por los pijamas de la casa de reposo. Era lo único que podía dar armonía al conjunto, y confeccionamos unas pajarita gigantes de papel, que le daban gracia.

Al día siguiente, nada más llegar al pueblo, la gente ya se reía. Nuestro grupo ocupaba cuatro bancos enteros. Mercedes y yo cantamos a dúo una canción popular gallega muy alegre.

—El plato fuerte viene a continuación. En agradecimiento al apoyo que nos han ofrecido todos los vecinos, con todos ustedes, la Orquesta del Meringuillo —anunció Mercedes.

Los de la orquesta subieron al escenario y yo me fui detrás de todo. También quería ver la reacción del público. Empezó el del silbido y se fueron añadiendo los flautistas, el pianista bien sentado y el violinista, y así hasta que la orquesta quedó completa con el del tambor. A ratos algún instrumento paraba y los otros que tocaban hacían algunos grupos, algunos solos... Los músicos medio bailaban, la gente se reía y en conjunto ¡qué jarana se montó!

Abrazada a mis codos, noté el escalofrío de la alegría. Al acabar la gente se levantó y aplaudió de pie. Los de la orquesta hacían reverencias y algún sonido más, y también acabaron aplaudiendo. Yo los miraba bajo la noche de verano, con los focos iluminándolos, y los pijamas azul cielo y blancos con la pajarita rosa me deslumbraban.

Cuando finalmente me puse a aplaudir, loca de alegría, supe que podríamos ser felices. ¡Sí, podríamos!

11

A aquella noche fue larga. Bebimos, bailamos, cantamos, nos sentimos personas, más que supervivientes. Félix compartió la fiesta con nosotros, sin bailar, sin cantar, pero alegre. Cuando me dijo que se iba a dormir primero pensé que era muy temprano, que una noche como aquella se tenía que vivir hasta el final, pero enseguida le contesté que yo también, que estaba cansada.

Nos fuimos los dos sin despedirnos de nadie. Anduvimos en silencio, juntos. Ojalá la casa hubiese estado más lejos...

Félix me preguntó qué pensaba y yo no supe qué responderle. Nos miramos sin pararnos y me cogió la mano. «No me hace falta pensar nada, me hace falta vivir», me dije.

Con un escalofrío de placer que procedía del estremecedor contacto de su mano, seguimos

andando como si ir cogidos de la mano fuese lo más natural del mundo. En la puerta de la casa, como si fuésemos adolescentes, me dio las buenas noches y nos besamos por primera vez, un beso de nada en los labios, como una pincelada. Después entramos y cada uno se fue a su habitación.

Me sentía tan feliz que me tuve que mirar en el espejo. Quería ver el rostro de Neus mujer, el rostro de Neus a secas, sin el peso de la deportación ni de la memoria ni de nada más. Corría el año 1947, tenía treinta y dos años y muchas ganas de vivir. Creí, ilusa de mí, que aquella noche no me haría falta la pastilla para dormir, que no me importaría siquiera no dormir, pero después de oír cómo llegaba todo el mundo, después de dar vueltas en la cama con una inquietud que no era solo de felicidad, tuve que tomarme la pastilla.

Al día siguiente me levanté en un mundo de colores, con el alma más ligera y con hambre. Encontré a Félix en el comedor. Nos deseamos los buenos días, pero con lo que expresaron nuestros ojos supe que nada se había desvanecido.

Creía que tendría que esforzarme por borrar la sonrisa de mis labios. Lo notaba, no decía nada, masticaba, tragaba, y los labios me dibujaban una sonrisa.

Hasta el día siguiente no dimos un paseo solos. Fuimos andando hasta que estuvimos lejos de todo y de todo el mundo. Cuando nos detuvimos, él me miró fijamente, me metió el pelo por detrás de las orejas e hizo como si me peinase. Yo seguí su rostro con las manos, como si fuese ciega, como si lo descubriese con el tacto.

Nos besamos.

Y besamos.

Y besamos.

Después nos sentamos bajo un árbol y seguimos besándonos, como si tuviésemos que aprender.

Volvimos a casa cogidos de la mano, pero una vez estuvimos cerca, nos soltamos. Sin haberlo hablado, sin tomar ninguna decisión conjunta al respecto, decidimos no demostrar nuestro enamoramiento a los demás.

Quizá pensábamos que no era correcto mostrarnos tan felices ante el resto de compañeros.

Quizá creíamos que podía resultar doloroso, más que alentador.

Quizá lo que pasaba es que no sabíamos cómo se lleva el vestido de la felicidad.

—Tengo que contarte una cosa —me dijo en uno de nuestros paseos.

—Dime.

—Estoy casado.

—...

—Y tengo dos hijas y un hijo —añadió sin dejar de mirarme.

Yo no tenía palabras.

—Están todos en España. Yo estoy condenado a muerte y no puedo volver.

Me cambió la expresión de la cara. De repente debía afrontar una nueva realidad. No podía ser todo tan bonito. Me besó. Y yo le besé. Y con un nudo en la garganta, me aferré a aquella realidad.

Los días que quedaban para acabar la estancia de dos meses en Pau pasaron en un suspiro, con las mismas rutinas y un amor clandestino. Yo tenía que volver a mi trabajo del PSUC en Toulouse, pero recibí una carta en la cual me decían que la dirección del partido se volvía a trasladar y establecería su sede en París. Me esperaban. Félix vivía en París, así que no me lo pensé dos veces.

La despedida fue entre los demás, besos, abrazos a todo el mundo, y su dirección en mi

bolso. En cuanto yo también tuviese domicilio fijo se lo haría saber, y en todo caso siempre me podría localizar en la sede del partido.

De Pau fui a Sarlat. Tenía ganas de ver a mis padres y les tenía que contar que me iba a vivir a París. Llamé a la puerta con decisión y los abracé más contenta de lo que había estado durante mucho tiempo. Intercambié unas palabras con Avelina y me comí a besos a Rosanna.

Hasta el día siguiente no descubrí el crimen. La noche anterior había abierto la maleta, pero no había acabado de vaciarla ni deshacerla... ¡no tenía tiempo de deshacerla! Por la mañana, cuando abrí el armario para ver qué ropa tenía allí, eché en falta el traje de deportada y la caja donde guardaba mis cosas.

Bajé los escalones de dos en dos y busqué a mi madre por toda la casa. Estaba fuera, en el huerto.

—Madre, no me gusta que toque mis cosas. ¿Dónde ha guardado el traje y la caja?

—Yo no he tocado nada —respondió muy seria.

—Madre, discúlpeme, le he hablado en un tono que no era correcto, pero... ¿Y padre? Dudo que él entrase en mi habitación y tocase mi traje de deportada.

Mi madre dijo que no con la cabeza. Y entonces caí.

—¡Avelina, solo puede haber sido Avelina!

Entré en su habitación apresuradamente. Ella se quedó sorprendida y yo, al ver que estaba la niña, también.

—Rosanna, ve a ayudar a la abuela en el huerto —le dije, y esperé a que saliera—. Avelina, ¡tú no eres nadie para tocar mis cosas! ¿Qué te has creído? ¡Y no pongas esa cara!

Intentaba calmarme pero le grité que lo sacase de donde lo había guardado y que me lo devolviese en aquel mismo momento.

Me veía furiosa, pero ella se mantenía impasible.

Me veía fuera de mí, gritándole, y no se le movía ni un músculo de la cara.

—¡Sácalo de donde lo tengas ahora mismo!

—Lo quemé —dijo, serena.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Que lo quemé...

Le habría pegado.

—Lo quemé todo, la caja y el traje, y lo hice por ti. Tienes que mirar hacia adelante.

Le habría pegado. Si no hubiese salido de casa en aquel preciso momento, le habría hecho daño. Estaba ya en la calle cuando me di la vuelta y volví a entrar.

—¿Dónde? ¿Dónde lo quemaste? ¿Me oyes?

—Eso no importa.

—¡Yo decido lo que importa!

El corazón me latía con furia, necesitaba huir y quería huir hacia mis cenizas.

Estaban en un campo de los alrededores. Encontré las cenizas y la rabia me salió entre sollozos. En la caja tenía todo lo que me quedaba de Albert, la correspondencia con muchas mujeres, y mi traje... ¿Cómo podía ser que se le hubiese ocurrido quemarlo?

Un campesino se me acercó preguntándome si me podía ayudar en algo, y yo se lo conté todo. Me dijo que había visto a mi cuñada y que cuando vio que se iba, él vigiló el fuego.

Volví a casa muy alterada. Repasé mentalmente la caja. Como si estuviese sentada en el suelo y sacase los papeles, uno por uno. Cada papel, cada escrito, cada palabra de Albert, y las dos postales que yo le había enviado. Las cartas de amigas deportadas, las de Tití sobre todo, y las de gente del partido. Y entre los papeles salieron algunos recortes de prensa. En un artículo se

mencionaba el trabajo de sabotaje de nuestro comando en Holleischen. Y un artículo mío del que me sentía muy orgullosa. Bajo el título «Las campanas de Praga» —que le puse en referencia a las campanas de Basilea que se habían pronunciado por la paz antes de que estallase la Primera Guerra Mundial— escribí un artículo en el cual relataba la liberación del campo y un periódico estatal me lo publicó. Tenía la copia manuscrita que había hecho del original que envié y el recorte de periódico en la caja. Todo se había quemado.

Cuando llegué a casa mi padre también estaba, porque me imagino que mi madre le había avisado, temiendo lo peor.

—Lo que ha hecho Avelina es un crimen, y no estaré ni un día más bajo su mismo techo.

Cogí la maleta, metí cuatro cosas más, fui a besar a Rosanna sin mirar siquiera a Avelina y me despedí de mis padres diciendo que les escribiría mucho.

12

*E*n París fui a casa de Blanca. Le conté lo que me había hecho mi cuñada y, conmovida, me consoló. Ella entendía mi pérdida como solo podía entenderla otra deportada, y a eso había que añadir los escritos del marido muerto... ¡Qué dolor y qué rabia! Al día siguiente volví a coser a su lado, y antes de ir a la sede del partido quise visitar a Félix.

Llamé a su timbre y no estaba, así que me senté a esperarlo en el portal. Le vi llegar de lejos, y me encantó verlo andar por la ciudad, sin saber que alguien le observaba. Me levanté cuando lo tenía a tres metros de distancia. Creía que se quedaría asombrado. Pero al verme se acercó a mí con toda la naturalidad del mundo y me cogió las manos.

—Te estaba esperando —me dijo, y nos besamos largamente.

Subí la escalera detrás de él, cogidos de la mano, corriendo, como si llegásemos tarde. En su habitación, pequeña y con libros por todas partes, nos quedamos parados, como si no supiésemos continuar. Entonces pensé que el nuestro no sería un amor apasionado, que después de la deportación y la viudedad sería un amor de madurez, ya que los dos llegábamos demasiado cargados de historias. Pero cuando me cogió y me tiró en la cama, cuando oí mis propias risas, pensé que me podía equivocar.

Al día siguiente empecé el día a día del partido sintiéndome una mujer fuerte. Además de saberme viva, por fin me sentía viva. Yo iba con la voluntad de trabajar para los nuestros. Solo con las tareas de ayuda a los presos franquistas y a sus familias ya había un trabajo enorme. Pedíamos dinero a las tiendas para poder enviar paquetes a España, y también recogíamos ropa. Se trataba, básicamente, de pedir cosas, hacer paquetes y buscar familias en España para que apadrinasen a presos para hacerles llegar los paquetes. La gestión de todo aquello era un no parar.

Yo hacía paquetes con Angelina Descarrega, una exiliada que había conocido en la sede del PSUC de Toulouse, y cantaba muy contenta como si preparásemos una tómbola de la fiesta mayor, cuando ella me dijo que me dejase de tonterías y me dedicase a cantar, que lo hacía muy bien y que era lo que llevaba en la sangre. Yo me quedé pensativa. Quizá pudiera ser maestra de canto, o quizá... Pero Angelina se lo tomó muy en serio, y al cabo de unos días me dijo que al día siguiente fuese bien arreglada, que iríamos a hacer una visita.

—¿Arreglada? ¿Con los cuatro trapos que tengo? ¿Adónde vamos a ir?

Hasta que no estuvimos ante la puerta no me dijo que se trataba de un cazatalentos.

—¡Estás loca! —le dije, alterada.

El hombre me repasó con la mirada descaradamente de arriba abajo. Debió de pensar: «Pero ¿adónde va este vejestorio?» Se sentó, Angelina se sentó también y yo, de pie a dos metros ante ellos, tuve que ponerme a cantar. Sin el coro me sentía desnuda, pero era mi momento, así que tenía que aprovecharlo.

Canté *Les feuilles mortes*, de Cora Vaucaire. Empecé un poco cortada, pero a medida que cantaba iba ganando fuerza y desinhibiéndome. Al final le miré e hizo girar la mano, como si diese cuerda, y entendí que quería que cantase otra.

Cuando acabé el hombre aplaudió un poco, de una manera seca, y Angelina aplaudió mucho, tanto que al final le hice una mueca para que entendiese que ya era suficiente.

El hombre me dijo que sí, que me representaría, y yo me quedé muda. Encontrar un trabajo digno, y que encima fuese de cantante, me parecía imposible.

Entonces me hizo sentar a una mesa y sacó unos papeles. Tenía que rellenarlos con mis datos. Era un contrato que debía firmar conforme él me representaba. Cuando empezó a explicar los detalles económicos yo todavía estaba en las nubes. El porcentaje que él se quedaría, lo que tendría que pagar...

—¿Pagar yo?

—Este mundo funciona así. Tiene una voz magnífica y se podrá ganar bien la vida, eso no lo dudo.

—¿Pagar por adelantado? ¡Angelina, vámonos!

—Piense que recuperará el dinero en cuanto empiecen los ingresos.

—Señor mío, es que no tengo dinero, yo soy una exiliada española. ¿Sabe que salimos de casa con lo que llevábamos puesto? ¿Sabe que lo poco que llevaba puesto me lo arrebataron los nazis? Dinero no tengo, solo tengo mi voz y, por lo que parece, no puedo pagármela.

—¡Cálmate, Neus! —me dijo Angelina—. Podemos intentar reunir ese dinero. Entre las amistades y el partido, algo conseguiremos...

—¡No me da la gana! El dinero será mucho más útil para otra gente que para este señor tan bien vestido. ¡Adiós muy buenas!

Y al salir cerré la puerta bien fuerte.

13

No me disgusté. En todo caso, me enfadé conmigo misma por no ser lo suficientemente lista y no tener los pies en el suelo. Blanca no tenía bastante trabajo para las dos, y Angelina, que se sentía fatal, me encontró un trabajo para una casa de confección de París. Dejé el piso de Blanca y me fui a vivir con Angelina y a seguir el camino de la aguja, haciendo dobladillos y más dobladillos.

Además de trabajar en el PSUC reemprendí la tarea que había empezado a hacer en Toulouse para la Unió de Dones de Catalunya (UDC), coordinada por Angelina. Pere Ardiaca, uno de los responsables del PSUC en el exilio, había insistido mucho.

—Tienes que despertar en las mujeres la conciencia política y hacer que se adhieran al partido. Como deportada tienes mucha autoridad.

—Me has vencido, pero no me has convencido —le dije después de una larga discusión—, porque no tengo ganas de mujeres... A veces todavía me parece oír el mar de lamentaciones que eran nuestras noches.

En cuanto me establecí en París con Angelina pude concentrarme en la tarea para la UDC,

que al principio no me apetecía, pero para la cual me sentía plenamente capacitada. Seguía con mi colaboración con el PSUC, pero de una manera menos constante.

Cobraba un sueldo de la UDC, un sueldo justito, para ir tirando, como todo lo que teníamos. Como exdeportada solo pagaba un cuarto de billete del tren, y así empecé a viajar y a interrumpir el trabajo de la aguja. Iba por ciudades y pueblos de Francia para reunir a las mujeres, porque había muchas catalanas exiliadas. Daba charlas informales, las convencía de la importancia de unirse a nuestra causa para poder, de esa manera, ayudar mejor a los demás, además de ayudarnos nosotras mutuamente.

Le tuve que dar la razón a Pere Ardiaca. Como catalana exiliada y deportada, las mujeres me escuchaban con atención y se animaban a agruparse. Teníamos que defender nuestros derechos y los de los niños, y la paz, y la República. En su mayoría eran mujeres populares, muy listas y muy activas, mujeres alegres dispuestas a arremangarse por la lucha contra el franquismo, por ayudar a los españoles que malvivían en el exilio y los que estaban en prisión en España. Yo disfrutaba muchísimo y descubría que se podía ser feliz en el exilio.

También coordinaba el boletín de la UDC, y coordinarlo quería decir dedicarle horas y más horas. Escribía algunos artículos, encargaba otros, pedía dinero para poder hacer frente a la edición y asistía a las reuniones de París y de fuera.

Mi vida se convirtió en un ir y venir constante, y llegó un día en que fui a casa de Félix enfurruñada, cuando siempre iba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Estoy harta de amar en la clandestinidad, entiendo que estás casado y tienes tres hijos y que en España no puedes divorciarte, pero tienes que tomar una decisión —le dije sin respirar—. No estoy dispuesta a construir mi vida con encuentros furtivos, considero que ya no tengo edad para eso. Podemos continuar juntos, pero juntos de verdad, o dejarlo.

No me interrumpió en ningún momento. De camino hacia su casa había pensado en cómo podía ir la conversación. Quizá le convenciese diciéndole que su mujer no le hacía caso, que si él no podía volver a España porque estaba condenado a muerte, su familia podría haberse reunido con él en Francia y luchar día a día como hacían tantas otras familias, pero cuando estuve delante de él, no sentí la necesidad de expresarle nada de todo aquello. O me quería o no me quería.

Esbozó una sonrisa irónica.

—Tendremos que buscar un piso —dijo, y me sentí muy feliz.

Empezamos nuestra vida juntos en una sencilla habitación de hotel, un pequeño y destartado nido que me parecía una maravilla. Yo continuaba mi vida de constantes idas y venidas, más las idas y venidas de Félix, que trabajaba para el PCE y, además de lo que no me contaba, buscaba militantes. Pero teníamos un punto de encuentro, el hecho de estar en la habitación y oír las llaves en la cerradura, o abrir la puerta y encontrar a tu pareja en casa. Cansados como burros luchábamos felices contra la España de Franco. ¡Salud y República, salud y República!

La causa se iba haciendo grande, y a los viajes por Francia tuve que sumarle viajes por Europa como delegada de nuestra unión de mujeres. Volví muy impresionada de Rumanía y escribí un reportaje que se publicó en el boletín de la Unión de Mujeres Antifascistas Españolas (UMAE), con quien compartíamos sede en París.

En Rumanía me pareció que vivían como esclavos, y de ahí el deseo de escribir el artículo. Una de las cosas que más me impresionó fue ver mujeres descalzas andando por Bucarest. Resulta que el gobierno las obligaba a comprar zapatos, pero muchas mujeres andaban descalzas, con los zapatos en la mano.

El artículo cautivó a Irene Falcón, que dirigía el boletín de la UMAE y era secretaria de

Dolores Ibárruri, entonces dirigente del PCE. Me vino a ver y me dijo que le había gustado mucho aquel artículo y que me quería pasar a mí la dirección del boletín. Pere Ardiaca, que también estaba, dijo que yo era la persona adecuada para dirigirlo.

Más que ilusión aquello me causó respeto, y les pedí dos días para pensármelo.

14

A aquella tarde hacía sol. Después de pasar tanto frío, salir de casa una tarde cualquiera, con el bolso en la mano, unos zapatos cómodos y la libertad de ir adonde quisiera era un pequeño triunfo, uno de los triunfos diarios que tanto valoraba. Andaba despacio, notaba el calor de la tarde y me paraba y levantaba el rostro y dejaba que el sol me acariciase.

Les dije que aceptaba el cargo con tres condiciones. Una: que el periódico de las mujeres no fuese el segundo periódico del partido, sino un periódico autónomo. Dos: que al nombre del periódico, *Mujeres Antifascistas Españolas*, se añadiese *Unió de Dones de Catalunya*. Y tres: confeccionaría un programa y tendríamos un equipo, sería un trabajo compartido.

Irene aceptó al instante. Un chico del partido era quien maquetaba, y como colaboradores habituales estaban un pintor y un escultor; el resto eran colaboradores externos. Me puse manos a la obra con más ilusión que cuando enhebraba para coser, y seguía cosiendo...

El periódico salía cada semana. ¡Cada semana! Había alguna semana que el dinero no era suficiente, y el impresor a veces nos lo hacía gratis. A las doce páginas que tenía añadimos cuatro en catalán. Mercedes Núñez a menudo nos escribía el editorial, unos artículos tales que se habría dicho que llevaba toda la vida escribiendo. Los míos acostumbraban a hablar de Franco, de lo que hacía en España, meros artículos informativos. Me encontré encargando reportajes, escribiendo, buscando publicidad, llamando a mujeres conocidas y a mujeres de las cuales solo tenía referencias. Era un montón de trabajo, pero gratificante.

Desde el principio tuve muy claro que el periódico se tenía que abrir a los nuevos tiempos, y que además de la situación política de España las mujeres teníamos un día a día con otras muchas preocupaciones e inquietudes, así que decidimos añadir unas páginas con un tono más distendido: con recetas de cocina, canciones populares, cuentos, patrones para cortar ropa, fotos de los hijos de las lectoras con los trajes típicos regionales...

Al cabo de un tiempo, Félix y yo decidimos irnos a vivir a una típica buhardilla de criada. Fue muy emocionante entrar en un piso, aunque fuese de alquiler, que sería nuestro hogar. El hotel siempre me había dado sensación de provisionalidad. Vivíamos en la calle de la République de Saint Mandé. El piso eran dos *chambres de bonne*. En una estaban la cocina y el comedor juntos, y en otra nuestra habitación. De una estancia a la otra había un pasillo, pero como estábamos en el último piso, no había movimiento de los demás inquilinos y era como si aquel trocito de pasillo fuese nuestro.

Compré tela para unas cortinas y por una vez cosí a gusto. Las hice durante dos días que Félix estuvo fuera. A menudo se iba sin darme más detalles. Yo lo tenía todo limpio y arreglado, pero ya no podía poner nunca un ramo de flores sobre la mesa. Me había vuelto cosmopolita, pero el campo lo llevaba en las venas. Era septiembre y pensaba en la vendimia, en mi gente, en el pueblo... Hacía once años que no pisaba Els Guiamets, y los iba contando, y me daba una pena y una rabia...

Miraba la ventana y las cortinas y me estaba poniendo sentimental cuando me levanté a buscar una caja de zapatos donde guardábamos las fotografías. Enseguida salió mi foto de

deportada. Avelina no la había quemado porque no estaba dentro de la caja. Era lo único que se había salvado, y a veces me volcaba en ella.

Cuando oí las llaves en la cerradura guardé la foto en la caja y corrí a recibir a Félix. Le abracé muy fuerte.

—¡Qué recibimiento! Parece que supieras cómo necesitaba este abrazo —exclamó.

—Lo necesitaba yo. Llega la época de la vendimia y estoy metida en lo alto de un edificio.

—Neus...

—Félix... Tienes mala cara.

—Es que traigo muy malas noticias.

—Me estás asustando. ¿Qué ha pasado?

Nos fuimos al comedor, nos sentamos cada uno en una silla y apartamos el tapete, como si necesitásemos espacio para hablar.

—Han ilegalizado el partido.

—¿Cómo que han ilegalizado el partido?

—Pues eso. Que ahora aquí el PCE también es ilegal.

—¡Qué desgraciados! ¿Cómo es posible? Pero ¿quién lo ha ilegalizado?

—El gobierno francés. El ministro del Interior. Y ha ordenado la detención de los dirigentes.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Cómo pueden permitir que Franco les domine de esta manera? Si los europeos se moviesen por los españoles...

Aquí ya me había levantado y andaba por la sala, nerviosa.

—Por lo que parece los nazis han dejado de ser los malos y ahora lo somos los comunistas —explicó Félix.

—¿Y qué te parece que tenemos que hacer?

—¡Continuar con nuestra lucha, más aún! —dijo él con un tono de entusiasmo forzado.

—Volver a la clandestinidad... ¡Vaya mierda! —sentenció.

Deportaron a algunos dirigentes, se acabó el periódico de la UMAE y la UDC, nos quedamos sin sede donde reunirnos y volvimos a ir a escondidas con el miedo en el cuerpo. Todo eso triplicó nuestro trabajo, porque continuábamos enviando paquetes, pasando documentación y editando propaganda. Félix se ausentaba más de casa. No me decía adónde iba, a menudo me decía que al extranjero, y tanto él como yo sabíamos de sobras que cuanto menos supiese yo, mejor.

Así pasamos más de un año, y entonces me sentí enfermar. Me encontraba mal, me levantaba cansada y no me recuperaba en todo el día. El dolor de riñones me resultaba insoportable. Tenía sueño a todas horas y, en el momento de ir a dormir, seguía necesitando la pastilla.

Félix insistía en que fuese a ver al médico, pero yo no quería. Sabía cuáles eran las secuelas que arrastraba, así que no hacía falta que nadie perdiese el tiempo. Entonces me dijo que quizá tuviese un poco de depresión, y que eso podía acentuar el dolor... y fui al médico para que no me diera más la lata.

Ya me conocía, así que no tuve que repetirle todo mi historial. Le expliqué que los riñones me estaban matando, que me sentía muy cansada y que quizá las pastillas para dormir ya no me hicieran falta porque me dormía todo el día, aunque cuando llegaba la noche...

Sonrió.

—¿Se puede saber qué es lo que le hace gracia? —le pregunté, molesta por su actitud.

—Nada, mujer, no se enfade.

—Si no me enfado —le dije entonces, con tono paciente—. Yo no quería venir...

—¿Cuánto hace que tuvo la última menstruación?

—¡La menstruación me la quitaron los nazis! —le contesté, enojada—. Hace un par o tres de meses tuve unas pérdidas, pero no le di ninguna importancia. Pensé que quizá me volvería, pero no ha vuelto —añadí, más calmada.

—Sí, señora, ha vuelto.

—Me vino una sola vez y desapareció.

—Le vino una sola vez y usted se quedó embarazada.

—¿Está loco?

—Ahora me permite que sonría, ¿no?

—¡Pero eso no puede ser! —le contesté, atónita.

—El diagnóstico es un embarazo de unos dos meses. Recuerde exactamente la fecha de la menstruación y haremos cuentas.

—¡Usted está loco de remate!

QUINTA PARTE

Ante la barbarie nazi, organizada para degradar
la condición humana, la lucha de los deportados
por resistir y mantenerse fieles a sus ideales
se convierte para nosotros, nacidos bajo el franquismo,
en extraordinariamente fecunda y esperanzadora.

MONTSERRAT ROIG , Prólogo a
Los catalanes en los campos nazis

1

S alí de la consulta del médico flotando. Cerré la puerta de abajo y me quedé observando a la gente que pasaba por la calle, los jóvenes y los viejos, y las mujeres, sobre todo las mujeres. Las miraba y pensaba: «Soy una mujer como tú y como tú. Como tú, que quizá tienes unos hijos que te esperan en casa; como tú, que quizás además de madre seas abuela».

Me quedé allí parada sin pretenderlo, sin saber qué esperaba, hasta que pasó una niña cogida de la mano de su madre y las seguí.

Iba andando detrás de ellas y miraba sus manos cogidas, el bailoteo de las coletas de la niña, el paso apresurado de la madre... Me sentía inmensamente feliz. Me habría descalzado y habría caminado detrás de ellas como aquellas mujeres de Bucarest que no sabían llevar zapatos, y cuando se cansaban se los quitaban y los llevaban en la mano, pero me contuve.

Ni en sueños había pensado que pudiera ser madre. Llevaba la muerte dentro, sabía que ser una superviviente era un privilegio y nunca había llorado porque me hubiesen robado el derecho a ser madre. No podía quejarme porque estaba viva, y porque se lo debía a las muertas.

Pero ahora era algo más que una superviviente.

Superviviente... cómo pesa ese nombre.

Era una mujer que iba a tener un hijo.

Era una mujer que acababa de ganarles una batalla a los nazis.

Con todo lo que había pasado, mi vida se dividía en dos partes: la de antes de los campos y la de después. Pero el embarazo me abría nuevas puertas. Antes de ser madre y después. Me pareció oír una vocecita que decía «mamá, mamá» y, al darme cuenta de que era la niña que llamaba a su madre, dejé de seguirlas y me dirigí hacia mi casa.

Junto al piso me paré a ver cuánto dinero llevaba en el monedero para comprar una barra de pan y una botella de vino en la bodega.

El pan y el vino.

Y una mujer que anda por una gran ciudad.

Y el *clicclac* de unos tacones, de mis tacones.

Los tacones de una mujer que finalmente se siente más bella que vieja.

El *clicclac* de una mujer feliz camino de su casa.

Feliz por encima del exilio.

De la deportación.

De la muerte en los campos.

Feliz, antes que superviviente.

¡Ay, Félix!

¡Ay, mis padres!

Paré a comprar una postal para mis padres.

No me harían falta ni siquiera las veinticinco palabras que nos permitían los cabrones de los nazis.

Félix todavía no había llegado a casa.

Preparé dos bocadillos de pan con tomate, aceite, sal y queso. Tenía la necesidad de decírselo fuera de casa, de salir como cuando vivía en el pueblo, y cada dos por tres salíamos a comer al campo. Cogí la cesta y puse un mantel, dos servilletas, dos vasos, los bocadillos, el vino y un poco de fruta que tenía. Le esperé sentada, mirando cómo se iba oscureciendo el cielo. Cuando llegó hice todo lo posible por disimular mi alegría.

—Neus, ¿cómo te encuentras?

—Bien, bien.

—¿Qué haces aquí a oscuras? ¿Y la cesta? —me preguntó, sorprendido.

—Vamos a cenar fuera.

—¡Ah! Está bien.

—¿Tienes que hacer algo, o podemos salir ya? —le pregunté, impaciente.

—¡Vámonos! Estoy muerto de hambre...

Íbamos andando hacia el parque Bois de Vincennes cuando me preguntó si celebrábamos algo.

—Finalmente te he hecho caso y he ido al médico.

—¿Y qué te ha dicho?

—Pues que no estoy enferma.

—¿Y te ha recetado algún calmante para el dolor de riñones?

—Nada. Estoy bien, y quiero que lo celebremos.

—La verdad es que tienes mucho mejor aspecto hoy que en los últimos dos meses.

Dos meses...

Junto al lago de Saint Mandé le dije que aquel era un buen sitio. Cogí el mantel y le di dos puntas a Félix. Entre los dos lo extendimos en el suelo. Vi que formaba una nube, y que esa nube se deshacía al tocar el suelo. Después me descalcé y fui andando en torno al mantel ya colocado. Félix sacó los bocadillos, las servilletas, los vasos y sirvió el vino.

—¿Qué haces que no paras de dar vueltas?

—¡Estar viva!

Me senté y me eché a reír como si me hubiese vuelto loca. Me reía de alegría y de nervios, y Félix se reía también, sin saber aún de qué.

—El médico dice que esperamos una criatura.

—¿Pero qué dices?

—Lo que oyes.

—¡Pero si no es posible!

—Un imposible que se ha hecho realidad —le dije, sin poder contener la emoción.

—¡La hostia, esto es la hostia!

—Embarazada, Félix; yo embarazada... ¡Menos mal que te he hecho caso y he ido al médico!

De rodillas en el suelo nos abrazamos muy fuerte. Primero cerré los ojos y luego los abrí. Estábamos bajo una fina capa de un cielo lleno de estrellas.

Tenía treinta y siete años y sentía como si hubiese recuperado el aliento de la juventud. Se me pasaron todos los males, y el dolor de riñones me parecía una bendición. Continué cosiendo y trabajando para el partido, pero con una alegría imposible de disimular.

Paseaba mi embarazo por la ciudad sintiéndome como si fuera la reina del mundo. Me sentía llena, única, importante. Empecé a coser piezas diminutas, y cuidaba aquella ropa como no lo había hecho nunca.

Las tres últimas noches fueron malas. No sabía cómo ponerme y estaba nerviosa, aunque me decía que no tenía por qué estarlo. Después de haber pasado aquel miedo tan terrible, los nervios del parto me hacían unas cosquillas que me reconfortaban.

—¡Félix, Félix, despierta!—le dije, acariciándole el brazo.

—¿Ya es la hora? ¿Has roto aguas?

—No he roto aguas, pero ya han empezado las contracciones.

—¿Te ayudo a vestirte? ¿Dónde está la bolsa? —me preguntó, nervioso.

—Tranquilo, aún es pronto. He de contar cada cuánto las tengo.

—Tranquilo no. ¡Hoy no me digas que esté tranquilo!

En la clínica, cuando vieron mi historial me recomendaron el parto sin dolor. El doctor Vellay era uno de los precursores, y respondí que sí. Cuando se me llevaron Félix me cogió las manos y me dijo que todo iría bien con cara de espanto. Yo asentí con la cabeza, porque los dolores me desconcentraban.

En la sala de partos, cuando ya no tenía dolores, con todas aquellas atenciones, con una enfermera y una comadrona encantadoras, me eché a llorar desconsolada. Ellas me decían que me tranquilizase, que todo iba bien, que respirase hondo, y yo no les podía contar que ya estaba tranquila, pero que pensaba en las mujeres que tuvieron que parir en el campo, en las deportadas que tuvieron que hacer de enfermeras, en las hijas de puta de las SS y los cabrones de los médicos, que no sabían lo que era la piedad. Pensaba en aquellos pobres e inocentes recién nacidos y en sus mortificadas madres. No quería pensar en todo aquello pero las veía, las veía con la mirada enloquecida de dolor, esperando, prácticamente todas, la muerte lenta del posparto.

Cuando salió... cuando me entregaron a la criatura... no veía de lo empañados que tenía los ojos. Una de las enfermeras me secó las lágrimas y en ese gesto reconocí la bondad del mundo y la ilusión por mi profesión. Era una niña, una niña menuda, una personita que había salido de mi vientre y dejaba atrás los campos de la muerte, una personita que ganaba la batalla de la vida. Cada parto es un milagro, pero yo sentía que el mío era el mayor de los milagros.

Decidimos ponerle Margarita. La gran amistad que me unía a la camarada Margarita Abril, su empuje y su generosidad, su ejemplo, me llevaron a aquella decisión. Quería también que fuese madrina de la niña. A Félix le pareció bien. No la bautizaríamos, porque no creíamos en la Iglesia, pero como creíamos en las personas sí que tendría una madrina, Margarita, y Félix dijo que, ya puestos, también debía tener un padrino, Josep Serradell, a quien llamábamos Román, el marido de Margarita y responsable de la organización del PSUC en el exilio.

Los primeros días solo me ocupaba de la pequeña. La tenía en un capcito y mientras dormía yo me sentaba a su lado y la contemplaba. Si trajinaba por casa, enseguida me acercaba. Cuando la tenía en brazos, con el dedo la acariciaba toda, de arriba abajo, seguía su rostro, sus piernas, sus bracitos... hasta que ella me cogía el dedo y yo me quedaba atrapada en su calor.

No sé cuántos días tenía cuando reemprendí mi trabajo, el de la aguja y el del partido. Me la

llevaba a todas partes, a comprar, a las reuniones, a hacer paquetes... Como dominaba el francés, a menudo también me requerían como intérprete de refugiados españoles, y como siempre era un no parar.

El segundo embarazo me sorprendió tanto como el primero. Ya sabía que podía ser madre, pero no creía en los milagros, así que después del primero no esperaba el segundo.

El segundo embarazo lo paseé por toda la ciudad con la inmensa alegría del primero, y con el mismo sentimiento de plenitud y grandeza, pero con algo añadido: una niñita con dos coletas que ahora era yo quien llevaba cogida de la mano.

Ludi nació en octubre de 1955. Los primeros días hice lo mismo que con Margarita: ocuparme de él y solo de él. Pero después reemprendí mis ocupaciones e iba con los dos de aquí para allá. Una mujer con dos niños pequeños no puede despertar muchas sospechas.

Félix y yo solo podíamos hablar con tranquilidad por las noches, cuando teníamos a los niños durmiendo en nuestra habitación y nosotros disfrutábamos de la sobremesa en el comedor.

—Pareces cansada, Neus.

—Estoy agotada, no sé cómo nos vamos a arreglar. Es difícil coser y atenderlos a ellos a la vez. Es cansado llevarlos a todas partes cuando trabajo para el partido a escondidas...

—Quizás haya llegado el momento de replantearnos nuestras vidas.

—Hace días que lo pienso. No puedo dejar de coser y tampoco puedo dejar el partido. ¡Somos todos tan necesarios! —exclamé, intentando animarme.

—Pero tampoco les podemos dar a los niños esta infancia. Ludi todavía no se da cuenta, pero Margarita se está haciendo mayor.

—Margarita merece una estabilidad que yo no puedo ofrecerle ahora mismo —dije con un hilo de voz.

—...

—He pensado que podría dejarla una temporada en Barcelona, en casa de mi hermano.

—¿Con tu hermano y Avelina? —preguntó él, sorprendido.

—Con ellos dos y Rosanna. También estaría bien que viviese una temporada en nuestra tierra, que supiera de dónde venimos... —añadí, indecisa.

—No sé qué decirte.

Pasó un tiempo durante el cual no volvimos a mencionar el tema, pero un día llegué por la noche destrozada, —un día en el que Ludi había llorado bastante y arrastraba a Margarita, que estaba cansada, de aquí para allá, repitiendo que quería irse a casa— aquel día dije que ya era suficiente, que de aquella manera no podíamos seguir.

Margarita tenía cuatro años y Ludi uno cuando tomé la decisión de dejarla en casa de mi hermano. Expliqué a los camaradas que me resultaba imposible continuar trabajando con dos niños, y que iba a Barcelona a dejar allí a mi hija una temporada. No sé qué esperaba que me dijiesen... lo que no esperaba era que me propusiesen hacer de enlace con el PSUC de España.

El viaje hasta Catalunya, ¡aquel viaje tan anhelado!, resultó pesado. Tomé la maleta con toda la ropa que tenía de Margarita, ropa y pañales para Ludi, y solo una muda para mí. Cogí un pañuelo, hice un hato y me lo anudé al cuello, de modo que cuando Ludi quería que lo cogiera en brazos podía meterlo dentro. Margarita me ayudaba a cargar un cesto donde llevaba la comida para el viaje.

Durante aquellas largas horas de tren me decía que estaba haciendo lo más adecuado, que no podía echarme atrás, que mi dolor no se podía comparar al dolor terrible e insoportable de tantas mujeres en el campo, y que tenía que continuar con mi lucha, que no podía ser egoísta, que si algo había aprendido en el campo era la virtud de la tolerancia y la generosidad. Y ahora me

tocaba a mí ser generosa, no podía pensar en mí, tenía que luchar, y acariciaba el pelo a Margarita, que tenía dormida a mi lado. No permitía que se me escapase ni una sola lágrima.

Me registraron en Portbou. Sabía por dónde había que pasar. En la aduana había un colaborador del partido que nos conocía, y me mantuve serena. Después del campo, las tensiones eran tan relativas para mí que solo me consumían un poco por dentro, pero por fuera las tenía perfectamente a raya.

No dije en qué tren llegaba a Barcelona porque no quería que viniesen a esperarme. Bajamos en la estación de Francia y fuimos andando hasta el bar que me habían indicado. Allí, con la ayuda de Margarita, le cambié los pañales a Ludi. Al salir pregunté dónde podía echar el pañal sucio, y la chica del bar me contestó con la consigna: «Servidora se lo recoge». Le di el pañal con el microfilm y desaparecí.

Al salir me paré a ver la ciudad, a sentirla. Barcelona, después de diecisiete años, me pareció gris.

3

No hablamos de cuánto tiempo íbamos a dejarla. Sabía que si tenía que hacer algún viaje, una cosa era colocar a un niño en casa de alguna amiga, y otra muy distinta colocar a dos.

Lo que sentía los primeros días en casa, sin sus pasitos pasillo arriba, pasillo abajo, sin la cháchara alegre de mi pequeña de cuatro años... lo que sentía era como un agujero justo en medio del cuerpo. No se lo contaba a Félix. Supongo que pensando cada uno en el otro, intentábamos hacer menos traumático el drama que vivíamos.

En el partido aprovecharon mi nueva situación para que hiciese de enlace con España. Tenía la doble nacionalidad porque me había casado con Albert, y eso me permitía viajar sin problemas. Así que me encontré con más trabajo para el partido y con la posibilidad de viajar más a menudo a Barcelona, y a Madrid, y a Zaragoza... Ir a Barcelona quería decir poder ver a Margarita y sufrir, o porque quería volverse conmigo o porque no me hacía demasiado caso.

A los microfilms —que cuando no llevaba a Ludi guardaba dentro del tubo de pasta de dientes— añadieron paquetes, a menudo con propaganda, otras veces con documentación. Yo prefería no saberlo. Lo que hacía era hospedarme en algún hotel, ni muy sencillo ni demasiado caro. Una vez instalada cogía un taxi, me dirigía hacia el enlace, entregaba el paquete y volvía. Era muy importante ser puntual: si el enlace tardaba más de cinco minutos me iba y tenía que probar al día siguiente a la misma hora.



Avelina y yo manteníamos una relación cordial pero fría. Había visto a Margarita y la había encontrado mustia, no me había quedado ni a comer y ya volvía a coger otro tren. Aquella vez en Madrid no me instalé en ningún hotel porque volvería a irme el mismo día. Cogí un taxi y pedí al taxista que diese vueltas un rato.

—Su acento es catalán, ¿verdad?

—Sí señor, soy catalana.

—¿Conoce Madrid?

—Un poco —contesté con desgana. En todo el viaje con la camarada María González (que como yo, hacía de enlace) compartiendo vagón una noche entera no nos hablamos siquiera, y ahora aquel puñetero taxista tenía ganas de conversación...

—Mire, el palacio de Oriente. De pequeño vivía en una buhardilla aquí cerca, y mirábamos

cuando cambiaba la guardia. Se me quedaron grabadas las palabras de mi padre, que repetía hasta la saciedad: «Mirad, hijos, cuántos gastos, y nosotros con esta miseria».

Yo no dije nada hasta que se hizo la hora y le di la dirección exacta.

—Usted no se ha fiado de mí, y ha hecho bien. No se fíe de los taxistas, porque son todos unos franquistas.

—¿Cuánto le debo?

—Nada, señora; paga la casa.

Me quedé tan sorprendida que no tuve tiempo ni de darle las gracias. Me quedó bien claro que lo que hacía era peligroso.

En el siguiente viaje fui por segunda vez a Zaragoza y le pedí al partido que no me enviasen más. Había demasiados militares, me ponía nerviosa y, en contra de lo que creía, pensaba que quizá yo misma me delataría. En Barcelona las cosas tampoco eran fáciles.

El enlace estaba junto a la plaza Universitat, en una horchatería, un día que había represión en las calles. Pedí la dirección de su hijo al propietario del establecimiento.

—¡Me cago en Dios! ¡Solo falta que se meta en política! —gritó.

Yo me quedé blanca, pero la chica que estaba en la barra salió y me indicó con la cabeza que la siguiera. Una vez lejos de la horchatería, me dijo que ella era la hermana, que su padre no debía saber nada. La acompañé a su casa, donde el chico me dio la cita: al día siguiente en el metro de la plaza de Catalunya, y la consigna.

Apareció allí un chavalín que debía de tener dieciséis o diecisiete años, dijo la consigna, le entregué el paquete y cometí la imprudencia de seguirlo porque quería asegurarme de que no le cogían.

De vuelta a Francia me sentía cansada, muy cansada. Recogí a Ludi con la certeza de que quizá trabajaba bien para el partido y que mi función seguramente era importante, pero que mi vida estaba descontrolada.

—Te veo mal —me dijo Félix.

—No sé cuánto tiempo podré seguir así.

—El tiempo que quieras, nadie te obliga a nada.

—No, no es eso... yo puedo continuar mucho más... pero es que Margarita no está bien.

—¿Ha llorado mucho cuando te has ido?

—No ha llorado nada, pero tiene ojos de niña triste, y no es justo que tenga una infancia triste. Además ha tenido algún problema en la piel, tiene una especie de irritación que no se le acaba de curar.

—Neus, aparte de trabajar para el partido, hemos de plantearnos la infancia de nuestros hijos.

—En septiembre debería empezar el colegio... La idea de tenerla en una escuela franquista me revuelve el estómago. No es eso lo que deseo para ella. Tiene que recibir una buena educación.

—Neus, si a mí no me tienes que convencer... Ha llegado el momento de preocuparnos por ellos. En el próximo enlace te la traes. Yo no te digo nada para no hacerlo más complicado, pero yo no la he vuelto a ver... y eso me consume por dentro.

No dije nada más. Miré el montón de cartas que tenía para mí y puse la de Tití encima de todas. En la habitación, antes de deshacer la maleta, la leí. El próximo viaje me traería a Margarita de vuelta a casa y pasaríamos a ver a Tití, mi hija Tití.

Cuando le dije que volvía a casa no saltó de alegría. No es que lo esperase, pero me hacía sufrir mucho todo lo que, en nombre de mi causa, podía pasar por la cabecita de una niña de seis años.

Mientras se despedía, recordé aquella vez que, de muy pequeña, la había dejado una semana en Sarlat con mis padres. Cuando se vio subida en el tren y con mi padre abajo empezó a llorar y a gritar: «¡Abuelo, abuelo!» Tuve que cogerla fuerte porque se me escapaba. Esta vez dio besos como si fuera una chica mayor, y no lloró hasta que hubo subido al tren. Cuando cayó rendida y se durmió, yo la acaricié y le pedí perdón con cada caricia.

En la estación de Limoges nos esperaba Tití. Verla siempre me iba bien. No es que nos viésemos muy a menudo, pero como nos llevábamos muy dentro la una a la otra, cada encuentro era entrañable. Pero estar con ella me devolvía al campo, a la muerte, a nuestra promesa...

Cuando llegué a París no fui enseguida a buscar al niño, que estaba en casa de una amiga, sino que nos fuimos directas a nuestra casa. Abrí la puerta e hice pasar primero a Margarita. No se oía nada, la casa estaba casi a oscuras, pero la chaqueta de Félix estaba en el colgador.

Cuando oímos el ruido de la silla, Margarita echó a correr. Yo vi la silueta de Félix en la penumbra, y cómo se agachaba y abría los brazos. Quise dejarlos a solas. Margarita, como yo, adoraba a su papá.

Y

Félix encontró trabajo en la empresa de aviación HispanoSuiza, en Bois-Colombes, y dejó de ser profesional del PCE. Se suponía que aquello era una buena noticia, que teníamos que estar contentos, y hacíamos lo posible por estarlo. En 1960, cuando la empresa ofreció pisos a los obreros, aceptamos irnos sin pesar alguno y nos instalamos en el norte de París, en Sarcelles.

Lo que me habría gustado era una casa, aunque fuese pequeña, pero que tuviese una planta baja con salida a la calle, para que los niños pudiesen hacer una vida más de pueblo, pero no podía pensar en lo que me hubiese o no me hubiese gustado. Félix tenía el trabajo de responsable de la bodega del restaurante para los obreros de la empresa. Un trabajo no cualificado para una persona cualificada como él, un pobre trabajo para unos pobres exiliados... Me daba mucha rabia que tuviese que ganarse la vida así, pero se suponía que debía estar contenta... Sin embargo, continuaba leyendo muchísimo, y la lectura le llenaba por encima de las botellas que iba cargando de un lado a otro para traer un sueldo a casa.

Yo quizás hubiera podido encontrar trabajo cosiendo, pero pensé que no, que no tenía ganas, que quería dedicarme a los niños y que con el sueldo de Félix ya iríamos tirando. Desde luego, ninguno de los dos dejamos de trabajar para el PSUC y el PCE. Los comunistas franceses nos daban su apoyo. Nosotros nos hicimos muy amigos de Jeanne y Georges Delaux. Ellos nos ayudaron mucho y a menudo nos alojamos en su casa.

—Niños, ha llegado papá —exclamé al oír la puerta.

—Neus, vengo con Pierre e Isabel, su mujer —dijo Félix mientras entraban.

—Hola, encantada —les dije dándoles la mano—. Pierre, Félix me había hablado mucho de ti. Pero pasad, pasad... Isabel, tú eres española, ¿verdad?

—Sí, exiliada, como vosotros.

—Neus, hoy he hablado con Pierre y después de lo que me ha contado hemos pasado a buscar a Isabel. Quería que ella misma te lo contase mejor —dijo Félix.

—¿Qué es lo que me tienes que contar?

—Yo también estuve en la Resistencia.

—Pero sentaos, sentaos, que prepararé café. Y no me lo digas: también hacías de enlace.

—Exacto.

—Ah, no me canso de repetirlo: las mujeres fuimos fundamentales en la Resistencia, lo digo yo y lo dice De Gaulle, aunque no se nos haya reconocido —expliqué, como hacía siempre, reivindicando nuestro trabajo.

—Lo que vengo a decirte es que yo cobro una pensión del gobierno francés por mi colaboración con la Resistencia.

—¿Qué me dices?

—Pues eso, que el Estado reconoció nuestro papel y que cobro una pensión.

—¡Joder! ¿Y cómo es posible que yo no me haya enterado? ¿Y por qué no me ha dicho nada nunca ningún resistente? —me pregunté, furiosa—. ¡Hay cosas que no me caben en la cabeza!

A partir de entonces empezó mi batalla para demostrar que había sido resistente y reclamé la pensión. Tardaron tres años en concedérmela, pero me pagaron cada mes de los tres años de batalla.

—Félix, no habíamos visto nunca tanto dinero junto en nuestra libreta... ¿Qué te parece si compramos algún mueble?

—Estaría bien.

—También había pensado en comprar un televisor y un sofá.

—¿Para qué necesitamos un televisor? —preguntó, sorprendido.

—Pues para pasar el rato, como el resto de la gente.

—¿Para pasar el rato? ¿Tenemos que pasar el rato así?

—En la televisión ponen dibujos animados, y a los niños les gustaría.

—Los niños que lean.

—Félix...

5

*E*n casa yo hablaba a los niños de mi tierra, de Catalunya, de la Guerra Civil, de lo que quería decir la República, de por qué tanto sus abuelos como nosotros vivíamos en el exilio, y qué quería decir «exilio». De la Segunda Gran Guerra también les hablaba, de una guerra entre muchos países. Les decía que yo había luchado con la Resistencia y que había estado en la cárcel y después, durante quince meses, en un campo de concentración de los nazis, unos alemanes muy, muy malos que construyeron unas prisiones grandes donde mataban a la gente, pero a otros los querían para trabajar, como a mí.

Margarita debía de tener once años y Ludi ocho cuando una noche cualquiera, después de cenar, nos sentamos a ver la tele. Félix se sentó en la butaca y yo en el sofá, con un hijo a cada lado. Cuando se acabó el programa que estábamos viendo ellos dijeron: «¡Un poco más, mamá, un poco más!». Yo me levanté y dije que ya era hora de irse a dormir, y que mañana sería otro día. Pero entonces, cuando ya me había levantado para apagar la tele, vi que empezaba el documental *Nuit et brouillard* (*Noche y niebla*), de Alain Resnais.

Había oído hablar de él, pero no lo había visto. Me senté en el sofá como si me hubiesen abatido, me abracé al cojín y me quedé mirando a Félix, que consintió con la mirada. Expliqué a mis hijos que íbamos a ver un reportaje muy duro sobre lo que habían hecho aquellos nazis malos de los cuales ya les había hablado.

Solo la música y los créditos iniciales ya me estremecieron... Después el cielo claro, un prado... y la cámara que retrocedía, ampliaba la visión y mostraba las alambradas... La cámara enseñaba lo que había fuera del campo, pero estaba dentro. Y nombraban los campos, y cuando

dijeron «Bergen» sentí un pinchazo en el corazón, y a continuación mencionaron «Ravensbrück» y un pinchazo se unió al siguiente. Me pareció que no estaba preparada para ver el documental, y sentí, sin verla, la mirada atenta de Félix clavada en mí.

Vimos el reportaje, y yo acabé con el corazón en un puño. A medida que avanzaba me decía que me había equivocado, que los niños eran demasiado pequeños para descubrir todo aquel horror, un horror difícil de ver incluso para los adultos.

Dos mil españoles muertos para la construcción de la escalera de la cantera de Mauthausen.

Morir con los ojos abiertos.

Cabello humano para hacer tejidos.

Huesos para abonos.

Cuerpos para jabón.

Piel... y dibujos.

Entre tanto horror, solo una pizca de luz: una receta de cangrejo a la vasca.

Cadáveres y más cadáveres.

Tenía que taparles los ojos.

Cabezas en un barreño.

Más cadáveres.

Mis manos temblorosas sobre sus ojos, y mi corazón estrujado, encogido, dolorido.

¿La vida cotidiana los aceptará?

Nueve millones de muertos.

Clavada en el sofá, con las emociones removidas, sabía que la muerte que llevaba dentro había surgido y la tenía a flor de piel. Sentía que si me tocaban me fundiría. Aun teniendo presente la experiencia del campo, me parecía increíble que yo hubiese pasado por todo lo que acababa de ver; me parecía que no podía ser.

—Félix, si hubiese sabido que...

—Mamá, ¿por eso gritas por las noches? —preguntó Ludi.

Me quedé de piedra. Miré a Félix, que estaba mudo, y vi que Margarita ponía cara de reñir a Ludi.

Después... silencio.

Margarita, mi muñequita siempre sensata, se levantó del sofá.

—Venga, Ludi, vámonos a dormir, que se ha hecho muy tarde y mañana tendremos sueño en el colegio.

Y Ludi le hizo caso y la siguió.

—No tan deprisa, ¿qué pasa aquí?

—Es muy tarde, mamá.

—No es tan tarde. El reportaje, aunque no lo parezca, solo ha durado media hora. —«Media hora del horror más terrible», me dije—. Ludi, ¿por qué dices que grito por las noches?

—Mamá, no le hagas caso.

—Neus... llevémoslos a dormir —intervino Félix, intentando calmarme.

—¡Un momento!

—No te pongas nerviosa, que se vayan a dormir —repitió, paciente.

—¿Margarita? —le dije, inquisitiva.

—Sí, mamá. Gritas por las noches. Ya está, ahora ya lo sabes.

Miré a Félix y le hice caso. Llevé a los niños a dormir, se pusieron el pijama y les di las buenas noches.

—Margarita, Ludi, quizá me he equivocado; sois demasiado pequeños para ver esas

barbaridades, pero ahora ya no puedo evitarlo. Pensad que mamá pudo volver, y que os quiere mucho.

—Buenas noches, mamá —dijo Ludi.

—Tranquila, mamá —dijo Margarita, consciente de que no estaba tranquila en absoluto.

Félix me esperaba en el sofá.

—¿Quieres contarme, por favor, qué hago por las noches?

—...

—Perdóname, pero es que estoy nerviosa y ahora mismo no entiendo nada.

—Neus, por las noches tienes pesadillas y sí, gritas.

—¿Y por qué no me lo habías dicho? ¿Te parece normal que los niños lo sepan y yo no? —le pregunté, enfadada.

—No, supongo que no... Pero duermes, gritas, y te levantas y te quedas sentada en la cama... Hay días que ellos te oyen y vienen aquí. Yo los calmo y los vuelvo a llevar a su cama.

—¡Madre mía! ¿Y por qué no me acuerdo de nada? ¿Cómo es posible que grite, me siente en la cama y no me dé cuenta? —le pregunté, entristecida.

—Siempre he pensado que es a causa de las pastillas. Que estás dormida pero tu subconsciente no puede dormir.

—¿Siempre? Pero ¿qué dices? ¿Cuánto hace que tengo pesadillas?

—Desde siempre, Neus. Siempre has dormido mal.

—Me despierto cansada... —dije, intentando comprender.

—No le des más vueltas y vámonos a dormir.

—Dormir... y yo que decía que no tenía pesadillas, yo que leía en cartas de amigas deportadas que lo peor de todo eran las pesadillas... y me creía afortunada.

Me tomé la pastilla para dormir y me metí en la cama con la impresión del reportaje en el cuerpo y con miedo. Aquel fue el primer día que al levantarme recordé la pesadilla, y añadí al recuerdo del horror de los campos el horror de las noches, que arrastraba durante todo el día.

Entraba en Ravensbrück; veía aquellas luces tan potentes, los cuervos, el humo... Después estaba encerrada en el *Block*, me veía las rayas del traje de deportada y no tenía pelo. Quería imitar a Charlot, pero los zapatos me pesaban tanto que no podía ni levantar los pies. Cuando salía a la *Apellplatz* tenía mucho frío. En la plaza veía a un grupo de mujeres, también formadas. Eran las que tenían a los niños agarrados a las faldas de la bata. Miraba a aquellos críos y veía a Ludi mirándome. Me desesperaba. Buscaba a Margarita y también la veía. Ella llevaba el uniforme de rayas... Quería correr a buscarlos, pero tenía el cuerpo inmovilizado.

Mis propios gritos me despertaron. Me senté en la cama. Félix me pasaba las manos por el pelo.

—Estoy despierta.

—Neus...

—He tenido una pesadilla y estoy despierta.

—Hoy ha cambiado alguna cosa, pues.

—Recuerdo perfectamente la pesadilla, ¡era horrible, Félix, horrible!

—¿Quieres hablar?

—Estaba en Ravensbrück, y los niños estaban en el campo.

—Neus... Solo era un sueño. Ahora tienes que procurar dormir.

—¿Y estoy así cada noche, cada puñetera noche?

—Neus, no gritas fuerte cada noche, hay algunas noches que sí que gritas, otras te mueves mucho, a veces te levantas y otras veces no.

- ...
- También hay días que te echas a llorar.
- Madre mía... ¿Y los niños?
- Los niños te oyen algunos días, solo algunos.
- ¡Pobres hijos míos!
- No pienses más en eso, Neus. No pienses. Duérmete.

6

Me volví a volcar en el partido de tal manera que acabé trabajando para el PSUC y el PCE tanto en Sarcelles como en el norte de la Île de France. Recorría Pierrefitte-sur-Seine, Saint-Denis, Suresnes, Garges-lès-Gonesse... Ya estaba otra vez.

En Sarcelles se construía muchísimo, y la gran mayoría de obreros eran españoles y portugueses que vivían en muy malas condiciones.

—Me recuerdan a cuando tuve que trabajar en el campo, nada más volver del exilio —me dijo Félix. Yo le pinchaba para que me hablase de ello, porque nunca contaba demasiado de lo que había sufrido durante la guerra—. Nos sacaron del campo de Argelès para llevarnos a Le Beauce, a hacer trabajos forzados, y nos encontramos teniendo que arrancar remolachas. Era agotador y desesperante. Éramos unos cuantos, y me hice amigo de un arquitecto y de un profesor de filosofía; allí estábamos, arrancando remolachas. El campesino era buena gente, pero la situación nos superaba. Llegó una mañana que dije que ya bastaba, que se había acabado, que no arrancaba más remolachas. El pobre hombre me pidió por favor que me levantara de la cama, que trabajase poco o mucho, que si no tenía que avisar a los gendarmes. Le dije que los avisara, que no tenía ningún problema. Y me devolvieron a Argelès.

—Y te escapaste...

—Y ahora estos compatriotas se matan a trabajar y tienen que vivir en barracas. Tenemos que hacer algo por ellos.

Pedimos a la casa de cultura de Sarcelles que nos cediese un espacio y montamos clases para adultos. Pensamos que debíamos dar nociones básicas de francés y formarlos un poco en el aspecto de los derechos laborales, para que no les engañasen, pero tuvimos que ofrecer también clases de alfabetización. ¡De qué España más oscura eran hijos!

Nos encontramos que también teníamos a los niños, así que de una manera u otra los teníamos que distraer. Yo me imaginé que tenía treinta años menos y empecé a contarles cuentos y fábulas, les enseñé algunas canciones y les animé a hacer alguna representación, como había hecho con los niños de la colonia. Y me dediqué a pedir dinero otra vez. No me cansaba. Recogía todo lo que podía para ayudar a las familias y para que en Navidad todos los niños tuviesen un regalo.

La alcaldesa de Garges-lès-Gonesse, que era comunista, también nos cedió un local. Íbamos los domingos y organizábamos charlas sindicales para que supiesen cómo y por qué trabajaba el partido, para que se supieran defender.

Nuestra vida volvía a estar cargada de emociones. Enseñar a un adulto cómo se coge un lápiz, ver cómo aprende a escribir su nombre a tu lado, escuchar cómo lee con dificultad una palabra y después busca aprobación con la mirada, ver cómo se le iluminan los ojos... era una manera magnífica de pasar las tardes de domingo. Pero Margarita y Ludi crecían a pasos agigantados.

Margarita tenía ya dieciséis años cuando un día, entre las cartas que nos llegaban a mí y a Félix, encontramos una dirigida a ella. Venía del gobierno alemán.

—Mamá, me invitan, como hija de deportada, a visitar el campo de Ravensbrück.

—No sabía que organizaban esas salidas. ¿Qué te parece? —le pregunté, llena de curiosidad.

—Me ha cogido por sorpresa, pero me parece bien. Si lo hacen es por algo.

—Si lo hacen es para que nuestros hijos puedan entender un poco lo que pasamos. No será un viaje bonito, Margarita —quise prevenirla.

—Ya me lo imagino, mamá, pero sí que quiero ir —contestó, decidida.

—¿No quieres pensarlo un poco?

—Quiero ir.

—De acuerdo —le dije, pensando que era la decisión correcta.

Y cuando llegó Félix, Margarita le contó que iría a ver Ravensbrück.

—¿A visitar el campo con tu madre? No sé...

—No, con mamá no, con hijos de deportados, sin los padres.

—¡Ni hablar! —exclamó contundentemente.

—Pero ya lo he hablado con mamá.

—¡Neus! —me llamó Félix—. ¿No hablamos las cosas antes de tomar decisiones?

—Ay, es que ha abierto la carta y lo hemos hablado, y me ha parecido bien.

—Pues a mí no me lo parece.

—Pero ¿de qué quieres protegerla? ¿De un pasado que debe conocer?

—Neus, no quiero protegerla de ningún pasado, pero creo que no tiene edad para ir sola.

—Papá, no iré sola, iré con otros hijos de deportados.

—Margarita, ya me entiendes —dijo Félix.

—Pero tengo dieciséis años; ya no soy ninguna niña, papá.

—Una cosa es que no seas una niña y otra muy distinta es que hagas un viaje tan lejos sin nosotros.

—¡Pero yo quiero ir!

—¡Y yo creo que tiene que ir! —interrumpí—. Félix, lo organiza el gobierno alemán, e irán chicos de muchos países.

—Es demasiado joven... —dijo él, en voz baja.

—Yo confío en ella.

—...

—¿Papá?

—De acuerdo...

Corría el año 1967 y Margarita se fue con un hijo y una hija de deportadas que yo conocía. Ya la habíamos tenido lejos durante los meses de julio, cuando ella y Ludi se iban a unas colonias que organizaba la empresa de Félix, pero aquel viaje era distinto, muy distinto.

La acompañamos a la estación. Era mi hija la que cogía el tren... Sentí el rotundo paso del tiempo en aquella estación, en la maleta nueva que llevaba, en el camino que empezaba a hacer ella sola.

Mientras estuvo fuera pensé mucho en su futuro, en el futuro de los dos. Se hacían mayores y queríamos darles unos buenos estudios, así que decidí volver a ponerme a trabajar.

—¿Cómo ha ido el viaje?

—Bien, muy bien; he hecho muchas amigas.

—Eso siempre es bueno. ¿Estás cansada?

—Un poco, pero estoy bien.

—¿Tienes hambre? ¿Has comido algo durante el viaje?

—He comido, pero tengo hambre otra vez.

—Pues venga, vamos...

Llegamos a casa y se fue a deshacer la maleta. Estaba sola en la cocina, preparando la cena, cuando continuamos la conversación.

—¿Erais muchos?

—¡Muchísimos!

—¿Y dónde os han alojado?

—En bungalós de un campamento de vacaciones para jóvenes alemanes, cerca de un lago. Éramos jóvenes de casi todos los países de Europa. Pero lo más curioso es que no había diferencias entre nosotros. Ha sido una experiencia muy fuerte. Todos nos sentíamos... ¿cómo decirlo? Casi hermanos. Compartíamos los mismos recuerdos de la familia, los mismos ideales de paz.

—Qué bonito lo que cuentas. ¿Y os han llevado a visitar Berlín?

—Sí, y a otras ciudades. En Berlín fuimos a ver un monumento a las víctimas de la Segunda Guerra Mundial. Subíamos María y yo por unas escaleras de piedra, charlando, cuando un viejo nos oyó hablar en castellano. Nos paró y nos preguntó qué hacíamos allí. Se lo contamos y se emocionó. Nos dijo que era alemán, que había estado con las Brigadas Internacionales y que después se había quedado en Francia con la Resistencia. Estaba de visita. No volvería a vivir en Alemania. Al despedirnos nos abrazó, y nosotras también nos emocionamos.

—Cuántas experiencias, ¿verdad?

—Muchas, mamá... —contestó, y me miró fijamente—. ¿No me preguntas por el campo?

—Esperaba que me lo contaras cuando tuvieses ganas —le contesté.

—Mamá, fue muy extraño. Vimos el campo desde fuera. No se podía entrar, estaba dentro el Ejército Rojo. Las casas de las SS están en ruinas.

—¿Y los barracones del campo?

—Los vimos de lejos. Vi el lago... —dijo, en voz baja—. Mamá, no sé qué es lo que he sentido allí.

—No te preocupes, no tienes por qué saberlo y mucho menos saber explicarlo.

—Lo que me ha gustado mucho es conocer a otras personas que, como yo, son hijos de deportados.

—Está bien que hayan organizado esto y que podáis compartir experiencias. Vosotros también lleváis parte de esta carga...

—...

—Margarita, me hubiese gustado que las cosas hubiesen sido de otra manera, que hubieses crecido en Catalunya, que...

—Mamá... a mí me gusta Francia.

—Pero...

—Ya lo sé, ya lo sé, pero no se trata de eso —me interrumpió—. Mamá...

—Dime.

—Anna, una amiga que he hecho de Cracovia, me ha invitado a ir allí el verano que viene. Iríamos a visitar Auschwitz.

—¿Acabas de llegar y ya piensas en volver a irte? —le contesté, riendo—. No le digas nada a tu padre todavía.

Pensando en mis hijos y en su futuro, removí cielo y tierra para intentar demostrar que era enfermera. Habían pasado treinta años desde que me saqué el título. No ejercía desde que en Francia había hecho curas mientras también me dedicaba a limpiar casas, y había sido lo bastante lista para no decir que era enfermera en Ravensbrück. Me había ganado la vida cosiendo y trabajando para el partido, pero si algo todavía me corría por las venas era mi profesión.

Después de muchas gestiones conseguí que en el consulado español recuperasen mis datos y emitieran un documento conforme había obtenido el título de enfermera en mi país. Hice un curso de refuerzo y, como hacían falta enfermeras, enseguida encontré trabajo en la clínica Alexis Carrel de Sarcelles.

Me entrevistaron, me enseñaron las instalaciones y me preguntaron qué talla de ropa y de pie llevaba. A la mañana siguiente podía empezar, solo tenía que llevar las medias.

Tres cuartos de hora antes del momento en que me habían convocado ya estaba en la sala de enfermeras. Me dieron mi ropa y me fui a vestir con tiempo de sobras, lentamente. Las medias blancas. La bata blanca. Una eternidad entre la primera vez y aquella.

Vestida de blanco de arriba abajo, me sentía más Neus que deportada, más Neus que pareja, más Neus que mamá.

Me senté. Esperaba sentada el momento de abrir la puerta y volver a trabajar.

No estaba nerviosa.

Estaba contenta.

—Te harás cargo de los postoperatorios. Hoy acompaña a Geraldine —me dijo la enfermera en jefe.

—Perfecto.

—Que tengas un buen día.

—Gracias. Es un buen día —«Un día de un blanco radiante», me dije.

Hacía una semana que trabajaba allí y me parecía que lo había hecho toda la vida. Cuidar a la gente que se recupera de una operación, a los que iban mejor y a aquellos a quienes les costaba más y quizá no se acabasen de curar era un trabajo que me satisfacía y me llenaba.

Pero...

Lástima de los peros...

Sentía que no tenía fuerzas suficientes. Cada día acababa agotada.

Aunque no me quejaba.

No me podía quejar.

Después de tanta muerte, ¿cómo me podía quejar de cansarme haciendo un trabajo tan magnífico?

Quizá tampoco estuviera tan cansada...

El riñón y el diafragma, después de muchos años, habían vuelto a su sitio.

La fatiga, los dolores de cabeza persistían, pero estaba mejor.

Seguía con la pastilla para dormir.

Seguía perseguida de día por las pesadillas de la noche.

Seguía con los ansiolíticos.

Seguía con vida.

Seguía, sobre todo, como superviviente.

Volví a acudir al consulado español en París al año siguiente. Corría el año 1968.

Celebrábamos el Año Internacional de los Derechos Humanos y unas cuatrocientas mujeres españolas nos juntamos delante del consulado. Dentro entramos unas veinte. Hubo mucho escándalo, los trabajadores del consulado y los policías nos miraban sorprendidos. Corrimos escaleras arriba hasta el despacho del cónsul, que parecía asustado.

—Venimos a defender los derechos de los presos políticos de nuestro país —dijo una de las mujeres.

—Si están en prisión es que han hecho algo malo, y pagan las consecuencias.

Se me removió la sangre.

—Sí, han hecho lo que no ha hecho usted. ¡Nuestros presos defendieron nuestro país por la democracia y la libertad! —le contesté.

Mientras, fuera se oía un gran escándalo. En el consulado iban entrando las mujeres que se concentraban en el exterior.

—Y por si usted no lo sabe —añadí—, España está dentro de las Naciones Unidas, y estas respetan la Declaración de los Derechos Humanos, así que hay algo que no funciona, y no somos nosotros.

Entonces se levantó y miró a uno de los policías que habían entrado en el despacho y que a la vez nos miraba a nosotras. ¡No cabíamos allí dentro!

—Ahora leeremos de cabo a rabo los treinta artículos de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Y me alegro de que los quiera escuchar usted de pie —le dije despacio, bien claro.

Fue un momento tenso pero solemne.

Al terminar la lectura salimos satisfechas de luchar por un mundo más justo, pero disgustadas con el mundo en el que vivíamos.

Cuando llegué a casa, Margarita y Félix discutían si podía viajar o no a Polonia.

—Venga, Félix, con la ilusión que le hace... —le dije.

—Papá, ya te lo he dicho, iremos con Anna a visitar Auschwitz —le repitió ella con serenidad.

—Pero no necesitas cuatro semanas para visitar el campo —contestó Félix, serio.

—No, también voy de viaje, de vacaciones.

—Eres demasiado joven para ir tan lejos sola de vacaciones.

—Félix... —le interrumpí—. No va sola, va con una amiga que hizo el año pasado.

—Anna y Lucina, y más chicas que conocí —añadió Margarita.

—¡Pero si no sabemos ni a qué casa vas!

—Mira, Félix, eso sí que no. Va a casa de una hija de deportada, no sé qué deportada es, pero por encima de todo es una compañera.

Y él asintió con la cabeza.

Aquella vez no la fuimos a esperar a la estación porque no nos había confirmado a qué hora llegaba. Cuando volví de trabajar, nada más meter la llave en la cerradura, vino ella y me abrió la puerta. Levanté los ojos y la miré detenidamente.

—¡Mamá! —exclamó, y me miró con una mezcla de angustia y de ilusión que me hizo estremecer.

Me abrazó muy fuerte, y sentí que me abrazaba una mujer, no una niña. Me acarició la espalda con sus brazos.

—¿Cómo estás? ¿Cómo ha ido todo? —le pregunté, emocionada.

—Bien, mamá. Tenía muchas ganas de verte. Entremos.

La seguí a su habitación. Tenía la maleta a medio deshacer. Nos sentamos en su cama.

—Mamá, en Auschwitz sí que vi lo que era un campo, los barracones, la pared donde fusilaban... El día que fuimos hacía mal tiempo y llovía. No había más visitantes que nosotros, y era aterrador. Había muchas fotos de víctimas. He visto cómo eran los catres. He visto latas de Zyklon B que usaban en las cámaras de gas. He podido ver los montones de maletas, de zapatos, de gafas, de ropa infantil, de... Todo eso te hace intuir la dimensión del horror, te sientes justo en medio de la tragedia.

—Margarita... —le dije con voz suave, intentando serenar sus emociones.

—Una de las cosas que más me impresionó fue ver la vía por donde se entraba directamente al campo de Birkenau, porque lo habían edificado para que el tren los llevase hasta la muerte...

—Dejó escapar un suspiro—. Mamá, siento que todo eso ya no es una historia contada, sino una cruel realidad.

Entonces fui yo quien la abracé. Me supo muy mal no poder ofrecerle otras cartas y que tuviese que sufrir parte de esta historia que es realidad. Para siempre sería hija de deportada y exiliada, con una carga emocional de unas dimensiones que no quería ni imaginar.

—Pero cuéntame más cosas. ¿Cómo ha ido el viaje? No quiero ni pensar qué podéis haber hecho una pandilla de chicas de diecisiete años durante cuatro semanas por Polonia —dije para alejarla del horror.

—¿Qué hacías tú a los diecisiete años? —me preguntó, y la expresión de su rostro cambió por completo.

—Lo que más tenía en la cabeza era el teatro, con el grupo de Els Guiamets.

—En Auschwitz pensé en Els Guiamets, en que siempre nos has hablado del pueblo, y que tenías que sentirte muy lejos cuando estabas en el campo.

—Me sentía muy lejos de todo, Margarita, lejos del mundo. —Su rostro volvió a cambiar—. ¿Te acuerdas de cuando eras pequeña e íbamos de vez en cuando? —le dije, buscando un poco de paz.

—Lo que más recuerdo es que nos venían a buscar con el carro y la mula a la estación. ¡Me encantaba! —exclamó sonriendo.

8

*E*l trabajo de enfermera me agotaba, y yo no aceptaba el cansancio. Como me encontraba mucho mejor que en años anteriores, me disgustaba que el trabajo me superase. Me diagnosticaron ftofobia, una secuela más de la vida en el campo, y llevar gafas oscuras con montura doble me ayudó mucho.

Decidí dejar la clínica Alexis Carrel y dedicarme a hacer sustituciones en el hospital de Garges-lès-Gonesse y donde saliese. Fue una manera estupenda de ganar un buen sueldo y no trabajar tantas horas seguidas, semana tras semana. Eso me permitía, además, dedicarme al partido y al trabajo que, aun con el paso de los años, seguíamos teniendo.

En Lyon participé en una reunión de antiguos resistentes y deportados españoles. Fue un encuentro muy especial porque asistió un grupo de estudiantes de Barcelona, que nos hizo muchas preguntas.

Fue entonces cuando me di cuenta de que había una nueva generación que no había vivido nuestra guerra, ni el exilio, ni nada de lo que vino después, pero que se interesaba por conocerlo.

Cuando nos preguntaron por el número de exiliados que habían participado en la Resistencia y por el número de deportados, nos quedamos sin respuesta.

—Muchos.

—¡Muchísimos!

Salimos de la reunión y algunas mujeres nos quedamos charlando.

La conversación nos hizo abrir los ojos. ¡Ni siquiera sabíamos el número aproximado de las que éramos! Conxita Boix, Lola Casadellà, Anita Gimeno, las dos Marías —González y Llenas—, y yo decidimos quedar en París y ponernos a trabajar.

Creamos una comisión de la cual fui coordinadora —quizá porque ya había coordinado el periódico de la UMAE y conocía a muchas de las mujeres que vivían en el exilio—, para confeccionar un memorial de mujeres españolas en la Segunda Guerra Mundial.

Los chicos ya eran mayores e iban bastante a su aire, y yo quería trabajar. Como el oficio de enfermera, aunque le dedicaba menos horas, continuaba agotándome, decidí estudiar unas oposiciones para una plaza de funcionaria, un trabajo de despacho. Me faltaban cuatro años para jubilarme cuando conseguí una plaza de ujier en el Ministerio de Salud Pública de París.

El trabajo era bueno y fui ujier del ministro de Salud. Tenía un despacho que por un lado daba al suyo, y por otro al del ministro de Trabajo. Me encargaba de organizar la agenda y las recepciones. Para ir cada día desde Sarcelles al despacho de París tenía que coger el tren y después el metro y cambiar de línea, pero para ocupar el rato del viaje siempre cogía un libro, de modo que aún se me hacía corto.

En París aprovechaba para quedar con alguna de las compañeras de la Comisión e íbamos avanzando poco a poco.

Cada una de nosotras hizo una lista con el nombre de las mujeres españolas que conocíamos, las exiliadas y las deportadas. Después las íbamos buscando. Era complicado porque había mujeres por todas partes y porque como tal siempre teníamos trabajo en casa.

Tenía muchos contactos y direcciones, y cuando podía me escapaba. Visitaba a una de las mujeres, le explicaba lo que intentábamos hacer y la añadía a la lista. Escribía su nombre, el lugar donde vivía, si era resistente o deportada y a partir de qué testimonio habíamos llegado hasta ella.

Cada mujer podía dar referencias de otras, pero a menudo la información era muy escasa. Sabíamos el nombre y lo que habían hecho en la Resistencia en tal o cual lugar, o si había sido deportada a tal campo. A menudo conocíamos el nombre de guerra pero no el auténtico.

—Esto que queremos hacer es un imposible —dijo una compañera en una de las reuniones.

—¿Por qué dices eso? —le pregunté, extrañada.

—Pues porque no podemos hacer una lista rigurosa con los datos que tenemos.

—¿Y qué? —contesté yo—. Si no es muy rigurosa lo será menos, pero tendremos el memorial. ¡Se lo debemos!

—Claro que se lo debemos, pero ¿basta con decir, por ejemplo, que la camarada Nicolasa Oliva fue deportada a Alemania y después desapareció, y que no sabemos nada más de ella?

—Basta si es todo lo que sabemos. Al menos dejemos constancia de su nombre, de que existió, y que no sea solo humo.

Cada vez que escuchábamos la palabra humo todas nos estremecíamos.

Visité a Sabina González, compañera del comando de Holleischen.

—Nosotras acogíamos resistentes en casa de manera habitual. Cuando se presentaron las SS en casa... aún fuimos lo bastante valientes para impedirles el paso y dar tiempo a que los hombres que se escondían pudiesen huir por detrás. ¡Uno era maestro de escuela! Después vino la prisión, los interrogatorios... Yo sufría por mamá, mi pobre madre.

—Murió en Ravensbrück, ¿verdad?

—Sí, no pasó de aquel infierno.

—¿Cómo se llamaba?

—Carmen Bartolí. Apunta, apunta: Carmen Bartolí. Pobre mamá... Qué bien que estéis haciendo esto, Neus.

—¡Se tiene que hacer! —exclamé yo.

—¡Pero qué contenta estoy de verte! ¿Quieres otro cortado?

—Un poquito de agua nada más.

—Mimí, Neus, y también Hélène y Simone. Nunca podremos olvidarlas.

—No debemos olvidarlas... —dije, afligida.

También me encontraba con mujeres que no querían dar su testimonio. Me decían dónde habían estado, el nombre de alguna otra mujer, si lo recordaban, y me deseaban mucha suerte con mi tarea, pero decían que no querían hablar, que habían querido olvidar aquella parte de su vida y que no tenían ganas de volver a ella.

La primera vez me sorprendió, incluso me molestó. Pero a medida que me alejaba de aquella casa y de aquella vida comprendía esa otra opción, una manera de intentar sobrevivir como otra cualquiera, ocultando el horror, o intentándolo al menos, de la propia mente. No podía hurgar en heridas que en teoría ya estaban cicatrizadas, tenía que respetar su defensa contra la muerte que llevaban dentro, día tras día, año tras año.

Al cabo de unos meses las compañeras dejaron de trabajar en el memorial, no porque no les interesase el proyecto, sino porque les resultaba complicado encontrar más horas al día. Me dejaron sus listas y algunas referencias. Decidí continuar la batalla sola y cuando podía cogía el tren, miraba por la ventanilla cómo corría el paisaje y llamaba a la puerta de una compañera española en el exilio.

9

*L*a ONU declaró el año 1975 Año Internacional de la Mujer.

El 8 de marzo de 1975, las exiliadas españolas fuimos a quejarnos al Consulado de España en París. Habían pasado treinta años desde la Segunda Guerra Mundial y treinta y seis desde nuestra guerra y todavía padecíamos la dictadura de Franco.

Aquella vez escribimos un montón de cartas denunciando el franquismo, la persecución franquista, y pidiendo la liberación de los presos. Además fuimos preparadas; nos acompañaba un gendarme, que solo tuvimos que solicitar para que nos concedieran. Tampoco les gustaban los franquistas...

Pero de entrada ni siquiera nos abrían la puerta. El gendarme se enfadó y al fin nos dejaron pasar. Una vez dentro preguntamos por el cónsul, y dijimos que o venía o entraríamos en su despacho. Lo fueron a buscar. Nosotras formamos dos largas filas y él se puso en medio.

—Señor, venimos a entregarle estas cartas —dijo una compañera.

—¿Qué es esto? —preguntó, y las tiró al suelo.

—Esto es la España de Franco —le contesté, enfadada.

—Vosotras sois unas desgraciadas y unas perdidas.

—¡Mire, si no fuese el Día Internacional de la Mujer le daría dos bofetadas que ni su madre le ha dado nunca! —le grité.

El silencio fue absoluto. Nos dimos la vuelta inmediatamente, pero entonces oímos al gendarme.

—¡Si esto que acaba de hacer lo hubiese hecho fuera de aquí, usted estaría ahora detenido!

Y salimos deprisa, como si huyésemos de la España franquista. Una vez fuera, una de las mujeres dio un beso al gendarme, y las demás compartimos su alegría. Aquel beso era el de todas. Y nos pusimos a cantar fuerte, bien fuerte, la canción de las milicianas, *¡Ay, Carmela!* :

Contraataques muy rabiosos,
rumba la rumba la rumba la,
Contraataques muy rabiosos,
rumba la rumba la rumba la,
deberemos resistir.
¡Ay, Carmela!, ¡ay, Carmela!
deberemos resistir.
¡Ay, Carmela!, ¡ay, Carmela!
Pero igual que combatimos
rumba la rumba la rumba la.
Pero igual que combatimos,
rumba la rumba la rumba la
prometemos combatir.

Y mientras cantaba levanté la vista al cielo y rememoré los aviones que sobrevolaban el campo el 8 de marzo de 1944.

En mayo de 1975 se cumplían treinta años de la liberación del campo, y me costaba creerlo. Yo estaba a punto de cumplir los sesenta y también me costaba creerlo.

Fui una de las fundadoras del Comité Internacional Ravensbrück, miembro de la comisión del Amical Ravensbrück de París y de la comisión española de la Federación Nacional de Deportados, Internados y Resistentes Patriotas de Francia, mientras mi país todavía arrastraba la pesadilla de la dictadura.

La asamblea nacional del Amical de aquel año la hicimos coincidir con la conmemoración del trigésimo aniversario de la liberación del campo. En aquella ocasión me tocaba a mí presidir el Comité Internacional Ravensbrück.

Tenía el discurso preparado. Como casi siempre lo escribí de un tirón, después lo retoqué un poco y se lo di a leer a Félix.

—Está muy bien, ya lo sabes; no hace falta que yo te lo diga.

—No está mal; es imposible explicar lo que es ser deportada, lo que sentimos...

—Neus, tranquila.

—Estoy tranquila.

Fue una jornada solemne y memorable. Celebramos el aniversario de la liberación con emoción sincera. Teníamos que recordar a las compañeras muertas, y a las supervivientes que también habían fallecido. La cruda realidad era que muchas morían antes de tiempo, y que eso ya lo habían pronosticado algunos médicos después de la primera revisión médica, en el momento de la repatriación.

Los medios, en una fecha tan señalada, nos hicieron un poco de caso. Lo mejor de todo, como siempre, fue reencontrarnos con las compañeras y, entre las compañeras, Tití.

Estábamos hablando muy animadas cuando se me acercó una mujer.

—Discúlpeme. He oído su discurso y me ha parecido notarle acento catalán —me dijo en francés.

—Joven, es que me llamo Neus Català y soy exiliada catalana.

—¿Exiliada y deportada a Ravensbrück?

—Eso mismo.

—¿Tiene un momento?

—Claro que sí... ¿Cómo te llamas?

—Montserrat Roig, y estoy aquí porque escribo un libro sobre los catalanes en los campos

nazis.

—Montserrat, esto que haces es importante.

—Sí, sí, ya lo sé. ¿Usted me puede decir si hubo más republicanas deportadas?

—Mira.—Le señalé una zona de la platea—. Todas aquellas de allí lo son.

—¡Qué me dice!

—Que aquel es el grupo de las españolas.

—¿Españolas y catalanas?

—Españolas, catalanas y deportadas, por eso estamos aquí.

—¡Pero los hombres a los que he entrevistado hasta ahora me han dicho que no hubo mujeres en los campos!

—¿Qué? —exclamé, sorprendida.

—Pues eso...

—¡Te han engañado! —exclamé.

—Pero ¿por qué iban a engañarme?

—Eso sí que no te lo puedo contestar.

—Pero... es extraño.

—Mira, los deportados españoles son los grandes olvidados de esta historia, y nosotras somos las olvidadas de los olvidados.

—Estoy escribiendo este libro para que todas esas vivencias no caigan en el olvido. ¿Podría ir a entrevistarla?

—Cuando quieras. Cuando nos liberaron prometimos contarle, y estoy aquí cumpliendo la promesa.

10

Quedé con Montserrat Roig en un café en el Barrio Latino de París. Era una tarde lluviosa. Me senté a una mesa junto al ventanal. La vi llegar con el paraguas, unas botas altas y radiante de juventud.

Me contó un poco el libro. Que el historiador Josep Benet le había animado a escribir lo que creían que sería, en un principio, una especie de libro-reportaje al cual dedicaría tres meses, pero ya llevaba dos años trabajándolo y todavía le quedaba mucha tarea por delante. ¡Aún no había hablado con ninguna mujer!

Entonces le hablé de las muchas mujeres exiliadas y deportadas que éramos, de cómo habíamos sufrido, de cómo vivíamos en el exilio, pendientes, después de tantos años, de poder volver a casa. Y de la revista de la UMAE y UDC, y de preparar paquetes en la sede del PSUC en París, y de cómo desde el Amical Mauthausen y otros campos, que habíamos fundado clandestinamente en Barcelona, luchamos para conseguir una pensión de viudedad del gobierno alemán para las mujeres de los españoles muertos en el campo.

Aquel primer día nos despedimos como si ya fuésemos amigas.

Para poder trabajar en el libro, Montserrat vivía en París acogida por una familia de Montblanc, y pudimos quedar unas cuantas veces. Hacía un rato que charlábamos cuando se quedó callada y me miró fijamente.

—Neus, hálame de ti.

—Yo hablo para dar voz a las mujeres, y hablo por las mujeres que murieron. Piensa que en Ravensbrück fueron más de 92.000.

—Es espantoso.

—Mira, te he traído un memorial de mujeres exiliadas y deportadas españolas. Aún estoy trabajando en él. Aquí encontrarás catalanas para entrevistarlas para tu libro.

—¡Gracias! Tú también trabajas para mantener la memoria...

—Ya te lo dije, es una promesa que nos hicimos al salir del campo. Nos repetíamos esa promesa y que nunca más, nunca más.

—Pero hágame de ti, Neus —insistió ella.

—¿Qué quieres saber de mí?

—¿Cuántos años tenías cuando estalló la Guerra Civil? ¿Dónde estabas?

—Estaba en la viña con mi padre, en Els Guiamets, un pueblo del Priorat. Tenía... veintiún años.

—Continúa.

Y por primera vez hablé de mí, de mi vida, dejando a un lado la lucha constante por el partido y por la memoria de las otras mujeres. Le hablé de Els Guiamets, de las hoces y los cuchillos contra la CNT-FAI, de mi locura por el teatro y del deseo de ser enfermera. De los estudios en Barcelona, del uniforme de enfermera, de los viejos, de las bombas. De los niños de la colonia, del camino hacia el exilio, de la Segunda Guerra, de la Resistencia, de Albert.

No había hablado nunca a nadie de Albert como lo hice con ella. Mis padres no lo habían acogido bien, y una vez muerto pusieron una foto suya en casa, cosa que me molestó. Con Félix tampoco hablaba de aquello, ni con los niños... Lo llevaba bien guardado en mi interior. Le conté cómo nos casamos, y nos reímos mucho. Le conté cómo nos cogieron, y noté que mi rostro se endurecía.

Se lo conté todo, le hablé de la prisión y del campo, de la visión de la mujer electrocutada y agarrada a la alambrada, de la que arrastraban ya muerta y aún pegándole aquellas hijas de puta de las SS, de la condesa, de las revisiones, del humo, de las cenizas, del comando 44 de Holleischen, del sabotaje, de Mimí, Hélène y Simone, de las bragas llenas de pus y mierda, de la liberación... y sentí que sufría y revivía todo aquello a la vez, que resurgía algo muy profundo de mi interior, y que, ahora que ya había hablado, no podía callar.

Se hizo de noche. Habíamos perdido por completo la noción del tiempo. Nos despedimos con la emoción a flor de piel.

Lo que pasó después de hablar con ella no me lo podía creer. Finalmente, después de tantos años de pesadillas, inconscientes y conscientes, estas acabaron. A partir de entonces me levanté descansada por la mañana. Era una sensación nueva y muy placentera que me rejuveneció.

Llegó el día en que cumplí los sesenta años. Despedirme del trabajo de ujier no me supuso ningún descalabro. Estaba harta de viajes en tren y en metro. Había sido más difícil, mucho más difícil, despedirme de las compañeras enfermeras y guardar el uniforme, consciente de que cerraba toda una etapa. Félix se había jubilado hacía unos años, los chicos ya tenían su propia vida y de alguna manera me estaba esperando para emprender juntos aquel nuevo camino sin tener que correr de aquí para allá como hacía siempre.

Lo celebramos un domingo. Margarita dijo que pusiera un plato más a la mesa, que traería a una amiga. Aquel día me levanté muy temprano. Quise cocinar como hacía mi madre cuando llegaba la fiesta mayor. Hice escudella, fricandó y de postre crema catalana, pero lo cierto es que cociné sin poner todos los sentidos, pensando en mis cosas.

Primero llegó Ludi, y luego Margarita. Al levantar los ojos a la entrada del comedor no podía creer lo que veía.

—*Ma fille!* —exclamé alegre al ver a Tití.

—*La mère Neige!*

—¡Margarita! Pero...

—Felicidades, mamá —dijo, y me dio un beso.

—Esto sí que es un buen regalo —le contesté con ternura.

—Ya lo sé, mamá; ya lo sé.

Con el postre abrimos una botella de champán. En la nevera había otra que hacía mucho que esperaba. A la hora del café saqué el tema que hacía tantos días que me rondaba por la cabeza.

—Ahora que estoy jubilada y finalmente tendré tiempo para mí...

—Ay, ay, ay —exclamó Ludi.

—He decidido escribir un libro sobre las mujeres españolas.

—¿Un libro? —repitió Félix sorprendido.

—Un libro para dejar testimonio de lo que hicimos las españolas en Francia, para explicar lo que representó el exilio y cómo nos involucramos en la Resistencia.

—...

—Y la deportación, y todo lo que recuerde de los campos de la muerte.

—Neus, eso que quieres hacer es una locura —dijo Félix mientras Ludi, Margarita y Tití permanecían en silencio.

—Para elaborar el memorial he hablado con muchas mujeres, y algunas de ellas me han abierto su corazón y han roto el silencio. Tengo que ir a hacer muchas entrevistas y luchar contra ese silencio.

—Neus, habrá algunas mujeres que querrán hablar y otras que no —dijo Félix mientras doblaba la servilleta una y otra vez.

—Escucharé a las que quieran hablar.

—Pero... contar sus vivencias será difícil, y además tú no eres escritora, y faltará que alguien quiera publicar el libro.

—Será complicado, pero me da igual. Y también escribiré mi testimonio, todo lo que yo he vivido. Se lo debo a las mujeres que vi morir, a todas y cada una de las que murieron.

—¿Y por qué tomas ahora esta decisión? ¿Cómo puedes tenerlo tan claro? —preguntó, aún sorprendido.

—Lo que me pregunto es por qué he tardado treinta años en romper mi silencio.

11

Volvía de entrevistar a las compañeras como si volviese de la guerra, y Félix me acogía como quien recibe a un enfermo. Me preparaba la cena. Aunque no tuviese hambre me obligaba a sentarme a comer, y me escuchaba paciente.

—Hoy pareces muy cansada.

—No sé si cansada es la palabra.

—¿Quieres hablar?

—Me ha abierto la puerta y me ha abrazado con una dulzura... Antes de que me contase nada ya habíamos conectado. Elisa Ruiz, no sé decirte cuántos años tiene, de Zaragoza, exiliada y deportada española residente en Toulouse. La detuvieron como resistente. Durante el interrogatorio le dieron una paliza y le quemaron las uñas con cigarros, y ella estaba tan asustada que se cagó encima. La tuvieron veintiún días incomunicada. Después la encerraron en una celda con dieciocho mujeres más. La deportaron a Ravensbrück en 1943. Más tarde la trasladaron a

Leipzig a trabajar en un taller, en una máquina de obuses. Tenían que hacer 7.000 diarios. Cuando ya no pudo más le dieron una paliza, luego la golpearon, hicieron que se levantase, pero ya no podía... La llevaron al hospital. La visitaron y le dijeron que no era apta para trabajar y la devolvieron al campo, al barracón 28, el de las gitanas. Una vez allí, vio a algunas compañeras del barracón donde había estado, que le avisaron de que a las de aquel barracón las quemaban. Pensó que era una pena tener que morir quemada y se ofreció voluntaria para trabajar. Descargó vagones de carbón y patatas hasta que un día, que no podía más, paró y la tiraron vagón abajo. Se rompió el brazo y no fue a la enfermería hasta mucho después, cuando ya tenía el brazo frío. Le colocaron el hueso como pudieron. Continuó trabajando. Un día que consideraron que su grupo no había formado lo bastante bien a la hora del recuento, las condenaron a ocho días sin comer. También las obligaban a recoger su propia mierda y meterla en cajas que se llevaban como abono para las flores de los jardines de los SS. —Cogí aire. Félix me escuchaba, atento—. Una vez acompañó a una mujer judía a la enfermería del campo porque llevaba a un recién nacido pegado al pecho y lloraba todo el día, ya que de aquel pecho no salía nada... Hablaron con el médico, que les dijo que volviesen al día siguiente, que tendría alguna cosa para darle a la niña. Al día siguiente fueron con la esperanza de recibir harina o alguna medicina. El médico sacó una pistola, la cogió por el cañón y con la culata le dio un golpe en la cabeza a la niña de tal manera que se la reventó. La sangre manchó la bata del médico y este gritó enfurecido que saliesen afuera. La pobre mujer se quedó con la niña muerta, con la cabeza abierta, entre los brazos. Temblaba y lloraba, con un llanto espasmódico. Elisa se ofreció a coger a la niña, pero la mujer dijo que no y dijo que podía perdonar la muerte de su padre, de su madre y de sus hermanos, pero no la de su pequeña, que esta la vengaría y abrazó a su hija más fuerte. Elisa la acompañó hasta el crematorio, donde ella misma dejó a su hija.

»Después de contar un horror, contaba otro. Unas rusas del campo hicieron huelga de hambre porque les pusieron el triángulo de presas políticas y ellas decían que eran soldados. Las hicieron estar toda una noche formadas y desnudas en la plaza del campo. Al día siguiente, como no cedían, cogieron a diez de las mujeres y las cortaron a pedazos. Pusieron los pedazos en una gamella. Hicieron transportar aquellos diez recipientes cerrados con diez mujeres descuartizadas dentro a las prisioneras. Obligaron a desfilar a todas las mujeres del campo por delante de las gamellas. Durante diez días hicieron que unas prisioneras llevasen las gamellas y que otras pasaran por delante. Diez días.

—Neus, ¿entiendes ahora por qué no quería que escribieras ese libro? —me preguntó Félix, mientras me miraba fijamente de una manera recriminatoria a la vez que afectuosa.

—...Y un día vio a unas alemanas con unos carros que transportaban a las muertas, una especie de cajones grandes de madera. Pasó un carro por su lado y oyeron un gemido. Vio que cogían a mujeres y las tiraban dentro del carro, a la una, a las dos, a las tres. Vio cómo cargaban a una mujer francesa que exclamaba diciendo que no quería morir, que quería ver a sus hijos. Y el carro se fue hacia el crematorio.

—Lo entiendes, ¿no? ¿Lo entiendes? —dijo nervioso Félix.

—Claro que lo entiendo, ya lo entendí el día que lo discutimos. Pero tú también tienes que entenderme a mí.

—Yo quería protegerte. No quería que sufieras más.

—Ya lo sé, pero no podemos protegernos de la memoria. Se tienen que conocer estas terribles experiencias; les debemos este homenaje.

—...

Me cogió las manos. Los dos queríamos tranquilizarnos.

—¿Cómo se puede vivir con toda esa muerte dentro? ¿Cómo hemos conseguido seguir adelante?

—Neus...

—No puedo explicar lo que sintió Elisa, es imposible encontrar palabras para eso. Ni cómo el dolor modela sus gestos, ni el temblor de su voz, ni su mirada...

—Neus, cuenta lo que vivió, lo que vio...

—...

—No has comido nada.

—...

Me sentía cansada pero no podía irme a dormir. Recogimos la mesa, puse la grabadora que llevaba siempre encima para las entrevistas, me fui a buscar papel y bolígrafo y me senté a escribir.

Félix leía en su butaca, y su lectura me daba calor.

12

Por la mañana temprano me gustaba ir a comprar. Cogía el cesto y el día de mercado compraba y charlaba más que los demás días. Era el mes de noviembre, la época de las alcachofas y las berenjenas, la col y las espinacas. Compré alcachofas. Me gustaba cortarlas a trozos pequeños, rebozarlas con harina y freírlas. La berenjena cortada a rodajas y también rebozada y frita. La col la prepararía para cenar, patata y col hervidas con sal y aderezadas con un buen chorro de aceite de oliva. Con las espinacas haría una tortilla al día siguiente.

En el mercado siempre se oía el bullicio de las mujeres que charlaban y las que iban deprimida, el griterío de los vendedores y las vendedoras, pero aquellos días el ambiente estaba revolucionado.

Había otras españolas, pero las francesas también exclamaban. Yo solo escuchaba y sonreía por dentro y por fuera.

—¡Ese maldito Franco no sabe ni morirse!

—Déjalo; ahora que sufre, que dure...

Llegué a casa y guardé las verduras en la nevera no sin antes mirar la botella de champán.

—Félix, no te puedes imaginar el ambiente antifranquista que hay en el mercado.

—Si aquí se respira en el aire, imagínate cómo debe de ser en España...

—¡Vaya, es que hasta las católicas desean su muerte! No había oído nunca nada igual.

Fueron unos días extraños, llenos de ilusión, hasta que llegó el 20 de noviembre. Habíamos desayunado ya y estábamos en casa cuando oímos las campanas de la iglesia que tocaban a gloria.

—¿Un jueves y todas estas campanas? ¡Neus, pon la tele!

—¡Deja la tele! ¡Salgamos a la calle!

Y la gente se iba congregando en la plaza de la iglesia, y los españoles y las españolas nos abrazábamos, y los franceses y las francesas también. La alegría de que Franco hubiese muerto era compartida, y no podíamos contener la emoción ni las lágrimas de felicidad, aunque era bien triste haber tenido que esperar treinta y seis años, y que acabase la dictadura porque el dictador se moría en la cama.

Volvimos a casa al mediodía, con unos amigos que primero pasaron a buscar su botella de champán de la nevera. Bebimos, comimos y seguimos bebiendo y brindando una y otra vez. A

media tarde llamaron al timbre, como si fuese una campanada.

—¡Ah, pasad, pasad!

En la puerta abracé a Ludi como hacía tiempo que no lo abrazaba, y después a Margarita. Ella vio a su padre y los ojos se le nublaron, y se fundió con él en un intenso y largo abrazo.

Venían con sus parejas y con más champán frío. Abrimos otra botella, hablamos muy alborotados y pusimos música.

—Es muy emocionante veros así de contentos, después de tanto esperar, después de tanto sufrimiento —dijo Margarita.

Félix la cogió entre sus brazos y se pusieron a bailar. Yo tuve que insistir, pero al final acabé sacando a Ludi, y así acabó aquella tarde de gloria, en un comedor pequeño, atestado de gente feliz, con las botellas de champán vacías que se iban acumulando sobre la mesa y las canciones que acompañaban nuestro corazón.

Contentos.

¡Y felices!

Y otro brindis.

¡Salud!

¡Y República!

Ilusionados.

Esperanzados.

No sentía una alegría tan inmensa, tan desbocada dentro desde... desde... desde que tenía diecisiete años y la gente nos aplaudía puesta en pie después de una actuación de teatro.

Pasamos el invierno en Sarcelles. Continuamos con las reuniones del partido, esperando la legalización en España. Yo seguí trabajando en el libro, entrevistando a más mujeres exiliadas y narrando sus horrores. Escribí mi propia experiencia. Lo hice sin voluntad literaria. Solo me movía la lucha por la memoria. Para ser fiel a mí misma, no busqué ningún tono neutro. Cuando creía que tenía que decir «monstruos» e «hijas de puta», escribía «monstruos» e «hijas de puta». Cuando sabía que no había palabras para describir lo que sentimos al llegar al campo, que ni por aproximación se podía explicar lo que sentimos los deportados al atravesar las puertas de un campo de exterminio, y que todos pensábamos lo mismo, lo decía. Cuando me apetecía dirigirme directamente a Himmler y decirle que sería juzgado y condenado, no me lo callaba.

Félix y yo hablamos muy seriamente de regresar a España. Como tantos otros exiliados nos enfrentábamos a una decisión muy difícil. Queríamos, necesitábamos volver a nuestro país, pero nuestros hijos ya habían nacido y crecido en Francia, y allí era donde tenían su vida. Queríamos volver, pero eso suponía alejarnos de ellos. Fuimos posponiendo el viaje hasta el verano, que pasaríamos en Els Guiamets, y mantendríamos el piso de Sarcelles.

Compré una maleta nueva más grande que la que había utilizado cuando viajaba sola, cogí toda la ropa de verano y también algunos utensilios de cocina más viejos, aproveché para ordenar la casa, limpiar los armarios... Cantaba y miraba a Félix, que también trasteaba, y en su mirada vi la ilusión de la libertad, la complicidad de la experiencia compartida, la sonrisa imposible de contener. Félix no había vuelto a España desde 1939, y la suya era una ilusión desbordada, el sueño anhelado durante treinta y siete largos años.

Decidimos volver en julio porque era la manera de poder volver acompañados de Ludi y Margarita, aunque ellos solo estuviesen unos días en el pueblo. De tanto oír hablar de Els Guiamets, Félix estaba deseando conocerlo.

El viernes 9 de julio hicimos una merienda cena en nuestro piso de Sarcelles con la niña y el niño, que ya hacía años que eran un hombre y una mujer. En el recibidor teníamos un montón de

paquetes y maletas y un cesto con bocadillos, fruta y agua. Mientras ellos hacían viajes para cargar el coche dejé la puerta de la nevera abierta, con un trapo para que no se cerrase, desenchufé la antena de la tele y la tapé. Bajé las persianas, cerré el paso del agua y de la luz. Después de volver a comprobar que llevaba las llaves de la casa de Els Guiamets en el bolso, cogí el cesto, lo único que quedaba por bajar, y con la puerta del piso abierta miré hacia adentro, en la oscuridad, sin ver prácticamente nada, y cerré la puerta como si con ese gesto el presente se convirtiese en pasado.

Abajo todavía se peleaban con los paquetes. El maletero del Ford Taunus se había quedado pequeño y se hacía difícil meterlo todo. Al final, Ludi y Margarita tuvieron que ponerse paquetes en los pies y el cesto en el asiento entre los dos. Félix se sentó al volante, yo a su lado y los chicos detrás. Al cerrar las puertas escuché con atención cada uno de los cuatro golpes.

Félix me miró y los dos nos volvimos a mirar a nuestros hijos. Todos sonreíamos de oreja a oreja. Él tardó un momento en dar el contacto.

—¡Allá vamos! —exclamó, con el ruido del motor como fondo.

Y las sonrisas se convirtieron en risas contagiosas.

—Allá vamos —repetí yo, en voz baja.

—Es emocionante regresar a un país soñado, adonde yo no puedo volver, porque nunca tuve que huir de él —dijo Margarita, conmovida.

Salimos de noche para no sufrir tanto con el calor. Primero condujo Félix y, pasada la medianoche, Ludi. Lo tenía a mi lado, le miraba las manos y pensaba en lo deprisa que pasa el tiempo. Después condujo Margarita, y Félix y Ludi se durmieron detrás. Me gustaba ver conducir a Margarita.

—¡Tendría que haberme sacado el carnet, caray! Quizás ahora que estoy jubilada y tengo más tiempo... ¿Te parece que me querrían en la autoescuela?

—Supongo que sí.

—¿Tú me ves conduciendo?

—Mamá, tú haces cualquier cosa que te propongas, así que no hagas preguntas tontas.

—Me lo tendré que pensar.

—Mamá, duerme un poco, mujer.

—Sí, sí.

Yo cerraba los ojos y al cabo de un rato los volvía a abrir. Me gustaba ver los faros del coche iluminando la carretera, cómo avanzábamos en medio de la oscuridad, como un rayo de luz sobre el paisaje.

Era ya de madrugada cuando pensé en la pastilla para dormir y recordé que las tenía en el neceser, entre el equipaje. Decidí disfrutar por una noche del insomnio, e impregnarme del viaje, de la compañía de Margarita, del sueño tranquilo de los del asiento trasero, de los árboles que dejábamos atrás, de todo lo que me llevaba dentro.

Treinta y un años desde el exilio, volviendo a temporadas a Catalunya, pero con más nervios que ilusión, con más sufrimiento que alegría. Microfilms escondidos en los pañales de Ludi. El médico que me dice que estoy embarazada. La niña de las coletas. Margarita que se quiere tirar a los brazos de mi padre. El entierro de mi padre en Sarlat. Su cuerpo en Sarlat... Mi madre sola, sin saber cómo reunir las fuerzas necesarias para volver a vivir en Els Guiamets. El coche que avanza con toda la familia. La familia sentada en el sofá, viendo *Nuit et brouillard*, y mis gritos por las noches. Los gritos contenidos por el asesinato de Mimí, Hélène y Simone. Sus cuerpos balanceándose. El balanceo de nuestras piernas sentadas en la puerta del vagón del tren, volviendo de los campos de la muerte. El vagón. Ochenta mujeres enlatadas como ganado en un

viaje interminable. El médico que revienta la cabeza de una niña con la culata de una pistola. Balas y más balas. El hambre. La sopa con dados de grasa. La ensalada con vinagre. La grama. El caracol. Las latas de los americanos. Las lechugas. El sol que empieza a iluminar el paisaje, el huerto de mi padre en Sarlat. Mi traje de deportada entre la colada blanca de mi madre. El traje que es ceniza. El humo... El flash que tarda. El gesto de mi padre colocando la foto de deportada en el escritorio. Las cortinas. La primera libertad en unas cortinas. Félix que baila con Margarita y el estampido de otro tapón de botella de champán. El baile de fiesta mayor en Els Guiamets. La fiesta mayor de Pau, la Orquesta del Meringuillo, los colores, y me voy a dormir, y yo te acompaño. Y el coro del campo. Y el coro de la colonia. ¡Enfermerina! Las mantas de colores. Las recordarás. Neus, las recordarás.

—¿En qué piensas?

—Que podríamos parar a desayunar, ¿no? —respondí.

—¡Chicos, buenos días! Id despertándoos, que vamos a parar otra vez.

Una familia en un bar de pueblo que saca unos bocadillos y pide bebidas, y después cafés. Una familia que debía de parecer feliz. Se lo habría dicho: somos una familia feliz, pero no una familia normal y corriente que va de vacaciones o de visita. El café es para unos exiliados que vuelven a casa después de media vida, y tienen prisa. «Traiga la cuenta enseguida.»

Yo seguía delante, mientras ellos se iban turnando. Hacía sol, el cielo era azul, no había ni una sola nube. ¡Ya estábamos en Catalunya!

—¿Por qué no paramos a ver el mar? —dijo Margarita.

—Sí, estaría bien —contesté yo.

—¿Alguna preferencia? —preguntó Félix, que conducía.

—Premià de Mar —contestó Ludi al instante.

—Premià... —repetí yo, como en un murmullo.

Y en Premià fuimos a mi playa, nos descalzamos y la arena estaba caliente. Paseamos vestidos, con los zapatos en la mano, entre la gente que tomaba el sol. Ludi, Margarita y yo nos remojamos los pies, y Félix dijo que era una lástima porque la cámara de fotos estaba dentro del maletero. Nos sentamos y miramos el mar en silencio. Volvimos al coche preparados para el último tramo del viaje.

Bajé la ventanilla y me asomé. El aire me despeinaba y me puse la mano sobre la cabeza. El pañuelo que llevaba para protegerme el peinado mientras, en bicicleta, iba hacia la alcaldía a casarme con Albert. Albert... La granja. Las gallinas, las vacas, el cerdo y la perra. Flores silvestres en la mesa. El tabaco tendido. El cesto con mensajes, patatas y puerros. La prisión. Dos trenes camino de los campos de la muerte que se cruzan, y las lágrimas de un SS, la única señal de humanidad de un SS en toda la deportación. La entrada en el campo, la bajada al campo... El pelo rapado. La revisión ginecológica. Charlot y las risas. La mujer agarrada a la alambrada. Las gomas negras. Los golpes. El último aliento, tan cerca... El hombre colgado de un árbol el día de Navidad. El miedo, el hambre, la sed, la lluvia, el aguanieve, las horas que no se acaban. Las abuelas junto al hogar. Las compañeras que nos acogen. La misa de Navidad. El canto. Las viñas. El pueblo.

EPÍLOGO

Asumirás la voz de un pueblo
y será la voz de tu pueblo,
y serás, para siempre, pueblo,
y sufrirás, y esperarás,
e irás siempre entre el polvo,
y te seguirá la polvareda.
VICENT ANDRÉS ESTELLÉS

Ayer llegué del viaje y me siento muy cansada, pero como ya estoy duchada y vestida, he desayunado y he hecho gimnasia, tengo todo el día para descansar. Vuelvo a estar sentada en la sala del geriátrico, la sala donde he pasado la mayor parte de mi tiempo este año.

Nos la han pintado de un color alegre, un verde pistacho que se ve que está de moda, pero es una sala triste. Estamos sentados diecisiete viejos, uno al lado del otro. En una pared hay una tele y en las otras tres los diecisiete viejos en sillones o sillas de ruedas, adormilados o con la cabeza medio colgando, la mayoría despiertos pero con la mirada perdida, o la mirada lejana, quizás hacia dentro. A la tele no le hacemos demasiado caso.

Llegar a la silla es toda una proeza. Me cuesta mucho poner los pies en un taburete con un cojín y acercarme el andador, que tiene un estante que me hace de mesita y es donde tengo el periódico y el bolso.

Sentada, miro el panorama desolador que me rodea. No es que la vejez sea desoladora, lo que es desolador es ver solo vejez, cómo se van degradando los cuerpos, cómo la ilusión deja de formar parte de las vidas... Y eso los que estamos aquí, porque hay otros que no se pueden mover de la cama y esperan la muerte echados todo el día, cada día... A veces paso por delante de una habitación con una residente que casi no puede hablar, está todo el día en la cama y se mira las manos. Me recuerda a los niños cuando eran bebés y se descubrían las manos, y el gesto me hace estremecer. Son pocos los que, estando bien, se quedan a pasar el rato en su habitación. Mi hermano es uno de ellos. Tiene noventa y nueve años y lee muchísimo. A mí antes me gustaba mucho leer y ahora me cuesta concentrarme, pero siempre cojo el periódico y bajo un libro de la habitación.

Desde que ingresé aquí me digo que quiero volver a escribir. Quiero escribir la vida de Félix para nuestros hijos, para que le conozcan mejor, para que sepan las muchas cosas que hizo, ya que nunca contó demasiado. Escribir yo y leerlo ellos supondrá recuperarlo, aunque sea un poco.

¡Cómo le gustó Els Guiamets! Estuvimos dos años entre Sarcelles y Els Guiamets. Como si fuésemos dos jóvenes, disfrutamos mucho reorganizando el PSUC en el Priorat. Durante la campaña de las primeras elecciones de la democracia, recorrimos los dos el pueblo con carteles, un cubo con cola, una escoba y una escalera. Cuando la gente miraba por las ventanas, yo gritaba: «¡Vivan las Juventuts Comunistes de Els Guiamets!»». Nos mirábamos, nos echábamos a reír y nos sentíamos felices.

Aquel inolvidable 15 de junio de 1977 el PSUC fue el segundo partido más votado en Catalunya. Pasamos el verano aquí y celebramos el 11 de septiembre en Falset, en la plaza Quartera, con un montón de gente. Yo llevaba la bandera catalana y Félix la republicana.

Después de tantas emociones el otoño nos cogió desprevenidos. Éramos conscientes de que nos amodorrábamos y decidimos irnos. El pueblo anhelado se nos quedaba pequeño. Necesitábamos continuar trabajando y nos sentíamos lejos del latido del mundo, así que preferimos instalarnos en Barcelona.

En la capital encontramos los pisos tan caros que buscamos por los alrededores. Nos decidimos por comprar un piso en Rubí, junto a la estación de tren, en una plaza peatonal donde no se oía el ruido de los coches y entraba mucho sol.

Nos hicimos muy amigos de unos vecinos andaluces, Carmen y Juan, los amigos a los que más echo de menos de Rubí, y enseguida nos integramos en la vida social, tanto de esa pequeña ciudad como de Barcelona.

Éramos muy críticos con el PCE, que hizo demasiadas concesiones, y no me convencía Santiago Carrillo. En 1982 un buen grupo rompimos con el PSUC y fundamos el PCC, más marxista y leninista. Ni Félix ni yo aceptamos ningún cargo porque se tiene que dejar paso a la

juventud, pero colaboramos en todo lo que pudimos.

Entre tanto, yo continuaba trabajando en mi libro y, gracias al apoyo de Miquel Horta, en 1984 pude hacer realidad el sueño de publicar lo que tantos sudores me había costado escribir: *De la resistencia a la deportación. 50 testimonios de mujeres españolas*. Fue un momento importante, y la satisfacción de haber cumplido con mi deber la compartí con Félix, que también estuvo muy contento.

Reuniones del partido, reuniones de Comisiones Obreras, reuniones del Comité para la Paz, reuniones de mujeres que aquí, en comparación con Francia, estaban muy atrasadas, viajes a Sarcelles, a Els Guiamets, conferencias, manifestaciones por la igualdad... Unos años en los que no paramos, como siempre, hasta que tuvimos que parar porque Félix no podía seguir el ritmo.

La vejez se lleva bien hasta que llega un momento en que algo importante se estropea de verdad. Félix fue perdiendo la vista, y con la vista la ilusión. Cuando ya no pudo leer se hizo viejo del todo. Salíamos a pasear cogidos del brazo, pero él estaba triste. Se fue apagando en una butaca de casa, con la radio pegada al oído. Yo lo dejé todo e intentaba solo alegrarle los días. Salía a comprar, cocinaba, hablaba y hablaba, pero él se iba apagando. Empezamos con visitas constantes a los médicos hasta que en el verano del año 2001 tuvimos que ingresarlo porque tenía mal los pulmones.

Estar en el hospital como acompañante es muy distinto a trabajar de enfermera. El médico no me acababa de aclarar lo que pasaba, no sabía cuánto tiempo estaríamos allí; era desesperante, pero compartíamos una nueva ilusión: salir del hospital de Mora e irnos a la casa de Els Guiamets. Teníamos una esperanza, y todo ayuda a vivir.

En el hospital el tiempo adopta una dimensión distinta. Velándolo las horas pasaban poco a poco, con una lentitud que no había experimentado desde hacía años, y descubría lo evidente: que yo era una mujer vieja. Sentada a su lado volvía al vagón de ganado, pero también a la casa de reposo de Pau; volvía al campo y también al bocadillo de queso que nos comimos una noche en el parque Bois de Vincennes.

Una mañana, mientras esperábamos la visita del médico anhelando el alta, él me cogió la mano muy fuerte y yo acerqué la silla. Me miró a los ojos y me dijo:

—Neus, nunca sabrás cuánto te he querido.

La emoción fue tan grande que me hizo temblar de arriba abajo, se me humedecieron los ojos, los cerré un momento para coger aire y dejar escapar un suspiro. Antes de que tuviera tiempo de responderle, noté que su mano dejaba de apretar la mía.

Se me murió en aquel mismo instante, y le cogí la mano con las mías muy fuerte, como si él todavía lo pudiera sentir. Las lágrimas manaban de mis ojos como si fuesen dos fuentes. Cuando me serené un poco, le cerré los ojos y me rompí.

Un rato después apareció el médico con una enfermera y le dije que podía volver a salir, que ya estaba muerto y que no tenía vergüenza, que si había visto que se estaba muriendo tendría que haber dejado que me lo llevase a casa.

Como Félix deseaba, lo enterramos en Els Guiamets, donde estaban mis hermanas, mi madre, la tía Providencia... aunque faltaba mi padre. Del ramo de flores saqué una rosa para llevarla a la fosa común, donde mi padre había dejado a mi segunda hermana muerta, y volví a casa, a la nueva soledad que me esperaba.

Pasé un año muy malo. Félix había muerto a los noventa y tres años y se suponía que no me podía quejar, pero la muerte de la pareja deja un vacío tan grande y tan pesado dentro, que no encuentras la manera de levantarte. La casa se me caía encima y, si salía a la calle, el cielo se me caía encima. Tanto luchar, tanto comunismo por aquí y por allá, y encendía la tele y veía al rey y

la reina y a toda la tropa y les decía que tendría que darles vergüenza, tal como estaba el mundo, hacerse llamar reyes y príncipes y vivir del pueblo, y apagaba la tele. La volvía a poner y las noticias hablaban del atentado de las Torres Gemelas y de la guerra de Afganistán, y otra vez la tenía que apagar. Me sentía naufragar en un mundo injusto, después de una lucha sin triunfos. Y cada día así durante un año, más de un año, atontada, cabreada, hasta que una tarde, alguien me llamó por teléfono pidiendo una entrevista. Hacía tiempo que no concedía ninguna.

Vino una chica con una grabadora y una cámara de fotos. Hablé de la Resistencia, de la no-vida del campo, de las mujeres, de los testimonios que había recogido, de mi lucha para que algunas calles tuviesen los nombres de aquellas mujeres... La periodista me preguntó si le podía enseñar la fotografía con el traje de deportada y la busqué entre el montón de fotos que tenía, pero seguramente debía de guardarla en Rubí.

Al día siguiente por la mañana me levanté temprano y salí a caminar descalza por el pueblo. A los ochenta y siete años, con los pies desnudos y el paso sereno, recorrí Els Guiamets mientras salía el sol, cuando no había ni un alma por la calle. Después de mucho tiempo empecé a sentir que revivía, e hice lo mismo cada día hasta que me sentí fuerte. Se lo conté al médico y pensé que me contestaría que estaba loca, pero me dijo que había hecho muy bien, que había recuperado energías y que no me quería ver en la consulta durante una buena temporada. Hice las maletas y me volví a Rubí. Nada más llegar busqué la foto y la puse en el mueble del comedor. Volví a Francia y al Comité Internacional de Ravensbrück, a las charlas en las escuelas, institutos y donde me lo pidieran, y a las entrevistas para periódicos, radio y televisión. Volví a la vida para hablar de la muerte.

Volver a pisar Ravensbrück en 2005 con motivo del peregrinaje oficial en conmemoración del sexagésimo aniversario de la liberación fue duro. Siempre que he vuelto al campo se me ha removido el alma. Dicen que incluso me cambia el color de la cara. Entramos en comitiva. Encuentro a compañeras deportadas que son tan viejas como yo. Somos unas seiscientas personas, pero la impresión de estar en el campo es tan fuerte que revivo el miedo de aquel infierno con un sentimiento de extraña e íntima soledad. Es lo que siento cada vez que vuelvo, y esta vez pienso que quizá sea la última. Conozco esa sensación, sé por dónde volveré a pasar cada vez que regreso. Es una impresión profundamente dolorosa, pero hay que ir, hay que volver para hacer memoria, para homenajear a las víctimas, y porque se tiene que hablar de lo que sucedió.

Mirad, aquí estaban las cámaras de gas.

Somos nosotras, que ardemos. Somos nosotras, que ardemos. Estas palabras, como una letanía.

La alambrada. La alambrada como única salvación para algunas.

No hay perdón para esto, no lo hay.

Y no tienen vergüenza.

¿Cómo puede ser que lo tengan en obras?

¿Cómo puede ser que nos digan que no las han podido acabar a causa del frío, cuando nosotras trabajábamos en condiciones inhumanas, con un frío horroroso, durante doce horas diarias?

¿Cómo puede ser que digan que han aplazado las obras hasta marzo, y se quedan tan tranquilos?

Pretendían hacer un supermercado aquí al lado...

Nos pareció que era una broma de mal gusto, pero iba en serio.

Yo quería dejar unas flores en el pedestal con el magnífico monumento de una mujer

llevando a otra hacia dentro del lago...

Las cenizas de las mujeres las tiraban al lago...

Pero no se puede acceder.

Sesenta años después todavía nos hacen enfadar, ¡todavía tenemos que luchar!

La apisonadora se está estropeando.

Murieron mujeres debajo de esta apisonadora, mientras la arrastraban.

Necesitan no sé qué inventos y permisos para taparla.

«Margarita, que tiene más energía que yo, me tendrá que representar en el Comité Internacional y continuar la lucha por la memoria», pensé. Y han pasado seis años desde esa idea, y ya me representa. En el primer encuentro le dijeron: «Eres igual que tu madre». Y cuando me lo contó nos reímos las dos.

No me he movido durante todo el año de Els Guiamets, y para este primer viaje desde que vivo en el geriátrico me he comprado ropa nueva, porque quería ir bien arreglada. Ha sido complicado porque estoy gorda, y no me veía bien con según qué cosas. No tengo hambre, no como apenas y estoy gorda, ¡vaya problema! Y los pies... mis pobres pies. Los tengo muy hinchados, y también me costó encontrar unos zapatos, pero al final lo conseguimos y pude ponerme unos zapatos bonitos en lugar de esta especie de zapatillas que llevo.

El 14 de junio salí hacia Barcelona con Mariona para asistir al homenaje a las mujeres deportadas que hace dos años celebramos en la plaza del Rei. Al volver de la conmemoración del sexagésimo aniversario de la liberación de Ravensbrück, con la emoción a flor de piel e indignada al ver lo que cuesta hacer las cosas bien, promoví la fundación del Amical Ravensbrück en Barcelona, porque soy la última superviviente española y ya es hora de que alguien coja el relevo.

Este año, además de las mujeres deportadas, hemos homenajeado a Montserrat Roig en el vigésimo aniversario de su muerte. ¿Cómo puede ser que haga veinte años que murió? Su magnífico libro supuso el inicio de la recuperación de nuestra memoria histórica, como dicen ahora. Yo decía, sencillamente, que era la madre de todos los deportados, porque fue una de las primeras personas en dar a conocer nuestras vidas. Si cierro los ojos, todavía puedo verla llegar bajo el paraguas, desde el ventanal del café de París.

En el homenaje me senté al lado de su madre, que ya ha cumplido los noventa y nueve años. Las dos en silla de ruedas, las dos emocionadas y con la pena dentro.

De Barcelona me fui a Corneilles-en-Vexin. ¿Cuánto hacía que no viajaba a Francia? No lo sé, por mucho que intente recordarlo no sé decirlo. Esa es la triste verdad. Recuerdo perfectamente momentos que vivimos en el campo, recuerdo a Graff, la Navidad del 44 y a las indignas representantes de la Cruz Roja francesa, pero no recuerdo cuándo fui por última vez a Francia.

Hice el viaje con Mariona. Hubo un tiempo en que cambié el tren por el avión, y ahora hacía mucho que no cogía ninguno. Nos vinieron a recibir Margarita y Paul. Me hace gracia porque, después de veinte años, me llama mi nueva suegra y suelta una risa.

Cuando Margarita me llamó el 1 de enero para decirme que Paul le había pedido que se casara con él, me cogió totalmente por sorpresa y no supe qué decirle. Félix y yo no llegamos a casarnos nunca, Ludi no está casado, y ella hace veinte años que vive en pareja, y ahora resulta que un 1 de enero, a primera hora de la mañana, él le pide matrimonio.

—Margarita, ¿y tú qué has contestado?

—¿A ti qué te parece?

—¡Me hubiera gustado verte la cara!

—Desde luego... ¡A mí también!

Y nos reímos las dos, y en su risa había un sí como una catedral.

—El único problema es que se quiere casar por la Iglesia.

—Hombre, después de tantos años de ir él a misa y tú quedarte fuera, quizá le podrías dar ese gusto, ¿no?

—Sí, sí, nos casamos por la Iglesia. Lo que pasa es que tendré que remover cielo y tierra, porque no me pienso bautizar.

—Remueve, hija; remueve.

Sonaba la música del segundo acto de *Madame Butterfly* cuando Margarita entró en la iglesia del brazo de Ludi. Los dos iban andando muy despacio, Ludi con unos vaqueros nuevos y una camisa blanca, Margarita radiante, con un vestido de novia vietnamita y una sonrisa espléndida que le rebosaba. Yo pensé que no me mantendría en pie, pero no por la edad, sino por la emoción. ¡Y mi nuevo yerno holandés, con un alegre nerviosismo juvenil imposible de disimular!

Y entre nosotros Félix, su ausencia como una presencia, papá que no está, que no puede ver nada, pero que todos nosotros llevamos dentro. Me lo imaginé recitando un poema de Machado, dejando asombrados a familia y amigos. ¡Qué hombre!

Acabamos la celebración cantando todos juntos *Amazing Grace*, y se me puso la piel de gallina. Después fui a felicitar al cura. Es difícil oír buenos sermones y sentir que el cura casa con el corazón, en lugar de cumplir un ritual más de los asignados. Lo miraba y pensaba: «Caramba, si parece más viejo que yo, ¡y ya es difícil! El cura más viejo que he visto nunca haciendo uno de los mejores sermones que recuerdo. ¡Cuántas cosas me quedan aún por ver!».

Vino la familia de Francia, la de España, la de Holanda. ¡Entre los invitados se hablaban cuatro idiomas! Rosanna, sus hijos, sus nietos... Los sobrinos de Félix, con los que siempre he tenido muy buena relación. ¡Cuánto tiempo hacía que no los veía! ¡Cuántas emociones en un solo día! La comida de celebración la sirvieron en su jardín. Había llovido, yo estaba cansada y preferí quedarme dentro de casa, con Mariona, observando a través de la ventana la alegría de los míos.

Estoy contenta y cansada. Me da rabia cansarme tanto. Me molesta volver al geriátrico como si volviera a casa. ¡No quiero estar aquí! Hay días que pienso que la felicidad es vivir completamente sola en Rubí, bajar con el carrito que me sirve de andador a comprar a la tienda de frutas y verduras. Elegir con todo el tiempo del mundo. Quedarme embobada contemplando los colores que nos regala la tierra. Sacar el monedero, pagar y volver a casa despacito. En casa, oír que suena el teléfono, descolgarlo y escuchar una voz desconocida que me pide una entrevista.

Tengo que volver a Rubí porque me fui a pasar el verano, no el resto de mi vida. Tengo que poner en orden muchos documentos, quiero releer lo que escribí sobre las compañeras de la Resistencia y las deportadas. Mil páginas que se quedaron en trescientas para la edición del libro. Quiero archivar artículos de prensa, conferencias que tengo escritas y tantísimas cartas de amigas y compañeras deportadas. Es triste llegar a tan viejo, porque ves partir a mucha gente querida. ¡Miro hacia atrás y están todos muertos!

El 7 de junio pasado murió Jorge Semprún. Te levantas, bajas a desayunar y recibes una llamada. Jorge Semprún ha muerto. Y pienso que era joven, y tengo que preguntar su edad. Ochenta y siete; no era tan joven, pero para mí sí lo era. Pasé la mañana recordando los cinco años que trabajé con él para el Comité para la Paz por toda Europa y se me revuelve el estómago al pensar que siempre, pero siempre, tiene que haber guerra en algún sitio. ¡Si supiesen lo dura

que es la guerra! Me hubiera gustado coger alguno de sus libros. ¡Ostras, qué bien explicaba lo que no se puede explicar! Pero tengo sus libros en Francia o en Rubí, así que me quedo solo con esta nueva añoranza.

Me huelo las manos y no noto aroma alguno. Cuando vuelvo al geriátrico, después de haber pasado un rato fuera, tengo la costumbre de tocar una planta de albahaca que hay a la entrada. Si las manos no me huelen es que hoy no he salido, y, por tanto, todavía debe de ser por la mañana, porque salgo más bien por las tardes. Maria y yo vamos a dar una vuelta por el pueblo, o a jugar al dominó, o al bar de Manel; la cuestión es salir a pasar el rato.

Eso de olerme las manos es una trampa que hago, una trampa, una prueba o una pista. Una pista para la memoria, que empieza a hacerme la puñeta. Es triste ver cómo se me escapa. Tomar conciencia. ¿Aceptarlo? No, creo que no soy capaz de aceptar esa pérdida. La del cuerpo... bueno. Ahora ando y, para paseos largos o viajes, la silla de ruedas me permite llegar donde no me llegan las piernas. ¿Que me cuesta vestirme o ducharme? Me ayudan y listos. Pero ¿la memoria? ¿Qué haría sin memoria? No quiero ni pensarlo.

Después de vivir quince meses al lado de la muerte, nunca más he tenido miedo de morir. Ahora tampoco pienso en la muerte. No pienso que a mi edad cualquier día puede ser el último, o cualquier noche. Pero perder la memoria... en eso sí que pienso, eso sí que me dolería.

El otro día, en la terraza del bar de Manel, primero tenía frío, luego calor, de manera que me puse y me quité la chaqueta un par de veces. Cuando pregunté si íbamos hacia el verano o hacia el invierno, me quedé atónita. Me callé. Medité sobre la pregunta que había hecho. Iba dándole vueltas y no sabía la respuesta.

—Hacia el verano —me contestaron.

—Hacia el verano —repetí.

Después me eché a reír. No fue una risa forzada, sino una risa de esas que lanzaba en el campo, una risa espontánea, como un escudo inteligente contra las inclemencias. Porque, si tengo que perder la memoria, más vale que me lo tome bien, o si no me volveré una vieja insostenible. No quiero quejarme. No quiero lloriquear porque he llegado a vieja y no recuerdo algunas cosas. Quiero aceptar lo que venga con buen humor, como he sabido hacer hasta ahora. Cantando, si conviene. Porque no sé en qué mes vivo, pero recuerdo muchas canciones. Lástima que este año no pienso ir a cantar con el coro para la fiesta mayor. Este año, como no me gusta quien gobierna el pueblo, para la fiesta mayor, ¡sabotaje!

Desde que estoy en el geriátrico me encuentro mucho mejor y estoy más fuerte que antes, pero moralmente no lo acepto. Así son las cosas y, si en un año no lo he aceptado, dudo que cambie de parecer. Quizá si hubiese hecho alguna amiga... Somos compañeros, diecisiete compañeros, pero no he hecho ningún amigo. Vengo de una guerra y de un infierno, vengo de lazos indestructibles de solidaridad y me siento sola entre estos diecisiete viejos, que son más jóvenes que yo, pero también más aburridos.

La primera vez que di una conferencia multitudinaria fue en Roma, en la plaza Campo de' Fiori, un primero de mayo, delante de una muchedumbre. Me agarré con las dos manos al micrófono para que no se viese cómo me temblaban, pero nada más empezar supe que podía estar horas y horas hablando. Ahora resulta que no sé de qué hablar con los compañeros diarios de esta última batalla.

Este junio cumpliré noventa y seis años. Si a partir de los cuarenta cuesta aceptar los cambios de decenas, una vez cumplidos los noventa cuesta aceptar el cambio de las unidades, de aceptar y de creer. Lluís ya tiene noventa y nueve años. La abuela murió con cien años. Mi madre también con cien. Yo vengo de esa sangre y de la misma tierra, y no querría romper la tradición. Claro

que ellas no pasaron por la deportación, pero la vida me ha enseñado a creer en los milagros.

Cuando me veo contando años hacia adelante en lugar de hacia atrás, siento que todavía me queda alegría para vivir, y la única muerte que me preocupa es la de la memoria.

Hay días que, cuando oigo los pasos de las auxiliares que me han acostado alejándose por el pasillo, me levanto de la cama. Descalza y sin el andador, voy avanzando poco a poco hasta la puerta, siguiendo el triángulo de luz. Vuelvo a la cama tarareando muy bajito —para que nadie me oiga y piense que desvarío— una canción de cuna que me cantaba la abuela Rosa con la que compartía la cama. El contacto de los pies con el frío de las baldosas me hace sentir muy viva. Regreso a la cama, me tapo y me duermo feliz porque, aunque el cuerpo no me acompañe, no he perdido las ganas de hablar. Tengo noventa y seis años y soy fiel a mi promesa, a la batalla por la memoria de las mujeres a las que, bajo un cielo de plomo, convirtieron en cenizas.



NEUS CATALÀ , prisionera número 50.446
en el campo de Holleischen.

Nota de la autora

Una tarde de febrero de 2010 llamé a Neus Català para pedirle una entrevista. Estaba recopilando testimonios para unas crónicas rurales y pensé que sería muy interesante que nos hablara de la vida de campesina de su infancia y juventud. Recuerdo perfectamente esa primera conversación. «Siempre me llaman para hablar del campo de exterminio, no del campo de mi tierra; estaré encantada», respondió.

El 2 de marzo fui a entrevistarla con Albert Carreras. Esa semana Neus se había caído, tenía un morado en el rostro y dolor en la rodilla. La sensación de ir a molestar a una persona mayor fue desapareciendo, se imponía la voz de una gran persona. Nos habló de la dura vida de los campesinos del Priorat y de la vida bucólica de campesina en la Dordonya; cuando tuvo que exiliarse, era refugiada y colaboraba con la Resistencia. Y terminamos hablando de los campos de exterminio —«campos de la muerte», decía ella—, del horror y también de las risas. Su relato tenía momentos estremecedores y momentos rebosantes de alegría. Salimos profundamente impresionados. Albert, esa misma noche, publicó una entrada en su blog ullcluc.cat con una fotografía magnífica. Yo tardé días en escribir la crónica y después no podía dejar de pensar en ella.

Conocía su historia gracias al monumental *Els catalans als camps nazis* de Montserrat Roig, que había leído con interrupciones; tenía veintitrés años y no soportaba tanto horror. Leí todo lo que encontré para documentarme para la entrevista, pero escucharla de viva voz fue sentirlo. Pensaba en el privilegio de haberla conocido y en las ganas de hablar de una mujer vital atrapada en un cuerpo de noventa y cuatro años. Con la convicción de que teníamos que conocerla más, le pedí una segunda entrevista.

Le propuse escribir una novela sobre su vida; la literatura sería el instrumento para intentar transmitir la verdad. Quedamos que lo probaríamos. Le pregunté por la primera infancia, por la colonia de criaturas de Les Acàcies, por la llegada al campo de Ravensbrück y por la fotografía del traje de deportada. Cuando me dijo que nunca nadie le había preguntado cómo se había hecho la fotografía, pensé que iba bien.

Volví a casa, escribí sin descanso y volví a verla. Solo tendría sentido si se reconocía en la voz literaria. Le leí los fragmentos y me dijo que adelante. Muy seria añadió: «Pero tienes que saber que esto no lo vas a hacer para que la gente me conozca más a mí, sino porque sé que de este modo damos voz a las otras mujeres».

Regresé a casa acompañada de unas palabras que se me habían quedado grabadas del libro que escribió: «¿Quién podrá llegar al fondo de nuestra tragedia si nosotros mismos somos incapaces de expresarla?», y pensando en el debate de si es posible o no hacer literatura sobre los campos de exterminio. Superada, meforcé a no pensar en ello. La confianza que Neus había depositado en mí me hizo sentir comprometida moralmente con ella. La voluntad de colaborar con su lucha por la memoria y el hecho de considerar la novela un homenaje a la extraordinaria mujer que era estaba por encima de todo.

De los momentos compartidos hay muchas cosas que no olvidaré, pero lo que más me emocionaba era cuando detenía su relato y, unos segundos después, cantaba. Como dice una de mis canciones preferidas: «Nuestras canciones son nuestras plegarias».

Empecé las entrevistas en Rubí; en verano Neus volvió a Els Guiamets y continué en su casa, pero debido a otra caída, ingresó en el geriátrico del pueblo. La escritura de la novela coincidió con su primer año de ingreso y la adaptación a una nueva vida. Creo que en el final de la novela se transmite cierta tristeza, que se diluyó entre muchas alegrías. Neus cumplió su sueño, murió a los ciento tres años, acompañada y en su nido, Els Guiamets. Dos días antes de morir, cantaba.

En las anteriores ediciones de la novela publiqué su dirección y un correo electrónico que gestiona su hija Margarita. Los centenares de cartas que recibió tienen la dimensión de los grandes monumentos y fueron buena compañía.

La tristeza de no poner su dirección no elimina el pensamiento de que al terminar la novela quizá sientas el deseo de escribir. Si es así, puedes dirigirte a sus hijos en: MargaritaCatala2019@gmail.com

Muchas gracias

Montblanc, a 10 de julio de 2019

Agradecimientos

A Neus, por su confianza, su amistad y los buenos ratos compartidos.

A la Fundación Lluís Carulla y el Museu de la Vida Rural, porque trabajar para preservar y difundir el legado y los anhelos de nuestro mundo rural es lo que me llevó a conocer a Neus.

A Margarita Català, por su apoyo constante y por ayudarme a llegar adonde la memoria de su madre ya no llega. Y también a Ludi Català, Rosanna Català y Mariona Castellví, que a su vez ayudaron a Margarita.

A Margarita por acompañarme a visitar Auschwitz, considerando que me acercaría más a la realidad de los campos que Ravensbrück. Por el viaje a Cracovia, gracias también a la historiadora Elisenda Belenguer, Chantal Brun y Anna Bochnak, hija de deportada que nos acogió magníficamente en su mesa en una velada memorable.

A la agente literaria Anna Soler-Pont, por creer en el proyecto y por su implicación. «Se lo debemos a Neus», me dijo en la primera conversación que mantuvimos. Sentí que, más allá de su profesión, debido a su sensibilidad también se comprometía con Neus y su lucha. Su apoyo ha sido muy importante para sacar adelante la novela.

A las editorias Izaskun Arretxe y Marina Penalva, de Ara Llibres, y a las editoras Blanca Rosa Roca, Eva Mariscal y Patricia Escalona, de Roca Editorial, por creer en la novela antes de que estuviese terminada. Gracias por la confianza y por el apoyo de los dos equipos.

A Montse Bosch, Quim Jubert, Anna Sans y Ricard Domingo, por su lectura atenta y sus consejos.

A Jordi Llavina, por su lectura y por ayudarme a resolver dudas lingüísticas.

A Jordi Puig, por su gran ayuda como lector de confianza en el trabajo de investigación y en la revisión de los textos finales.

Al historiador Andreu Mayayo, por revisar la novela y por sus consejos. Escucharlo también es un privilegio.

A Albert Carreras y Lourdes Rué, por las fotografías.

A Olga Aran, Sonia Gomà-Camps y Perico Pastor, por su generosidad.

A mi madre, por ayudarme más de lo habitual con Martí e Irene.

A Pep, por todo.

1 .– El día de Navidad *pondremos el cerdo en sal*, la gallina en la artesa, *el pollino en el pino*. Toca, toca, Valentín, *ahora pasan bueyes y vacas*, las gallinas con zapatos, *los gallos con zapatones*, el vicario hace turrónes, *la zorra los ha probado*, dice que están un poco salados. Marieta, *ponle azúcar*, que estarán un poco mejor. *Caga tió, caga tió*. que si no te daré un bastonazo. ¡Caga! ¡Caga!

© 2012, Carme Martí

Primera edición en este formato: abril de 2012

Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency © de la traducción: Ana Herrera

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.

© del mapa: Enric Sorribas / Geotec, Estudis i Projectes Geogràfics Av. Marquès de l'Argentera, 17, pral.

08003 Barcelona

info@rocaebooks.com

www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-9918-492-0

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.